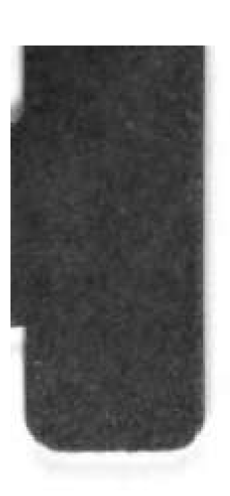

Digitized by Google







# El Mariscal SOLANO LOPEZ

POR

PRÓLOGO DE

# EL MARISCAL SOLANO LÓPEZ



# OBRAS PRINCIPALES DEL AUTOR

HISTORIA DE LA GUERRA DE LA TRIPLE ALIANZA (400 páginas).

NUESTRA EPOPEYA (648 páginas).

EL MARISCAL SOLANO LÓPEZ (371 páginas).

EL LIBRO DE LOS HÉROES (516 páginas).

EL PARAGUAY EN LA UNIFICACIÓN ARGENTINA (173 páginas).

MONOGRAFÍAS:

CORRALES, TUYUTÍ, SAUCE, CURUPAYTY, LOMAS VALENTINAS, ALBERDI, EL GENERAL DÍAZ, EL GENERAL AQUINO.

POLÉMICA HISTÓRICA:

EL «CRETINISMO» DEL DOCTOR CECILIO BÁEZ (1902).

POESÍAS:

EL ALMA DE LA RAZA, SALVAJE, A MI HIJA (elegías, 157 páginas).

OBRAS EN PREPARACIÓN:

NUESTRAS VICTORIAS, ALBERDI Y EL PARAGUAY, HISTORIA DEL MARISCAL LÓPEZ Y DE LA GUERRA DEL PARAGUAY (dos tomos).



JUAN E. O'LEARY

# EL MARISCAL SOLANO LÓPEZ

(SEGUNDA EDICIÓN)



MADRID
IMPRENTA DE FÉLIX MOLINER
Calle de Leganitos, núm. 54.
1925

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

*Es éste el libro más afortunado de la literatura paraguaya. Su aparición fué saludada por un coro de unánime aplauso. Y, dentro y fuera de su país, el autor no ha encontrado contradictores de sus conclusiones históricas, sino voces de halagador estímulo para su obra fecunda de publicista. Y lo que es más elocuente todavía, en dos semanas se agotó totalmente la primera edición, de dos mil ejemplares, sin que hubiera habido tiempo de difundirla fuera de la capital.*

*El interés con que el público reclama tan valioso trabajo de O'Leary nos ha movido a publicar esta segunda edición, notablemente corregida y aumentada por el autor. Puede decirse que, tal como hoy se presenta* EL MARISCAL SOLANO LOPEZ, *tiene toda la novedad de un nuevo libro, aun para los que ya han tenido ocasión de leerlo. Numerosas notas y documentos inéditos lo enriquecen, así como nuevas y vibrantes páginas.*

*El prólogo que lo encabeza—del más alto escritor de América en nuestros días—es una consagración del autor y de su héroe.*

*LOS EDITORES.*

# CARTA-PRÓLOGO

Madrid, diciembre 15 de 1921.

Señor don Juan E. O'Leary

Asunción.

Mi querido amigo: Debo agradecerle—y le agradezco de todo corazón—su deseo generoso y para mí lisonjero de unir mi nombre a las primaras páginas de su obra sobre el Mariscal Solano López.

El estado de mi espíritu no es el más a propósito, en estos momentos, para emprender un trabajo, no diré digno del Escritor y del Héroe, sino que los ensalce a ambos con la detención respetuosa que ambos merecen. He perdido últimamente a mi hijito menor, y más estoy para el silencio, a lo sumo para una elegía, que para el análisis crítico o para un canto épico. Usted, O'Leary, sabe lo que son esos dolores. Usted me comprende y de seguro me perdona. Y se contentará con esta carta.

Además, ¿qué necesidad tiene usted o Solano López de laudes o espaldarazos de nadie? Usted es el escritor embebido en su pueblo, que en la entraña de su pueblo toma sustancia, veta de oro del alma paraguaya. ¿Y el Mariscal Solano López? Solano López es el espíritu del Paraguay convertido en acero de espada, como usted, O'Leary, es el espíritu del Paraguay convertido en acero de pluma. Y ambos aceros, el de la pluma y el de la espada, ¿cómo, en qué se han empleado? Ambos han tenido el más noble y desinteresado empleo: el de de-

fender la independencia, la verdad, el derecho, la justicia, la patria. No sé de nada más bello.

En América la revolución por la independencia produjo el ciclo de los Libertadores. Ya roto el yugo de Europa, ya establecido el Nuevo Mundo republicano y democrático, frente al Viejo Mundo monárquico y conservador, se produjeron agresiones de Europa contra las recién nacidas y todavía enclenques nacionalidades. Aun en América misma los Estados más fuertes, como Estados Unidos y Brasil, atacaron, con exclusivas miras de conquista, a vecinos menos poderosos. Los débiles se defendieron. Este fué el ciclo de los Defensores. México y Paraguay produjeron a los dos energéticos más vigorosos de ese período: Benito Juares y Francisco Solano López. Pero Solano López sobrepasa tanto en estatura a todos los Defensores, incluso Juares, que para medir su vertiginosa grandeza habría que llegar, como tipo de comparación, a los máximos libertadores: a Páez, a Sucre, a San Martín, y quizá al más alto de todos, al Libertador por antonomasia: a Simón Bolívar. Rasgos bolivianos tuvo, en efecto, aquella ilustre personalidad, aunque no sumara en sí la multiplicidad de facetas y aptitudes que el héroe continental, representativo de la raza hispanoamericana. Parecérsele es ya mucho. Y en otra parte ya lo dije: Francisco Solano López y José Martí son los únicos americanos que, en todo el siglo XIX y en lo que va del XX, parecen chispas de aquella hoguera...

Reciba, querido O'Leary, un cordial apretón de manos, y créame su afectísimo amigo.

R. BLANCO-FOMBONA.





**Solano López, Presidente de la República**

*Solano López no tiene su igual ni en Bolivar, ni en San Martin, ni en los más bellos tipos de constancia indomable y grande que presenta la historia de América.*

*ALBERDI*

*La inmortalidad es a la vez gloria y castigo de los héroes. Ni aun en el sepulcro pueden morir; ni aun en el seno de la tierra logran descansar. Entregados al turbio parecer de las edades, a las vanas disputas de los hombres, han de sufrir, cuando ni rastros quede de sus cuerpos, los tizonazos de la envidia, los ultrajes del rencor...*

*RICARDO LEON*



# I

**Francisco Solano López.—Figura singular de la historia americana.—Juicios contradictorios que provoca.—Los que le niegan dan relieve a su personalidad.—Cómo lo ve la posteridad.—Los héroes auténticos y los héroes por fuerza.—Solano López y Mitre.**

Fué, indudablemente, el Mariscal Francisco Solano López una de las figuras más singulares de la historia americana.

Cincuenta años después de su muerte, aun se le sigue discutiendo, sin que sea suficiente todo lo que se ha escrito sobre él para acabar de aclarar su compleja personalidad.

Escarnecido por la diatriba de sus enemigos, exaltado por las alabanzas de sus admiradores, ha conocido en vida y después de muerto los fulgores más resplandecientes de la gloria y las sombras más espesas de la condenación.

Entretanto, su figura ciclópea ha permanecido solitaria, pero firmemente erguida sobre su alto pedestal, desafiando el huracán de las pasiones y la acción destructora del tiempo, sin que nada haya podido hacerla descender, ni nadie haya podido restar quilates a su trágica grandeza.

Hoy padre de la patria; mañana puesto fuera de la ley; hoy Leopoldo americano, salvador de los argentinos; mañana tirano monstruoso; hoy ejemplo de cordura y patriotismo para los hombres de América; mañana afrenta de la civilización del Nuevo Mundo; para éste, superior a Bolívar y San Martín; para aquél, autócrata sin entrañas de un

pueblo embrutecido; para unos, héroe de la patria y mártir de la República; para otros, tirano abominable; para unos, genio de la guerra; para otros, mediocridad infatuada; para éste, «acero y oro»; para aquél, miseria humana; émulo de Leónidas y monstruo de San Fernando; grande y pequeño, honrado y ambicioso, cruel y magnánimo, víctima y victimario... han llovido sobre él todos los denuestos, todas las adulaciones, siendo hoy recibido bajo arcos triunfales y mañana quemado en efigie, hoy aclamado y mañana aborrecido...

Claro está que la vulgaridad nunca ha podido desencadenar tanta pasión ni preocupar por tanto tiempo a la posteridad.

Los que todavía le niegan, los que aun se empeñan en reducirle a la medida de su propia pequeñez, no se dan cuenta de que con sus inofensivas condenaciones contribuyen a acentuar los perfiles de su característica personalidad, despertando interés en los indiferentes y deseo de comprenderle, de penetrar el misterio de su alma y la realidad de su vida a cuantos aman la justicia y son capaces de un análisis objetivo del pasado.

Es así como medio siglo después de sucumbir sobre su último campo de batalla, a pesar de que los vencedores quedaron en pie para decir la última palabra, imponiendo a la historia su critierio con el irrefutable argumento del éxito, su personalidad no ha desaparecido entre las sombras de la derrota.

Sobre su tumba gigantesca, sobre su mausoleo de montañas ha ardido siempre — al decir de Guido Spano — «una fúnebre lámpara, que ningún viento apagará jamás».

Y a sus trémulos e inciertos resplandores lo ha visto la posteridad, como en un crepúsculo sombrío, perfilándose grandioso en los límites del horizonte, pisando la tierra con sus pies humanos, tocando el cielo con su gran frente pensadora de adolorido Prometeo.

La grita feroz de sus enemigos sólo ha servido



para dar resonancia a su nombre y actualidad a su figura esquiliana.

Y así, mientras muchos héroes por fuerza de la historia americana, de resonante celebridad, se van poniendo en el ocaso de un desprestigio irremediable, el Mariscal López recién empieza a tener el relieve que le corresponde, ensanchando los límites de su fama nacional o ríoplatense, hasta alcanzar un renombre universal, en páginas de conmovedora elocuencia, en libros que vuelan del uno al otro continente, proclamando su grandeza.

Tal es la suerte reservada a los que han forjado su personalidad superior en metal de buena ley, en medio del fuego vivo de las pasiones de sus contemporáneos.

Indestructibles a las injurias del tiempo, toman al correr de los años una pátina magnífica, que corrige sus imperfecciones.

Sólo los que han debido su encumbramiento a las tramoyas de la mistificación, no consiguen perdurar. Pronto se lleva el viento el oro con que disfrazaron su miseria y el agua disuelve el barro de sus figuras vulgares. Y pasan sin dejar rastro, a pesar de esfuerzo impotente de los suyos, empeñados en la vana tarea de inmortalizar lo perecedero.

Así el superhombre paraguayo.

Así el pigmeo argentino.

Así Solano López.

Así Mitre.

## II

**Nacimiento del héroe.—Nobleza de su familia.—Los hermanos de Carlos Antonio López.—Primeros años de Solano López.—*Sus estudios.*—Intensidad de su labor intelectual.—Su amor a los libros.—Su cultura.**

Nació el héroe de Cerro Corá el 24 de julio de 1826, en el seno de una familia extraordinaria.

«Nobles, y limpios, sin mala raza ni tacha», fueron sus mayores, al decir de un viejo documento del Archivo Nacional (1).

Fueron sus padres Carlos Antonio López, prócer de la República, y Juana Pabla Carrillo, dama distinguida, de encumbrada aristocracia. Ambos paraguayos y vecinos de Recoleta, donde aun se conserva la vieja casa solariega.

Tanto su padre como sus tíos fueron hombres superiores.

Carlos Antonio López, abogado, catedrático de Filosofía, por oposición, poseía una vasta cultura y todas las dotes de un estadista esclarecido.

Apenas muerto el doctor Francia, surgió como la primera cabeza de su país, dirigiendo con singular acierto, hasta morir, los destinos del Paraguay.

Su hermano mayor, el presbítero Martín López,

(1) Otros documentos de nuestro Archivo Nacional, igualmente inéditos, desmienten la absurda leyenda, propalada por un periodista argentino, por la cual resulta que Carlos Antonio López no era paraguayo, sino oriundo de Santiago del Estero. Según lo declaró él mismo en 1812, sus padres y antepasados residían en el Paraguay y poseían una propiedad en Recoleta «desde hacía más de ochenta años».





Maestro en Artes, gozó de merecido prestigio por sus virtudes y por su talento.

Su otro hermano, fray Basilio López, de la orden franciscana, llegó a ser obispo y tuvo una brillante actuación. Fué catedrático de Teología Moral y de Vísperas de Cánones, y orador, el más elocuente de su tiempo.

Finalmente, Francisco de Pabla López, llamado «el filósofo», era un pensador retraído, que hizo la vida de un místico, entregado al estudio y a la meditación.

Sus otros dos hermanos, Victoriano y José Domingo, inteligente sacerdote este último, igual que sus hermanas, Blasia y Melchora, no se confundieron nunca con el común de las gentes.

Había algo que distinguía a los miembros de esta famosa familia, dándoles cierto aire de superioridad sobresaliente.

Sin bienes de fortuna, sin riquezas materiales, ocuparon siempre el primer lugar, imponiendo respeto y consideración.

Sencillos, pero llenos de altivez, escaparon milagrosamente a la dictadura del doctor Francia, revelando, por cierto, su clarividencia al abandonar la capital, para pasar inadvertidos en las soledades de las selvas lejanas.

Así pudo sobrevivir al terror el que había de ser nuestro primer Presidente.

Y cuando ocurrió el fallecimiento del Dictador, pudo regresar, cargado de experiencia, a la Asunción, para reconstruir a su país.

Ocurría esto en 1840. Tenía entonces catorce años Francisco Solano López.

Era, pues, un niño, pero un niño que no había conocido las alegrías de la infancia, compartiendo la soledad de su padre y acompañándole en sus meditaciones.

Las necesidades apremiantes de la patria iban a hacer que se adelantara al tiempo y que se improvisara hombre, a pesar de su corta edad.

En efecto, cinco años después, había ya recorrido todas las jerarquías del ejército, y era general de la nación.

Pero, entretanto, había estudiado con un tesón extraordinario. Bajo la dirección de su padre, primero, ingresó después en la Academia Literaria, que digía el entonces presbítero Marco Antonio Maíz. Más tarde cursó filosofía con el fraile dominico Miguel Albornoz e ingresó en el Instituto de Moral Universal y Matemáticas, fundado por los jesuítas Bernardo Parés, Anastasio José Calvo, Fidel Vicente López y Manuel Martos, bajo la dirección del primero.

Desde 1845 ya no tuvo maestros.

Entregado de lleno a la vida pública, formóse solo en adelante; eso sí, estudiando con un entusiasmo que no declinó nunca, ni en sus viajes, ni en sus campañas militares, ni en medio de las arduas tareas del gobierno o de las vicisitudes de la guerra.

En su correspondencia con los agentes nacionales en el extranjero se repite constantemente el pedido de libros.

Le preocupaba tanto la lectura como los negocios del Estado. Y esto lo sabían los que, como don Carlos Calvo, lo conocían bien, aprovechando esta ***debilidad*** para granjearse su benevolencia y su generosidad, enviándole obras escogidas, como el mejor presente con que se le podía obsequiar, obligando su gratitud.

En 1861 tenía ya la vista fatigada de tanto estudiar.

En cartas de aquella época le decía a Gregorio Benítez—que residía en París—que necesitaba libros con letras grandes, porque el mucho leer de noche le había acortado la vista.

Y así pudo hacerse de una extendida cultura, dominar el latín, el francés, el inglés, el portugués, ser un erudito en historia y literatura americanas, estar versado en derecho y en ciencias sociales, ser un orador elocuente y un hombre de deliciosa conversación.

Claro está que no hay labor que transforme, en ningún tiempo, a una mediocridad en una eminencia.

Un milagro semejante sólo es posible en un hombre milagroso, es decir, en quien poseía, desde ya, las dotes naturales necesarias para realizar el prodigio.

## III

**General a los diez y ocho años.—La organización de nuestra defensa.—Primera bendición y jura de la bandera en Villa del Pilar.—La alianza con Corrientes.—Juicio de Paz sobre Solano López.—Rosas amenaza nuestra independencia.—La política brasileña.—Solano López colabora en la Administracción pública.—Notable juicio de un brasileño.**

Dijimos que en 1845 era ya general en jefe del ejército nacional.

En efecto, a pesar de su juventud había demostrado aptitudes militares tan sobresalientes, que su ilustre padre no pudo menos que darle la dirección técnica y personal de la organización de las fuerzas que proparábamos para resistir al tirano Rosas, que desconocía nuestra independencia y nos amenazaba con una formidable expedición para someternos.

Y su labor fué fecunda.

Improvisando armas, municiones, vestuarios, jefes, oficiales, todo, pudo bien pronto reunir cinco mil hombres, bien disciplinados, en la Villa del Pilar, primer núcleo de nuestra resistencia y base de nuestro futuro grande ejército.

Y en diciembre de 1845 tenía lugar la primera bendición solemne y jura de la bandera en dicho pueblo.

«Para aquel acto—dice un testigo en un documento inédito que poseemos—hizo evolucionar a sus cinco mil soldados, gallardamente uniformados, en la plaza de la Villa, y después de varios movimientos, hábilmente ejecutados, los hizo parar ante la iglesia, y entró él, con su Estado Mayor y la bande-



ra a bendecirse, en el templo, en cuya puerta le recibió el obispo Maíz, pasando en tal orden hasta el presbiterio.

»El santuario estaba espléndidamente adornado e iluminado con profusión de luces; la banda de músicos del ejército cesó de tocar sus aires marciales, y grave y solemne comenzó el canto llano de la bendición religiosa, que atrajo sobre la enseña sagrada de la patria la unción del cielo y el rocío de la divina protección. En seguida el Pontífice entonó el *Te-Deum*, dando gracias al Todopoderoso, en cuyas manos está la suerte de las naciones, y bajando de su trono tomó en sus manos la bandera enarbolada, y, tras una breve y conmovedora alocución, la entregó al brigadier López, quién la recibió, pronunciando también un elocuente y entusiasta discurso, que terminó con estas proféticas palabras: *jamás caerá de mis manos esta insignia sagrada de mi patria*.

»Después se salió del templo, y agrupados ante la puerta los jefes y oficiales, cantaron el Himno Nacional...»

Tal fué aquel acto, en el que la religión y la patria, el culto de Dios y el culto del terruño se confundieron, para fundirse en una promesa suprema, que aquel gallardo mancebo había de cumplir, un cuarto de siglo después, al morir como un cristiano, con la espada en la mano y la patria en los labios, mientras sobre su carpa nuestra bandera desplegaba a los vientos su magnífico vuelo tricolor.

Al frente de aquellas tropas marchó el joven general hacia Corrientes, para dar cumplimiento al tratado de alianza, firmado con dicha provincia argentina el 19 de noviembre de 1845, y combatir juntos al tirano Rosas [1].

(1) Antes de ponerse en marcha nuestro pequeño ejército, se repartió profusamente en sus filas la siguiente proclama del Presidente de la República:

«¡Viva la República del Paraguay! ¡Independencia o muerte!

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

AL EJÉRCITO.

Soldados: La República del Paraguay necesitaba de paz y de liber-



El famoso general José María Paz debía encargarse de la dirección del ejército aliado, conservando la columna paraguaya su unidad.

Desgraciadamente, en los comienzos de la campaña, se hizo sentir la caprichosa voluntad del gobernador correntino, don Joaquín Madarriaga, quien tuvo la peregrina ocurrencia de querer someter a Paz y a López al mando de su hermano Juan Madarriaga, gaucho torpe y sin conocimientos militares.

Pasado el peligro inminente, detenido el ejército rosista, acaudillado por el formidable general Urquiza, crecieron las pretensiones y las insolencias de los Madarriaga, hasta que, por fin, la alianza hubo de disolverse, alejándose Paz y regresando el ejército paraguayo a nuestro territorio.

Y fué ésta la primera aparición de nuestro adalid en la escena del mundo.

En nombre de la libertad y de la soberanía de los pueblos había tomado la espada, concurriendo al lla-

---

tad; he procurado conservar a toda costa estos dos grandes bienes; pero el Dictador de Buenos Aires, ambicioso y pérfido, nos obliga a la guerra; no consiente que seamos independientes y libres, quiere que seamos sus esclavos; no podíamos sin afrenta sujetarnos a sus caprichos, y nos ha hecho la guerra sin declararla; nosotros, más nobles y honrados, la hemos declarado antes de hacerla.

Soldados: a vosotros encomienda la Patria esa gloriosa misión: ha llegado el momento de desmentir a ese tirano insolente, que tiene a los paraguayos por incapaces y cobardes; mostradle lo que vale un pueblo que quiere ser libre y tiene un valor innato.

Soldados: orden, subordinación y respeto a vuestros superiores: fortaleza y sufrimiento en las fatigas, valor y firmeza en los peligros, y la victoria es vuestra; y a cualquier parte que os conduzcan las operaciones de la guerra os seguirá la solicitud paternal de vuestro Presidente.

Vais a combatir a las órdenes y bajo la dirección de un general acreditado por su capacidad militar, ilustre por sus victorias, venerable por sus virtudes cívicas y heroico por su perseverancia en combatir la tiranía; vais a pelear al lado de hermanos y amigos, que tienen un mismo objeto y unos mismos intereses que vosotros; ocho años ha que, a pesar de los más terribles contrastes, no han desmayado, y están combatiendo a ese mismo dictador feroz, que se ha hecho nuestro enemigo; imitad y exceded la constancia de esos bravos; haced que la fama os distinga por vuestro valor, por vuestra severa disciplina, por vuestro respeto a las personas y a las propiedades, aun las de vuestros enemigos.

Teneis en vuestro auxilio los votos y las simpatías de todos los hombres civilizados y la asistencia de grandes y poderosas naciones.

Soldados: Os he dado la prenda más preciosa de mi estimación, haciéndoos conducir por un otro yo, por mi hijo; partid confiados, que



mado del hermano para ayudarlo a romper sus cadenas.

Se iniciaba, pues, como soldado, defendiendo los más sagrados principios de derecho y justicia internacional.

No otra sería su misión en el porvenir, ya como agente diplomático en 1859, ya como gobernante en 1865.

De su comportamiento militar en esta primera campaña queda el siguiente testimonio del general Paz:

«No tengo duda de que el general del segundo cuerpo del ejército pacificador corresponderá a las esperanzas de la patria y a los desvelos de vuestra excelencia, *felicitándonos todos de tener en su persona un esforzado compañero de armas, pues manifiesta genio y capacidad.*»

Alberdi, comentando este juicio del primer estratega argentino, escribe:

---

el Paraguay no puede ser vencido en esta lucha de la libertad contra la tiranía, de la indepencia contra la esclavitud.

Asunción, diciembre 7 de 1845.

CARLOS ANTONIO LÓPEZ.»

Y Solano López dirigió a sus soldados esta arenga, la primera que pronunció en su vida, y en la que ya apunta su marcial elocuencia:

«Compatriotas: Vuestro general tiene el honor de verse al frente del Ejército nacional. Y él no os pide sino fidelidad, patriotismo, resolución y valor.

Soldados: Grande es el peso que gravita sobre mis hombros; pero tengo el ánimo de sobrellevarlo desde que miro la decisión general y el coraje de mis compatriotas. Además, no debemos nuestra existencia sino a la patria; es, pues, justo que nos sacrifiquemos por ella en defensa de sus mas caros derechos.

¡Ea, soldados! Vuestro general cuenta con el distinguido patriotismo y valor qne siempre habeis demostrado. Vamos a encontrar al enemigo que, pérfido, niega y ataca nuestra independencia; hagámosle desistir de la marcha cruel, sangrienta y bárbara que sigue, y volveremos a nuestra Patria a disfrutar de aquella paz sólida y duradera que tranquilos gozábamos.

Marchemos a recoger los inmarcesibles laureles que nos esperan en el campo del honor y de la gloria, que ellos y el hecho de ser soldados de la independencia inmortalizarán nuestros nombres. Sabeis que para ser soldados de la independencia es preciso defenderla y sustentarla; defendámosla, pues, derramando hasta la última gota de sangre que circula en nuestras venas antes que ver a nuestra Patria humillada a extranjero poder.

¡Paraguayos! Vuestro general, confiado en vuestro valor y patriotismo, se lisonjea ya de la victoria.»



«No hemos conocido jamás al general López. Pero el general Mitre se reputaría feliz de poder mostrar a su respecto una palabra semejante del honrado y sabio general José María Paz.»

Licenciado nuestro ejército al regreso de esta expedición, pronto se vió la urgencia de volver a organizarlo, en presencia de las crecientes amenazas del poderoso señor de Buenos Aires.

No había descansado, pues, Solano López, cuando ya volvía, con nuevos bríos, a emprender la ardua tarea de preparar al país para la resistencia.

El campamento general se estableció en el Paso de Patria, improvisándose algunas obras de defensa a lo largo de la costa del río Paraná.

En 1849 el peligro argentino era cada vez mayor.

Pero el Paraguay estaba en otras condiciones, gracias a la actividad y celo patriótico de su gobierno.

Así, no sólo no temíamos ya al déspota triunfante, salíamos a su encuentro, ocupando el territorio de Misiones, al Sur del Paraná, cuya propiedad justificó Carlos Antonio López en el célebre manifiesto del 10 de junio de 1849.

Rosas, furioso, se hizo dar por el Congreso una autorización para gastar, sin limitación alguna, todo el dinero necesario para someter al Paraguay.

¡Vano empeño! Sus días estaban contados y el Paraguay más fuerte y más resuelto que nunca.

Pero a medida que el peligro se desvanecía por el lado de la Argentina, asomaba por el lado del Brasil.

El Imperio, que no servía sino sus propios intereses, había estado con los López cuando Rosas, poderoso y audaz, soñaba con reconstruir el antiguo Virreinato del Río de la Plata, para aplastar al Brasil.

Debilitado Rosas, se debilitaron también esas buenas relaciones, empezando a hacerse sentir las pretensiones usurpadoras del caviloso vecino.

Y así fué como, después de haber aceptado Pi-



menta Bueno—en momentos de apuro -los límites establecidos por el tratado de San Ildefonso, que nos devolvía los vastos territorios usurpados por los portugueses, empezó a hacer cuestión por la línea del Apa, queriendo avanzar hacia el Sur los límites de Matto Grosso, entrando en nuestros dominios de hecho y de derecho.

La prudencia y la energía de los López nos hicieron orillar el conflicto por muchos años, alejando el choque, cada vez que parecía más inevitable, pero sin dejar de detener al Imperio en sus avances.

Desgraciadamente, se veía claro que, tarde o temprano, tendríamos que apelar a las armas para defendernos.

Los mismos argentinos, libres de su opresor, y a pesar de haber reconocido nuestra independencia, no dejaban de mirarnos con malos ojos. Sobre todo en Buenos Aires flotaba en el ambiente el espíritu de Rosas, encarnación del espíritu colonial, siempre hostil al Paraguay.

No se necesitaba mucha perspicacia para ver claro que por allí se insinuaba también un peligro para el porvenir.

Y la cuestión de límite pronto vino a plantear un conflicto sin solución, como el que teníamos con el Brasil.

Así las cosas, empezó a declinar, con la edad, la salud, la actividad y las energías de Carlos Antonio López.

Por fortuna tenía a su lado un formidable continuador de su obra en su hijo mayor, el general Solano López.

Este, en 1854, tenía veintiocho años. Había llegado a su completo desarrollo, poseía una brillante educación y estaba preparado para abordar los múlt ples y arduos problemas nacionales.

En las mejores condiciones entró, pues, a colaborar en el gobierno, llevando a la administración pública el soplo de las nuevas ideas.

Su padre había ya realizado su obra. Tocábale a él llevar a cabo la suya.

Carlos Antonio López había reconstruído el Paraguay, que dejó en ruinas el dictador Francia, improvisando riquezas, fuerza, civilización con su maravilloso genio creador. En diez años, *sólo en diez años,* había hecho lo que no hicieron en siglos los españoes, lo que no hizo jamás ningún pastor de pueblos. De la nada, del caos, de la desolación y de la miseria hizo surgir una poderosa nacionalidad que, de un salto, se puso a la cabeza de todos los países vecinos de habla castellana, imponiendo su negada soberanía y levantando bien alto sus prestigios de laboriosidad, de cultura y sensatez.

Tenía derecho a compartir con otro sus pesadas tareas. Y ese compañero, que con inusitados bríos prosiguió su labor, fué una de sus más brillantes creaciones, ya que él lo formó a su lado y lo inició en todos los secretos de su prodigiosa acción de gobernante.

Y el general López, que se impuso al respeto de su exigente padre como militar, improvisándose soldado, cuando era un niño, pronto mereció la absoluta confianza del viejo patriarca, que descansó en sus extraordinarias dotes de estadista, en su probada sabiduría, en su infatigable laboriosidad.

Llegó un momento en que, en realidad, todo lo hacía Solano López, dejando a su padre las apariencias del gobierno y la alta dirección de los negocios del Estado.

Un escritor brasileño—el general Francisco Rafael de Mello Rego—nos ha dejado algunos datos insospechables sobre el joven estadista paraguayo en este período de su vida. He aquí sus palabras:

«Solano López, inteligente y atildado, no poseía, sin embargo, una gran ilustración cuando era aun bastante joven; pero era ávido de saber. Tenía un gran aprecio a los oficiales brasileños, con los cuales se entretenía en frecuentes coloquios, procurando informarse de las cosas y de los hombres del Brasil...



»Accesible y urbano, atraía por su amabilidad, trato delicado y maneras insinuantes. *Era una dama* —decíame Porto Carrero—menos con sus subordinados, en materia de servicio, en que se mostraba severo.

»Le gustaba la vida militar; pero no le seducían, por lo menos así solía decir, los lauros recogidos en los campos de batalla.

»Hallaba la guerra siempre odiosa por el consiguiente mal que acarreaba a los pueblos, si bien reconociendo que era una necesidad a la que no siempre las naciones podían sustraerse, y de ahí también el deber de armarse y de estar preparado para ella.

»Consideraba bárbaro el rigor de las leyes militares.

»*Adepto ferviente de la inviolabilidad de la vida humana,* comprendía, no obstante, que el hombre, en sociedad, constituyendo nación o individualmente, podía ir contra la vida de sus semejantes en su legítima defensa...

»Simpático, de buena presencia, de palabra fácil, ocupando en la sociedad paraguaya la más elevada posición después de la de su padre, no le hubieran faltado aventuras galantes si quisiese. Pero, al contrario, era Solano López un hombre morigerado, de quien en verdad se podría decir: *Non castus sed cautus*. Y aun una particularidad más: *absteníase de las bebidas alcohólicas.*

»Su moral y su filosofía resentíanse del influjo que en su infancia tuviera sobre él su madre, respetable por sus virtudes, por sus sentimientos de piedad cristiana y de fervor religioso, que evoca aún esa espaciosa capilla en que practicaba sus deberes divinos en la importante villa de Trinidad, solar de López, a corta distancia de Asunción y a la margen del río. ¡Cuántas aflicciones no hallaron allí consuelo, cuántas lágrimas no fueron enjugadas por la ilustre matrona y por sus hijas, no menos compasivas que ella!

»La caridad y la compasión por los dolores del

prójimo eran sentimientos comunes en las señoras de la familia López.

»Cuando se hubieron de ejecutar algunas obras en Humaitá, Solano López, acompañado de oficiales brasileños, asistió a los trabajos, y también a los ejercicios militares, instalándose en un aposento común con Porto Carrero. Compréndese la intimidad que esta circunstancia creó entre ambos.

»Fué en esa intimidad en que vivieron en Humaitá, en las largas charlas en que todo se trataba sin reservas, sin cálculos, *ex abundantia cordis*, en el abandono de una convivencia y camaradería de «caserna», que Porto Carrero pudo apreciar la rectitud de sus conceptos sobre diversos asuntos y las ideas que se iban afirmando en su espíritu sobre administración y gobierno.

»Admiraba Porto Carrero los sentimientos elevados de aquel mancebo, en quien el vasto y grandioso futuro que le estaba reservado no despertaba otra preocupación que la de *ver a su patria engrandecida y en paz* con los pueblos vecinos. Y de ahí nació en Porto Carrero la convicción de que Solano López, en el puesto supremo que ocupaba y con la entera responsabilidad del Gobierno de su país, jamás provocaría una guerra con el Brasil sin que mediara un imperioso motivo que la justificase».

Dan estas notas una visión de su fisonomía moral.

Inteligente, atildado, accesible, urbano, de trato delicado y maneras insinuantes, desdeñaba los lauros recogidos en los campos de batalla y consideraba odiosa la guerra.

Simpático, de buena presencia, de palabra fácil, era un adepto ferviente de la inviolabilidad de la vida humana, morigerado en sus costumbres, cuya cristiana filosofía se resentía del influjo que había tenido en él su piadosa madre.

Finalmente, no tenía otra preocupación que *ver a su patria engrandecida y en paz con los pueblos vecinos*.

Tal es, en síntesis, lo que nos cuenta de él un es-



critor adverso que recogió las impresiones de quienes lo conocieron y lo estudiaron en la intimidad de la vida de los campamentos, lo mismo que actuando en la sociedad o trabajando en los negocios del Estado

Y así era el hombre que, poco después, había de ser colocado en los dominios de la teratología.

¡Así era el hombre que, años después, había de ser considerado como una amenaza y un peligro para los más poderosos países de América, que habían de decretar su ruina para poder seguir subsistiendo!

## IV

**Misión diplomática a Europa.—Llegada a Inglaterra. Correspondencia de Nicolás Calvo.—En la Corte de Napoleón III.—Leyendas sobre su actuación en París.—El diario de Rómulo Yegros.—Distinciones que le brindó el Emperador.—Madama Lynch.—Solano López y Bolívar. Manuela Sáenz y Elisa Lynch.—Cómo sentencian los timoratos.—La grandeza de Bolívar—¿Y Solano López?**

Uno de los primeros actos de Carlos Antonio López fué ponerse en relación con todos los gobiernos civilizados del mundo.

Como resultado de sus gestiones diplomáticas, pronto el Paraguay salió del aislamiento en que había vivido, entrando de lleno en la convivencia internacional.

De todas partes nos llegaron los mejores testimonis de sincera simpatía, reconociéndose nuestra independencia y formulándose votos por nuestro resurgimiento.

Y no tardaron en llegar a nuestra capital los representantes de las grandes potencias, con los que firmamos tratados de amistad, comercio y navegación.

Para responder a estas atenciones, para restablecer nuestras relaciones con la madre patria, y con otros fines relacionados con el desenvolvimiento de nuestro progreso, fué enviado a Europa, como ministro plenipotenciario, el general López, que era ya, a la sazón, el hombre más preparado y más discreto de su país.

El domingo 12 de junio de 1853 partió de la Asunción, a bordo de la nave de guerra *Independencia del Paraguay,* llevando como secretarios a don Juan

Andrés Gelly y a don Angel Benigno López. Le acompañaban también el entonces comandante Vicente Barrios, el capitán José María Aguiar, el teniente Rómulo Yegros y el alférez Paulino Alen.

El 14 de septiembre llegó el representante paraguayo a Southampton, pasando en seguida a Londres, donde mereció la más amable acogida por parte del gobierno británico (1).

En aquella ocasión tuvo oportunidad de conocer allí personalmente al famoso publicista argentino don Nicolás Calvo, quien había de ser después uno de sus corresponsales secretos en el Río de la Plata.

Tomamos de una correspondencia enviada por dicho escritor a un diario de Buenos Aires los párrafos que siguen, subrayando las palabras que trasuntan la impresión que le causara el representante paraguayo:

«Tenemos aquí al general López, ministro plenipotenciario del Paraguay, que pronto pasará a París. *El general es un hombre distinguido en sus modales, dotado de una fisonomía inteligente y apacible, que gana la voluntad del que le trata.* Su viaje a Europa es, a mi juicio, una garantía de prosperidad y un gaje de progreso y de mejora infalible para su patria. *Observador, reservado y estudioso, se ve en sus acciones la preocupación del hombre seriamente contraído a llevar la aplicación de lo bueno y de lo útil que la Europa le presenta en provecho de su patria.*

»El Paraguay, ofreciendo una estabilidad que, desgraciadamente, falta entre nosotros, llama ya la atención de la Europa comercial, y la emigración

(1) El lunes 5 de diciembre de 1853 fué recibido Solano López por la Reina Victoria en su palacio de la isla de Wight. Rómulo Yegros, al anotar este hecho en su minucioso diario, escribe: «Después de haber visto el señor general a la Reina, dice que le ofreció su vapor de paseo para que regresase y su coche para que lo usase en el puerto. Esta oferta fué aceptada por el señor ministro. El inmenso gentío que había en la ribera y los marineros, al verle bajar, creyeron que era la Reina la que venía a su paseo de costumbre... Por este feliz viaje vemos que el señor general es tenido en mucho aprecio por la Reina y sus ministros.»





Elisa Alicia Linch, después de la guerra

agrícola de que tanto necesitan estos países puede muy bien acordarle la preferencia, tanto más cuanto que es éste uno de los puntos a que *el ilustrado general Lópes* contrae su preferente atención, y reuniendo, *como reune, a la capacidad personal* los medios materiales y pecuniarios de desenvolver su plan, poco arriesgo es presagiar que una corriente de emigración europea no tardará en pronunciarse hacia el Paraguay.

»Esta legación es, quizás, la más numerosa que ha venido de la América, y hará buena figura en *la lujosa Corte del Emperador Napoleón.*»

Después de una corta estada en Londres, y antes de visitar, como deseaba, las grandes ciudades manufactureras del reino, a causa del cólera, que empezaba a propagarse en forma alarmante, pasó a Francia, donde fué recibido en sesión pública por Napoleón III, quien, desde un principio, le brindó sus simpatías, así como la hermosa Emperatriz.

Muchas leyendas se han forjado sobre su paso por París y sobre el deslumbramiento que causó en su alma el falso brillo de aquella Corte corrompida.

Tenemos a qué atenernos sobre el carácter del joven patriota, sobre las intimidades de su alma, sobre sus verdaderas inclinaciones.

Sabemos que era morigerado en sus costumbres y que desdeñaba los laureles de la gloria militar. Sabemos que en su alma no cabía otra ambición que la de ver a su patria engrandecida y en paz con sus vecinos...

Mal, pues, podía seducirle una Corte marcial, fastuosa, pero degradada, o los encantos íntimos de una ciudad alegre.

En su mente no llevaba clavada sino una sola idea fija: la prosperidad de su pequeño país.

Inútil buscar documentos, pruebas reales de que hubiese llevado en París una vida licenciosa.

Inútil pretender dar verosimilitud siquiera a las patrañas forjadas por los falsificadores de la historia.





Queda, felizmente, el diario íntimo de uno de sus compañeros—el mayor Rómulo Yegros—gracias al cual podemos seguirle, sin perderle de vista un momento, a través de la gran ciudad.

Y por ese diario sabemos toda la verdad de su actuación irreprochable [1].

Lo que hay de cierto es que Eugenia, que quiso confundirle con uno de esos embajadores semibárbaros de los países orientales, quedó prendada de su gentileza tan pronto como lo conoció en una de las fiestas de Palacio. Y que Napoleón, que era un hombre de vasta cultura, se sintió sorprendido en presencia de aquel joven lleno de ilustración que, en un francés correcto, disertaba con él sobre las más diversas cuestiones, con un dominio absoluto de la política europea y de la historia del mundo.

Aquella simpatía se transformó pronto en amistad, que le valió las más honrosas distinciones.

Así, es verdad que el Emperador lo invitó una vez a presenciar unas maniobras militares, brindándole el comando de las tropas, en medio del estupor de los presentes.

López, sin afectación y sin embarazo alguno, agradeció aquella inusitada distinción, dando en el acto las órdenes correspondientes y haciendo desfilar batallones y regimientos en su presencia con singular acierto.

Precisamente toda su cultura militar era francesa, estando bien interiorizado de los secretos de su táctica y de su estrategia.

(1) A más del diario íntimo de Yegros, se conserva su libro de cuentas, en que anotaba minuciosamente, como cajero de la Legación, hasta los gastos más insignificantes. Y es realmente notable ver gráficamente la estricta economía con que vivían, quedando consignado hasta las pequeñas sumas que el mismo López recibía para sus necesidades particulares. Hasta la leña, las verduras y la carne que consumían diariamente están escrupulosamente apuntados. Más aún, hasta las limosnas que daban.

Uno de los gastos mayores consistía en el pago de los libros que continuamente compraba el jefe de la Legación.

Y, sin embargo, se ha dicho, y se ha repetido, que aquella modesta, pero lucida embajada gastó millones para presentarse a las Cortes europeas con una pompa oriental.



No podía, pues, tomarle de sorpresa aquel rasgo inesperado del Monarca.

Por lo demás, en París, como en Londres, no perdió su tiempo en frivolidades, trabajando por allegar ventajas a su patria, procurando abrir mercados a nuestros productos, vincularnos a la banca europea y encaminar hacia nosotros una buena corriente de emigración.

Y los resultados de sus gestiones fueron tan fecundos, que el Paraguay se vió pronto impulsado por un creciente progreso, en medio de una renovación completa.

No hemos de omitir aquí un detalle íntimo de su vida que ha dado lugar a tantas injustas acusaciones, a tantos calumniosos denuestos.

Nos referimos a sus relaciones con la famosa Elisa Alicia Lynch, a quien amó apasionadamente desde el momento que la conoció en París.

Esta célebre mujer, tan vinculada a nuestra historia, tan discutida y tan interesante a los ojos del investigador sereno, nos ha dejado en un panfleto poco conocido los siguientes datos autobiográficos:

«Nací en Irlanda, el año 1835, de padres honorables y pudientes, perteneciendo a una familia irlandesa que contaba, por parte de mi padre, dos obispos y más de setenta magistrados, y, por parte de mi madre, un vicealmirante de la Marina inglesa, que tuvo la honra de combatir, con cuatro de sus hermanos, a las órdenes de Nelson, en las batallas del Nilo y Trafalgar.

»Todos mis tíos fueron oficiales de la Marina o del Ejército inglés. Mis primos lo son hoy, y varios otros de mis parientes ocupan altas posiciones en Irlanda.

»El 3 de junio de 1850 fuí casada en Inglaterra, a la edad de quince años, con Mr. Quatrefages, persona que ocupa un alto puesto en Francia. A su lado viví tres años, residiendo en Francia y Argelia, sin tener descendencia.

»Separada de él a causa de mi mala salud, me re-



uní a mi madre en Inglaterra, quedando algún tiempo con ella. Estuve después con mi tío, el comandante de la Marina real inglesa, Willan Royle Crooke, y su esposa, hermana de mi madre.

»Residí en París muy poco tiempo, y, mientras estuve allí, viví con mi madre y la familia de Straffor, compuesta de la madre y tres hijas, siendo el padre magistrado en Dublín.

»Poco tiempo después de separada de mi esposo conocí al mariscal López, y ya en 1854 me encontraba en Buenos Aires, de paso para Asunción.

»Los que se han empeñado en presentarme como una mujer de mala vida en París, se encuentran descubiertos ante la evidencia de lo que dejo referido, porque falta materialmente el tiempo necesario para que yo haya podido entregarme a la vida licenciosa que se ha pretendido atribuírme.

»No he podido, pues, ser la mujer que han pintado mis enemigos.

»El antecedente más desfavorable a mi reputación ha sido el hecho de mi matrimonio. Casada y pasando a ser la compañera del mariscal López era autorizar el cargo de adúltera.

»Hasta hoy no he querido desmentir esta acusación por motivos de delicadeza que me obligaban a no perjudicar la posición que ocupa Mr. Quatrefages. Pero ahora estoy obligada a romper ese silencio, porque me debo a mis hijos y mi nombre está ligado a una época histórica.

»Mi matrimonio con Mr. Quatrefages fué considerado nulo por no haberse cumplido las formalidades exigidas por la ley, y la prueba más concluyente de ello es que él se volvió a casar en 1857 y tiene varios hijos de ese matrimonio.

»Dados estos antecedentes respecto a mis primeros años, no necesito detenerme a dar cuenta de los quince años que residí en el Paraguay, porque nadie, nadie, se atreverá, ni se ha atrevido, a atribuírme una deslealtad al hombre al cual ligué mi porvenir.»



Tal es la madama Lynch de la realidad, pintada por ella misma con emocionante sinceridad...

Mujer de extraordinaria belleza y distinción, llena de talento y de una discreta cultura, despertó en Solano López, repetimos, un amor apasionado.

Se conocieron un día en la estación de San Lázaro... se conocieron y se amaron.

He aquí una historia bien corta y bien humana.

Se amaron locamente, con toda la fuerza juvenil del primer amor, de un amor que había de salir triunfante de pruebas terribles, que había de ser superior al infortunio, a la desesperación y hasta a la muerte.

En una palabra, Solano López había encontrado en su camino la compañera que le deparaba su trágico destino. Y ésta, respondiendo también a un mandato superior, le dió la mano y lo siguió en la vida.

Y hasta falta novedad a esta romántica aventura.

¿Quién ignora la historia de Manuela Sáenz, la famosa *Libertadora,* la madama Lynch de Bolívar?

Era también casada, joven y hermosa.

Amada apasionadamente por su esposo, feliz en su hogar, conoció un día al héroe venezolano.

Conocerlo y amarlo fué todo uno.

Había nacido para ser la compañera abnegada y fuerte de aquel señor de naciones.

Y dejó su hogar y su patria para seguirle, compartiendo su suerte, sus días de gloria y sus días de desolación y de abandono.

Más todavía: Bolívar nada respetó en su amor a aquella seductora extranjera.

Vivió con ella públicamente, instalándola a su lado en el palacio de Gobierno.

En esto se diferencia del héroe paraguayo, que guardó siempre las apariencias, y ni aun en plena guerra vivió obstensiblemente con la que sólo era su compañera.

¿Y quién hace cargos a Bolívar?

¿Quién ha tenido la insensatez de negar su grandeza por que amó a una mujer casada?

¡Ah, la vida íntima de los grandes hombres!

La pasta humana es una.

Y nadie escapa a las debilidades inherentes a nuestra naturaleza.

Bolívar, como Solano López, es grande en lo que tuvo de grande, y su grandeza no disminuye por las flaquezas de su corazón o por las fallas de la parte negativa de su personalidad pujante.

Sólo los timoratos sentencian en materia histórica viendo las cosas con el daltonismo de su espíritu unilateral.

Una vida es algo demasiado complejo, algo intrincado y múltiple, que no puede juzgarse por una sola de sus manifestaciones.

Y, sobre todo, no es posible dar a nuestros prejuicios sociales de ayer y de hoy un carácter de eternidad, juzgando y condenando lo que no es sino la más espontánea manifestación del instinto indestructible de la vida.

Bolívar es grande sin su *Libertadora*, y hasta es grande por su *Libertadora*, con la grandeza que da un inmenso amor, deshonesto en su apariencia, pero puro en sus intimidades.

¿Y Solano López?

¡Pesa sobre él la fatalidad de la derrota...!

## V

**Solano López en Madrid.—Sus dotes de diplomático y su energía.—Controversia con el ministro de Relaciones Exteriores.—Autoridad con que discutía.—Su estilo inconfundible.—Sus éxitos en Italia.—Honores recibidos.—Regreso a la Asunción.—Confidencias a Andrés Lamas.—Es nombrado ministro de Guerra.—Podía descansar el viejo piloto.**

De París pasó a Madrid, donde presentó sus credenciales, gestionando un tratado de paz con la madre patria.

Tocóle en la Corte española poner a prueba sus dotes de diplomático y su singular energía.

Desde el primer momento encontró dificultades insalvables en las extrañas pretensiones de la Cancillería, que se empeñaba en sentar principios inadmisibles de derecho internacional, en cláusulas que rechazó resueltamente.

Así, quería el señor Angel Calderón de la Barca, ministro de Relaciones Exteriores, que se estableciera que los hijos de españoles nacidos en el territorio del Paraguay tendrían el derecho de optar por ser paraguayos o españoles, y otras estipulaciones por el estilo, contrarias al derecho de gentes, a las leyes de la República y hasta el decoro nacional.

Con tal motivo tuvo que formular numerosas notas, en las que se ve el rastro de la garra del león. Su estilo es inconfundible, siendo imposible no reconocer en todo cuanto escribió desde entonces el sello potente de su personalidad.

Aquel joven, que por primera vez salía de su pa-



tria, hablaba con la autoridad de un hombre cargado de experiencia y acostumbrado a tratar de igual a igual a los más poderosos de la tierra.

Todo es dignidad, energía, autoridad en lo que escribe. Se ve que se siente fuerte en su derecho: no consiente en ceder un ápice a su contendor.

Y cuando se convence de que no hay nada que hacer ya frente a la terquedad de la Cancillería española, a la que ha demostrado inútilmente la sinrazón de sus pretensiones y hasta sus flagrantes inconsecuencias, anuncia oficialmente su retiro, y se marcha, sin perder la línea de la más exquisita cortesía.

Meses después, cambiado el ministro de Relaciones Exteriores, recibió un llamado del nuevo titular de dicha cartera, que se avenía, por fin, a zanjar todas las dificultades.

Pero era ya tarde. El ministro paraguayo contestó que le era imposible volver a Madrid, porque había sido llamado por su Gobierno y en el puerto de Burdeos le esperaba, con los fuegos encendidos, un vapor de guerra de su país, listo para partir. (1)

(1) La siguiente nota, dirigida al señor Angel Calderón de la Barca el 6 de junio de 1864, da una idea de la competencia, altura y energía con que realizó sus gestiones en la Corte de Madrid:

«El que firma, brigadier general de la República del Paraguay y ministro plenipotenciario de la misma para el ajuste y conclusión de un Tratado de paz y amistad con S. M. C., ha recibido ayer, a las ocho de la noche, el proyecto de Tratado que su excelencia el primer secretario de Estado de S. M. C. se ha servido remitirle, y las observaciones acerca del mismo Tratado.

El general que firma ha leído detenidamente uno y otro documento, y halla que el proyecto de Tratado conserva, en su mayor parte, y con muy pocas variaciones, los mismos artículos que fueron materia de discusión en las conferencias del 27 del pasado y 1.° del corriente entre su excelencia el primer secretario de Estado y el que firma, y sobre los que no lograron, seguramente muy a su pesar, ponerse de acuerdo; las observaciones que acompañan al Tratado no destruyen las razones que expuso el infrascrito, tanto en dichas conferencias cuanto en el pliego de observaciones que acompañó a su proyecto presentado el día 1.°, y por consiguiente no puede aceptar esos artículos...

En la conferencia a que el abajo firmado fué admitido el 27 del pasado manifestó francamente su repugnancia a suscribir el contenido del artículo 8.°, relativo a que el Gobierno de la República se preste, en virtud del Tratado, a que los españoles que por cualquier motivo hayan adoptado la nacionalidad de la República puedan recobrar la suya primitiva, y que sus hijos nacidos en el territorio de la República tengan el derecho de optar por la nacionalidad que quisiesen.



**Solano López, en 1853. (Retrato a la acuarela de David.--París.)**

El más completo éxito coronó sus gestiones ante el Rey de Cerdeña, consiguiendo sin dificultad que fueran canjeados y ratificados los Tratados firmados en Asunción.

Por todas partes no encontró sino buena voluntad para su patria y para su persona, recibiendo de Napoleón las insignias de Comendador de la Legión de Honor y del Rey de Cerdeña las de Comendador de San Mauricio y San Lázaro.

Hasta el tirano Rosas, nuestro implacable enemigo, refugiado entonces en Inglaterra, requerido para dar informes sobre el Paraguay, no titubeó en decir que era el único país al cual se podía abrir un crédito ilimitado, certificando que la firma de nuestro ministro estaba garantida por las riquezas de un pueblo

---

El que firma ha manifestado ya y ha explanado en sus anteriores observaciones las razones que le impedían aceptar este artículo y suscribirlo; él arroja el concepto de que el Supremo Gobierno del Paraguay pueda alguna vez resistir que un español o cualquier otro extranjero que haya tomado la nacionalidad paraguaya recobre, si le conviene, su primitiva nacionalidad y renuncie las ventajas de ser ciudadano paraguayo; el Gobierno del Paraguay considera que este es un derecho incontestable en todo extranjero, y el que firma ya ha dicho que a ningún extranjero impone nacionalidad ni le impide que la renuncie, si la ha tomado y le conviene dejarla.

Por las leyes de la República, como por las de toda nación civilizada, por las leyes de España, de Inglaterra y demás naciones cultas el que nació en su territorio es ciudadano o súbdito paraguayo, español, inglés, etc., y es considerado y tratado como tal en todos los casos, cualquiera que sea la nacionalidad extranjera o pabellón a que se haya acogido. El Gobierno del Paraguay, siguiendo el ejemplo de naciones tan adelantadas, mantiene y mantendrá rigurosamente este principio tan importante, tan fecundo en consecuencias y tan moral. La relajación de tal principio daría lugar al escándalo de que un ciudadano que hubiera atentado contra su país se presentase de nuevo en él amparado por una nacionalidad extranjera y haciendo alarde de su impunidad.

Por tan poderosa consideración, el plenipotenciario del Paraguay jamás consentirá que el hijo de un español, inglés o francés nacido en el Paraguay deje de ser paraguayo por haber adoptado una nacionalidad extranjera; tómela, si le conviene, pero hágalo sabiendo que la República le considerará y tratará siempre como un ciudadano de ella y sujeto por esta calidad a los deberes que le impone.

El plenipotenciario de la República del Paraguay no debe ni tiene el derecho de juzgar las razones que hayan movido al Perú y a otras Repúblicas de América a consentir en tal estipulación. El debe solamente consultar la dignidad y los intereses del país que tiene el honor de representar. Si el Gobierno de S. M. C. piensa que por no consignarse tal artículo en el Tratado con el Paraguay se establecería un precedente en que pudieran apoyarse otros Estados americanos, su excelencia el primer secretario de Estado le permitirá observar que



pacífico y trabajador y por la solvencia del Gobierno más serio de América.

Puede decirse, pues, que su misión fué coronada por el más completo éxito.

Y así, después de haber hecho un lucido papel diplomático; después de haber estudiado detenidamente todo lo que podía interesar a su patria; después de haber hecho magníficas adquisiciones, asegurando el concurso de hombres e instituciones de trascendental importancia, regresó, a bordo del hermoso y veloz vapor *Tacuarí*, adquirido por él en Inglaterra.

El 11 de noviembre de 1854, a las diez y media de la mañana, partió de Burdeos, llegando a la Asunción en la tarde del 21 de enero de 1855.

Venían con él, a más del personal de la Legación, numerosos técnicos contratados en Inglaterra y Francia, entre ellos los ingenieros Whitehead y Ri-

---

si tal omisión es un precedente perjudicial, la ocasión de evitarlo ha pasado ya, pues se dejó de consignar en el Tratado con Méjico, después de lo cual ya no puede alegarse tal inconveniente.

Tampoco puede el plenipotenciario de la República del Paraguay consentir en lo que se dice en los artículos 9.º y 13.º

Por el artículo 13.º se autoriza a los agentes diplomáticos y a los cónsules a reclamar y hacer que se restituya a bordo los desertores de los buques de guerra y mercantes de su nación, obligándose los gobiernos contratantes a prenderlos, custodiarlos y restituirlos. Y el plenipotenciario del Paraguay ha manifestado ya que una estipulación sobre este punto es enteramente ajena a un Tratado de paz y de amistad; es un punto de suma gravedad que todos los gobiernos han reglado por Tratados especiales en que se ha consultado una rigurosa reciprocidad que por ahora y en algunos años más no puede existir entre España y el Paraguay; y por esta razón, sin duda, se ha omitido tal estipulación en los Tratados con Méjico, Venezuela y otros Estados americanos que hacen un comercio directo con España; en tales circunstancias, introducir en el Tratado con el Paraguay una estipulación como la de que se trata sería, a más de todo lo que contra ella queda expuesto, una singularidad muy inconveniente

Le es muy penoso al infrascrito no poder prestarse a los deseos de su excelencia el primer secretario de Estado, y sólo le consuela la convicción de que el Gobierno de la República del Paraguay y él personalmente han hecho todo lo posible por ajustar y concluir un Tratado de paz y de amistad con S. M. C. El que firma se permite asegurar a su excelencia el primer secretario de Estado que esto no disminuirá ni alterará las buenas disposiciones del Gobierno de la República hacia los súbditos de S. M. C. y que tratará a los que lleguen a ella con todas las consideraciones de una nación amiga a quien la ligan antiguas y fuertes relaciones.

El abajo firmado aprovecha esta nueva ocasión, etc.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»



chardson, que tan valiosos servicios habían de prestar al Paraguay.

A su paso por Río Janeiro se entrevistó con el Emperador y con varios personajes de la Corte, tratando, inútilmente, de buscar una solución a las graves cuestiones que empezaban a poner en peligro la paz entre el Brasil y nuestro país.

Visitó también a don Andrés Lamas, uno de cuyos hijos —Pedro S. Lamas, *Etapas de una gran política*— nos ha transmitido las confidencias del gran paraguayo a su ilustre padre.

«Francisco Solano López - dice—visitó a mi padre, de regreso de Europa. Yo conservo de él la impresión de un joven *apuesto, algo grueso*, de finos y distinguidos modales. Venía imbuído de *los grandes destinos de su patria.*»

Y pone en sus labios estas declaraciones:

«Si alguna vez se repiten agresiones como las de Rosas (al Uruguay), vengan de donde vengan —subrayando estas últimas palabras—, piensen los orientales que existe un pueblo, metido entre las selvas del continente, que los sabrá hacer respetar. El Paraguay va a poder lo que no ha podido, y si ese pueblo va a conciliar, como los de la antigüedad, el manejo de los instrumentos de labranza con los de la milicia, habrá sido obra de Rosas, que, al pretender someternos, despertó en nosotros un instinto que no sospechábamos: el de la resistencia, el de la fuerza que repele la fuerza... Nadie sabe el destino que le espera, y, en cuanto a mi país, si algún pensamiento lo agita es el de *pesar en la política del Río de la Plata en un sentido pacífico y sin más propósito que el que se conserve el actual equilibrio, buscando en él la garantía de su propia conservación y autonomía,* beneficio que peligraría el día que la Argentina o el Brasil, los eternos rivales, llegue uno u otro a preponderar decididamente y sin control en esta parte de América... Entre el Paraguay y el Uruguay existe un interés común, y por eso debieran entenderse: el de evitar que desaparezca o que se



rompa el equilibrio, el de prevenir que impere uno u otro de nuestros vecinos.»

Ya veremos cómo las palabras transcritas condensan todo el pensamiento político de López. En síntesis, expresaban íntegramente el fundamento de su política exterior.

Allí están ya formuladas las bases de ese gran principio del equilibrio del Río de la Plata, fundamento de la autonomía de las pequeñas patrias de esta parte de América, en nombre del cual el Paraguay se sacrificó en medio de la rechifla de los que navegaban en las turbias aguas del imperialismo brasileño.

Por lo demás, las apuntadas confidencias son el mejor desmentido a los que han dado un origen tan deleznable a la conflagración del 65, atribuyendo la actitud de López a la propaganda irritante de la prensa porteña contra el Gobierno del Paraguay.

Como se ve, esa actitud respondía a una firme resolución y a principios bien meditados y profundamente arraigados.

Pero sigamos.

Esperaban a nuestro héroe las más graves dificultades a su vuelta, dificultades de las que había de salir airosamente en un principio, gracias a su talento, a su preparación y a su energía.

Apenas llegó, elevó al ministerio de Relaciones Exteriores un largo memorial, en el que daba cuenta de todos los pormenores de su misión.

Sus actos fueron aprobados por su padre, y también por el Congreso nacional. reunido en 1854.

Reelecto Carlos Antonio López por este Congreso, nombró ministro de la Guerra y general en jefe del Ejército nacional al que tantos méritos tenía ya adquiridos, dejándole desde este momento la dirección efectiva de los negocios públicos.

Y fué entonces cuando dió la medida de su valer, de su actividad y de su espíritu progresista.

Entraba el Paraguay en un período de pruebas sucesivas y, al mismo tiempo, de completa renovación.

Gravísimas cuestiones internacionales iban a poner en peligro hasta su existencia de país soberano, y una serie de felices iniciativas iba a dar un vuelo mucho mayor a su prodigioso desenvolvimiento económico y cultural.

Pero el hombre que hacía falta en aquellos momentos estaba ya en la popa de la nave, con la mano puesta en el timón y la vista fija en el porvenir.

El viejo piloto podía, entretanto, darse a un merecido descanso, fiado en la pericia del que ocupaba su puesto, sin renunciar por esto a trazar rumbos e indicar derroteros.

## VI

**Cuestiones con los Estados Unidos.—Hopkins.—El "Water Witch".—El imperialismo yankee.—Solano López organiza la defensa.—Interviene Urquiza.— Actitud del sicofanta Manuel Pedro de Peña ante el invasor que llegaba.— Los mismos de siempre.—Esfialtes es un tipo humano.—Recordar a los traidores es ya castigarles.**

Dos cuestiones tuvo entonces el Paraguay con los Estados Unidos, cuestiones nimias, en un principio, magnificadas después, hasta tomar trágicas proporciones.

Un sujeto llamado Eduardo Augusto Hopkins, cónsul norteamericano, había fundado en 1853, en Asunción, la *Compañía de Navegación de Estados Unidos en el Paraguay*, obteniendo de nuestro Gobierno un préstamo de diez mil pesos oro, sin ninguna garantía, aparte de otros servicios y privilegios.

Pues bien, este aventurero, con motivo de un incidente provocado por un hermano suyo, se permitió producirse con toda insolencia en sus comunicaciones oficiales a la Cancillería, dándose un carácter diplomático que no tenía.

Como era natural, se le cazó el *exequátur*, comumunicándosele a su Gobierno lo ocurrido.

El Presidente Buchanan desaprobó la conducta de su cónsul, nombrándole un reemplazante. Pero he aquí que ocurrió el cambio de presidencia, y con esto cambió también el criterio de la Cancillería americana, que, cayendo en flagrante contradicción, se puso de parte de Hopkins.

Más o menos en la misma época ocurría la enojosa cuestión del *Water Witch*.

Un buque americano de este nombre había solicitado permiso para explorar, con fines científicos, el alto Paraguay. Y después de subir hasta Bahía Negra, regresó a nuestra capital, donde su capitán correspondió a las deferencias de nuestro Gobierno abrazando públicamente la causa de Hopkins y manifestándose en forma agresiva contra nuestras autoridades, sin ser molestado por nadie.

Y no contento con esto, ya de regreso, violando expresas prohibiciones, intentó navegar por un brazo del Paraná, exclusivamente nuestro, que, por razones estratégicas, estaba cerrado a las banderas extranjeras. La fortaleza de Itapirú le ordenó que se detuviera, y como siguiese avanzando, le hizo fuego, causándole algunas averías y obligándole a retroceder malparado.

Estos dos hechos desataron el imperialismo yankee, dando lugar al envío de una poderosa escuadra, con un ejército de desembarco, contra el Paraguay.

Solano López, como responsable inmediato de la defensa nacional, hizo los preparativos del caso para repeler aquella bárbara e inusitada agresión.

Inmediatamente el país entero se puso en pie de guerra, trabajándose noche y día para organizar la resistencia.

Pero aun no había llegado la hora de la prueba suprema para el Paraguay.

Intervino el general Urquiza, presidente de la Confederación Argentina, y todo se arregló pacíficamente y sin desdoro para nosotros.

Ambas cuestiones fueron sometidas a un tribunal arbitral, cuyo fallo nos fué favorable.

Solano López fué el alma de todas estas negociaciones, y en todo el curso de ellas, en nuestro país y en los Estados Unidos, donde José Berges no hizo sino ceñirse a sus minuciosas instrucciones, renovadas y ampliadas en una activa correspondencia.

Y es del caso recordar que en aquellos momentos

de angustia nacional los enemigos de López, refugiados «en su patria de Buenos Aires», batieron palmas al conquistador que llegaba, protestando contra la intromisión de Urquiza y haciendo votos por el triunfo de los americanos.

El conocido y afamado sicofanta Manuel Pedro de Peña dirigió a los expedicionarios un manifiesto laudatorio, que empezaba así:

«¡Bien venidos seáis a estas playas sudamericanas, ilustres americanos del Norte! ¡Bien venidos seáis, digo, porque sé que os dirigís al Paraguay!»

Y agregaba aquel hombre de vileza inaudita:

«Pues id al Paraguay, y no hallaréis una nación, no hallaréis una República, sino una masa de hombres cuya educación hace imposible su regeneración por sí misma... Vais a ver ese país... uno de los más ricos y favorecidos por la naturaleza; pero el más atrasado, el más esclavizado, el más abyecto!»

Los que así hablaban eran los mismos que habían venido con Belgrano, en los albores de nuestra independencia, pidiendo después al tirano Rosas la conquista del Paraguay, y los mismos que más adelante vendrían como baqueanos de la Triple Alianza para contribuir eficazmente al exterminio de su patria. (1)

---

(1) El documento que va en en seguida da la medida moral de los emigrados que combatían a López. No necesita comentarios:

¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

¡MUERAN LOS SALVAJES ASQUEROSOS UNITARIOS!
¡MUERA EL LOCO, TRAIDOR, SALVAJE UNITARIO URQUIZA!

*Exposición que elevan los paraguayos que suscriben a su excelencia el señor gobernador y capitán general de la provincia, jefe supremo de la Confederación Argentina, brigadier don Juan Manuel de Rosas.*

Excelentísimo señor: La provincia del Paraguay, sin duda más desgraciada que todos cuantos pueblos infelices puede haber sobre la tierra, por la crueldad, capricho y torpeza de un gobernante sin virtudes, sin patriotismo y sin capacidad, sufre un conjunto de males de un orden extraordinario en la línea de padecimientos.

Constituido el Paraguay hace más de treinta y dos años en un calabozo o prisión general de sus hijos, padecen éstos la dura servidumbre de los encarcelados, y la desesperación del cautivo que ve a sus semejantes en el goce de su libertad.

Fuera de este padecimiento tan grave como prolongado, todas las clases y aun cada individuo paraguayo, tiene uno o más trabajos que pesan sobre él con especialidad: reformas generales en las costum-





¡Raza de víboras!... La pluma tiembla en la mano al recordarles, y el fuego de una santa pasión hace arder nuestro corazón en presencia de tanta villanía!

Desgraciadamente, estos abortos repugnantes son una fatalidad que mancha la historia y a la que ningún pueblo ha podido escapar.

---

bres, exigidas instantáneamente y con rigor; restricciones innumerables, impuestas en el mezquino comercio interior establecido en la provincia; el estanco de la madera, y particularmente de la hierba, que ha sumido en la mayor miseria á todos los habitantes de las villas del Norte, no permitiéndoles cambiar de departamento a los que lo han solicitado, a fin de proporcionarse otra industria para vivir; la creación del papel moneda; el mantenimiento en pie de un Ejército hacia el cual ha arrastrado toda la juventud decente, a la que, en la clase de soldados, ha diseminado en el Ejército por temor de mantenerlos reunidos; los fuertes trabajos a que bajo el látigo de un capataz ha sometido a todos los soldados del Ejército, en las diferentes obras que en el local de su ocupación se han emprendido, como grandes desmontes, fábricas de material cocido, edificio de casas y grandes plantíos, reduciendo así a los militares a la clase de presidiarios; la escasísima ración que se les suministra para su sustento, la cual se limita nada más que a un pedazo de carne cruda, distribuida, la que da una res, ya grande o pequeña, en cien individuos, y doce onzas de hierba por mes; las ventas forzosas de sus ganados a un precio ínfimo a que ha obligado a todo hacendado para el sustento de las tropas, castigando con la pérdida del ganado y una multa igual a su valor el retraso de venticuatro horas del término prefijado para el arribo de la tropa al campamento, aun cuando fuese por caso fortuito, las prisiones, destierros y multas aplicados con tanta frecuencia, que casi no hay un individuo en la Asunción que no hubiese sido condenado en alguna de estas penas o en todas ellas, muy particularmente aquellos a quienes se les supone *sentimientos federales*. Todas estas causas, en las que nada hay de exagerado, sino la verdad pura, simple y de publicidad notoria, son las que llenan de amargura y desesperación los corazones paraguayos que ansían porque llegue el momento ***de su redención, y no la esperan de otra mano que de la del excelentimo señor*** **don Juan Manuel de Rosas.**

Además de todas las causas que se han mencionado, pudiera presentarse otro número infinito de motivos que llegan hasta hacer penosa la vida a nuestros infortunados paisanos, pero, que se omiten porque su detalle sería interminable; pero no podemos dejar de mencionar uno más, que es de bastante trascendencia y gravedad, y es que ese joven titulado general, tan inexperto en el arte de la guerra como en el de hacerse amar de sus conciudadanos, se ha concitado toda su odiosidad, siendo tan justos y tan numerosos los motivos de su odio que también sería muy largo el analizarlos.

Tan convencido se halla el *gobernador* López del desafecto que le profesan sus paisanos en general, que no se permite salir de paseo a su quinta sin una fuerte escolta, que cada día va recreciendo, y tomando medidas que revelan lo inseguro que se cree en medio de ese pueblo manso e inofensivo: hoy una fuerza exploradora, armada de lanza, le precede en su paseo, fuera de la que rodea su persona. Hablando con un juez de paz le decía estas palabras: «Yo aguardaría a que Rosas me trajera la guerra y adoptaría la de recursos, pero desconfío de los paraguayos». Esto revela cuán convencido se halla del



Los Esfialtes son tipos humanos, afrenta común de nuestra especie.

Ante ellos no debemos avergonzarnos, ni la historia debe perder su serenidad. Excrecencia de las más ruines pasiones, engendros morbosos de la más baja degeneración, debemos pasar ante ellos sin de-

---

verdadero sentimiento de sus compatriotas, pues que ni su propia conveniencia le ha hecho guardar el silencio que debía sobre su justa desconfianza.

Los sentimientos, pues, bastante conocidos, de todas las clases del pueblo paraguayo y la impericia militar causada por la desconfianza de aquel gobernante para introducir personas de reconocimiento en lo que él llama ejército, han formado en nosotros y en una gran parte de nuestros compatriotas *la convicción de que un número escaso de fuerzas de la Confederación* **reincorporaría la provincia.**

A pesar de esta convicción íntima, creemos prudente guardar silencio. Espectadores de los sucesos grandiosos y llenos de gloria con que ha enaltecido a la República Argentina el jefe supremo de ella en la grave y difícil cuestión europea, que parecía ya a su término, esperamos, y no distante, llegaría un momento en que al menor impulso *se desarrollasen todas las simpatías que existen hacia la persona de vuestra excelencia en el oprimido pueblo paraguayo* Mas hoy, que creemos ver alejarse este momento, *porque una turba de revoltosos ebrios de ambición,* vuelven a enarbolar el estandarte de la rebelión, capitaneados por el *loco, traidor, salvaje unitario Urquiza*; hoy, que un Gabinete pérfido (no diremos con mengua de su honra, porque siempre ha sido menguado el honor de esa raza, mitad europea y mitad africana) se alía a los rebeldes para impulsarlos a la anarquía y abandonarles en la hoguera, porque destituidos de valor y fuerza física para cargar un fusil, la liviana intriga es su arma favorita; hoy que no miramos distante el que *ese infame Imperio de intrigantes, siempre funesto para nuestro país,* le arrastre otra vez a la guerra, envolviéndolo en inmensos males; hoy, en fin, que nuevos datos adquiridos vienen a asegurarnos *la constante disposición de nuestros paisanos,* **y sus votos por unirse a la Confederación Argentina a que pertenecen,** nos acercamos a vuestra excelencia para decirle: *Señor, con el apoyo de dos mil hombres, que silenciosamente y con rapidez marchen por el Chaco hasta la Asunción,* **es infaliblemente tomado aquel punto** Y TODOS LOS PARAGUAYOS SOMOS YA DE VUESTRA EXCELENCIA, Y NOSOTROS NOS OFRECEMOS A MARCHAR EN LA EXPEDICION **con cualquier carácter que vuestra excelencia nos diese,** *llevando en nuestra compañía otros paisanos* **que, como nosotros, no ven la felicidad para nuestra** PROVINCIA SINO EN LA REINCORPORACION A LA CONFEDERACION ARGENTINA, BAJO EL PATERNAL GOBIERNO DE VUESTRA EXCELENCIA.

Tenemos el convencimiento íntimo de conseguir *un triunfo*, quitando un gobernante de *nuestra provincia,* que es el escándalo de la patria y el juguete del *pérfido e insidioso Gabinete del Brasil* para sus miras hostiles contra la Confederación Argentina.

Protestamos, excelentísimo señor, que al hacer esta exposición no nos mueven otros sentimientos que servir *a la causa santa de la legalidad* y el orden, que es el manantial de prosperidad de los pueblos a cuyo frente se haya (sic) vuestra excelencia; prestar un gran servicio a la humanidad y a nuestra nación, contribuyendo en lo que nos sea posible a sofocar la anarquía y, haciendo feliz a *la provincia* que nos



tenernos, apartándolos de nuestro camino al ir rastreando la verdad.

Sólo recordarles es ya castigarles.

¡No hace falta más para que caiga sobre ellos la sanción de la posteridad; tan nefando es su crimen...!

---

vió nacer, labrar nuestra propia suerte, pues siendo el Paraguay dichoso, es forzoso nos quepa una parte.

Puede ser, excelentísimo señor, que hubiésemos escrito mucho superfluo y omitido mucho sustancial. Por tanto, nos ofrecemos a informar a vuestra excelencia con la misma buena fe y verdad sobre todos aquellos puntos que, por falta de previsión, hubiésemos callado, toda vez que sea del supremo agrado de vuestra excelencia.

Somos de vuestra excelencia los más fieles, atentos y SUMISOS servidores.—*Fernando Iturburu.—Carlos Loizaga.*

Buenos Aires, Septiembre 18 de 1851.

## VII

**Nuestras relaciones con el Brasil. – El amor del Imperio no era platónico. – El secreto de su política. – El barómetro de su audacia. — Avance en nuestro territorio. — Actitud enérgica de López. – El tratado de 1850. — El Brasil paladín del equilibrio del Río de la Plata. — El Paraguay garante la independencia del Uruguay. — El lenguaje diplomático brasileño. — El Imperio después de Caseros. Proclama la guerra como única solución del pleito con el Paraguay. — Un curioso ULTIMÁTUM. – La expedición de Oliveira. – Su fracaso. — Labor de Solano López ante el peligro.**

En aquella misma época sobrevino una grave cuestión con el Brasil, que estuvo a punto de provocar la guerra, y en la que, una vez más, salió triunfante la energía y la pericia diplomática de Solano López.

Ya dijimos que el interés que demostró el Imperio por la conservación de nuestra independencia respondía a móviles puramente egoístas.

No fué por un amor platónico al Paraguay que se empeñó en que las potencias amigas reconociesen nuestra soberanía, en que creciesen nuestras fuerzas defensivas y se acrecentase nuestra prosperidad económica.

Lo que buscaba era que Rosas no pudiera realizar su sueño imperialista, es decir, que no pudiese reconstruir el Virreynato, recuperando los territorios usurpados por los portugueses y aplastando a sus herederos en esta parte de América.

A esto respondió, exclusivamente, su política en



el Río de la Plata, hasta la caída del hombre de Santos Lugares, éxito el más ruidoso de su astuta diplomacia.

Pero, entretanto, no descuidó sus intereses ni se apeó de sus voraces ambiciones territoriales.

Así, si en un principio, Pimenta Bueno, lléno de humildad y benevolencia, se avino a firmar con López el Tratado de 1844, tan ventajoso para nosotros, más adelante la Cancillería de San Cristóbal—que no ratificó por cierto ese Tratado—fué aumentando paulatinamente sus pretensiones, hasta llegar a extremos increíbles.

El barómetro de su audacia estaba en el Plata.

Según que fuese bien o mal a los enemigos de Rosas—detrás de los cuales se agazapaba el Imperio—, así subía o bajaba su arrogancia.

Y esto explica el desenvolvimiento de aquel pleito territorial, en el que, bajo las apariencias de una conducta tornadiza y contradictoria, se entrevé la pertinacia en conseguir el fin que se persigue.

Haciendo las protestas de la más fiel amistad, el Brasil no cedió nunca, ni un ápice, en sus pretensiones.

En vano fueron y vinieron nuestros plenipotenciarios a Río, y se firmaron Tratados y se discutieron títulos y se expusieron derechos... Las cosas no pasaron de proyectos; vale decir, de meras palabras.

Y, entretanto, el Imperio, que, en lo que a nosotros respecta, sostenía el principio del *uti posidetis* actual, trataba de avanzar en los territorios discutidos, para tomar posesión efectiva de ellos, haciéndose en esta forma de un título que no poseía.

En 1850, Carlos Antonio López tuvo que protestar, en forma airada, contra esta desleal conducta del vecino.

En efecto, los brasileños se habían fortificado cautelosamente en Fecho de Morros y Pan de Azúcar, entre el Apa y el Blanco, solucionando así de hecho el pleito pendiente.

Y esto no podía ser.

El Paraguay, aunque amenazado por un poderoso enemigo, no podía consentir en un despojo semejante.

Anunció, pues, al ministro Bellegarde, el 28 de mayo de 1850, su resolución de apelar a la fuerza, si sus derechos no eran en el acto respetados.

Y el representante imperial prometió que serían satisfechos los justos deseos de nuestro Gobierno, dando al presidente de Matto Grosso las órdenes correspondientes para evacuar el territorio ocupado. Pero estas órdenes no fueron cumplidas, porque había de por medio órdenes terminantes del Emperador.

El Paraguay, por lo tanto, apeló a la violencia para expulsar a los audaces usurpadores.

Y, con muy poco trabajo, los brasileños fueron vencidos, abandonando sus fortificaciones para internarse en los bosques.

¿Se rompieron por esto las relaciones con el Imperio?

¡Qué iban a romperse!

Ahí estaba Rosas, de pie, y más fuerte que nunca.

¡No era tiempo todavía!

Por el contrario, después de esto, el Brasil se mostró más amable que nunca, invitando al Paraguay a firmar un Tratado de alianza, ofensiva y defensiva, frente al enemigo común.

En ese Tratado—del 25 de diciembre de 1850—se decía:

«Su excelencia el Presidente de la República del Paraguay y Su Majestad el Emperador del Brasil, deseando concurrir con todos los medios a su alcance a la paz y tranquilidad del Sur de la América Meridional, *que solamente pueden ser aseguradas por la conservación del* statu quo *de las nacionalidades que la ocupan,* y preservar las naciones que dirigen contra cualquier tentativa de ataque a su independencia, invasión de su territorio o destrucción de su integridad; y entendiendo que la alianza de los dos países y la unión de sus fuerzas es el medio más



poderoso y eficaz para conseguir un fin tan justo y que en nada ofende a los derechos de los otros Estados conterráneos, acordaron...»

Por este preámbulo—tan parecido a aquel otro del Tratado Secreto de la Triple Alianza—la paz y la tranquilidad de los pueblos del Plata dependía de que se conservase el *statu quo*, es decir, de que no surgiese un poder arbitrario que rompiese el equilibrio establecido.

El Brasil se presentaba así como el paladín del principio salvador que, quince años más tarde, sostendría Solano López frente a las amenazas del Imperio.

Más aún, para que la ironía fuese más sangrienta todavía, el artículo 14 establecía que ambos Estados «*coadyuvarán a mantener la independencia de la Banda Oriental*», independencia que, poco después, sería sometida a las pruebas del *ultimátum* Saraiva y de los cañones de Mena Barretto y Tamandaré, levantándose en su defensa, fiel a su palabra, el Paraguay.

Por lo demás, el móvil de este Tratado, dictado por la cobardía, por el terror, por la pusilanimidad, está bien claro en el siguiente artículo:

«El Presidente de la República del Paraguay y Su Majestad el Emperador del Brasil se obligan a prestarse mutua *asistencia y socorro*, en caso que la República o el Imperio *sean atacados por la Confederación Argentina*, coadyuvándose mutuamente con tropas, armas y municiones. Se ha de entender atacado uno de los Estados cuando su territorio fuese invadido o estuviese en peligro inminente de serlo.»

No hay que olvidar que el lunes 6 de marzo de 1850 había publicado la *Gaceta Mercantil* de Buenos Aires la poco tranquilizadora noticia de haberse autorizado a Rosas a hacer todos los gastos necesarios para someter al Paraguay.

Pero la zozobra del Imperio ante la posibilidad de que Rosas recuperara los antiguos dominios del Virreynato le hizo ir más allá todavía.



En el Tratado firmado el 12 de octubre de 1851 en Río de Janeiro, entre Andrés Lamas, representante del Gobierno de Montevideo, y los representantes del Brasil, se estableció este curioso artículo, sin intervención del Paraguay:

«Artículo 16. Habiéndose comprometido el Gobierno de la República del Paraguay a cooperar con el de Su Majestad el Emperador del Brasil al mantenimiento de la independencia del Uruguay, e interesando a la independencia del Paraguay y al equilibrio y seguridad de los Estados vecinos, el Gobierno de la República del Uruguay *se obliga a cooperar con el Imperio a la conservación y defensa de la independencia de la República del Paraguay.*»

Decididamente, el Brasil se había convertido en paladín del «equilibrio» del Río de la Plata.

Sólo que hay que saber interpretar el lenguaje diplomático de los brasileños.

Así, por ejemplo, «represalias», como veremos más adelante, significaba en la jerga imperial *guerra sin previa declaración.*

Y protección de la independencia del Paraguay quería decir, en este caso, alianza para ir a sangre y fuego contra su soberanía cuando desapareciese el peligro rosista.

Pero fué después de la batalla de Caseros cuando se perfiló más claramente el imperialismo bragantino.

Vencido el arrogante tirano, reconocida la independencia del Paraguay por la Confederación Argentina, asegurada la soberanía del Uruguay, terminaron sus fingidas amabilidades con nosotros, tomando una actitud francamente amenazadora.

Ya en 14 de marzo de 1853 la Cancillería brasileña declaraba solemnemente *que la cuestión de límites podía perjudicar seriamente en el futuro las buenas relaciones con el Paraguay.* Y agregaba que «sosteniendo cada una de las partes pretensiones incompatibles con las de la otra, y resueltas ambas a no retroceder, era imposible llegar a un acuer-

do, *por lo que sólo la guerra podría, no desatar, sino cortar estas dificultades.*»

¿Podría dudarse, después de esto, de las intenciones del Imperio?

Pero detrás de las palabras vinieron inmediatamente los hechos.

Apenas se habían apagado los ecos de este grito de guerra, cuando el representante brasileño en Asunción presentaba a nuestro Gobierno un curioso *ultimátum*, exigiéndole que aceptase todas las pretensiones del Imperio y le ayudase en la cuestión de límites con Bolivia, en cambio del reconocimiento que haría de nuestros derechos sobre el Chaco.

¡Aquello sí que parecía que era ya la guerra!

Aquel *ultimátum* extemporáneo era como decirnos: *la bolsa o la vida*; la renuncia a vuestro legítimo patrimonio o el exterminio.

Pero no, no era todavía la guerra.

Las cosas no estaban preparadas en el Río de la Plata.

Aun Mitre—es decir, el localismo porteño, el espíritu de Rosas, la hostilidad colonial—no era omnipotente en la Argentina, y Urquiza seguía siendo un enigma, en todo caso favorable al Paraguay.

El Imperio sólo quería tomarnos el pulso, para saber a qué atenerse.

Pues bien: López rechazó aquella ridícula imposición y castigó las demasías del plenipotenciario brasileño dándole sus pasaportes y expulsándole del país.

Pero no terminaron aquí las cosas.

Don Pedro desahogó en silencio su amargo despecho, pero sin renunciar a su firme propósito de aplastar al Paraguay.

Sigilosamente, en efecto, preparó una misión diplomática, que, con los más elocuentes argumentos, trataría de convencer al rebelde protegido de ayer de la necesidad de acatar sus deseos y sus imposiciones.

Y el 10 de diciembre de 1854 partía de Río Janeiro

el Almirante Pedro Ferreira de Olivera—al frente de una numerosa escuadra, de un ejército de desembarco y cien cañones—con el carácter de ministro plenipotenciario, encargado de solucionar la cuestión de límites.

Al mismo tiempo, dos ejércitos brasileños, uno por Río Grande y otro por Matto Grosso, se movían hacía el Paraguay, para reforzar los argumentos del imponente embajador...

La formidable expedición entró tranquilamente en las aguas argentinas, encontrando la mejor acogida y toda la protección necesaria en las autoridades del país hermano y amigo.

No sólo se proveía de lo que deseaba en los numerosos puertos del litoral, hacía desembarcos en las costas para efectuar ejercicios de infantería y artillería.

Después de dos meses de lenta navegación, llegó la expedición a las Tres Bocas, siendo allí detenida por las autoridades paraguayas.

La noticia de esta nueva agresión del Imperio había llegado con alguna anticipación a nuestro país, produciendo una inmensa indignación.

Carlos Antonio López llamó a las armas al pueblo, dirigiéndole la siguiente proclama:

«¡VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY!

EL SUPREMO GOBIERNO DE LA REPÚBLICA A SUS CONCIUDADANOS

*Paraguayos:*

El Presidente de la República reposaba tranquilo en su conciencia y en las sinceras disposiciones y sentimientos que tenía de arreglar pacífica y amigablemente con el Gobierno del Brasil las cuestiones que había pendientes: su tranquilidad y seguridad se aumentaron cuando vió que S. M. el Emperador, en ocasión solemne y grave, cual es la apertura de las Cámaras, aseguraba que el incidente ocurrido con su encargado de Negocios en el Paraguay no alteraría la paz y buenas relaciones entre ambos países.

Era tan sagrada y solemne la augusta palabra del



Emperador, tal la confianza que debía inspirar, que el Presidente de la República no quiso en mucho tiempo creer los anuncios que de todas partes le llegaban de que en el Brasil se preparaba una expedición al Paraguay; sólo cuando ha visto que considerables fuerzas brasileras entraban en el Paraná, y cuando ya no pudo dudar de que se reunía un ejército en San Borja, empezó a tomar algunas medidas de defensa del territorio; el Presidente quería alejar hasta las sospechas de que le animaba un espíritu hostil; quería mostrar a sus compatriotas que estaba dispuesto a hacer toda concesión compatible con el decoro de la República y sus intereses para librar a los paraguayos de los males consiguientes a la guerra; el Presidente no había recibido ninguna comunicación del Gabinete brasilero; no se le había hecho ninguna reclamación; no se le había deducido queja ninguna, y era increíble una agresión tan injustificada.

Con todo, ya no es posible la duda; fuerzas brasileras han penetrado en el río; no se nos ha dirigido una sola palabra de cortesía; somos invadidos y obligados a defender nuestro suelo, nuestra independendencia, honor y existencia. Ayer 20 tal vez habrá tenido legar un combate con nuestra batería de Humaitá. Aguardamos por momentos la noticia de la suerte de nuestras armas.

El Presidente de la República cuenta con la decisión fría y serena del pueblo paraguayo; no le espanta la superioridad del enemigo; no le arredran los males a que va a exponerse; el sentimiento de la nacionalidad, su profundo antagonismo a toda dominación extranjera, son sentimientos muy fuertes e inalterables en el pueblo paraguayo; a ellos apela el Presidente de la República, y, sea cual fuere la suerte de las armas, quedarán a salvo el honor del país y sus intereses.

*¡Ea, paraguayos! El Presidente de la República cuenta con vosotros.*

CARLOS ANTONIO LÓPEZ.

*Asunción, febrero 21 de 1855.*»

Dirigió también al Ejército la proclama que va en seguida:

«¡VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY!

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA AL EJÉRCITO

*Soldados:*

Cuando el jefe supremo de la República contaba con una paz segura, fundada en las relaciones amigables con todos los Estados vecinos, nos asalta e invade repentinamente un enemigo insidioso. El Brasil, cuyo Emperador acababa de asegurarnos una paz inalterable en su Mensaje a las Cámaras, atropella nuestros ríos y nuestra tierra y pretende imponernos su autoridad y sus órdenes.

Una escuadra brasilera ha entrado en el río Paraguay, sin que ni su Gobierno ni su jefe hayan pasado al Gobierno de la República un simple aviso; un acto que no tiene ejemplo sino entre los pueblos salvajes nos llama al combate.

*Soldados:* vamos a pelear porque nos obliga a ello un Gobierno que, hablando de paz y amistad, nos trae la guerra y sus males.

*Soldados:* la Patria cuenta con sus hijos; con ese valor frío, con esa serenidad imperturbable que os ha hecho arrostrar los peligros y la muerte cuantas veces ha invocado vuestro auxilio.

*Soldados:* sea cual fuere la suerte que la Providencia nos depare, nuestra resistencia será una protesta eterna contra la injusticia del Brasil y una gloria inmarcesible, aunque seamos desgraciados.

*Soldados: ¡Viva la República! ¡Independencia o muerte!* sea vuestra divisa. Sostened esa divisa, soldados, y el Paraguay se habrá hecho memorable y admirable.

CARLOS ANTONIO LÓPEZ.

*Asunción, febrero 21 de 1855.*»

Estos documentos, tan elocuentes y tan interesantes, dan la sensación de aquellos críticos momentos



y de la firme resolución de nuestro pueblo frente al enemigo que llegaba.

Solano López desplegó en aquella ocasión una actividad colosal para ponernos en un pie ventajoso de defensa.

Todos los militares licenciados y retirados fueron llamados inmediatamente a las armas.

La Asunción fué defendida, estableciéndose una batería en Tacumbú, levantándose una muralla artillada en el puerto, estableciéndose otra batería en San Jerónimo y más abajo otra más, sobre un frente de ciento sesenta varas sobre el río.

Se cerró también la entrada de nuestra bahía con una recia cadena y una fuerte estacada.

En Humaitá se improvisaron las primeras obras de defensa, bajo la dirección de Solano López en persona, reconcentrándose allí las tropas que guarnecían el Paso de la Patria.

«Recomendable ha sido—escribió después nuestro héroe, en un informe al Gobierno—la conducta, abnegación y patriotismo del Ejército, que tuvo que luchar con grandes dificultades para preparar las obras de defensa que emprendió y eran de absoluta necesidad; pero la constancia del soldado paraguayo en las fatigas todo lo ha vencido, y en el perentorio término de días, en vez de los montes y asperezas del lugar, se levantaron las baterías de madera y tierra y los parapetos que hoy se extienden sobre los barrancos de Humaitá.» (1)

De paso, hemos de rectificar aquí la impostura corriente entre los escritores brasileños, según los cuales, fueron sus ingenieros los que construyeron las obras de defensa de la *Sebastopol americana*.

Estamos viendo cómo, por el momento y por las circunstancias en que se efectuaron dichas obras, no pudieron tener intervención en ellas los mismos contra los que se realizaban.

¡Todo fué obra exclusiva de Solano López!

---

(1) Véase nuestra monografía sobre Humaitá.

Aquella maravilla militar, aquel baluarte inexpugnable, que jamás fué tomado a viva fuerza, resistiendo triunfante a un largo asedio de dos años, pertenece, por entero, al héroe paraguayo, que intervino en los más mínimos detalles de su trazado y construcción.

Digamos ahora que el almirante-ministro, después de entrar en son de guerra en nuestras aguas, se avino a retroceder, con toda su escuadra, ante la resuelta notificación de nuestro Gobierno, subiendo, todo mohino, con un solo buque, hasta Asunción, donde olvidó por completo la bélica misión que se le había encomendado.

Solano López, nombrado plenipotenciario especial, se entendió con aquel curioso embajador de sable, poniéndole en el caso de firmar un pacífico Tratado de amistad, comercio y navegación, el 27 de abril de 1855.

Este Tratado no fué ratificado por el Imperio, y el pobre Almirante, que tan miserablemente había defraudado las esperanzas de su país, fué destituído por inepto y por cobarde.

Tal fué el resultado final de aquella aventura del imperialismo brasileño.

El diputado Ferrás, en la sesión pública del 22 de marzo de 1855, puso de relieve el inmenso ridículo en que había caído el Imperio con aquella fanfarronada, con aquella expedición guerrera contra el Paraguay que, a la postre, sólo perjudicó «a los cofres públicos», vale decir, al tesoro nacional.

He aquí la cómica pintura que hace de la tartarinesca expedición:

«La demora de la escuadra, que salió de aquí el 10 de diciembre de 1854; de Montevideo el 15 de enero de 1855, llegando el 15 de marzo a la Asunción, era una prueba de los sentimientos pacíficos de la expedición. Pero, ¡no! Todas las apariencias eran de una expedición armada: los proyectiles de guerra, los cohetes a la cogreve, experimentados en la isla de Hornos durante varios días; los ejercicios he-

chos a dos leguas de Corrientes, donde desembarcaron tropas; la entrada de la escuadra en aguas del Paraguay; la señal de combate dada en esta ocasión, todo indicaba una demostración armada. Por otro lado, el movimiento de tropas en Río Grande del Sud y Matto Grosso, la marcha del teniente Valiente con fuerzas y municiones por el camino de Paraná para Alburquerque, todo demostraba que el Gobierno quería por la fuerza mantener la *dignidad* del país, que no cedería una pulgada del terreno discutido.

»El 20 de febrero la escuadra, con enseña de combate, entró en las aguas del Paraguay: brillaba en los semblantes de todos los hombres de su tripulación el ardor por cumplir su deber... En este momento se presenta un emisario del Gobierno del Paraguay, encargado de la policía fluvial, y pregunta por el jefe de la escuadra:

»—¿Paz o guerra?

»—Paz—se le responde—; nosotros no queremos pelear; nuestra misión es pacífica y conciliadora.

»—Pues en ese caso, entrad, pero sólo con una embarcación. Los demás, atrás...

»El digno jefe se vuelve hacia los tripulantes, con el rostro resplandeciente de alegría, y cual Napier entrando en el Báltico, les dice: *Soldados, afilad los cuchillos y retiraos más allá de las Tres Bocas... a matar mosquitos...*»

Y sigue narrando las humillaciones que sufrió el Almirante diplomático hasta llegar a la Asunción, declarando que «la sangre le hierve», al recordar tanta vergüenza...

## VIII

**La República Argentina en 1959.—Guerra entre Buenos Aires y la Confederación.—Actitud fraternal del Paraguay.—Lo que pudo hacer y lo que hizo.—Solano López es nombrado ministro mediador.—Sus gestiones.—Intransigencia porteña.—El Convenio de paz.—Los homenajes de Buenos Aires a su salvador.—Las porteñas le ofrecen coronas de flores y los porteños le juran gratitud eterna.—El Paraguay había firmado su sentencia de muerte.**

En 1859 iba a tocarle a Solano López desempeñar un brillante papel en el Plata.

Todas los circunstancias coincidían para dar un singular relieve a su figura, haciéndole intervenir, en momentos supremos para los argentinos, en el largo proceso de su sangrienta y bárbara anarquía.

Después de la caída de Rosas, vale decir, después del triunfo de la «civilización», que se decían representar los unitarios, la paz estuvo lejos de volver a los espíritus, ni el sentimiento de la nacionalidad —que no existía—sustituyó a las pasiones salvajes de un enconado localismo.

Pronto los rencores, contenidos un momento, en medio de las alegrías de la victoria, se desataron, y la lucha a muerte continuó entre los propios hermanos.

Y quizá no sea aventurado decir que fué entonces cuando realmente imperó el instinto cruel encarnado en «Facundo» por Sarmiento, llegándose a los límites de una ferocidad que no se conoció bajo el régimen rosista.





El grito de guerra y de disolución partió de Buenos Aires, y lo dió, entre otros, un hombre que había de ser famoso en los trágicos anales de estos pueblos

Nos referimos al cuartelazo del 11 de septiembre de 1852, en el que Mitre fué de los que se levantaron contra el vencedor de Caseros, alzando de nuevo a Buenos Aires contra el resto de la República que, en aquellos momentos, se hacía la ilusión de que había llegado la hora de la reconciliación, del abrazo de los miembros dispersos de la gran familia en una patria única, en la que ya no hubiera hijos y entenados, porteños y provincianos, sino argentinos, es decir, hermanos, con iguales derechos e iguales obligaciones.

Desde aquel momento la lucha prosiguió y la anarquía fué tomando crecientes proporciones, hasta llegar a extremos increíbles.

Surgió entonces el *Estado de Buenos Aires*, que Mitre quiso convertir en *República del Plata*, entidad autónoma, independiente, que tuvo su representación diplomática propia en el extranjero.

Frente a este engendro del localismo se alzaba la Confederación, con capital en Paraná, y a cuya cabeza estaba el general Urquiza, que tenía por colaboradores a hombres de la talla moral e intelectual de Alberdi y Juan María Gutiérrez.

No hemos de entrar en los detalles de la guerra entre Buenos Aires y la Confederación, ni es el caso de hacer la pintura de aquel infierno del Dante, donde fieras humanas, como Sarmiento, y discípulos aprovechados de Tartufo, como Mitre, tejían la trama de los acontecimientos entre el humo de la pólvora y una lluvia de sangre, proclamándose representantes armados de la civilización. (1)

---

**(1) Sarmiento ha hecho esta pintura de su país, digna de él por su bárbara sinceridad:**

**«Proclamada la independencia, un abogado atrabiliario nos arrebató el Paraguay; un conspirador altivo, el alto Perú; un bandolero, la Banda Oriental.**

Sólo hemos de decir que el Paraguay contemplaba acongojado aquel doloroso espectáculo, lleno del mayor interés por la suerte de los argentinos.

A pesar de que allí estaban sus peores enemigos, a pesar de que allí estaban los que con más cruel tenacidad habían negado su independencia, un sentimiento superior de solidaridad y una visión clara de su destino le inclinaban a mirar con simpatía a los que, a pesar de todo, eran «carne de su carne y sangre de su sangre», hijos predilectos de su civilización y compañeros obligados en su marcha hacia el futuro.

Si no fuera así, si no le animase un sentimiento tan generoso de fraternidad, aquellos eran los momentos que debía aprovechar para satisfacer sus ambiciones.

Mientras la Argentina, despedazada, se devoraba a sí misma, cayendo en la más absoluta impotencia, el Paraguay se engrandecía por el trabajo y por la paz, acrecentando su cultura y su poder material,

---

»Quedaban catorce ciudades, reconociendo un nombre de patria, de nación, de algo que les diese fisonomía y existencia de pueblo.

»Abandonada cada una a sí misma por falta de gobierno, de unión, cayó la una en manos del primer bandido que quiso sojuzgarla; cayó la otra con el ejemplo de aquélla y la indiferencia de las demás, hasta que un malvado, más audaz o más infame que todos los otros, las reunió en el sentimiento único que podía ligar a los pueblos: la degradación común, la prostitución y la vileza.

»La tiranía argentina, salida de sus instintos, es el apetito de destrucción llevado a su colmo.

»Los caudillos argentinos se distinguen por su odio a la especie humana. MATAR es su misión; MUERAN, su credo; el EXTERMINIO, su objetivo. Mueren los ciudadanos de opiniones contrarias; mueren los jefes y oficiales de los ejércitos; en la derrota no se da cuartel, y ejércitos enteros rendidos son degollados.

»Hay países en el mundo en que reina la fiebre amarilla, el vómito negro y otras enfermedades endémicas, que diezman a las familias. En el nuestro ES ENDEMICO EL DEGÜELLO.

»¡Raza de víboras!»

Más tarde decía el doctor Seguí, en el Congreso de Santa Fe, que las provincias «desparramadas en el suelo argentino, después de su independencia, nunca fueron, sino por una impropiedad del lenguaje, ni *Provincias Unidas*, ni *Confederación*, ni *República*, ni otra cosa que catorce pueblos aislados, disconformes en todo, menos en hacerse la guerra sin misericordia y suicidarse sin repugnancia».

¡Y tal pueblo había de erigirse, poco después, en portaestandarte de la civilización y de la libertad, para ir, asociado al Imperio esclavista del Brasil, contra el Paraguay!



hasta convertirse en la primera potencia de origen español de esta parte del Continente.

Fácil le hubiera sido caer sobre el vecino anarquizado, y más fácil todavía someterlo, ensanchando sus límites por el Sud e imponiendo su ley en el Río de la Plata.

¿Cuál fué, entretanto, la conducta del Gobierno paraguayo?

¡Otra, muy distinta, por cierto!

Nuestro Gobierno—es decir el «despotismo militar», que poco después era condenado a muerte por los porteños, por constituir un peligro—ni siquiera quiso plegarse a Urquiza para someter a la provincia rebelde que tanto nos odiaba; nuestro Gobierno, viendo las cosas desde un punto de vista más alto, buscó la reconciliación de los hermanos en pugna para que, a la postre, no hubiera vencidos ni vencedores.

Y así fué como, poco antes de la batalla de Cepeda, en la que Mitre, al frente del ejército de Buenos Aires, fué completamente derrotado por Urquiza, fué nombrado Solano López ministro mediador del Paraguay para que fuera a trabajar por la paz y la unión de los argentinos.

Y el 27 de septiembre de aquel año partió de la Asunción, a bordo del vapor *Tacuarí*, formando parte de su séquito, como secretarios, su hermano Benigno López, Paulino Alen y Gregorio Benítez; como edecanes y agregados militares los coroneles Francisco Isidoro Resquín y Francisco Wisner de Morgestern, los mayores Antonio de la Cruz Estigarribia y Francisco González, José María Aguiar y Rómulo Yegros; los capitanes Avelino Cabral y Cándido Mora; los subtenientes Pedro Duarte, Manuel Núñez y José Díaz; y los señores Carlos Saguier, Ildefonso Bermejo, Guillermo Stewart, Ramón Mazó, Claudio Riera y el presbítero José María Núñez como agregados civiles.

El 5 de octubre estaba en Paraná, donde acreditó su carácter diplomático, pasando a conferenciar en

seguida con el general Urquiza, quien, en las proximidades de la ciudad de Rosario, se disponía a ir con 20.000 hombres sobre Buenos Aires, para entrar en ella a sangre y fuego.

Los momentos eran, pues, realmente críticos.

Los representantes de Francia e Inglaterra, cuyos buenos oficios habían sido aceptados, nada absolutamente habían conseguido para conjurar la inminente catástrofe.

Necesitaba, por lo tanto, desplegar un gran talento el ministro paraguayo, una gran habilidad diplomática, y poseer, al mismo tiempo, dotes extraordinarias que le diesen el ascendiente necesario sobre los apasionados contendores, para que pudiese ser escuchado.

Y fué entonces cuando Solano López dió la medida de sus excepcionales aptitudes, de su exquisito don de gentes, de sus cualidades de consumado diplomático.

Sin gran esfuerzo supo apoderarse de la voluntad de Urquiza que, bajo sus rudas exterioridades de soldado, escondía un corazón sensible y las debilidades de un ingenuo patriotismo.

El gran entrerriano, siendo como era el más fuerte, puso de su parte toda su buena vuluntad para evitar un nuevo derramamiento de sangre, consintiendo en una suspensión de hostilidades por diez días y en nombrar una comisión que, bajo los auspicios del mediador paraguayo, se entendería con otra que nombraría Buenos Aires.

Conseguido esto, así como las bases de paz que aceptaría la Confederación, partió López hacia Buenos Aires, donde llegó el 12 de octubre de 1859.

Desde el primer momento notó la mala voluntad de los porteños que, aunque apurados, no ocultaban su intransigencia.

Recibido oficialmente, planteó en el acto la suspensión previa de las hostilidades y el nombramiento de una comisión que tratase con los representantes del Gobierno de Paraná.

La siguiente nota, firmada por Vélez Sarfield, da una idea de la exaltación de los porteños:

«Buenos Aires, 14 de octubre de 1859.

*Al excelentísimo señor brigadier de la República del Paraguay, ministro mediador cerca del Gobierno del Estado de Buenos Aires, D. Francisco S. Lópes.*

El abajo firmado ha recibido y puesto en conocimiento de su excelencia la nota, fecha de ayer, del señor Ministro Mediador del excelentísimo Gobierno de la República del Paraguay, y ha recibido orden para contestar a vuestra excelencia que desde la primera comunicación de este Ministerio a su excelencia el señor Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno del Paraguay, el Gobierno de Buenos Aires le manifestó que el general Urquiza, después de haber agotado todos los medios de una guerra comercial contra el Estado de Buenos Aires; después de haber implorado alianzas de Gobiernos extranjeros para hacerle la guerra, y, después, en fin, de haber reunido desde largas distancias de la Confederación Argentina numerosas fuerzas sobre los límites de este Estado, y uniéndose a los indios salvajes para asolar el territorio, no había, sin embargo, manifestado al Gobierno de Buenos Aires los motivos de actos de esa naturaleza y la guerra que declaraba a este Estado, la cual iba a envolver en sangre a toda la República Argentina, ni exigióle oficialmente cosa alguna que pudiera satisfacer sus pretensiones. El Gobierno de Buenos Aires, como era su primer deber, se puso en armas a contestar la fuerza con la fuerza. El Gobierno no comprende ahora los deseos de paz del general Urquiza si los compara con sus actos espontáneos, ya que él no puede decir que por parte del Gobierno de Buenos Aires hubiese recibido la Confederación Argentina la menor injuria ni la menor provocación a la guerra.

Sin embargo, la respetable interposición del Go-



bierno del Paraguay y el poder del ejército que iba a encontrar a su frente lo habrán obligado a hablar de paz y disponerse a mandar comisionados para un arreglo con el Gobierno de Buenos Aires.

Cuando este Gobierno no había provocado en manera alguna la guerra y se armaba sólo para rechazar, dentro y fuera del territorio del Estado, la guerra que de hecho le había declarado el general Urquiza, no puede dejar de serle muy satisfactorio que él ahora anteponga, cualesquiera que sean sus pretensiones, los medios pacíficos para obtenerlas o discutirlas. El Gobierno, pues, acepta la proposición del señor Ministro Mediador: recibirá a los comisionados que nombre el general Urquiza y nombrará los suyos para hacer cesar los motivos que, en el concepto del general Urquiza, lo autorizaban a declarar la guerra a Buenos Aires.

No es posible que el general Urquiza ni los comisionados que él elija teman desaire alguno de parte del pueblo de Buenos Aires.

Durante el sitio de 1853, cuando el general Urquiza hacía una guerra sin medida alguna al pueblo de Buenos Aires y se degollaban por sus tropas oficiales salidos de esta plaza durante un armisticio, los comisionados para hacer la paz se hallaban en esta ciudad, y, lejos de recibir el menor insulto, fueron tratados por toda la población con el decoro debido a su carácter. Si a pesar de esto otra cosa pensare el Gobierno de la Confederación o sus comisionados, en tal caso, el Gobierno de Buenos Aires acepta con gratitud el generoso ofrecimiento del vapor *Tacuarí*, o de otro buque de la República del Paraguay, para tener en él las conferencias que se sirve ofrecer el señor Ministro Mediador.

Respecto al segundo punto que contiene la nota del señor Ministro, relativa a la proposición de un armisticio de diez días, se ve en la necesidad de declarar a vuestra excelencia que tales son los medios de que el general Urquiza se sirve para hacer la guerra a Buenos Aires, que no le permiten a este Gobierno sus-



pender las hostilidades ni por un solo día. El general Urquiza se ha aliado con los feroces bárbaros del desierto, los ha armado, los ha vestido, y los ha puesto bajo la dirección de jefes de su ejército para que incesantemente ataquen la frontera de este Estado. La prensa del Paraná y del Rosario ha publicado hasta el 27 del pasado las considerables sumas de dinero que aquel Gobierno empleaba en mantener la alianza de los indios contra Buenos Aires; los nombres de los jefes y oficiales que les mandaba para dirigirlos existen en poder de este Gobierno; las intimaciones hechas por el edecán del general Urquiza, comandante Olivencia, a la cabeza de los bárbaros, a los jefes de algunos puntos de la frontera, y, últimamente, los diarios de la Confederación han publicado el armamento con que el día 27 de septiembre salía el indio Cristo del Paraná.

Así, pues, la derecha del Ejército del generl Urquiza la forman los bárbaros armados por él, que entran a sangre y fuego a los lugares que ocupan, y no perdonan la vida ni al más inocente. Un armisticio con las fuerzas que directamente manda el general Urquiza le permitirá, sin embargo, obrar libremente con la derecha de su ejército, y por más que prometiese al Gobierno de Buenos Aires contener las invasiones de los bárbaros, este Gobierno no podrá reposar en el poder de su palabra, que tan poco sería capaz de contener las invasiones de sus aliados cuando ellos se determinaran a hacerlas. Desgraciadamente, el general Urquiza se vale contra Buenos Aires del brazo de los bárbaros, y esta lamentable circunstancia será siempre un obstáculo insuperable para toda cesación de hostilidades y una de las dificultades que se presentarán al hacer un Tratado de paz.

Al terminar esta nota tengo orden de expresar a vuestra excelencia que se han presentado ya oficialmente como mediadores otras potencias de Europa, a las cuales el Gobierno no puede dejar de atender así que se presenten sus respectivos ministros.



Solano López, en 1859

El infrascrito aprovecha nuevamente esta oportunidad para reiterar a vuestra excelencia las seguridades de su más distinguida consideración.

DALMACIO VÉLEZ SARFIELD.»

A esta insólita contestación, en la que el antiguo asesor de Rosas, justificador letrado del suplicio de Camila O'Gorman, caía en una diatriba tan poco cortés y tan fuera de lugar, respondió, serenamente, Solano López, dándole una lección de moderación y cultura, en la siguienta discreta nota, escrita al correr de la pluma:

«Buenos Aires, octubre 15 de 1859.

Señor ministro:

He tenido la honra de recibir la nota de vuestra excelencia de ayer, en la que, después de indicar los acontecimientos que han precedido a la situación actual, se sirve expresarme, de orden del excelentísimo señor gobernador, que no puede dejar de serle muy satisfactorio que su excelencia el señor general Urquiza ahora anteponga, cualesquiera que sean sus pretensiones, los medios pacíficos para obtenerlas y discutirlas, y que el Gobierno de Buenos Aires acepta la proposición que hice en nota del 13 del presente; que recibirá los comisionados que vengan por parte de la Confederación Argentina, y que el Gobierno de vuestra excelencia nombrará los suyos para hacer cesar los motivos que, en el concepto de su excelencia el señor Presidente Urquiza, autorizaba la declaración de guerra a Buenos Aires; agregando vuestra excelencia que no es posible que el señor general Urquiza, ni los comisionados que él elija, teman desaire alguno de parte del pueblo de Buenos Aires; pero que si él o sus comisionados pensaran diferentemente, el Gobierno de Buenos Aires acepta con gratitud el generoso ofrecimiento del vapor *Tacuarí*, o de otro buque de la Marina paraguaya, para verificar las conferencias; concluyendo vuestra excelencia con la manifestación de los moti-



vos que obligan al Gobierno a negarse absolutamente a la proposición de un armisticio.

Suma es la complacencia que he experimentado cuando, al leer los graves resentimientos que dice vuestra excelencia tener el Estado de Buenos Aires, advertía, no obstante, la altura en que se colocaba su Gobierno, desde que, prescindiendo de todos ellos, hacía un esfuerzo para evitar las calamidades de una guerra entre hermanos, aceptando mi proposición de recibir los comisionados que el excelentísimo Gobierno de la Confederación nombrase.

Pero cuando yo me lisonjeaba de que la mediación amistosa de mi Gobierno iba a dar el afortunado resultado de impedir que la cuestión actual marchase a resolverse por las armas, he visto, con profunda pena, que el excelentísimo señor gobernador, por las razones que vuestra excelencia expresa, se niega absolutamente al armisticio de diez dias, declarándome que no puede suspender las hostilidades *ni por un solo día*.

Respeto, señor ministro, las razones que vuestra excelencia dice tener para sostener aquella negativa; y haciendo en mi carácter de mediador una severa abstracción de las razones que ambos beligerantes hayan tenido, y tengan aún, me permito rogar a vuestra excelencia quiera interponer su merecido valer con su excelencia el señor gobernador, a fin de que, no obstante las causas que expresa, se digne oirme una vez más sobre este punto de tan grande importancia para todos los argentinos y de tanto interés para la humanidad.

Yo comprendo perfectamente, señor ministro, que cuando los pueblos se hallan bajo las impresiones en que vuestra excelencia manifiesta estar el de Buenos Aires, se hace un esfuerzo, en verdad supremo, para preferir los medios pacíficos a las armas.

Este esfuerzo lo ha hecho ya el de vuestra excelencia cuando en su respetable nota de ayer me dice: «que no deja de serle muy satisfactorio al Gobierno de Buenos Aires que el general Urquiza anteponga,

cualesquiera que sean sus pretensiones, los medios pacíficos para obtenerlas o discutirlas».

Esta solemne declaratoria, propia de la liberalidad y grandeza que han desplegado siempre los argentinos en medio de las calamidades por que han pasado, es para mí una nueva esperanza, no obstante la absoluta negativa en suspender las hostilidades por sólo diez días. Porque, en verdad, si el Gobierno de Buenos Aires, consecuente con su sentimiento fraternal y digno, acepta que el señor general Urquiza envíe comisionados y se dispone a recibirlos y a nombrar por su parte los suyos; nada más justo y legítimo que esperar de vuestra excelencia toda la cooperación para que ninguna de las partes beligerantes puedan levantar una traba insuperable a las conferencias de esos mismos comisionados.

Los dos ejércitos se hallan muy próximos, tanto que no sería difícil que, si se aceptase solamente las proposiciones de enviar y recibir comisionados, negada la suspensión de hostilidades hasta por un día, no llegasen aquellos señores ni a medio camino cuando una batalla hubiera tenido lugar. Y entonces, ¿podría, en medio de la sangre que corriese, de las lágrimas que ambos pueblos derramasen y de los enconos que el combate produjera, podría, repito, entrarse tranquilamente a conferenciar, cuando, quizá, uno de los beligerantes quedase, no ya en actitud de tratar, sino de capitular?

Pido al señor ministro me acuerde su indulgencia, porque al ofrecerle estas consideraciones olvido las causas que han producido la guerra en que se va a entrar y sólo miro, con un intenso dolor, el hecho existente de que dos pueblos hermanos van a despedazarse con todo el furor, quizá, que, por desgracia, es característico de todas las guerras civiles.

Diez días de término, diez días de suspensión de hostilidades, diez días de aplazamiento a la efusión de sangre de hermanos, no es suficiente, señor ministro, para hacerse más fuerte ninguno de los dos ejércitos, que están hace meses preparándose.



Entretanto, esos diez días de suspensión de hostilidades puede proporcionar la paz a la gran familia argentina, puede economizar mucha sangre, puede salvar a innumerables hogares, conservándoles los padres y los hijos, y salvar, además, valiosos intereses del comercio nacional y extranjero, sin traer por ello a ninguno de los beligerantes un grave peligro.

En mi carácter de mediador, y sin la misión de un negociador por parte del señor general Urquiza, que ni tengo, ni puedo asumir, no me es posible contestar ni satisfacer a vuestra excelencia sobre la alianza que dice vuestra excelencia tener el señor general Urquiza con los indios salvajes del desierto.

No obstante, por si pudiere servir de una explicación que tranquilizase sobre el riesgo de las incursiones de los salvajes durante la suspensión de hostilidades, referiré a vuestra excelencia lo que he escuchado al señor general Urquiza cuando tuve el honor de hablar con él sobre el importante objeto de mi misión.

En una de las conferencias en que giró la conversación sobre los indios, me significó que él no tenía alianza alguna con indios ladrones, y que aunque era cierto que existían algunas tribus de indios amigos, éstos servían y obedecían al Gobierno de la Confederación, del mismo modo que servían y obedecían al Gobierno de Buenos Aires otras tribus, también amigas de Buenos Aires. Esta circunstancia me ha hecho comprender que en el caso de una suspensión de hostilidades, los indios amigos de uno y otro Gobierno podían recibir y obedecer las órdenes de los respectivos Gobiernos amigos, y que si los indios ladrones hacían algún asalto durante la suspensión de hostilidades, el Gobierno perjudicado y su Ejército no se privaban del derecho de escarmentarlos.

Ruego al señor ministro que al elevar esta nota a la consideración del excelentísimo señor gobernador quiera disculpar mi insistencia sobre la suspensión de hostilidades, tan corta, en obsequio de que si insisto después de la negativa que vuestra excelencia

me ha comunicado, es confiando en los nobles sentimientos de su excelencia y por que espero deber al Gobierno de Buenos Aires la concesión de esa suspensión de hostilidades en obsequio a los esfuerzos de un Gobierno amigo, como es el del Paraguay, que se interesa vivamente en evitar la efusión de sangre de hermanos, y que abriga la esperanza de un buen éxito, que espera, no de mis esfuerzos, sino de los dignos y gloriosos antecedentes del pueblo argentino.

Quedo enterado de lo que vuestra excelencia me expresa de haberse presentado como mediadoras otras potencias de Europa, a las cuales el Gobierno no puede dejar de atender, así que se presenten sus respectivos ministros; yo espero que si al arribo de esos señores me hallare aún en esta ciudad, querrá vuestra excelencia tener la bondad de darme igual aviso, si en ello no tuviere inconveniente el excelentísimo Gobierno.

Aprovecho esta oportunidad para presentar a vuestra excelencia nuevamente mis respetos y asegurarle mi distinguida consideración y aprecio.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

Muchos fueron los conflictos que surgieron después; pero en cada caso supo encontrar Solano López la solución oportuna, saliendo airoso de todas las dificultades.

Y, por fin, después de cinco largas conferencias de los comisionados de ambas partes, después de haber estado a punto de romperse las negociaciones más de una vez, vencedor Urquiza en Cepeda y acampado ya en las afueras de Buenos Aires, listo para el asalto, pudo firmarse el Convenio definitivo de paz, el día 10 de noviembre, fecha inolvidable en los anales del pueblo argentino. (1)

Solano López había alcanzado así el más ruidoso de sus éxitos diplomáticos, ligando eternamente su

(1) Todos los detalles y documentos, en nuestro libro ***El Paraguay en la Unificación Argentina.***



nombre a la historia del Río de la Plata y comprometiendo la gratitud de las futuras generaciones.

He aquí el texto de aquel famoso documento:

### «CONVENIO DE PAZ

El excelentísimo señor Presidente de la Confederación Argentina, capitán general del Ejército nacional en campaña, y el excelentísimo Gobierno de Buenos Aires, habiendo aceptado la mediación oficial en favor de la paz interna de la Confederación Argentina ofrecida por el excelentísimo Gobierno de la República del Paraguay, dignamente representado por el excelentísimo señor brigadier general don Francisco Solano López, ministro secretario de Estado en el departamento de Guerra y Marina de dicha República, decididos a poner término a la deplorable desunión en que ha permanecido la República Argentina desde 1852 y a resolver definitivamente la cuestión que ha mantenido a la provincia de Buenos Aires separada del gremio de las demás que constituyeron y constituyen la República Argentina, las cuales, unidas por un vínculo federal, reconocen por ley fundamental la Constitución sancionada por el Congreso constituyente en 1.° de mayo de 1853, acordaron nombrar comisionados por ambas partes, plenamente autorizados, para que, discutiendo entre sí y ante el mediador, con ánimo tranquilo y bajo la sola inspiración de la paz y del decoro de cada una de las partes, todos y cada uno de los puntos en que hasta aquí hubiere disidencia entre Buenos Aires y las provincias confederadas, hasta arribar a un Convenio de perfecta y perpetua reconciliación, quedase resuelta la incorporación inmediata y definitiva de Buenos Aires a la Confederación Argentina, sin mengua de ninguno de los derechos de la soberanía local reconocidos como inherentes a las provincias confederadas y declarados por la propia Constitución nacional, y, al efecto, nonbraron, a saber: por parte del Presidente de la Confederación Argentina, a los señores briga-



dier general don Tomás Guido, ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina cerca de Su Majestad el Emperador del Brasil y del Estado Oriental; brigadier general don Juan Esteban Pedernera, gobernador de la provincia de San Luis y comandante de la circunscripción del Sud, y doctor don Daniel Araoz, diputado al Congreso nacional por la provincia de Jujuí; y por la del Gobierno de Buenos Aires, a los señores doctor don Carlos Tejedor y don Juan Bautista Peña, quienes, canjeados sus respectivos plenos poderes y hallados en forma, convinieron en los siguientes artículos:

1.° Buenos Aires se declara parte integrante de la Confederación Argentina, y verificará su incorporación por la aceptación y jura solemne de la Constitución Nacional.

2.° Dentro de veinte días de haberse firmado el presente Convenio, se convocará una Convención provincial que examinará la Constitución de mayo de 1853, vigente en las demás provincias argentinas.

3.° La elección de los miembros que formarán la Convención se hará libremente por el pueblo y con sujeción a las leyes que rigen actualmente en Buenos Aires.

4.° Si la Convención provincial aceptase la Constitución sancionada en mayo de 1853 y vigente en las demás provincias argentinas, sin hallar nada que observar en ella, la jurará Buenos Aires solemnemente en el día y en la forma que esa Convención provincial designare.

5.° En el caso que la Convención provincial manifieste que tiene que hacer reformas en la Constitución mencionada, esas reformas serán comunicadas al Gobierno Nacional para que, presentadas al Congreso Federal Legislativo, decida la convocación de una Convención *ad hoc* que las tome en consideración, y a la cual la provincia de Buenos Aires se obliga a enviar sus diputados con arreglo a su población, debiendo acatar lo que esta Conven-



ción así integrada decida definitivamente, salvándose la integridad del territorio de Buenos Aires, que no podrá ser dividido sin el consentimiento de su legislatura.

6.° Interin llega la mencionada época, Buenos Aires no mantendrá relaciones diplomáticas de ninguna clase.

7.° Todas las propiedades de la provincia que le dan sus leyes particulares, como sus establecimientos públicos, de cualquier clase y género que sean, seguirán correspondiendo a la provincia de Buenos Aires y serán gobernados y legislados por la autoridad de la provincia.

8.° Se exceptúa del artículo anterior la Aduana, que, como por la Constitución federal corresponden las Aduanas exteriores a la nación, queda convenido, en razón de ser casi en su totalidad las que forman las rentas de Buenos Aires, que la nación garante a la provincia de Buenos Aires su presupuesto de 1859 hasta cinco años después de su incorporación para cubrir sus gastos, inclusive su deuda interior y exterior.

9.° Las leyes actuales de Aduanas de Buenos Aires sobre el comercio exterior seguirán rigiendo hasta que el Congreso Nacional, revisando las tarifas de Aduana de la Confederación y Buenos Aires, establezca la que ha de regir para todas las Aduanas exteriores.

10.° Quedando establecido por el presente pacto un perpetuo olvido de todas las causas que han producido nuestra desgraciada desunión, ningún ciudadano argentino será molestado por hechos u opiniones políticas durante la separación temporal de Buenos Aires, ni confiscados sus bienes por las mismas causas, conforme a las Constituciones de ambas partes.

11. Después de ratificado este Convenio, el Ejército de la Confederación evacuará el territorio de Buenos Aires dentro de quince días, y ambas partes contratantes reducirán sus armamentos al estado de paz.

12. Habiéndose hecho ya en las provincias confederadas la elección de Presidente, la provincia de Buenos Aires puede proceder inmediatamente al nombramiento de electores para que verifiquen la elección de Presidente hasta el 1.º de enero próximo, debiendo ser enviadas las actas electorales antes de vencido el tiempo señalado para el escrutinio general, si la provincia de Buenos Aires hubiese aceptado sin reserva la Constitución Nacional.

13. Todos los generales, jefes y oficiales del Ejército de Buenos Aires dados de baja desde 1852 y que estuviesen actualmente al servicio de la Confederación, serán restablecidos en su antigüedad, rango y goce de sus sueldos, pudiendo residir en la provincia o en la Confederación, según les conviniere.

14. La República del Paraguay, *cuya garantía ha sido solicitada tanto por el excelentísimo señor Presidente de la Confederación Argentina, cuanto por el excelentísimo Gobierno de Buenos Aires*, garante el cumplimiento de lo estipulado en este Convenio.

15. El presente Convenio será sometido al excelentísimo señor Presidente de la República del Paraguay, para la ratificación del artículo precedente, en el término de cuarenta días, o antes si fuere posible.

16. El Presente Convenio será ratificado por el excelentísimo señor Presidente de la Confederación y por el excelentísimo Gobierno de Buenos Aires dentro del término de cuarenta y ocho horas, o antes si fuere posible.

En fe de lo cual, el ministro mediador y los comisionados del excelentísimo señor Presidente de la Confederación y del excelentísimo Gobierno de Buenos Aires, lo han firmado y sellado con sus sellos respectivos, fecho en San José de Flores a los diez días del mes de noviembre del año 1859 *Francisco Solano López, Tomás Guido, Carlos Tejedor, Juan E. Pedernera, Juan Bautista Peña, Daniel Araoz.*»

6

La buena nueva de aquel pacto fraternal causó inmenso regocijo en Buenos Aires y en toda la República.

Y las bendiciones de un pueblo agradecido cayeron sobre el hombre generoso que acababa de consumar aquella obra humanitaria.

La llegada del feliz mediador a la ciudad, delirante de alegría, fué realmente triunfal.

«El señor general López—decía un boletín de *Las Novedades*—, infatigable mediador, fué objeto de una gran ovación. Su coche fué cubierto con los ramos de flores y con las coronas con que las bellas porteñas le obsequiaron.»

Y otro diario bonaerense, *El Pueblo Argentino*, agregaba:

«Un pueblo numeroso y ansioso se situaba en la Plaza del Parque, y al escuchar el silbido del ferrocarril volaba a su encuentro para adivinar por el semblante, más o menos risueño, del mediador, si era época de paz o de guerra.

»Una vez que se tuvo la persuasión de que la paz era un hecho, prorrumpió aquella apiñada multitud en vivas al general López, e infinidad de ramos de flores cayeron sobre el carruaje que le conducía desde la estación a su morada.

»Tan luego como las Cámaras aprobaron las bases de la paz, el pueblo de Buenos Aires reposó. Y la morada del general López estuvo todo el día llena de gente, que le saludaba con regocijo y gratitud. Por tres días estuvo recibiendo expresiones de simpatía y agasajos de todo género de las porteñas. ¡El salón principal se convirtió en un jardín de flores!»

Se le regaló también un hermoso álbum con la siguiente dedicatoria:

**El pueblo de Buenos Aires dedica este testimonio de agradecimiento y respeto al excelentísimo señor briga-**

**dier general don Francisco Solano López, ministro plenipotenciario de la República del Paraguay, a cuya interposición amistosa debe el ahorro de la sangre de sus hijos, la paz dichosa en que se encuentra y la unión por tanto tiempo anhelada de la familia argentina.**

**Nuestros mejores votos acompañarán siempre al mediador ilustre, al excelentísimo señor Presidente don Carlos Antonio López y a la República que representan. Y nuestro agradecimiento por su valioso concurso será eterno.**

Buenos Aires, 12 de noviembre de 1859.—*Bartolomé Mitre, Eduardo Costa, Lorenzo Torres, Miguel Azcuénaga, Calixto Oyuela, Jacobo D. Varela, José Manuel Estrada, Félix Frías, Felipe y Ramón Llavallol, Carlos Tejedor, Tomás Guido, Emilio Conesa,* etc., etc.

La Cámara Sindical y los representantes de la clase industrial dirigiéronle, por su parte, sendas notas de gratitud, en nombre del comercio nacional y extranjero y de todos los hombres de trabajo.

El doctor don Carlos Tejedor, ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, al presentarle los agradecimientos de su Gobierno, le decía:

«La acción diplomática del Paraguay, acercando los miembros de una misma familia, allanando las dificultades que hasta hoy habían parecido insuperables, ha contribuído poderosamente a la solución por la paz de las cuestiones que jamás hubieran podido ser resueltas honorablemente para todos por el empleo de las armas, al mismo tiempo que esa acción di-



plomática, señor ministro, deja consignados dos grandes hechos de un significado tan lisonjero para el presente como fecundo en esperanzas para el porvenir de América. El primer paso externo de la más joven de las Repúblicas americanas ha sido en obsequio de la paz y de la unión de sus vecinos, dando un *ejemplo consolador de desinterés e imparcialidad poco común en los anales de América*, tan inspirada habitualmente por intereses encontrados, creados por las posiciones y las luchas de los Estados que la componen; y en ese primer paso, además, se ha descubierto sin dificultad que la República del Paraguay, no sólo ha ofrecido el contingente *de su poder y su riqueza*, sino el valioso homenaje de una política alta y circunspecta, expresada por una diplomacia hábil y sincera...

»Me es grato también significar a vuestra excelencia que el Gobierno de Buenos Aires conservará *las impresiones que la distinguida persona del representante del Paraguay ha sabido inspirarle como complemento lisonjero* de la noble y feliz misión que ha desempeñado.»

Y el señor Luis J. de la Peña, ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, le expresaba también la gratitud de su Gobierno «por la habilidad y el celo con que había sabido contribuir a la unión de todos los argentinos, ofreciendo así un nuevo testimonio del vivo interés que le anima por la amistad estrecha de las dos Repúblicas, Argentina y Paraguay.»

Más todavía: el vicepresidente de la Confederación, doctor del Carril, se le dirigió directamente para expresarle su gratitud «por la constancia, la habilidad y finísimo tacto con que ha empleado sus buenos oficios para cortar la guerra fratricida que despedazaba sin piedad a la familia argentina». Y agregaba estas palabras, que tan cruelmente habían de ser desmentidas por los hechos en el porvenir:

«...Es indudable que vuestra excelencia ha escrito una página gloriosa para la historia del Para-

guay. El Convenio del 10 de noviembre, que lleva la firma de vuestra excelencia, obra de la política más alta y previsora, *es la base y el vínculo de seguridad recíproca para ambos países y Gobiernos en todas las eventualidades posibles.»*

Casi todas las provincias argentinas hicieron llegar al representante del Paraguay las expresiones de su profundo recocimiento.

Y el general Urquiza, queriendo darle un testimonio material más elocuente de su gratitud, le regaló la espada vencedora de Cepeda, enviándole con ella la expresiva carta siguiente:

«San José, 27 de diciembre de 1869.

*Excelentísimo señor brigadier don Francisco Solano López, ministro mediador del Paraguay.*

Excelentísimo señor y mi distinguido amigo:

La apreciable carta de vuestra excelencia, fecha 19, ha venido a hacerme perder la esperanza que me halagaba de la visita de vuestra excelencia, oportunidad que hubiera aprovechado para hacerle las mejores demostraciones del reconocimiento que abrigo por los esfuerzos nobles e inteligentes de vuestra excelencia en obsequio de la unión y de la paz argentina, por todas las muestras de benevolente amistad y deferencia que le he merecido.

Las expresiones generosas de su carta hacen este reconocimiento más vivo y sensible.

Vuestra excelencia ha adquirido gloria inestimable en su venturosa misión, y mérito para su patria y para la mía. Deseo a vuestra excelencia toda la prosperidad personal de que es tan digno.

Quiero tributar a vuestra excelencia un testimonio del aprecio que hago de sus virtudes, y no he encontrado un objeto que pueda recordarlo mejor que la espada que ceñí en Cepeda. Le presento a vuestra excelencia esa modesta ofrenda de amistad. Dígnesé vuestra excelencia aceptarla.



Siempre me será agradable la ocasión de probar al Gobierno del Paraguay y a vuestra excelencia mi amistad y mi gratitud. Conserve vuestra excelencia de ello aquella prenda.

Soy de vuestra excelencia con la más sincera estimación.

Muy afecto amigo y seguro servidor,

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.»

Y he aquí la contestación del héroe paraguayo, en la que hace una promesa que había de sellar con su sangre en las riberas del Aquidabán:

Humaita, enero 26 de 1860.

*Excelentísimo señor capitán general don Justo José de Urquiza, Presidente de la Confederación Argentina.*

Señor:

Me confunden las expresiones de benevolencia y los elogios que vuestra excelencia me dirige en su estimable del 27 del pasado mes.

Sí, como vuestra excelencia dice, mis servicios han contribuído a la unión y paz argentina, el reconocimiento por parte de vuestra excelencia es el único galardón que pudiera ambicionar; mas ese grandioso resultado no hubiera sido posible sin el patriotismo, moderación y virtudes cívicas que adornan a vuestra excelencia.

Agradezco muy cordialmente los votos de vuestra excelencia por mi prosperidad personal, y, aunque la inapreciable amistad de vuestra excelencia es el donativo más valioso que pudo ofrecerme, acepto con el más profundo reconocimiento el generoso obsequio de la espada que con tanta gloria vuestra excelencia ciñó en Cepeda. Cuando se presente la ocasión de desenvainarla, haré todo por honrarla.

Esta nueva prueba de aprecio que vuestra excelencia me dispensa, obliga, una vez más, la gratitud

y sincera amistad con que soy de vuestra excelencia muy atento servidor,

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

¡Quién había de decirle a Solano López, al regresar orgulloso a su patria, que acaba de firmar la sentencia de muerte de su país!

¡Quién le diría que lo que creía la más bella hazaña de su vida era el decreto irremediable de su ruina!

Y tal era, sin embargo, la dolorosa realidad.

Al Paraguay acababa de perderle su generosidad, la nobleza de sus sentimientos americanistas, la ingenuidad de su diplomacia sentimental.

Los pueblos, desgraciadamente, no se rigen sino por sus egoísmos.

Y nosotros debimos haber comprendido que lo que nos convenía era que el localismo porteño fuera aplastado definitivamente, que fuese ahogado en sangre, reducido a cenizas por el poder incontrastable de Urquiza, nuestro amigo y aliado natural.

Y, sin embargo, como en 1865, nos dejamos llevar de los impulsos generosos de nuestro corazón.

Salvamos a Buenos Aires, es decir, salvamos a Mitre, a Elizalde, a Sarmiento, a todos los que nos odiaban, con el odio de Rosas, con el viejo odio colonial, para que, libres de Urquiza, conspiraran mejor contra nuestra existencia, para que, unidos al Brasil, nos condenaran a muerte por bárbaros, porque éramos un peligro para la paz y para la civilización del Río de la Plata.

Las flores que las amables porteñas arrojaron al paso del patriota paraguayo pronto se marchitaron, y las palabras de unánime gratitud se perdieron en el viento, quedando vivo en el fondo de las almas el rencor inveterado al pueblo hermano, al que nunca se le perdonó su segregación y su juiciosa prosperidad.

Y un lustro después de tantos homenajes, Buenos Aires quemaba en efigie al que un día proclamara



su salvador, presentándolo ante el mundo como el Atila guaraní, que, allá en el fondo de las selvas primitivas, preparaba a su pueblo, tan bárbaro como él, para empresas de destrucción y vandalismo.

¡Tal es, a veces, el destino de los hombres y de los pueblos! (1).

---

(1) La ingratitud de la posteridad quedó patente en la celebración nacional del *Pacto de Unión del 10 de noviembre* realizada en 1920, en la ciudad de Panamá, con motivo de la inauguración del magnífico monumento del general Urquiza. Asistimos a dicha fiesta como delegados del Gobierno del Paraguay y hemos de declarar que, amargados, no escuchamos sino una sola vez mencionar el nombre del Mediador que realizó, gracias a su habilidad diplomática, la reconciliación de la familia argentina. Todos ensalzaron el magno acontecimiento, pero fuera del doctor Quesada, nadie recordó al Paraguay ni al mariscal López, ni a su ilustre padre. Parecía que se avergonzaban de aquel eminente servicio debido al hombre y al país que tan cruelmente habían de sacrificar poco después.

En aquella ocasión, el doctor Adolfo Mujica, admirador ferviente del vencedor de Caseros, nos preguntó si creíamos posible una próxima y total vindicación histórica de Solano López. «Lo que sabemos de cierto—fué nuestra respuesta—es que Urquiza, el bandido el degollador que pintaron los unitarios, el hombre siniestro de Vences, India Muerta y Pago Largo se afirma en su caballo de bronce, sobre su alto pedestal, aclamado por todas sus compatriotas... Y así como hemos venido del Paraguay a acompañarles en su apoteosis, esperamos que han de ir a participar de nuestro júbilo en la inauguración del monumento que ha de perpetuar en Asunción nuestra admiración al héroe nacional del Paraguay.»

La verdad es que hay en esto, más que otra cosa, mucho de ignorancia del pasado.

¡Tal vez no pocos de los oradores—que fueron muchos—no sabían que el Paraguay garantió, a pedido de las partes, el cumplimiento del pacto de unión del 10 de noviembre de 1859, y que lo firmó su gestor único, el entonces general Francisco Solano López!

Los historiadores argentinos de hoy, como Ricardo Levene, tampoco recuerdan para nada a Solano López al estudiar aquel acto trascendental de la vida de su país. Véase *Lecciones de Historia Argentina*, tomo II páginas 432 y 433.

## IX

**Regreso de Solano López.—Manifestaciones de despedida. · La agresión británica.— Sus antecedentes.—El ministro Christie.—Retórico irascible.—La cuestión Canstatt.—El Tratado de 1856.—Período de prosperidad del Paraguay.—Los últimos días del Patriarca.—Su postrer amargura.**

Terminada tan felizmente su misión diplomática, resolvió Solano López regresar a su país.

El día de su partida—29 de noviembre de 1859—el pueblo de Buenos Aires preparóle una grandiosa despedida.

Desde su alojamiento hasta el puerto, las calles fueron adornadas con arcos triunfales, siendo profusamente embanderada la ciudad.

Cuando apareció el ministro paraguayo, se organizó una inmensa columna, que le acompañó entusiasmada, marchando a los sones de la admirable diana militar que Dalmiro Costa acababa de dedicarle.

»Al subir a bordo del *Tacuarí*, el pueblo estalló en un viva clamoroso al Paraguay y al general Francisco Solano López, mientras la banda de músicos ejecutaba nuestro Himno Nacional y la plaza atronaba con una impotente salva de artillería.

Bajo tan gratas impresiones, la gallarda nave paraguaya levó anclas, contestando con otra salva de artillería, mientras en lo más alto de su mástil la bandera tricolor, acariciada por las brisas del Plata, parecía también agitarse en un gesto de cariñosa despedida...

Pero he aquí, que, dentro todavía de la rada de Buenos Aires, el *Tacuarí* fué víctima de un inaudito atropello de dos poderosos buques de guerra de Inglaterra.

Solano López había sido advertido anticipadamente de que las cañoneras inglesas *Burzard* y *Grappler* habían recibido orden de dar caza a nuestro buque. Pero no quiso creerlo. Le pareció imposible que una vieja nación civilizada, con la que estábamos en paz, realizase un acto de piratería semejante.

Pero pronto hubo de convencerse de su error.

Apenas se puso en movimiento el *Tacuarí*, los buques nombrados se dirigieron hacia él en actitud amenazadora. Y cuando, en vista de esto, desprendimos un bote para enviar un mensajero a averiguar lo que aquella actitud significaba, dos disparos de cañón se encargaron de decirnos cuál era la intención de los ingleses.

«El general López ordenó entonces—dice un testigo— que la tripulación y la artillería del *Tacuarí* se aprestaran para respoder y resistir a la agresión. Los artilleros corrieron a sus puestos, cargaron los cañones y prepararon las mechas. La tripulación y todo el personal de la Legación se aprestaron al combate.

»López se manifestaba resuelto a sepultarse con el *Tacuarí* en el fondo del Río de la Plata antes que consentir una ofensa tan gratuíta a la bandera nacional. Su conducta posterior, de 1864 a 1870, es la prueba convincente de que era capaz de poner en práctica semejante resolución.

»El *Tacuarí* era el vapor más veloz del Río de la Plata, pero su comandante, el capitán Morice, era inglés, como ingleses eran también todos los ingenieros y maquinistas del buque; de suerte que, en vista de la disposición enérgica de López, se le acercó a manifestarle la gravedad de la situación en que personalmente se encontraba, en su calidad de súbdito inglés y comandante de un buque extranjero

que se preparaba a hacer fuego sobre naves que llevaban la bandera de su nación...recordándole que tenía familia e hijos en Londres y cuál era el delito en que incurriría y la pena a que se haría acreedor». [1]

Ante esta actitud del capitán Morice, al que acompañaban todos sus compatriotas, hubo que retroceder, regresando al puerto de Buenos Aires, donde un público asombrado presenciaba los incidentes de aquel atropello a la soberanía argentina, vale decir, a los principios más sagrados del derecho de gentes.

López denunció todo lo sucedidó al Gobierno de Buenos Aires, formulando su protesta en notas llenas de elocuencia y de indignación, dirigiéndose después por tierra hasta Paraná, donde tomó el *Jejuí*, buque de la Armada nacional, prosiguiendo sin molestias su viaje hasta Asunción.

¿Cuál fué el origen de aquella insólita agresión?

La historia es ésta:

En 1858 fué recibido por Carlos Antonio López el representante inglés W. D. Christie, quien en aquella ocasión hizo una pública apología de nuestro Gobierno.

«Hace cinco años decía—que vuestra excelencia ha inaugurado sabiamente un nuevo sistema en el Paraguay, celebrando tratados de amistad, comercio y navegación con la Gran Bretaña y otras naciones... Desarrollando el comercio de vuestro país y favoreciendo el tráfico con los demás pueblos, ayudáis a realizar los designios de la providencia...» etcétera, etc.

Y agregaba:

«La Soberana de una antigua nación, sentada en un sólido Trono, y en cuyos vastos dominios jamás se oculta el sol, envía un nuevo mensaje, de cortesía y afecto, a vuestra joven, lejana, naciente e interesante nación... Desde el otro lado del grande Atlán.

(1) El capitán nominal del *Tacuari* era Pedro Ignacio Meza, per el comandante, en realidad, era Morice.



tico y por el largo trayecto de vuestro majestuoso río, la Reina Victoria os tiende, señor, una mano amiga y os invita a dotar a vuestro país de un beneficio duradero y a elevar un monumento a vuestra propia fama, asegurando de un modo permanente en el Paraguay la amistad de la Gran Bretaña y la libertad del comercio con el mundo entero.»

Pues bien, este plenipotenciario, tan dado a la retórica, era un hombre irascible, orgulloso y descomedido, acostumbrado a tratar como a seres inferiores a los americanos.

Más adelante había de imponer a Pedro II humillaciones crueles, que pondrían en peligro su Corona.

Pero en el Paraguay se estrelló contra la altivez irreductible de nuestros gobernantes, retirándose disgustado de Asunción por no haber podido finiquitar un Tratado en veinte días y no haber conseguido entenderse directamente con el Presidente de la República, pasando por encima del ministro de Relaciones Exteriores.

Desde entonces guardó un profundo odio a nuestro Gobierno, esperando una ocasión para vengarse.

Y esa ocasión no tardó en presentarse.

El 18 de febrero de 1859 se descubrió una conspiración contra la vida del Presidente López, en la que resultó complicado un señor Santiago Canstatt.

Canstatt había llegado en 1852 al Paraguay, presentando un pasaporte expedido en la República Oriental, en el que se le declaraba ciudadano uruguayo.

Una vez preso se dijo súbdito inglés, pidiendo garantías al cónsul de la Gran Bretaña, Mr. Henderson. Y éste, no sólo exigió su libertad, pidió al mismo tiempo una reparación.

El Gobierno paraguayo no aceptó las gestiones del agente consular, prefiriendo tratar directamente con el Gobierno inglés o con un representante diplomático.

Henderson, mortificado por la actitud de nuestra Cancillería, se dirigió en queja a su Gobierno, refi-

riendo las cosas a su manera. Y el 1.° de agosto pidió, con toda soberbia, la inmediata libertad de Canstatt y una completa satisfacción a Su Majestad Británica por la falta de respeto a las pretensiones de su cónsul.

El Gobierno paraguayo contestó a esta descomedida comunicación, poniendo las cosas en su lugar.

Y, entretanto, los conspiradores eran juzgados por la justicia ordinaria. Cinco de ellos, incluyendo a Canstatt, fueron condenados a muerte, y los otros a cuatro años de prisión.

El Presidente López tuvo la magnanimidad de indultar a once de los sentenciados, siendo uno de ellos el supuesto súbdito inglés. Sólo dos de los reos más comprometidos fueron fusilados.

Pero con esto no terminó el conflicto con Inglaterra.

Estaban de por medio las satisfacciones exigidas y la mala voluntad de Christie.

Y así fué que éste, cuando Solano López anunció su regreso de Buenos Aires en el *Tacuarí*, ordenó al almirante Lushington, jefe de la escuadra inglesa del Río de la Plata, que se apoderara de nuestra nave y de la persona de nuestro representante, para castigar al Paraguay.

Felizmente, no se realizaron los buenos deseos del despechado diplomático, y, a la postre, después de tres años de litigio, otro ministro inglés, Mr. Thorton, firmó un Tratado con nuestro Gobierno, reconociendo que la razón estaba de nuestra parte.

En este pleito con Inglaterra fué nuestro abogado en Europa don Carlos Calvo, investido de la representación diplomática de nuestro país.

Pero, sin dejar de reconocer los inteligentes esfuerzos de este distinguido publicista, no es posible negar la intervención directa que tuvo en sus gestiones Solano López, ya que así lo declara él mismo en la Memoria que elevó a nuestro Gobierno.

Antes de seguir adelante, hemos de dejar constancia de que la cuestión de límites no había podido



ser solucionada, en presencia de las pretensiones inaceptables del Brasil y de la Argentina.

La Cancillería paraguaya, asesorada por Solano López, que había llegado a dominar los antecedentes históricos del pleito tres veces secular, defendió con firmeza nuestros derechos, desbaratando todas las maniobras de nuestros vecinos.

Y en 1856, siendo ya imposible llegar a un acuerdo e inminente un rompimiento, se convino en aplazar por seis años la cuestión.

Aquello, visiblemente, no era sino una tregua, durante la cual unos y otros acumularían esos argumentos decisivos a que los pueblos apelan cuando ha fracasado el derecho o la ambición no ha sido satisfecha.

Ni la Argentina ni el Brasil estaban en condiciones de imponernos aisladamente su voluntad, siendo por entonces imposible una política conjunta.

Precisamente seis años después, como veremos, las cosas cambiaron por completo, volviendo a encontrarse en el mismo plano, uno al lado del otro, navegando en las mismas aguas, los que un día cruzaron sus espadas en Ituzaingó, y, a pesar de Caseros, se odiaban y se odian con una invariable cordialidad.

Para el Paraguay fueron esos años de tregua años de colosal prosperidad.

Todos los elementos de progreso allegados por Solano López en su misión en Europa dieron un espléndido rendimiento, acrecentando nuestro progreso, nuestro bienestar, nuestra cultura.

Mientras un artista de la talla de Alejandro Ravizza trazaba los planos del teatro, del oratorio, del palacio y de otros admirables monumentos construídos bajo su dirección, nuestros astilleros botaban al agua amplias y cómodas naves; nuestras fundiciones de hierro preparaban nuestros armamentos y daban a la industria, a la agricultura y a la vida doméstica los útiles indispensables para desenvolverse. En la ciudad y en la campaña se notaba una inmensa acti-

vidad. El trabajo era la ley de la vida para todos los paraguayos. Y el Gobierno, por su parte, no descansaba un momento, pagando pingües sueldos a los profesionales extranjeros que educaban a nuestra juventud y explotaban nuestras riquezas.

Las últimas conquistas de la civilización—el ferrocarril y el telégrafo—eran incorporadas a nuestra vida, mientras nuestros buques cruzaban los mares cargados de nuestros productos.

Y, entretanto, innumerables estudiantes llenaban las Academias europeas, preparándose para realizar la total transformación del Paraguay.

Tal fué el grandioso espectáculo que vió en sus últimos días Carlos Antonio López.

Orgulloso de su obra, lleno de fe en el continuador de su labor patriótica, hubiera muerto tranquilo si las ambiciones del Brasil no hubieran proyectado sobre su espíritu esclarecido las sombras de una duda torturante.

¡Y fué aquella duda la postrer amargura de su vida al despedirse de su pueblo para entrar en los dominios de la historia!





CARLOS ANTONIO LÓPEZ
Primer Presidente constitucional del Paraguay

## X

**Fallecimiento de Carlos Antonio López.—Su obra colosal.—Su testamento político.—Bando anunciando su muerte y dando a conocer el pliego de reserva.—Solano López vicepresidente.—Su proclama al pueblo.—Convoca al Congreso Nacional.—Reunión de éste.—Actitud del diputado Varela.—Elección del nuevo Presidente. Proclama a los habitantes de la nación. El nuevo Gabinete.**

En la madrugada del 10 de septiembre de 1862 falleció Carlos Antonio López en los brazos del presbítero Fidel Maíz, a quien le tocó escuchar sus últimas confidencias de patriota y de cristiano.

Demás está decir que la noticia de su fallecimiento causó honda consternación en toda la República.

Era, en efecto, adorado el viejo patriarca por todos sus conciudadanos.

Su obra había sido tan colosal que no escapaba a nadie, imponiéndose por sus proporciones, por su trascendencia y por la inmensa sabiduría que la había inspirado.

Es verdad que podía habérsele hecho el cargo de no haber realizado una evolución, igualmente rápida, en el orden político, manteniendo a la República hasta morir bajo el duro régimen de la Constitución del 44.

Pero ni esta queja siquiera brotó nunca de los labios del pueblo, porque nadie dudó en ningún momento de la profunda sinceridad con que dijo un día estas memorables palabras, únicas en la historia de los grandes gobernantes de América:





«El Gobierno os ha dicho que todas las instituciones que ha creado no podían considerarse sino como provisorias, como expedientes de ensayo para empezar a regularizar de algún modo el orden administrativo, hasta ver lo que la experiencia mostrase de perjudicial o útil. Y el Gobierno está convencido de que obró con buen tino cuando indicó y pidió al Congreso nacional instituciones con ese carácter.

»El tiempo ha demostrado que esas instituciones contienen algunas disposiciones que es necesario corregir, y ha demostrado también que antes que la República del Paraguay llegue a organizarse y constituírse, en el sentido en que hoy se toman estas palabras, es necesario que por muchos años continúe en este orden y régimen provisorio, que permite mejorar, y aun perfeccionar, poco a poco las instituciones, modificando gradualmente las que existen y creando las que aconseje la experiencia para que el pueblo se acostumbre al uso regular y moderado de derechos que aun no conoce. Si no se procede de este modo, el Paraguay no podrá gozar de paz y sufrirá a su turno las grandes calamidades que han atormentado a los Estados vecinos.

»El Gobierno está convencido de que ese régimen provisorio y gradual es el único preservativo contra tales calamidades, el único pararrayos político que puede descargar insensiblemente, sin fulguración, sin truenos, las nubes tempestuosas que se acumulan en la atmósfera del mundo y, especialmente, en la del Nuevo Continente.

»No hay una sola de las nuevas Repúblicas antes españolas, a excepción del Paraguay, que, arrastrada de un inmoderado deseo de libertad que no comprendía, no se haya apresurado a establecer leyes, llamadas fundamentales, y a organizarse, dándose una Constitución. Todas éstas, teóricamente perfectas, están basadas sobre los principios más luminosos y encierran las ideas más elevadas, justas y liberales; todas otorgan al ciudadano amplios e importantes derechos políticos; todas garanten los dere-



chos primordiales del hombre, su libertad, su prosperidad, su seguridad y su igualdad ante la ley; todas están marcadas con un sello de permanencia e inmutabilidad; todas han debilitado la autoridad, y, creyendo hacer difícil el despotismo, no han hecho sino facilitar la anarquía. Ninguna de esas nuevas Repúblicas ha escapado a un despotismo, más o menos brutal y sangriento, o a las revoluciones y desórdenes más o menos frecuentes, prueba incontestable de que para conservar la paz, el orden público, la libertad, se necesita algo más que Constituciones escritas y vaciadas de un golpe.

»Todos los hombres sensatos reconocen hoy y confiesan que los pueblos de la América española no estaban preparados ni tenían la educación y cualidades necesarias para gozar sin perturbaciones de la libertad y de los derechos a que les empujaron algunas imaginaciones exaltadas e inexpertas. Demócratas fervorosos confiesan en sus escritos que en América es imposible un completo sistema representativo, porque las masas no lo comprenden y no saben usar de los instrumentos y resortes que hacen funcionar ese hermoso, pero complicado mecanismo político: *el que no sabe usar de una cosa, precisamente abusa de ella.*

»*Entre el despotismo y la tiranía, que detesta todo hombre de corazón bien puesto y de serena cabeza*, y una libertad racional que civiliza, morigera y hace prosperar a los pueblos, hay un abismo; todos los pueblos que han querido salvar ese abismo de un salto han caído en él. Ese abismo se pasa a pie firme y sin temor de precipitarse en él si se tiene la precaución de llenarlo poco a poco y gradualmente.

»Muy disculpables son las nuevas Repúblicas de los errores en que han caído y que tantas desgracias les han causado; sucesos imprevistos y superiores a toda prudencia humana les impelieron en una senda semejante; no tenían ejemplos recientes que les advirtiesen su desvío, y cuando lo advirtieron



ya estaban desatinadas, ya les fué imposible volver atrás o salir del laberinto para tomar otro camino. Pero la República del Paraguay que, por un favor de la Providencia, aunque muy costoso, tiene toda la cordura y libertad para escoger la senda más segura, y que tiene a la vista ejemplos tan inmediatos y recientes que, como otros tantos faros, le advierten los peligros que corre si toma el mismo camino que sus hermanas, no tendría disculpa, y en sus desgracias no merecería ni la compasión de la posteridad.

»Continuemos en la marcha lenta de tanteamiento y experiencia, pero de mejora y progreso sensible, como hasta aquí; reformemos gradualmente nuestras instituciones y leyes que pidan reformas; establezcamos y reconozcamos los principios que al fin han de entrar en el cuadro de la organización y constitución permanente de la República; pero aplacemos su ejecución y aplicación práctica para el tiempo en que la República tenga la capacidad suficiente para saber aplicar esos principios y usar de ellos con discernimiento; proclamemos y respetemos con la mayor escrupulosidad los derechos civiles, esenciales y primordiales de todo hombre: la libertad, la propiedad, seguridad, igualdad ante la ley; pero excusémonos por ahora de establecer libertades y derechos políticos hasta que se entienda y conozca lo que importan y significan esas palabras: la inteligencia de la cosa debe preceder al uso del derecho a esa cosa. Ha sido un absurdo funesto que todos los pueblos y naciones se imiten y copien ciega y servilmente. Cada nación tiene sus condiciones de existencia y cada una se desarrolla según sus necesidades. En unos países casi todo lo hace el espíritu público de empresa y asociación, ahorrando al Gobierno mucho trabajo; en otros hay que esperarlo todo de la acción de los Gobiernos, que, por lo mismo, son jefes y guías de la nación. Por último, mantengamos un poder fuerte, sin el cual no hay justicia ni hay libertad civil o política. Pero un poder fuerte

por la ley no es ni quiere decir un poder arbitrario y tiránico que nada respeta. Un poder fuerte, ilustrado y prudente, es la primera condición, es el primer elemento de organización y constitución de una República. Inclinémonos, pues, para que el pueblo se incline ante la autoridad suprema y ante todos los que, por sus funciones, participan de ella; *pero no en una postura humillante y servil, sino respetuosamente, como conviene a hombres verdaderamente libres.*»

¿No eran éstas las palabras de un insigne estadista, lleno de prudencia, de amor a su tierra y de honrado espíritu republicano?

El pueblo paraguayo, al escucharlas, tenía a su vista el horrendo espectáculo de los países vecinos, que, embriagados con palabras que no entendían, se entregaban de hecho a un degüello sin término, sufriendo dictaduras ominosas, en medio de una barbarie sin esperanza de redención.

Y creyó al hombre íntegro que, mientras hablaba así el lenguaje de la verdad y de la experiencia, trabajaba por su bienestar material y por su regeneración moral e intelectual, multiplicando nuestras riquezas y llenando el país de escuelas, que eran, según él, «*los mejores monumentos que se pueden levantar a la libertad...*»

Por eso nada turbó la unanimidad del dolor nacional ante la tumba de aquel hombre, que era mirado, con razón, más que como el primer dignatario de la República, como el padre común de todos los paraguayos.

El mismo día de su fallecimiento se dió publicidad al siguiente bando:

«¡VIVA LA REPUBLICA DEL PARAGUAY!

»Habiendo fallecido en la mañana de este día el excelentísimo señor don Carlos Antonio López, Presidente de la República, y resultando nombrado vicepresidente de ella en el pliego de reserva firmado



por el finado excelentísimo señor, cuyo tenor es como sigue:

«Nos Carlos Antonio López, Presidente de la República del Paraguay.—Usando de la jurisdicción suprema que el honorable Congreso Nacional nos ha confiado en el art. 5.° de la ley de 3 de noviembre de 1856 para los casos prevenidos en el art. 5.° del título IV de la ley de 13 de marzo de 1844, nombramos para vicepresidente de la República al brigadier general ciudadano Francisco Solano López, general en jefe del Ejército Nacional, ministro de Guerra y Marina, con el tratamiento de excelentísimo señor vicepresidente de la República, y mandamos:

1.° Que los ministros de Gobierno y de Relaciones Exteriores, ciudadano Francisco Sánchez, y de Hacienda, ciudadano Mariano González, de la administración cesante, continúen en la del vicepresidente de la República.

2.° Que el presente decreto se conserve en el despacho del ministro de Gobierno con el título de «Pliego de Reserva de nombramiento de vicepresidente de la República por el excelentísimo señor Presidente de la República ciudadano Carlos Antonio López para el caso prevenido en el art. 5.° del título IV de la ley orgánica de la República», firmado y sellado como corresponde; y que para llevarse a efecto el presente nombramiento de vicepresidente de la República el ministro secretario de Gobierno convoque a los ministros de Hacienda, de Guerra y Marina, y a las corporaciones civiles, militares y eclesiásticas, y estando presentes en la Sala de Gobierno abra el pliego que contiene este decreto, lo publique, y el reverendo obispo diocesano tome el juramento nacional al nombrado vicepresidente y le ponga en posesión del Gobierno provisorio, con la solemnidad y formalidades que ordena el art. 5.° del citado título IV de la ley orgánica del país.



3.° Que el mismo día se publique en la capital, por bando, el presente decreto con el acta ordenada en el anterior art. 2.° y se circule en todas las villas, departamentos y partidos de la República.

4.° Que el vicepresidente de la República con el ministro secretario de Gobierno convoque inmediatamente el Congreso Nacional para la elección de Presidente propietario, conforme está mandado en el art. 9.° del referido título IV de la administración política de la República.

5.° Que reunido el Congreso Nacional en su sala de sesiones, se presente el vicepresidente de la República a hacer la apertura del Congreso en la forma que ordena la ley nacional y le dé cuenta por un Mensaje del período de su administración.

6.° Que si por cualquier causa legítima el nombrado vicepresidente de la República no pudiere aceptar el cargo, los predichos ministros de Gobierno y de Relaciones Exteriores y de Hacienda con el teniente coronel comandante de la escolta de Gobierno, ciudadano Felipe Toledo, entren en la Administración provisoria del Gobierno de la República con el título de «Excelentísimo Gobierno Provisorio», y con calidad de que lo presidirá el ministro de Gobierno. Dado en la Asunción, capital de la República del Paraguay, a los quince días del mes de agosto de mil ochocientos sesenta y dos, el cuadragésimonono de la Independencia Nacional.—*Carlos Antonio López.—Francisco Sánchez.*»

«Y estando llenadas todas las formalidades arriba prevenidas y las que se requieren por la ley, publíquese.—Asunción, septiembre 10 de 1862.—*Francisco S. López—Francisco Sánchez.*»

En virtud, pues, de una prescripción constitucional, y no por su caprichosa voluntad, como afirman los que ignoran las intimidades de nuestra historia, Carlos Antonio López encargó, no a su hijo, sino al ministro de la Guerra, la vicepresidencia de la República, para que éste convocara al Congreso y de-



volviese al pueblo el pleno dominio de su soberanía.

Al hacerse cargo de aquel alto puesto dirigió Solano López la siguiente proclama a la nación:

«EL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA

*Compatriotas:*

Elevado a la vicepresidencia de la República por el doloroso acontecimiento que ha privado a la patria de los eminentes servicios del excelentísimo señor don Carlos Antonio López, he aceptado tan delicado cargo, sometiéndome a la última voluntad del ilustre muerto, acatando así el artículo 5.º de la ley de 3 de noviembre de 1856.

Ha terminado la existencia laboriosa del gran ciudadano que, por más de cuatro lustros, se ha dedicado al servicio de la República, venciendo las grandes dificultades con que ha tenido que luchar y recogiendo abundante gloria para su patria y para su memoria.

Al aceptar el sagrado depósito que el Congreso Nacional confiara en otro tiempo al patriotismo y virtudes del esclarecido ciudadano, cuya muerte acaba de herir a la nación, espero llenar cumplidamente el delicado mandato de que estoy hecho cargo, y para ello cuento con el patriotismo de los ciudadanos y con la decisión de todos los funcionarios del Estado. Robustecen mi confianza el orden y la paz que por tan largos años ha gozado la nación, mediante la sabia y prudente administración del magistrado cuya falta la Patria deplora y cubre de luto el corazón de vuestro conciudadano

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

Y por decreto del 15 de septiembre fué convocado el Congreso Nacional para el 16 de octubre de aquel año.

De acuerdo con este decreto, reunióse en dicha fecha la representación nacional.

A las nueve de la mañana el vicepresidente declaró abierta la sesion, dando lectura a un Mensaje en que daba cuenta del fallecimiento del Presidente de la República y de los últimos actos de su Gobierno.

«Después de esta lectura—dice una crónica del *Semanario*—la vicepresidencia depositó su poder en manos del H. C. Leyóse el reglamento interior del Congreso y se nombró en seguida un presidente, un vice y un secretario; y, constituída la Mesa, el secretario leyó la lista de los señores diputados por orden de distritos, y no solamente se vió que había mayoría, sino que no había dejado de concurrir un solo representante.»

Acto seguido el presidente invitó a elegir el nuevo supremo dignatario de la nación, adelantándose a hacer uso de la palabra el diputado Varela, representante de Ajos, quien, después de hacer la apología de Solano López, declarando que no encontraba otro en el país que tuviera más méritos para ocupar la primera magistratura, manifestó que sentía ciertos escrúpulos para votar por él, porque estaba de por medio el segundo artículo del acta de nuestra independencia, que establecía que el Paraguay «jamás será patrimonio de una persona o de una familia».

Los diputados Riveros, Gil, Haedo, Alvarenga, Román, Franco, Sosa, Bazarás, Herrero, Ferreira y otros le contestaron en largos discursos, probándole la sinrazón de aquellos escrúpulos, pues que Carlos Antonio López, por imperio de la ley, había devuelto al pueblo su soberanía, y el Congreso, libremente, podía elegir al ciudadano que quisiera, aunque éste fuese de la familia del magistrado recién fallecido.

El diputado Varela se dió por convencido, reconociendo su error.

Después de esto, el Congreso, por unanimidad, proclamó Presidente de la República a Solano López.



«Este—dice la crónica aludida—dirigió entonces un sentido discurso a la Representación Nacional para recordarle que en la legislatura anterior y en aquella misma sala, cuando le aclamaron Presidente, se negó de un modo positivo a aceptar el cargo que se le quería confiar, pues que entonces, como ahora, no tenía aspiración a este puesto; pero que, en vista de la disposición decidida que manifestaba la Representación Nacional, se excusaba de reiterar aquella manifestación, y, agradeciendo la confianza que la nación depositaba en él, aceptaba el mando supremo en consideración a las circunstancias en que se hallaba el país y en el deseo de llevar adelante las empresas en que se hallaba empeñado su honor.»

En ese mismo acto prestó el juramento de ley en manos del obispo diocesano, dándosele posesión del Poder Ejecutivo.

Eran las cuatro y media de la tarde.

Una salva de artillería y el repique de las campanas de todas las iglesias de la capital anunciaban en aquel momento que los representantes del pueblo acababan de elegir al nuevo Presidente, es decir, al ciudadano que en adelante regiría sus destinos.

Al otro día fué publicada la siguiente proclama:

«EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY
Y GENERAL EN JEFE DE SUS EJÉRCITOS.

*Habitantes de la nación*:

El voto unánime de vuestros representantes acaba de elevarme a la suprema magistratura de la República. Sinceramente dedicado al servicio de mi patria, me he hecho cargo de tan ardua tarea.

El patriotismo y la unión de todos los habitantes de la nación me dejan esperar que la República del Paraguay consumará un día la obra de su regeneración política, sin haber tenido que enjugar las amargas lágrimas de una contienda de familia.

Es imposible que ningún país alcance su felicidad sin que le animen sentimientos de orden, justicia y moralidad.

Paz, unión, concordia, son los fundamentos más sólidos de nuestro porvenir y engrandecimiento.

Al abrigo de estos sanos principios cultivará nuestra patria el árbol de su libertad, y, ajenos a la árida discusión de los principios abstractos de la política, agrupémonos ante el altar de la patria para trabajar por el bienestar general.

En el Ejército, de cuyas filas he sido elevado a tan encumbrado puesto, miro el ejemplo práctico de la subordinación y fiel observancia de las leyes y el sostén de nuestros sagrados derechos.

Yo me haré digno de la confianza de la nación, velando por su salud; y, al aceptar una carga que no he buscado, cuento con las simpatías y el apoyo de mis conciudadanos.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

El nuevo Gabinete quedó constituído en la forma siguiente:

José Berges, ministro de Relaciones Exteriores; Francisco Sánchez, ministro de Gobierno y presidente del Consejo; Mariano González, ministro de Hacienda, y el coronel Venancio López, ministro de Guerra y Marina.



## XI

**Solano López al asumir la presidencia.—Era el primer paraguayo de su época.—Lo que contaba Centurión.—Datos del padre Maíz.—Juicio de Mitre.—Obstáculos que encuentra en su camino.—La actitud del Brasil.—La Argentina después de 1859.—Presidencia de Mitre y su hostilidad al Paraguay.—Correspondencia confidencial de Solano López.—La virtud republicana y la corrupción de la oligarquía.—Las hipocresías del Tartufo argentino.—Apología de López.—El fracaso de una gran iniciativa.**

A los treinta y seis años asumía Solano López la responsabilidad íntegra del Gobierno de su país.

Como queda dicho, hacía mucho tiempo que era el alma de la administración de su anciano padre, siendo suyas las iniciativas de todas las obras de progreso y la dirección efectiva de los negocios públicos.

Pero recién entonces iba a desempeñar públicamente la «suprema magistratura» de su patria, librándose a los dictados de su ilustración y de su experiencia.

Y la verdad es que nadie mejor que él para ocupar tan alto puesto.

Era, sin duda, el primer hombre del Paraguay, por su extendida cultura, por su brillante talento y por sus cualidades excepcionales de estadista.

Otros de sus contemporáneos han adquirido relieve después de la catástrofe nacional, por obra de las

pasiones triunfantes o de la ignorancia general. Pero es lo cierto que en aquellos tiempos nadie reveló su superioridad en ningún orden de la vida, ni aun en el orden puramente intelectual.

Estudiando los documentos de la época, sobre todo los papeles íntimos, se ve cómo se movían y obraban bajo su dirección los que después han sido presentados como sus mentores.

Repetimos que hasta don Carlos Calvo, con ser un internacionalista de nota, esperaba sus minuciosas instrucciones para contestar a lord Russel en el pleito con Inglaterra.

Y no hablemos de José Berges, cuyos pasos guiaba, y al que más de una vez hubo de amonestar por sus torpezas, como consta en el copiador de cartas de su correspondencia privada.

El coronel Centurión—que en el fondo no le amaba—solía referir el siguiente episodio que da la sensación del asombro que su cultura causaba a los hombres inteligentes de su tiempo.

Dictaba una vez, como era su costumbre, dos notas al mismo tiempo: una a Centurión y otra a Natalicio Talavera, en el cuartel general de Paso Pucú.

Y lo hacía con la mayor naturalidad y sin esfuerzo alguno.

Pocos momentos después las notas estaban terminadas.

Eran, como todas las suyas, elocuentes y enérgicas, pero sin afectación alguna.

Se veía en ellas el pleno dominio del idioma y la garra de un escritor de estilo inconfundible.

Cuando se retiraron del cuartel general los dos amigos, se detuvieron a conversar en la casa del poeta.

Y Talavera, que sentía una inmensa admiración por Solano López, llamó la atención de Centurión sobre las dotes intelectuales de aquel hombre que, en algunos minutos, acababa de producir dos piezas literarias de irreprochable factura. ¿Dónde, cómo y cuándo había atesorado aquella cultura quien desde



los diez y ocho años había hecho una vida tan intensa, realizando una labor tan gigantesca, dentro y fuera del país? ¿Dónde había aprendido todo lo que sabía y cómo había aquirido aquel pleno dominio de la forma?...

«Después de mucho conversar, no pudimos menos de convenir—concluía el viejo veterano—en que aquel hombre era superior a todos nosotros, pues sólo así se explicaba que hubiera podido, entre tantos afanes, ponerse por encima de sus contemporáneos y eclipsar a los más brillantes talentos de nuestra generación.»

Y tenemos a la vista una carta del ilustre padre Maíz, que dice a este respecto:

«Todos los que han tenido que tratar y escuchar a López no podrán menos de confesar que poseía una vasta preparación en todo género de conocimientos. Sus correspondencias y notas diplomáticas prueban suficientemente que era capaz de desempeñarse con habilidad y altura, sin que haya tenido ningún consejero superior a su talla.

»Poseía una gran facilidad de expresar sus pensamientos por escrito, y todavía más para producirlos a la voz, y entonces, con una elocuencia siempre conmovedora, en ocasiones arrobadora, arrastraba a sus oyentes. Esto principalmente en sus arengas militares, sea que hablase en castellano, sea que lo hiciese en guaraní, idioma que mucho estimaba, hablándolo con especial propiedad y hasta con elegancia.

»Conocía a fondo la política de los Gobiernos suramericanos; pero hablaba poco de ellos. Era una cualidad muy estimable en él esa moderación y prudencia para con sus mayores enemigos.

»De modales cultos, jamás se le oyó proferir palabras groseras o epítetos injuriosos; de ánimo siempre reposado, dominaba en él el estoicismo, aun en medio de los más inesperados contrastes y en presencia de las más funestas decepciones y fracasos por que tuvo que pasar fatalmente.



»Hombre de rara firmeza en sus resoluciones, sin vacilar ante obstáculo alguno, obraba con decisión, afrontando hasta lo imposible. Apremiado en tales trances, su expresión favorita era ésta: *¡la copa está servida... es preciso beberla!*»

Y el que estas líneas escribe tuvo ocasión de escuchar, en 1904, de los labios del mismo general Mitre la confirmación de su extendida cultura.

Preguntábamos al viejo caudillo—a quien visitamos en su casa de la calle San Martín—sus impresiones sobre Solano López, especialmente sobre su preparación intelectual, contestándonos lo siguiente:

«Lo conocí en 1853. Era ya entonces un hombre distinguido, muy educado y muy inteligente. En aquella época empezaba yo a aficionarme a los estudios históricos, haciendo mis primeras investigaciones y reuniendo los primeros libros y papeles de mi biblioteca americana. Aproveché, pues, la ocasión para pedirle noticias sobre la bibliografía guaraní, oyendo de sus labios una erudita disertación sobre el particular. Conocía perfectamente la cuestión. Por lo demás, me dió siempre la impresión de un hombre bastante preparado.»

Iguales o parecidas declaraciones hizo al distinguido compatriota don Manuel Gondra, declaraciones que, por otra parte, no hacen sino confirmar opiniones suyas, emitidas en documentos públicos de resonante celebridad.

Tal era en 1862 el sucesor de Carlos Antonio López.

La prensa europea y americana saludó su advenimiento como una promesa de prosperidad para el Paraguay, siendo muchos los grandes publicistas platenses que hicieron su apología.

Bajo los mejores auspicios se iniciaba su presidencia.

Y supo hacer honor a la confianza en él depositada, trabajando con tesón mayor todavía.

Para todo tenía tiempo.

Atendía la administración en todos sus detalles,



**Solano López, en 1862**

despachaba su extensa correspondencia, y aun le sobraba tiempo para seguir de cerca a los jóvenes que estudiaban en Europa, cuyos ejercicios mensuales examinaba y corregía personalmente, comunicándose con ellos y poniendo el mayor empeño en que no defraudasen las esperanzas del país.

Pero, desgraciadamente, todo se conjuraba para detener esa labor patriótica y precipitarnos en la vorágine de una espantosa conflagración.

Precisamente, en el mismo año de su advenimiento al poder, terminaba la tregua de seis años establecida en los Tratados firmados en 1856 con el Imperio y la República Argentina.

La maldita cuestión de límites se interponía de nuevo en nuestro camino.

En el Brasil, la renovación de esta cuestión desató el espíritu bélico del Gobierno, mortificado por la expulsión de Pereira Leal y por el fracaso de la expedición de Ferreira de Oliveira.

En el mismo Parlamento se notaba una agresividad inocultable contra el Paraguay, hablándose públicamente de la necesidad de armarse para hacernos la guerra.

«La guerra, que es una gran calamidad—decía el diputado Amaro da Silveira, en la sesión del 4 de mayo de 1862 –, será un gran mal, *pero entiendo también que es un gran medio para que hagamos valer nuestros derechos... Por consiguiente, para no renunciar a lo que es nuestro, para sostener nuestra dignidad, no debemos retroceder ante este medio.*»

¿De qué derechos y de qué dignidad hablaban los voceros del Imperio?

¡Seguramente del derecho de la usurpación y de la dignidad de mantener millones de seres humanos en la más cruel esclavitud!

Pero esas eran las grandes palabras que caldeaban los ánimos, preparando la iniquidad internacional en que sería sacrificada nuestra tierra.

Por lo demás, tampoco se hacía misterio sobre la





urgencia de armarse y de preparar en el Alto Paraná un centro de operaciones contra el Paraguay

El mismo ministro de Marina sostuvo en el Congreso la necesidad de hacer del Brasil la primera potencia naval de América, «para mantener la integridad del Imperio», mientras algunos diputados hablaban de la adquisición de *baterías flotantes* (léase acorazados) para destruir las fortificaciones de las costas, haciendo clara alusión a Humaitá.

Cualquier incidente, la más mínima cuestión en nuestras fronteras con Matto Grosso bastaba para que el Imperio se encrespase y los parlamentarios diesen escape a su indignación entre el chisporroteo verbal de una tórrida elocuencia.

Se veía claro, en una palabra, que el Imperio no buscaba sino un pretexto y una ocasión para hacer la guerra al Paraguay.

Y no se presentaban mejor las cosas en la República Argentina.

Ya dijimos que el Pacto de 10 de noviembre del año 1859, fué la sentencia de muerte del Paraguay, al decretar la salvación de sus enemigos más irreconciliables.

Vamos a ver en seguida la dolorosa realidad de esta afirmación.

Firmada la paz bajo la garantía de nuestro Gobierno, el Ejército de la Confederación regresó a Entre Ríos, siendo licenciado poco después.

Y el 5 de marzo de 1860 terminaba su mandato el general Urquiza, haciendo entrega del Gobierno al doctor Santiago Derqui, electo por el voto popular.

Entretanto, Buenos Aires, lejos de responder al anhelo nacional de paz y de fraternidad, continuaba entregado a su estrecho y egoísta localismo, bajo la maquiavélica dirección del general Mitre

Ni siquiera quiso renunciar a su título de ESTADO, que tanta sangre había costado ya, permaneciendo de hecho en actitud hostil frente al resto del país.

Y el rompimiento no tardó en venir.

Por cuestiones electorales, magnificadas intencio-

nalmente, se reanudó la guerra con la Confederación, saliendo en campaña el vencido de Cepeda al frente del ejército porteño.

Urquiza volvió a acaudillar al ejército confederado, y el encuentro tuvo lugar el 17 de septiembre de 1861 en los campos de Pavón.

Pero esta vez el jefe entrerriano, que acababa de descubrir una irritante deslealtad del Presidente Derqui, abandonó disgustado el campo de batalla mucho antes de que la acción se decidiese, brindando generosamente el triunfo a su rival.

Y así fué como Mitre, que se daba ya por vencido, fué sorprendido por una victoria inesperada.

Después de esto quedó asegurado su predominio.

Y una misión militar *pacificadora* encomendada a famosos bandidos, llevando «la libertad» a las provincias «despotizadas» del interior, impuso a la República su presidencia el 12 de octubre de 1862.

En el mismo mes y en el mismo año ocupaban, pues, Solano López y Bartolomé Mitre la presidencia de sus respectivas patrias.

Lo lógico era esperar que aquellos dos hombres se entendiesen. El primero era «el salvador de Buenos Aires» y el segundo la encarnación viviente del porteñismo. ¡No podía haber entre ellos sino la más profunda simpatía!

Pero no era así, desgraciadamente.

¡El corazón humano es un abismo insondable!

Precisamente parecía que el antecedente de aquel servicio ponía cierta amargura en el alma de los que se sentían humillados, en vez de agradecidos, por el bien recibido.

Y la vieja inquina al Paraguay fué creciendo ante el espectáculo de nuestra prosperidad, hasta hacer olvidar los antecedentes del pasado, las protestas de «eterno reconocimiento» y las públicas manifestaciones de afecto.

Y la verdad es que Solano López no ignoraba nada de esto. Bien informado por sus agentes secretos en el Plata—Nicolás Calvo, Juan José Soto, Lo-

renzo Torres y otros sabía lo que pensaban los políticos argentinos y todos los manejos de su diplomacia.

En sus libros copiadores de cartas se encuentran preciosas revelaciones a este respecto.

Desde 1860 repite, con una insistencia que trasunta su arraigada convicción, que la guerra al Paraguay es así como una necesidad impuesta por la anarquía argentina, como una «panacea» imprescindible para el mal de sus luchas intestinas, ya que sólo una guerra exterior podría operar el milagro de unirlos alrededor de una sola bandera.

«Parece que contando con las cuestiones que el Paraguay sostenía con los Estados Unidos e Inglaterra—decía el doctor Lorenzo Torres, en carta del 5 de noviembre de 1860—también la Confederación Argentina había resuelto traerle la guerra al Paraguay, y, al efecto, disponía, muy reservadamente, los medios a que debía echar mano. En las altas regiones argentinas se cree que una guerra extranjera distraerá y amortiguará los odios que ha dejado la antigua división de partidos, y no se ha encontrado un remedio más eficaz para cicatrizar las heridas dejadas por las luchas intestinas que trae la guerra al pueblo generoso que con tanto empeño ha contribuído a la unión de la nación argentina.»

«No me sorprende la abierta hostilidad en que aparecen allí contra la República escribía a José Rufo Caminos el 5 de diciembre de 1860—, que sin otro pecado que el haberles prestado un señalado servicio, se halla amenazada por una guerra vandálica.»

En la misma fecha, volvía a escribir al doctor Lorenzo Torres:

«Convengo en que la situación de ustedes no es aparente para llevar una guerra exterior ni que haya motivos para traerlas a este país. Con todo, usted no ignorará que, tanto el Gobierno nacional como el de Buenos Aires, acarician la idea de conquistar al Paraguay.»



Y así, por este estilo, son sus confidencias a sus corresponsales rioplatenses, a los que transmite constantemente sus temores, bien fundados, al respecto.

Más aún: sabía que las publicaciones calumniosas de una parte de la prensa argentina y las intrigas de un comité de emigrados residentes en Buenos Aires respondían a las inspiraciones del Gobierno nacional.

Pero nada de esto le impidió obrar con la más absoluta serenidad, preparando al país para cualquier evento, pero tratando siempre de salvar las dificultades pacíficamente, dentro de una juiciosa moderación.

Este espíritu conciliador le llevó a iniciar su presidencia en la forma más amistosa para la República Argentina.

En efecto, dejando a un lado resentimientos y sospechas, animado del más vivo deseo de asegurar la paz y la concordia entre los dos pueblos hermanos, se dirigió confidencialmente al general Mitre, invitándole a solucionar amigablemente la escabrosa cuestión de límites, «única cuestión que mediaba, según sus palabras, entre los dos países que les habían confiado sus destinos».

Así se inició la famosa correspondencia que, desde el 5 de marzo de 1863, debía prolongarse hasta el 6 de febrero de 1864.

Leyéndola detenidamente se penetra toda la sinceridad del patriota paraguayo y la doblez e hipocresía infinitas del caudillo de Buenos Aires.

El uno habla en ella el lenguaje sencillo de la honradez. El otro disfraza sus intenciones entre las flores de la retórica oficial. El uno dice lo que quiere, con ingenuidad y con llaneza. El otro se oculta detrás de los elogios y no quiere nada de lo que dice. El uno es el hombre de 1859, animado de un afecto fraternal para los argentinos. El otro es el que, jurándole «eterno reconocimiento», sentía por él inextinguible antipatía. El uno era la virtud republicana. El otro la corrupción de una sangrienta oligarquía.



Y el resultado de aquella inútil tentativa, en que Solano López hizo todos los esfuerzos para alejar la tormenta, fué la guerra a muerte, incubada por Mitre en los precisos momentos en que nos repetía las protestas de su amistad y de su admiración.

«Me felicito que nuestra correspondencia confidencial se haya establecido bajo tan buenos auspicios y en términos tan cordiales -decía Mitre—y me lisonjeo con la esperanza de que ella continuará en los mismos términos, fomentando felizmente, a la par de la recíproca estimación, las buenas y amistosas relaciones *que deben existir entre dos pueblos hermanos ligados por tantos intereses.*» Pero agregaba, poco después, que la ocupación de nuestro territorio de Misiones, al sud del Paraná, «podía traer muy serias dificultades a ambos países, provocando desde ya *un malestar en la provincia de Corrientes*».

Por una parte, pues, se encontraba muy contento con la actitud de Solano López... y por otra insinuaba la amenaza *de muy serias dificultades* por el ejercicio pacífico, por parte del Paraguay, del legítimo derecho de guarnecer su frontera.

Pero esto no es todo.

Acababa de lanzar una revolución al Uruguay, aliándose a una de sus banderías en lucha, y, confidencialmente, ponía cátedra de moral, protestando, en carta del 16 de junio de 1863, contra los que «siempre han ido a buscar alianzas y conexiones, no precisamente con los pueblos mismos y con sus intereses generales, *sino más bien con sus partidos y fracciones internas*, dando así origen a complicaciones estériles y alejando el establecimiento de una política racional, pacífica y fundada en los verdaderos principios del derecho de gentes».

¡Política racional... principios del derecho de gentes!

¡Ah, Tartufo!

Flores, el que asolaba a la República Oriental; Flores, su caudillo, su lugarteniente, había salido

armado de los parques de Buenos Aires y había sido conducido por un buque de su Gobierno, gozando de los beneficios de su ilimitada protección...

En otras cartas recordaba a López «las muestras de simpatía que antes de ahora como al presente había dado a la República Argentina»; y, por otra parte, se hacía eco de intrigas fraguadas por él mismo o por su prensa, según las cuales el Paraguay se disponía a llevar la guerra a la República Argentina, dando crédito a las versiones de los agentes del Uruguay e interpretando maliciosamente nuestras comunicaciones con Urquiza.

Lo que quería decir que Solano López tenía un gran amor a los argentinos... ¡pero conspiraba contra su existencia!

Mitre, como se ve, juzgaba por lo que él era a los demás.

El Presidente paraguayo desvaneció todas aquellas burdas intrigas con la fuerza que le daba la lealtad de su conducta.

Y Mitre hubo de reconocer su «noble y amistosa franqueza», afirmando que los rumores circulantes «en nada habían podido alterar la confianza que le inspiraba... siendo un honor y un deber para él hacer la debida justicia al *firme y recto proceder del Gobierno del Paraguay.*»

Más todavía. No contento con estas satisfacciones, y para acabar de adormecerlo, estampó en la misma comunicación las solemnes declaraciones siguientes:

«Por lo expuesto verá vuestra excelencia que estoy muy distante de negar a la República y al Gobierno paraguayo el derecho que pueda tener a influir de alguna manera en los sucesos que puedan desenvolverse en el Río de la Plata, y creo, más aún, que su inteligencia política con sus Gobiernos ha de contribuir eficazmente al mantenimiento de su paz y al cultivo de sus buenas y fecundas relaciones.

»Vuestra excelencia se halla, bajo muchos con-



ceptos, en condiciones más favorables que las nuestras: a la cabeza de un pueblo tranquilo y laborioso, que se va engrandeciendo por la paz y llamando en este sentido la atención del mundo; con medios poderosos de gobierno, que saca de esa misma situación pacífica; respetado y estimado por los vecinos, que cultivan con él relaciones proficuas de comercio; su política está trazada de antemano y su tarea es, tal vez, más fácil que la nuestra en estas regiones tempestuosas, pues como lo ha dicho muy bien un periódico inglés de esta ciudad, vuestra excelencia es el Leopoldo de estas regiones, cuyos vapores suben y bajan los ríos superiores, enarbolando la bandera pacífica del comercio, y cuya posición será tanto más alta y respetable cuanto se normalice este modo de ser entre nosotros» (1).

Y mientras estas notas iban y venían, llevando y trayendo elogios y protestas de buena amistad, el tiempo pasaba, la cuestión de límites no se trataba y la ola de fuego de la política de intervención argentinobrasileña tomaba gigantescas proporciones, amenazando acabar con la vacilante soberanía de las pequeñas patrias del Río de la Plata.

Hay que decir que el pretexto para no llevar inmediatamente a los hechos la iniciativa de Solano López fué el nombramiento del plenipotenciario argentino y la elección de la sede de las negociaciones.

Nuestro Gobierno quería que la cuestión se tratara en nuestra capital, para que interviniese el Presidente de la República, que era el único paraguayo verdaderamente preparado para defender nuestros derechos.

---

(1) Para medir la magnitud de este elogio hay que saber quien fué ese Leopoldo con el que se comparaba a Solano López «El Rey Leopoldo I de Bélgica—dice el historiador Ducoudray—fué en su largo reinado de treinta y cuatro años (1831-1865) el modelo de los Soberanos constitucionales, y mereció por esto la fama de ser el monarca más cuerdo y modesto que pueda darse.» *Historia Contemporánea*, pág. 455.

Era, pues, Solano López, según Mitre, *modelo de gobernante constitucional* y el Presidente *más cuerdo y modesto que pueda darse.*

Dos años después...



Y Mitre quería que fuese en Buenos Aires o que, en todo caso, se aplazasen para más adelante las negociaciones.

Y, así las cosas, sobrevinieron las complicaciones en el Uruguay, olvidándose el primitivo objetivo de aquellas comunicaciones confidenciales.

Pero es indudable que la historia tiene que tener muy en cuenta aquel rasgo de Solano López, revelador de sus pacíficas intenciones.

## XII

**Los antecedentes de la guerra contra el Paraguay.—El cisnismo del Imperio.—Flores y Mitre.—Empiezan a prepararse las coartadas.—Sale Flores armado de los parques de Buenos Aires y parte en un buque de guerra argentino.—El primer ULTIMATUM.—La misión de *Saraiva.*—Mitre envia al Uruguay una Comisión "pacificadora.—La Triple Alianza, según *Mármol.*—El segundo ULTIMATUM.—Viril actitud del Uruguay.—Entra en función Tamándaré.**

Estamos viendo que por el lado del Brasil, como por el de la Argentina, se acumulaban los más siniestros nubarrones en nuestros horizontes.

Y todos los esfuerzos de Solano López para conjurar el tremendo peligro fueron inútiles, porque la voluntad del hombre es impotente para desviar la fatalidad de los acontecimientos.

El Imperio, procediendo con una lógica inflexible en sus determinaciones, dió un vuelco completo a su política con el Paraguay después de la batalla de Pavón.

La amenaza rosista había desaparecido y el nuevo Gobierno argentino le ofrecía la perspectiva de un entendido cordial en las cosas del Río de la Plata.

Había llegado, pues, el momento de proceder *a la valentona* con el soberbio protegido de ayer, cuya arrogancia le molestaba y cuyo engrandecimiento era un peligro para sus designios imperialistas.

Ya hemos dicho que la guerra al Paraguay—para la que se preparaba desde 1858, según el barón



de Río Branco—fué considerada necesaria en el año 1862.

En pleno Parlamento, y en sesión pública, se hablaba de ella, así como del acrecentamiento de las fuerzas navales y de la adquisición de máquinas poderosas para batir nuestras fortalezas.

Y hasta se volvió a agitar el viejo proyecto de las misiones de Abrantes y San Amaro, de monarquización y de sometimiento de los Estados del Plata. En efecto, un escritor que respondía a las inspiraciones de la Cancillería, en una serie de artículos publicados en el *Jornal do Comercio*, en diciembre de 1862, planteó con la mayor tranquilidad esta medida, después de estudiar la situación del Brasil frente a sus vecinos.

Como se ve, la audacia imperial crecía por momentos en presencia de la anarquía de sus rivales, al extremo de descubrir sus más íntimos pensamientos, lo que en otro tiempo constituía el secreto de su diplomacia.

Y todo parecía conspirar en el Plata para el logro de sus miras.

En efecto, la caída definitiva de Urquiza señaló el punto de partida de la conflagración que tanto anhelaba.

Veamos rápidamente cómo se desarrollaron los acontecimientos.

Residía en Buenos Aires el general Venancio Flores, jefe derrotado del partido colorado del Uruguay.

Durante la guerra a muerte con la Confederación, Flores había sido el Oribe de los unitarios, sirviendo a las órdenes del general Mitre con una fidelidad a toda prueba.

Terminada la lucha con el triunfo de Buenos Aires, claro está que el leal condotiero reclamó la protección de sus amigos para alcanzar el desquite en su país. (1)

(1) Contestando a la carta en que Flores le pedía su protección, le decía Mitre al caudillo uruguayo: «Usted sabe, mi general, que mi corazón pertenece a usted y a sus compatriotas, como amigo, como

Y Mitre se la dió resueltamente, en el acto a pesar de lo que digan los papeles que hábilmente acumuló en su archivo para asegurar la coartada con que ha pretendido justificar su conducta.

Le protegió con todo el poder que le daba su alto puesto; pero dentro de los límites de su política maquiavélica.

Desenvolvía así un vasto plan, en el que no entraba para nada la gratitud al antiguo servidor, y sí el interés de acabar definitivamente con el partido federal en ambas márgenes del Plata y aplastar al Paraguay, ligado también al federalismo por las necesidades de una solidad impuesta por la historia y por la geografía.

Por lo demás, son innumerables las pruebas de esa protección.

El Gobierno uruguayo, enterado de los preparativos de Flores, hizo las reclamaciones correspondientes a la Cancillería argentina. (1)

Mitre aprovechó aquella oportunidad para proclamar su absoluta neutralidad, asegurando que no con-

---

antiguo camarada de armas y como correligionario político» El general Mitre, Presidente de la República Argentina, era según propia declaración, «correligionario» de Flores y de sus compañeros, a quienes había entregado su corazón No podía por tanto, ser neutral en el pleito entre los que, siendo sus *correligionarios*, eran dueños de su corazón y los hombres del Gobierno oriental «Ese fué el origen de la invasión de 1863». dice Ernesto Quesada. Allí, en esa declaración está, en efecto, la clave de la conducta de Mitre en la iniciación de la injustificable aventura que desató la gran conflagración en el Río de la Plata.

(1) El doctor Octavio Lapido fué enviado especialmonte Para denunciar al Gobierno argentino los preparativos revolucionarios de Flores. Tanto Mitre como Elizalde negaron rotundamente lo que era un hecho público y notorio, comentado diariamente por la prensa Pero hubieron de callar cuando se les dió a leer una carta. de puño y letra del poderoso «correligionario», del mismísimo general Flores, dirigida a un jefe oriental, en la cual le hablaba de su propia invasión. Vinieron entonces las más enérgicas promesas, asegurando que se tomarían «todas las medidas» para evitar la partida, en son de guerra, del que seguía vistiendo el uniforme argentino y era uno de los más altos jefes de la nación. Esto era en octubre de 1862 En abril 6 del 63 volvió a denunciar el gobierno oriental la próxima partida del caudillo revolucionario. Elizalde contestó al día siguiente que se habían impartido las órdenes correspondientes para desbaratar los planes de Flores. y éste continuó tranquilamente sus preparativos sin ser molestado partiendo el 16 de dicho mes, ¡en un buque de guerra argentino.



sentiría jamás que partiera de su tierra ninguna expedición armada contra un país amigo.

Y para acabar de inspirar confianza a don Bernardo P. Berro, ilustre Presidente del Uruguay, escribió una carta íntima a don Jacobo Varela—confidente de aquél—en la que le manifestaba la pena con que veía que el Gobierno oriental se hiciera eco de las intrigas de la prensa, que le presentaban como amparando una proyectada revolución, asegurándole que podía descansar en su rectitud y amistosos sentimientos.

Berro, que leyó aquella carta, tuvo la inocencia de creer en la sinceridad de Mitre, ordenando el licenciamiento de las fuerzas que guarnecían la frontera.

¡Y seis días después salía de Buenos Aires la expedición del general Flores!

Con armas sacadas de los parques del Estado y a bordo de un buque nacional, partió triunfante aquel oscuro iniciador de la más horrenda tragedia sudamericana. (1)

En el puerto le despidió personalmente el ministro de Guerra y Marina, general Gelly y Obes, formulando los últimos votos por el éxito de su empresa.

---

(1) El almirante argentino don Martín Gurrico confirmó este hecho al doctor Luis Alberto de Herrera. Era en 1863 oficial del buque *Caaguazú,* de la Armada argentina, en el que partió Flores de Buenos Aires para invadir el Uruguay. *(La Diplomacia Oriental en el Paraguay,* tomo III, pág. 162.)

Y son del intrépido publicista Agustín de Vedia estas palabras:

«Empezaba el año 1863 cuando un renombrado caudillo uruguayo, que acababa de prestar su brazo en las luchas domésticas con la Confederación Argentina, llevó el incendio a su propio país, regido a la sazón por un Gobierno ilustrado y prudente, afanado por extinguir las pasiones y los odios engendrados por aquella larga guerra intestina que dió a Montevideo el nombre de Nueva Troya. Una barca desprendida silenciosamente en la oscuridad de la noche de las costas argentinas conducía a aquel hombre, que haría sonar de nuevo en la patria desgarrada el clarín de la discordia.

»Mi viejo amigo y compañero, el ilustre poeta que lloró más tarde sobre las ruinas del Paraguay con el ave de sus bosques, Carlos Guido Spano, pensó que al oído del caudillo uruguayo debió resonar entonces aquella voz siniestra que oyó Alarico: «Anda y ve a destruir a Roma.»

»La invasión del general Flores a la República Oriental fué el punto de partida de los sucesos extraordinarios que conmovieron a esta

La guerra civil se había iniciado una vez más en el Uruguay.

Era en abril de 1863.

En aquellos precisos momentos, Solano López se dirigía a Mitre invitándole a asegurar la paz en el porvenir, solucionando, como buenos amigos, el viejo pleito territorial.

Y en aquellos momentos, también, el hombre afortunado de Pavón, haciendo gala de sus sentimientos americanistas, protestaba contra los que *buscaban alianzas y conexiones, no con los pueblos, sino con los partidos, dando origen a complicaciones estériles.*

Aquello no era conexión, aquello no era alianza.

¡En el lenguaje de su diplomacia, eso se llamaba *absoluta neutralidad!*

Flores, impopular en su país, donde Berro se había impuesto por su probidad, hubiera fracasado sin la abierta protección del Gobierno argentino y de las autoridades y vecinos brasileños de la frontera.

Las armas y municiones seguían llegándole cons-

---

región de América, convirtiéndola en inmenso campo de batalla Aquel hecho oscuro e injustificable fué el origen de las complicaciones, los sacrificios y las luchas más crueles y sangrientas que recuerda la humanidad en largos siglos. Aquella invasión sirvió de pretexto a las reclamaciones extranjeras, trajo la intervención del Imperio en el Estado uruguayo; la complicidad de las autoridades argentinas; la alianza, de hecho y de derecho, entre los beligerantes, regulares e irregulares, del Río de la Plata; el ataque y la defensa heroica de Paysandú; la triste rendición de Montevideo, plaza codiciada para las operaciones ulteriores de la alianza, y la guerra implacable contra el Paraguay, marcada por huellas continuas de devastación y de muerte, desde Uruguayana hasta Aquidabán, en cuyo itinerario de sangre los vencidos se contaban por los muertos, y el clarín de la victoria resonaba sólo en medio de ruinas y montones de cadáveres!

»¡Ay! el papel que representaba la República uruguaya en esa guerra era el menos justificado, o el más odioso: lejos de haber recibido ofensa alguna del Paraguay, tenía con él una deuda de reconocimiento que no podía ser repudiada.

»La agresión imperial contra la soberanía uruguaya fué la señal de guerra para este país, que grabó en su escudo la leyenda de los antiguos polacos: «por vuestra independencia y por la nuestra».

¡Pobre República Oriental! ¡Los que habían garantizado su independencia en 1828 la uncieron a su carro triunfal y arrastraron su bandera al sacrificio, condenándola al oprobio de volver mal por bien, o de contribuir al exterminio del pueblo que se había erguido en su defensa, aunque sin aceptar la mancomunidad del esfuerzo y de la lucha.»



tantemente de Buenos Aires; pero, eso sí, con alguna dificultad a causa de la vigilancia que ejercían los buques de la escuadrilla de Berro.

Para obviar esta dificultad, pronto encontró Mitre un expediente.

En efecto, en junio de aquel año fué sorprendido en el puerto de Fray Bentos un contrabando de armas a bordo del *Salto*, paquete de la flota argentina.

Como el capitán negase al principio la existencia de aquellas armas, y luego, después de descubiertas, declarase que pertenecían al Gobierno argentino, fueron secuestradas, dándose parte de lo sucedido al país vecino y ofreciendo, desde ya, su devolución si resultaba cierto que le pertenecían.

Aquel acto, perfectamente legal, fué considerado un «ultraje», reclamándose por ello «una solemne reparación». (1)

---

(1) Andrés Lamas, agente confidencial del Gobierno oriental, fué encargado de arreglar el conflicto creado, más que por el secuestro, bien justificado, del armamento destinado por Mitre a la revolución, por la mala fe de éste. Después de largas y humillantes gestiones, se firmó el protocolo, el 23 de junio de 1863, en que el poderoso, naturalmente, salió triunfante y escarnecida la justicia, y Lamas fué más allá todavía, firmó otro protocolo, el 21 de octubre de ese año, estableciendo que las cuestiones que pudieran surgir entre ambos Gobiernos serían sometidas a arbitraje; designando, desde ya, como árbitro permanente al Emperador del Brasil. El Gobierno oriental, aprobando en principio el arbitraje propuesto, pidió a su agente que procurase su ampliación en el sentido de extender sus beneficios a todos los países vecinos, proponiendo al mismo tiempo, como árbitro al que acababa de serlo en el pleito entre los argentinos: al Presidente del Paraguay. Mitre se negó en absoluto a acceder a los buenos deseos de su colega uruguayo, no aceptando tampoco la supresión de la previa designación de un árbitro determinado, empeñado en erigir al Monarca en juez único de las querellas de la familia rioplatense, lo que equivalía a sancionar un perpetuo y depresivo vasallaje.

El arbitraje era la paz, Así lo entendía Lamas cuando escribía a Mitre, rogándole que consintiera en las modificaciones propuestas por su Gobierno, haciendo viable aquella salvadora iniciativa: «¿Va usted a hacer la guerra?—le decía—¡No la haga! Haga la paz: es posible Si no hace la paz es porque quiere la guerra.» Y la guerra se hizo, porque no era otra cosa lo que deseaba Mitre. Sólo falta agregar que el mariscal López trató de allanar las dificultades, manifestando al Gobierno uruguayo que podía prescindir de él, en el tratado proyectado, sin que esto alterase sus buenas relaciones.

Total: Mitre consiguió su objeto, enconando al Emperador contra el partido blanco y captándose sus simpatías. El Monarca le premió enviándole la Gran Cruz de la Orden de Cristo Y esa cruz imperial, que iba a lucir sobre un pecho republicano, era un símbolo. ¡En ella iba a ser clavado el Paraguay!



En vano fueron todas las explicaciones de la Cancillería oriental. ¡Aquello era intolerable!

Nada importaba que «pocos días antes el mismo doctor Elizalde hubiese manifestado que su Gobierno no podía fiscalizar la venta y el embarque de armas por su territorio, y que correspondía al Gobierno oriental vigilar su costa y estorbar el pasaje de elementos bélicos». La Cancillería de Mitre—hombre *absolutamente neutral*—no quería oir excusas, respondiéndo a las gestiones diplomáticas de Berro en un imperativo *ultimátum*.

¡He aquí la palabra fatídica!

Tocábale a Mitre ser el primero en pronunciarla.

Era el primer grito de guerra, al que debía seguir el *ultimátum* de Saraiva como anuncio siniestro del Tratado Secreto y de la guerra al Paraguay.

Lanzado ese grito, ya nada había que esperar de la generosidad argentina.

Los dados estaban echados para las dos pequeñas patrias condenadas a un irremediable sacrificio.

Detrás del *ultimátum* vinieron las «medidas coercitivas», entrando la escuadra argentina en las aguas del Uruguay y persiguiendo y apresando al buque de guerra oriental *Villa del Salto*.

Como iba a hacerlo el Imperio, se empezaba así la guerra, estando en plena paz, con irritante desprecio del derecho de gentes.

Flores podía respirar. Tenía a su espalda, públicamente, a su poderoso protector. La alianza era un hecho. En adelante podían llegarle, sin embarazos, los elementos bélicos que le enviaba Buenos Aires.

Pedro II, por su parte, miraba complacido el desarrollo de los acontecimientos, halagado por el espíritu guerrero que se notaba en todos los políticos de su país.

Después de las humillaciones que acababa de imponerle el famoso Christie, insolente ministro de la Gran Bretaña, sentía la necesidad de reaccionar enérgicamente para recuperar los prestigios, un





tanto quebrantados, de su Corona. Aparte de que estaba de por medio la cuestión con el Paraguay, que reclamaba una urgente, total y satisfactoria solución.

El Gobierno de Montevideo hacía tiempo que buscaba un apoyo en nuestro Gobierno ante los peligros del imperialismo brasileño que, por boca de Teófilo Otoni y otros, hablaba de nuevo de. los *ducados del Plata*, evocando el triste y poco tranquilizador recuerdo de la *Cisplatina*.

Y el Brasil no ignoraba estas negociaciones, así como las buenas relaciones de Solano López con Urquiza.

Todo, como es natural, traía preocupado al Monarca, cuyas miras ambiciosas podían fracasar o verse nuevamente en peligro, como en los días de Rosas.

Por esto, los sucesos del Uruguay le diseñaban una halagüeña perspectiva, encargándose los sucesos de llevarle, como de la mano, a una acción conjunta con Mitre, contra obstáculos comunes que obstruían el paso de una política fatalmente solidaria.

Y no perdió tiempo para obrar.

¿Que no había razones para intervenir en él Uruguay?

¡Jamás el Imperio se preocupó de semejantes bagatelas!

Habia, sí, interés en intervenir en el drama. Y esto era lo que importaba.

Escogió, pues, un pretexto cualquiera, el primero que se le ocurrrió, y se lanzó decididamente a la empresa.

¡No había tiempo que perder!

El 6 de mayo de 1864 llegó a Montevideo don José Antonio Saraiva, presentando, como ministro plenipotenciario del Brasil, una enérgica reclamación por los daños y perjuicios que, según él, habían sufrido los subditos de su Soberano desde diez años atrás.

A la sazón había terminado su período presidencial don Bernardo P. Berro, siendo reemplazado por

don Anastasio Aguirre. Este respondió a aquella insólita reclamación—cruel por sus términos y por la oportunidad en que era presentada—contraponiéndole otra reclamación por daños y perjuicios sufridos por los uruguayos en territorio brasileño.

En este estado las cosas, llegó a Montevideo una famosa *comisión pacificadora*, de la que formaban parte Rufino de Elizalde y su suegro, el ministro inglés Eduardo Thorton

Dichos personajes iban a desempeñar el papel que les había asignado Mitre en aquel acto de la comedia de su *neutralidad absoluta*.

Los dos eran hombres de su entera confianza e iban con la lección bien aprendida.

Se trataba de acallar a la prensa y a la opinión pública, que, en ambas orillas del Plata, señalaban a Mitre como el único responsable de lo que estaba pasando.

Aguirre acogió con la mejor voluntad a los pacificadores, aviniéndose a decretar una cesación de hostilidades por seis días y ofreciendo durante ella una amplia amnistía a sus enemigos en armas.

Saraiva se agregó a la comisión porteña, y todos juntos fueron a conferenciar con Flores.

La entrevista tuvo lugar en la Punta del Rosario, el 18 de junio de 1864, fecha célebre, porque en ella, según Mármol, quedó ajustada la triple alianza contra el Paraguay.

El general Flores suscribió un documento en el que se comprometía a deponer las armas sobre la base del reconocimiento de los grados concedidos a sus subalternos, la entrega de medio millón de pesos para el pago de sus gastos y la legalización de las contribuciones que había impuesto al país.

Aguirre aceptó sin titubear tan poco exigentes condiciones.

Y todo el mundo saludó la paz como un hecho.

Pero no. La verdad era otra. Lo único cierto era la guerra; pero la guerra en más vastas proporcio-



nes, la guerra a muerte a todos los que se opusieran a los designios de un feroz imperialismo.

Mitre no iba a quedarse en el camino; ni le interesaba otra cosa que dejar constancia de su neutralidad irreprochable.

Sus delegados hicieron, pues, las cosas en debida forma, de modo que no fracasara su verdadera misión, haciendo firmar a Flores una carta particular —extraña a las bases convenidas—en la que exigía a Aguirre la disolución previa de su Gabinete para llegar a un arreglo.

Aquello era imponerle privadamente la entrega incondicional. O en romance: aquello era una infamia inaceptable, fraguada para imposibilitar la paz.

Aguirre, naturalmente, rechazó las pretensiones del oscuro caudillo... y la guerra continuó.

¡Mitre había conseguido su objeto!

Después de esto los sucesos se precipitaron.

Saraiva, que había ido a Buenos Aires a entenderse con el hombre de la neutralidad, volvió con nuevos bríos a Montevideo, presentando—el día 4 de agosto de 1864—un *ultimátum*, en el que amenazaba con «represalias» («medidas coercitivas» de Mitre) por parte de los ejércitos de mar y tierra del Imperio si en el perentorio plazo de seis días no se atendían todas sus reclamaciones.

Como un eco revelador de aquel grito de guerra, decía Pimenta Bueno, aquel mismo día, en el Senado de su país, «que el Gobierno brasileño debía *hacerse justicia por sus manos en la cuestión oriental, apoderándose del territorio entre el Quarehim y el Arapey*». La voracidad del Imperio quedó así descubierta, y también los móviles ocultos de su injustificada actitud. No se trataba sino de usurpar territorios, llevando al Plata la influencia brasileña.

Hay que decir que la Cancillería uruguaya devolvió el *ultimátum*, por inaceptable, en la forma y en el fondo, e indigno de figurar en los archivos uruguayos.

Después de esto regresó Saraiva a Río Janeiro,



«no sin haber pactado antes con Mitre—dice Nabuco—que los dos Gobiernos se auxiliarían mutuamente en sus cuestiones con el Gobierno oriental, lo cual era echar las bases, si no de una alianza, al menos de la confianza mutua de que surgió la alianza».

El vicealmirante Tamandaré (Jóaquín Márquez Lisboa) quedó encargado de hacer efectivas las represalias, y a fe que procedió con una energía que hubiéramos querido verle desplegar frente a las barrancas de Curupayty.

Vencido el plazo del *ultimátum*, dió comienzo a las violencias, persiguiendo y cañoneando a los vaporcitos uruguayos *General Artigas* y *Villa del Salto* hasta conseguir destruirlos.

En esta forma venía a resultar que la palabra *represalias* significaba la guerra estando en plena paz.

¡Eufemismos de la diplomacia imperial!

El Gobierno uruguayo, ante aquel salvaje atropello, cazó el *exequátur* a los cónsules brasileños y envió su pasaporte al ministro residente, Juan Alves Loudeiro, quedando rotas sus relaciones con el Imperio.

## XIII

**Actitud del Paraguay ante los acontecimientos.—Palabras de Alberdi y Teixeira Mendez.—Declaración de Solano López.—El tratado de 1850.—La protesta del 30 de Agosto.—El Imperio prosigue su obra en el Uruguay. Toma del Salto y Paisandú.—Gestiones de Río Branco. El protocolo de 1858.—Compromiso de Mitre.—Protesta del almirante Elliot.—Los brasileños entran en Montevideo.—Tocaba su turno al Paraguay.**

Todo este espantoso drama no podía pasar inadvertido al Paraguay, ni, mucho menos, podía serle indiferente.

La prensa porteña no hacía misterios sobre la orientación de la política de Mitre, insultando y amenazando, tanto al Gobierno oriental como al paraguayo, que, aparentemente, nada tenía que ver en la cuestión.

Bien se veía que el Uruguay no era sino el camino para venir a nuestro país.

Y menos dudas podíamos tener en lo que respecta al Brasil.

Desde 1855 sabíamos a qué atenernos sobre sus intenciones.

Tamandaré no era sino el digno sucesor de Ferreira de Oliveira, y aquel extraño procedimiento la continuación del que ya se ensayó contra nosotros.

.La guerra con el Imperio había sido aplazada simplemente, pero era un hecho que no dependía de nuestra voluntad evitar, a menos que renunciáramos a nuestra soberanía y nos entregásemos al Brasil, satisfaciendo sumisamente todas sus pretensiones.



Y Alberdi, todo clarividencia, escribía frente a los acontecimientos:

«Montevideo es al Paraguay, por su posición geográfica, lo que el Paraguay es al interior del Brasil: la llave de su comunicación con el mundo exterior. Tan sujetos están los destinos del Paraguay a los de la Banda Oriental, que el día que el Brasil llegue a hacerse dueño de este país, el Paraguay podría ya considerarse como colonia brasileña, aun conservando su independencia nominal.

»Ocupada Montevideo por el Brasil, la República del Paraguay vendría a quedar, de hecho, en medio de los dominios del Imperio. He aquí por qué el Paraguay se ha visto y ha *debido verse* amenazado en su propia independencia por la invasión del Brasil en la Banda Oriental. Ha hecho suya propia la causa de la independencia oriental, *porque lo es,* en efecto, y su actitud de guerra contra el Brasil es *esencialmente defensiva*, aunque las necesidades de la estrategia le hagan salir de sus fronteras.

»Esta identidad de causa entre el Paraguay y el Uruguay resulta probada por el manifiesto en que el Brasil acaba de anunciar a los países amigos su determinación de hacer la guerra al Paraguay. En él reconoce el señor Paranchos que la *cuestión de límites es la causa principal de la contienda.* Esta cuestión, que ya dos veces en los últimos diez años puso las armas en las manos del Brasil y que no está resuelta todavía, es la que quiere resolver de hecho, tomándole al Paraguay la ventaja que él le lleva de estar más abajo de Matto Grosso, con la ocupación de la Banda Oriental que es la llave de la navegación exterior del Paraguay. He aquí porqué el Paraguay ha visto en peligro inminente su libertad de navegación desde que ha visto al Brasil en camino de apoderarse del Uruguay, como ya lo hizo en 1820. La complicidad de Buenos Aires con el Brasil en la ocupación de la Banda Oriental no hace sino más amenazante para el Paraguay la actitud del Imperio.»

Y un ilustre escritór brasileño—Teixeira Méndez—agrega:

«El Gobierno paraguayo debía sospechar de las secretas intenciones de la monarquía; no podía creer que el Emperador, por mero amor a los republicanos orientales, se trocase inopinadamente en su libertador, cuando en el propio territorio nacional mantenía en la más abyecta esclavitud a más de cuatro millones de africanos. Lo lógico era esperar que el Imperio, después de arreglar violentamente sus cuestiones en el Uruguay, tratara de hacer lo mismo con el Paraguay.»

Pero, a pesar de todo, Solano López se mantuvo en una prudente expectativa, esperando todavía que triunfase el buen sentido y los principios superiores de la convivencia internacional.

Neutral, absolutamente neutral, a pesar de las solicitaciones desesperadas del agonizante Gobierno oriental, condensó su pensamiento, con característica sinceridad, en los siguientes párrafos de una de sus cartas confidenciales a Mitre:

«Los principios de la más estricta neutralidad, que todos los Gobiernos del Paraguay han observado desde su independencia en las cuestiones internas y externas de sus vecinos, forman también la base de la política del actual Gobierno, que no halla todavía motivos para abandonar esa política tradicional... No pretendo con esto asentar que este principio sea tan absoluto que los sucesos no puedan limitarlo cuando la propia seguridad obligue a manifestar interés por esos mismos sucesos si ellos pueden comprometerla. Esto, que es un derecho inherente a todo Gobierno, existe con mayor razón para el Paraguay por su posición geográfica y por otros poderosos motivos que es inútil mencionar a vuestra excelencia, que los conoce.»

Pero ante los términos del *ultimátum* Saraiva, tuvo que renunciar a su actitud expectante.

Aquello salía del terreno de las probabilidades,



para entrar en el terreno de los hechos consumados.

Ya dijimos que aquello era la guerra.

El Imperio prometía la invasión del territorio uruguayo «para hacerse justicia por sus propias manos», como decía Pimenta Bueno.

¿No haría después lo mismo con el Paraguay?

Y, sobre todo, ¿no estaba de por medio el Tratado de 1850, que empeñaba el honor nacional?

Por aquel Tratado, el Paraguay había prometido sostener la independencia del Uruguay, considerándose *casus belli* la ocupación de una parte cualquiera de su territorio.

Y ese «caso» iba a presentarse, como lo vemos, forzándonos a cumplir nuestro deber, haciendo honor a la palabra empeñada.

Fué en tales circunstancias cuando Solano López dirigió al ministro brasileño en Asunción la célebre protesta del 30 de agosto de 1864. En ella invitaba al Brasil a no hacer efectivas las amenazas contenidas en el *ultimátum* de Saraiva, declarando que su Gobierno no podría consentir en la ocupación militar del Uruguay, porque este hecho sería atentatorio al *equilibrio del Río de la Plata, que interesaba al Paraguay como garantía de su seguridad*, protestando, desde ya, contra tal acto, y descargándose de la responsabilidad de las ulterioridades de aquella declaración.

¿Podía extrañarle al Brasil aquella actitud? ¿Podía siquiera molestarle?

Precisamente había sido el Imperio el primer sostenedor de la política del *equilibrio* en el Río de la Plata y el iniciador del Tratado de 1850, en el que ambos se comprometieron a velar por la soberanía del Uruguay y a oponerse a que su territorio fuese violado, reconociendo que «la paz y la tranquilidad de Sud América sólo puede ser asegurada conservando el *statu quo* de las nacionalidades que la ocupan».

El Paraguay, como Inglaterra ante el avance alemán sobre Bélgica, no hizo sino cumplir un deber

imperativo e ineludible, aparte de velar por su existencia amenazada.

La protesta del 30 de agosto—según el citado publicista brasileño—«*encerraba una declaración de guerra, verificadas las circunstancias que ella determina*».

«Para proceder como Solano López—agregaba—bastaba estar convencido de que las miras ambiciosas de absorción eran los verdaderos móviles de la política del Brasil en aquella época. Una vez subyugada la República Oriental, debía suponer que el Brasil liquidaría por las armas su vieja cuestión de límites con el Paraguay.»

El Emperador, que había despreciado la mediación ofrecida por nuestro Gobierno, miró con igual desdén la enérgica actitud de Solano López.

Esta vez se le presentaba una buena coyuntura, y no había de retroceder ante ninguna consideración.

A pesar de la aludida protesta y de las subsiguientes confirmaciones de la misma, las *represalias* se efectuaron y el territorio uruguayo fué invadido por un poderoso ejército el 16 de octubre de 1864.

Desde aquel momento, Flores operó conjuntamente con los brasileños, sirviéndoles de baqueano y prestándose a todas sus infamias contra su desdichado país.

El 28 de noviembre fué tomada la ciudad del Salto, siendo en seguida sitiada y bloqueada Paisandú.

Hoy ya nadie ignora que los brasileños se proveían en los parques de Buenos Aires cuando se les agotaban los proyectiles durante el bombardeo de esta ciudad, encontrando en el Gobierno del general Mitre todo el apoyo necesario para el logro de sus fines.

La triple alianza hacía rato que existía de hecho, sin que por esto el comediante de la neutralidad renunciase a seguir desempeñando su lucido papel.



El 2 de enero de 1865 cayó Paysandú, a pesar de los heroicos esfuerzos de Leandro Gómez, bárbaramente sacrificado.

Y con esto quedó abierto a los imperiales el camino de Montevideo.

Podía decirse que el primer acto de la tragedia estaba terminando.

Había que prepararse para el segundo.

Para esto hacía falta regularizar la situación de los beligerantes en un pacto formal, que asegurase una cooperación permanente y obligatoria.

Y esto fué lo que gestionó el vizconde de Río Branco, sucesor de Saraiva. (1)

Hay que decir aquí que este mismo vizconde de Río Branco (José María de Silva Paranhos) gestionó en 1858 un Tratado secreto de alianza con el Gobierno de la Confederación Argentina contra el Pa-

---

(1) En 1861, en vista de las cordiales relaciones entre el Paraguay y la Confederación Argentina, el Imperio gestionó esa misma alianza con el Gobierno de Buenos Aires. El general Mitre, en las vísperas de Pavón, hizo saber esto al Presidente López, con el fin de atraerse su buena voluntad, enviando para el efecto a Asunción al doctor Lorenzo Torres. El artículo 6.° de las instrucciones dadas a éste decía así: «Que esta cordialidad con el Gobierno de Buenos Aires es lo que conviene al Gobierno del Paraguay, *por cuanto estando próxima a terminar la tregua con el Brasil, éste ha de buscar un Gobierno aliado en el Río de la Plata para llevar adelante su cuestión,* y no pudiendo ser eso, ni el Estado Oriental, ni la Confederación, es natural que busque a Buenos Aires (sobre lo que hay ya indicaciones, más o menos directas, por parte del Brasil); pero que Buenos Aires nunca se prestará a una política semejante, *sobre todo antes de conocer la actitud del Paraguay,* en su cuestión con la Confederación, y que en todo tiempo no procederá para con él, en lo que respecta a su cuestión con el Brasil, sino guardando la misma conducta que al presente observe el Paraguay respecto a nosotros, es decir, imparcialidad, cordialidad y simpatía eficaces, si antecediese en esto de su parte.» Lo que traducido en romance quería decir que si el Paraguay en aquellos momentos de apuro no se ponía de parte de la Confederación y observaba una neutralidad eficaz, Mitre nos prometía pagarnos con la misma moneda en nuestras cuestiones con el Brasil, que buscaba su alianza contra nosotros. Quedan así en claro las maquinaciones del Imperio y la felonía del gobernante porteño. El Paraguay se mantuvo absolutamente neutral, como lo deseaba Mitre, lo cual no impidió que prosperasen las gestiones diplomáticas del Imperio, que pasó a ser el aliado de hecho, y luego después de derecho de la oligarquía bonaerense, acaudillada por el vencedor de Pavón.

Por este documento revelador se ve que en 1861 estaba planteada la alianza contra el Paraguay como único medio de liquidar la cuestión de límites. Es el propio general Mitre el que proporciona dato tan incuestionable.



raguay *para imponernos por la fuerza los límites territoriales que pretendían.*

Labróse entonces un protocolo, en el que la Argentina se comprometió a contribuir para el efecto con diez mil hombres de caballería y el Brasil con doce mil infantes, estableciéndose las bases y fines del acuerdo.

Circunstancias especiales hicieron que las cosas no pasaran de esto; pero quedando subsistente la alianza para cuando se presentara la oportunidad.

Seis años después tocóle a Río Branco renovar la misma gestión, con idéntico objetivo en el fondo.

Pero esta vez tenía que habérselas con Mitre, que en ningún momento descuidaba asegurar las coartadas con que había de pretender confundir a la posteridad.

Como era de esperarse, el Presidente argentino no quiso formalizar el viejo compromiso, considerando que un Tratado contra el Paraguay era prematuro todavía.

Pero hizo algo que, a la postre, aseguraba también la alianza. Sabiendo que las necesidades de la guerra obligarían al Paraguay a solicitar el permiso correspondiente para cruzar por los confines desiertos de Corrientes, se comprometió, desde ya, a negar en absoluto ese permiso – con olvido de cercanos antecedentes que le obligaban a obrar en sentido contrario— poniéndonos en el caso de forzar el paso que injustamente se nos negaba.

En lo que respecta al general Flores, Paranhos no encontró dificultad. El dócil caudillo, que no podía contradecir a sus poderosos protectores, firmó lo que se le pedía, aceptando por anticipado las reclamaciones del Imperio y comprometiéndose a indemnizar a los brasileños perjudicados porla guerra civil.

Y las operaciones militares continuaron.

Entretanto, la actitud del Brasil era condenada por toda la América.

Nadie dudaba de que la República Oriental se encaminaba a su desaparición.



Para todos volvían los días de la Cisplatina y se iniciaban tiempos amargos para la democracia en el Plata.

A tal punto llegaron las cosas, que el almirante inglés Elliot dirigió una nota a Río Branco, manifestando que era necesario que se conservasen los límites del Uruguay tal como estaban, pues que su país se vería obligado a intervenir si el Brasil tenía pretensiones de expansión territorial.

Pero el Emperador se reía de todas las protestas, proclamando *sus buenas intenciones y su respeto a la soberanía uruguaya*, mientras consumaba su nefanda obra.

De todos modos, cuando llegase el caso, no faltarían orientales que fuesen a pedirle—como en los tiempos de Don Juan VI—la incorporación de su país a los dominios de su Corona...

Sólo nos falta agregar que el 20 de febrero de 1865 entraron los brasileños en Montevideo, festejando en la ciudad vencida y humillada el aniversario de Ituzaingó.

Y con esto terminó la primera parte de la tragedia.

El Uruguay había sucumbido.

¡Ahora tocaba su turno al Paraguay!

# XIV

**Consecuencia de la ocupación de la Banda Oriental. ¿Quién fué el agresor? - El Tratado de 1850 y los defensores del derecho. - La captura del MARQUÉS DE OLINDA. — El Paraguay puesto fuera de la civilización por sus enemigos. — La expedición a Matto Grosso. — Actitud de Mitre. — Cómo entendía la neutralidad. — Declaración de guerra a la Argentina. — Comentarios al respecto.**

Dijimos que nuestro Gobierno consideró, en agosto de 1864, *casus belli* la ocupación de la Banda Oriental por el ejército imperial.

Y hemos visto que, como insultante respuesta a esta actitud, el Brasil invadió el Uruguay en octubre de aquel año.

Con esto la guerra estaba declarada.

¿Quién resultaba así el agresor?

*¡El primero que atropelló el Tratado de 1850, el primero que violó el territorio del Uruguay!*

Esto, dentro de los postulados de la moral.

Claro está que no piensan así, juzgando de diferente modo los acontecimientos, los que consideran que *los Tratados son pedazos de papel*, entre los que, seguramente, no han de estar los brasileños de hoy, que se han alistado entre los defensores del derecho.

La guerra, pues, había sido previamente declarada por el Paraguay para el caso probable de un atropello a solemnes compromisos internacionales, y le tocaba al Imperio la triste gloria de provocarla.

Pero Solano López llevó más lejos todavía su amor a la paz.

A pesar de que la guerra había sido iniciada de



hecho con la invasión brasileña, esperó durante un mes que sobreviniera algún imprevisto acontecimiento que detuviera en su obra criminal al ambicioso Monarca.

Recién el 14 de noviembre de 1864 declaró rotas sus relaciones con el Imperio.

Ese mismo día fué capturado el vapor enemigo *Marqués de Olinda*, en el cual viajaba el coronel de Ingenieros Federico Carneiro de Campos, recién nombrado presidente del Estado de Matto-Grosso.

Cuando la noticia de esto llegó al Río de la Plata pusieron el grito en el cielo los aliados.

El Paraguay había revelado su barbarie inaudita con aquel acto de repugnante «piratería», llevado a cabo *«sin previa declaración de guerra»*.

Los que así protestaban eran los mismos que habían inaugurado el civilizado procedimiento de las *«medidas coercitivas»* y de las *«represalias»*, destruyendo a cañonazos la escuadrilla de un país amigo y entrando a sangre y fuego en su territorio, en plena paz.

Así se iniciaba la gran leyenda de nuestro salvajismo.

En adelante la prensa adversa y los escritores mercenarios de ambos mundos no se cansarían de repetir que éramos una horda, una toldería de indios, un país esclavizado.

Solano López, el Leopoldo americano, el salvador de los argentinos, el hombre gentil amado de los porteños, a quien se había jurado «eterna gratitud», sufrió también una completa metamorfosis, convirtiéndose en el digno representante de nuestra barbarie, en una especie de *Hans de Islandia paraguayo*...

¡Oh, mudanza de los tiempos!

¡Oh, volubilidad de los hombres!

¡Oh, miserable condicion de nuestra flaca naturaleza!

Jamás iniquidad mayor se vió en la historia.

Nunca un pueblo fué más injustamente infamado.

Pero aquel era un recurso poderoso para los que, empeñados en una empresa monstruosa, tenían que justificar su conducta.

Había que engañar al mundo para dar cierto simpático carácter civilizador y libertario a lo que no era sino puro bandalaje.

Y a fe que llegaron a mistificar a la opinión pública, consiguiendo, en un momento dado, sus propósitos, a pesar de las voces amigas y de los espíritus esforzados que proclamaban la verdad, defendiendo y justificando al Paraguay.

Entretanto, Solano López operaba resueltamente contra el Brasil.

Considerando que no era prudente dejar a nuestra espalda los elementos bélicos acumulados desde muchos años atrás en Matto Grosso, decidió empezar por allí la guerra, para eliminar, desde ya, aquel peligro.

Y el 24 de diciembre partió por agua de nuestra capital el primer ejército de operaciones, a las órdenes del coronel Vicente Barrios.

Solano López despidió a los expedicionarios con la siguiente proclama:

«Soldados:

Mis esfuerzos para el mantenimiento de la paz han sido estériles. El Imperio del Brasil, poco conocedor de vuestro valor y entusiasmo, os provoca a la guerra: la honra, la dignidad nacional y la conservación de los más caros derechos nos mandan aceptarla.

En recompensa de vuestra lealtad y largos servicios he fijado la atención en vosotros, eligiéndoos entre las numerosas legiones que forman el Ejército de la República para que seáis los primeros en dar una prueba de la pujanza de nuestras armas, recogiendo el primer laurel, que debemos agregar a aquellos que nuestros mayores pusieron en la corona de la patria en las memorables jornadas de Paraguarí y Tacuarí.

Vuestra subordinación y disciplina y vuestra cons-





tancia en las fatigas me responden de vuestra bravura y del lustre de las armas que a vuestro valor confío.

Soldados y marinos: Llevad este mismo voto de confianza a vuestros compañeros que en nuestras fronteras del norte han de unirse a vosotros, y marchad serenos hacia el campo del honor y, recogiendo gloria para la patria y honra para vosotros y vuestros compañeros de armas, mostrad al mundo entero cuánto vale el soldado paraguayo.

FRANCISCO S. LÓPEZ.

Diciembre 24 de 1864.»

El 29 del mismo mes partió de Concepción el coronel Francisco Isidoro Resquín al frente de otra columna, que debía operar por tierra.

Barrios y Resquín no encontraron resistencia.

Los brasileños, tan bien preparados como estaban, huían en su presencia, abandonando fortalezas inexpugnables, como Coimbra, y grandes depósitos de pólvora y municiones.

En pocos días aquel inmenso Estado había caído en nuestro poder.

El cronista alemán Schneider asegura que en esta primera campaña los paraguayos mostraron ya «su indomable coraje».

Pero el barón de Río Branco afirma lo contrario, diciendo que fueron «escandalosamente inhábiles y pusilánimes».

¡Cuestión de apreciaciones!

Pero allí quedaba Matto Grosso en nuestro poder para justificar el empuje de nuestras armas.

Y los hechos suelen ser más elocuentes que los historiadores...

Desaparecido el peligro en el Norte, Solano López decidió proseguir, sin pérdida de tiempo, las operaciones por el Sud.

Su plan era dirigirse resueltamente al Uruguay, al frente de un poderoso ejército, para salvar al Gobierno de Montevideo, aliarse después con él y llevar la

guerra al Brasil, contando con la prometida cooperación de Urquiza y con la manifiesta buena voluntad de las provincias argentinas.

El doctor Estanislao Zeballos, como todos los publicistas serios que han estudiado estas cuestiones, reconoce que, ejecutado con rapidez, hubiera asegurado nuestro triunfo, torciendo el curso de la historia de los pueblos del Río de la Plata.

Desgraciadamente, surgieron graves inconvenientes que hicieron fracasar nuestros designios, no siendo el menor la actitud hostil del Gobierno de Mitre, francamente entendido con el Brasil.

El caso previsto por la experta diplomacia brasileña se presentaba en aquellos momentos.

El Paraguay, para operar eficazmente contra el Imperio, no tenía sino un solo camino, y ese camino cruzaba una parte de los confines de Corrientes, sobre el río Uruguay.

Y ya sabemos que Parahnos había conseguido protocolizar anticipadamente la negativa a cualquier solicitud de permiso por parte del Paraguay para atravesar aquellas regiones.

Dijimos que aquel compromiso importaba la alianza efectiva, porque traería, indefectiblemente, un rompimiento con nuestro país.

Y así fué, en efecto.

Pero veamos cómo.

En 1855 el Gobierno argentino había permitido el paso de una escuadra y de un ejército brasileños contra el Paraguay, consintiendo que los expedicionarios acamparan en sus costas, para hacer ejercicios militares, y se proveyeran en sus puertos de todo lo necesario.

Más todavía: en 1858 consiguió el Imperio que la República Argentina se comprometiese a dar paso a sus ejércitos contra el Paraguay. Es Mitre el que nos ha hecho esta revelación. (Véase el tomo II de su Archivo, página 105.)

Era, pues, justo solicitar igual concesión.

Y sucedió lo que tenía que suceder.

Se nos fué negado el pasaje *¡en nombre de la neutralidad!*

Y no solamente esto. La Cancillería argentina hizo también cuestión, y con toda energía, por la acumulación de tropas en nuestra frontera con Corrientes.

Y he aquí planteado el conflicto preparado por Parahnos.

Solano López no titubeó, no pudo titubear, tomando la única resolución que podía tomar.

Convocó inmediatamente al Congreso, y éste, en el acto, declaró la guerra a la República Argentina.

Es pueril creer que con más calma pudo haberse orillado la tormenta. (1)

Contra nuestra voluntad, y pesar de toda nuestra prudencia, la guerra estaba pactada, como hemos visto, desde 1858.

Si nos resignábamos a morir asfixiados en nuestro territorio, si dejábamos pasar el tiempo, sólo habríamos dado lugar al Brasil para que completase la organización de sus fuerzas y, desembarazado del Uruguay, viniese a bloquearnos con toda comodidad.

Pero nada más, porque es infantil creer que Mitre iba a abandonar al Brasil, decidiéndose por una neutralidad efectiva.

Hacía rato que su diario —*La Nación Argentina*— había hablado claramente respecto al «Atila americano» y al Paraguay.

---

(1) El gran publicista argentino Ernesto Quesada ha estudiado con bastante imparcialidad en su *Historia Diplomática Nacional* los antecedentes de la guerra del Paraguay, condenando, a la luz de copiosa documentación, la artera política imperial y la criminal política mitrista, justificando la actitud del Gobierno paraguayo. Para el mariscal López tiene palabras de cumplida justicia, reconociendo que «*su actitud fué justificada*», que «*no pudo ni debió permanecer indiferente*», que su conducta «*fué correcta*».

«Queda fuera de duda—dice—que la política argentina y brasileña, al fomentar la invasión de Flores y cooperar a su triunfo fueron las causas reales de la guerra del Paraguay», reconociendo que la participación de su país en aquella aventura «fué un grave y deplorable error». Afirma que *el mariscal López tuvo mucho de genial* y buscaba, indudablemente, el engrandecimiento de su patria». Es inmenso el material que ha reunido para justificar sus asertos, que nadie ha podido nunca destruir.



Ya en diciembre de 1864 decía lo que sigue:

«El Gobierno brasileño es un Gobierno liberal, civilizado, regular y amigo de la República Argentina. Su alianza moral con éste está en el interés de muchos países y representa el triunfo de la civilización en el Río de la Plata.

»¿Sucedería lo mismo con el triunfo del Paraguay?

»¡No, por cierto!

»Los hombres que tienen el tacto de la política, que descubren los resultados inevitables de ciertos acontecimientos, *ven claramente que el gran peligro para la República Argentina está en la preponderancia del dictador paraguayo, que aspira a ser el Atila americano.*

»Al triunfo del Paraguay seguiría el triunfo de la barbarie.

»Hoy, inclinarse al Paraguay es, no sólo defeccionar la causa de la civilización y del derecho de los pueblos oprimidos, *es traicionar* a la República Argentina.

»Los pueblos libres no pueden prestar sus simpatías al Paraguay. Los gobiernos regulares y civilizados *tienen que ponerse de acuerdo para contrarrestar al nuevo Atila, que amenaza con la irrupción de la barbarie en el Río de la Plata*». (1)

Tal era el pensamiento del general Mitre, proclamado sin reticencias desde su órgano oficial.

No aliarse con el Brasil era traicionar a la República Argentina.

El triunfo del Paraguay sería el triunfo de la barbarie.

No podían darse declaraciones más concretas y terminantes.

---

(1) En 1859, cuando Mitre juraba «eterna gratitud» a Solano López, *El Nacional,* órgano genuino del porteñismo, antigua tribuna de Sarmiento y del vencido de Cepeda, decía: «Acaso el general López está destinado por la Providencia a presidir una gran nación, compuesta de todos los países ribereños del Paraná, Paraguay y Uruguay, que guarde el equilibrio con el Imperio del Brasil.» Un lustro después el hombre providencial era un Atila, y el Imperio pasaba a a ser «el amigo», cuya alianza representaba «el triunfo de la civilización en el Río de la Plata».



Ante ellas, no es lógico creer en la posibilidad de evitar que la República Argentina entrase en la guerra contra nosotros.

Y hay otros hechos más elocuentes todavía que nos enseñan hasta dónde llegaba el perfecto acuerdo de Mitre con los imperiales y su resuelta hostilidad al Paraguay.

En los archivos del Gobierno de Corrientes se encontraron las pruebas documentadas de que aquella provincia había sido puesta a disposición de los agentes brasileños, los cuales se comunicaban con su Gobierno por intermedio del ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

He aquí lo que decían algunos de dichos documentos:

En nota del 20 de diciembre de 1864, el general Mitre escribía al gobernador Lagraña que sabía que se había establecido en Corrientes un diario favorable al Paraguay y al Presidente López, siendo aquello opuesto a sus intereses, por lo que le pedía hiciera de su parte todo lo posible para que *no se extraviara la opinión*, «*pues no es justo ni político que en nuestro propio país se alcen alabanzas y se trate de bonificar una administración como la del Paraguay, presidida por López.*»

Con la misma tinta y con la misma pluma había escrito poco antes al Presidente paraguayo, reconociendo su *noble y amistosa franqueza*, su *firme y recto proceder*, y entonándole un himno apologético, que terminaba profetizándole que *su posición sería tanto más alta* y *respetable* a medida que su ejemplo fuese imitado *en las tempestuosas regiones* del Plata...

Pero Rufino de Elizalde, su ministro de Relaciones Exteriores, fué más claro aún. El 30 de diciembre del mismo año decía a Lagraña:

«Los agentes del Brasil en esa provincia pueden necesitar enviar algunos oficios *a sus superiores en ésta*. Le ruego los dirija *bajo mi sobre*, *por expresos*, sin pérdida de tiempo. Si hay algo urgente disponga del *Espigador*, como le avisa Gelly.»

El *Espigador* era un buque de la escuadrilla argentina.... y Gelly el ministro de Guerra de Mitre.

Y por si todavía no basta, hemos de agregar que el ministro Elizalde decía en otra carta al gobernador de Corrientes *que la guerra con el Paraguay era segura, que las simpatías argentinas no podían ser para los que de un momento a otro serían sus enemigos declarados, y que la cuestión acabaría trágicamente para el Paraguay.*

¡Y Rufino de Elizalde sabía lo que decía!

La guerra con la Argentina era segura e inevitable, y la cuestión, por fuerza, tenía que acabar trágicamente para nuestro país, condenado a muerte por su fidelidad a la fe jurada en solemnes compromisos internacionales, por la tenacidad con que defendía sus derechos territoriales y por la resolución con que trabajaba por su pacífico engrandecimiento.



**El mariscal López, en 1865**

## XV

**Solano López es nombrado mariscal de los ejércitos de la República. — No acepta los sesenta mil pesos anuales que le asigna el Congreso Nacional. — Su lema de mariscal. Urquiza y Mitre. — Duplicidad de éste. — El portador de nuestra declaración de guerra es secuestrado por la policía argentina. — El tratado secreto. — Palabras del Dr. Zeballos. — Nuestro material bélico.**

El Congreso Nacional que declaró la guerra a la Argentina y aprobó los actos de Solano López en lo que respecta al Brasil empezó a deliberar el 5 de marzo de 1865.

El diputado por Villarrica, don José Cármelo Talavera—padre del poeta del mismo apellido—presentó el siguiente proyecto, que fué aprobado por unanimidad de votos:

«*El Soberano Congreso Nacional*

Tomando en consideración los méritos contraídos por el excelentísimo señor general de división, ciudadano Francisco Solano López, por su dedicación consagrada a la carrera militar desde su más tierna edad, por los grandes, útiles y numerosos servicios que ha prestado a la nación como fundador y organizador de sus Ejércitos, así como por su aptitud, ilustración y patriotismo, y usando de las atribuciones que le competen y visto la ley del 27 de abril de 1848:

*Sanciona con fuerza de ley:*

Art. 1.° Nómbrase al excelentísimo señor general de división, ciudadano Francisco Solano López, mariscal de los Ejércitos de la República, con



las esenciones, prerrogativas, honores, privilegios y sueldos que son inherentes a este supremo grado militar.

Art. 2.° Expídase una copia autorizada de esta ley con el gran sello del Estado y entréguese al nombrado como título.

Art. 3.° Comuníquese al P. E. de la nación.

Asunción, marzo 6 de 1865.»

A moción del diputado por Yaguarón, señor Urbieta, se le fijó un sueldo 60.000 pesos anuales.

Con tal motivo, dirigió Solano López al Congreso la siguiente comunicación:

«Asunción, marzo 7 de 1865.

El Presidente de la República.

*Al señor vicepresidente del Honorable Congreso Nacional Extraordinario.*

Entre las leyes comunicadas al Poder Ejecutivo aparecen dos sanciones del Honorable Congreso Nacional del 6 y 7 del corriente, personales para mí: la primera confiriéndome el grado de mariscal de los Ejércitos de la nación y la segunda votando a mi favor, como Presidente de la República, la dotación anual de sesenta mil (60.000) pesos, pagaderos del Tesoro Nacional, motivada esta resolución por consideraciones tan honorables como obligantes para mí.

Aceptando con reconocimiento especial la ley que me confiere el supremo grado militar de los Ejércitos de la República, y confesándome agradecido porque esta Soberana Corporación haya querido ocuparse de mi bienestar personal, sancionando la ley de 7 del corriente sobre el aumento de sueldo, vengo a pedirle dispensa de su aceptación.

Las graves circunstancias en que se halla la República, el empréstito que el mismo Honorable Congreso Nacional acaba de decretar y el ofecimiento que todo el pueblo paraguayo hace a la patria de su vida y de su fortuna en apoyo de la política de su Gobierno, con una generosidad y abnegación dignas

de la nación, son motivos que el Honorable Congreso Nacional ha de permitirme invoque, como Presidente, como militar y como ciudadano, para no aceptar esta grandiosa manifestación del Cuerpo Legislativo de la nación y para declinar tan generosa dotación en favor de los crecidos gastos a que el Erario tiene que hacer frente. Mi fortuna particular me permite conservar sin mengua la dignidad de mi alta posición y contribuir con ella al servicio de la patria.

Dios guarde al señor vicepresidente muchos años

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

El Congreso accedió a este pedido y decretó que se le obsequiara con una espada de honor, a moción del diputado de Areguá.

En su bastón de mariscal—obra primorosa de artífices paraguayos—hizo grabar Solano López las siguientes palabras: DECUS PACIS, TERROR BELLI.

Y tal fué su lema de soldado y de patriota.

Magnánimo en los días serenos, al amasar nuestro progreso con sus manos de obrero infatigable y al trazar rumbos a la nacionalidad en medio de la holgura de nuestro inmenso bienestar... ¡Pero implacable frente al enemigo, implacable en la defensa de la patria, implacable bajo la dura ley de una lucha a muerte y en medio del horror de las batallas!

Y fué así el decoro de la paz y el terror de la guerra.

No puede darse una cifra más exacta de su vida, ni una fórmula que abarque mejor o en menos palabras toda su acción de gobernante y de guerrero.

He allí, pues, otro testimonio de su sinceridad y de la inflexible firmeza de sus principios morales.

El 29 de marzo partió de la Asunción el teniente Cipriano Ayala, portador de la declaración de guerra a la Argentina.

Y quince días después empezaban las hostilidades, apoderándonos sin trabajo de la provincia de Corrientes, en cuyo puerto capturamos los viejos va-

pores *Veinticinco de Mayo* y *Gualeguay*, enviados allí exprofeso para que los tomáramos, según Alberdi.

Y mientras esto ocurría, Mitre, el hombre de las coartadas, desempeñaba su papel con creciente habilidad.

El único peligro para el desarrollo de su política maquiavélica era, en aquellos momentos, el general Urquiza. Pero éste hacía rato que había sido adormecido por sus cantos de sirena.

Desde mediados de 1864 lo trabajaba para atraerlo a su causa y desligarlo del Paraguay.

Y vamos a ver cómo, a la postre, consiguió su objeto, venciendo todos los escrúpulos del caudillo entrerriano.

El 23 de diciembre del citado año—al mismo tiempo que apercibía a Lagraña porque permitía la publicación de un periódico amigo del Paraguay, y Rufino de Elizalde aseguraba que *la guerra era segura* —decía a Urquiza, con aquella su duplicidad habitual:

«Como se lo he manifestado a vuestra excelencia, persevero en la *política de paz*... Puedo asegurar a vuestra excelencia que, deliberadamente, *nadie me sacará de esta línea de conducta*, que no me he de dejar seducir por glorias o ventajas pasajeras y que he de perseverar en ella hasta la última extremidad.

»Sólo *causas muy poderosas* que comprometiesen en alto grado *la seguridad o el honor* de la nación podrían lanzarme en otro camino.

»Por lo que respecta al Paraguay, tengo *fundados motivos* para creer que su política es respetar en todo caso la política de *neutralidad* proclamada por la República Argentina, en lo cual obra prudentemente.

»Pero —en este «pero» está la realidad de su íntimo pensamiento—si *nuestra neutralidad no fuese respetada, si nuestro territorio fuese violado*... entonces los sucesos me impondrían el imprescindible deber de garantir *la seguridad y el honor* de la nación argentina.



»Si ese caso llegare, *cuento con la nación entera,* con todos los argentinos, y *entre ellos con vuestra excelencia y su heroica provincia...»*

No era difícil entender lo que Mitre quería decir, a pesar de los esfuerzos que hacía para disfrazar sus intenciones.

Y véase cómo Urquiza dió a sus palabras la debida interpretación:

«Las provincias de Entre Ríos y Corrientes son, como vuestra excelencia lo comprende bien, las más interesadas en la conservación de la paz en la emergencia funesta entre el Brasil y el Paraguay; si hubiese el fatal peligro que, felizmente, vuestra excelencia promete evitar, *de que nuestro Gobierno se aproveche del primer pretexto para ligarse a cualquiera de los beligerantes*, como ellos deben procurarlo con empeño, el territorio de estas provincias sería el teatro de la guerra, su riqueza actual desaparecería al peso destructor de los beligerantes.

«*Nada importaría el tránsito libre e inocente de ambos por los territorios despoblados de Misiones, si llegase el caso.* El interés que pudiera envolver su prohibición no puede compararse con los males que nos echaríamos encima si por eso nos acarreásemos una alianza con cualquiera de ellos...»

Mitre decía, pues, que antes que permitir al Paraguay el paso por los desiertos misioneros había que ir a la guerra.

Y Urquiza le contestaba que, antes que aprovecharse del primer pretexto para ligarse al Brasil, era preferible permitir el paso inocente de nuestros ejércitos por territorios despoblados.

Esto en buen romance y sin estudiadas reticencias.

Mitre sintió el flechazo en carne viva. Y contestó a Urquiza:

«Yo no estaría satisfecho de mí mismo, ni creería obrar en el sentido de la dignidad del país, si consintiera en su menoscabo, permitiendo *o tolerando que transitasen por territorio argentino tropas de uno u otro bando de los beligerantes...* Y no es la circuns-



tancia de que la violación se cometa en territorio despoblado lo que podría exonerarla del carácter de un atentado al honor del país.»

Como se ve, volvía otra vez a las grandes frases para ocultar sus pequeñas miserias.

Pero Urquiza, que le entendía, le habló francamente de la alianza brasileña contra el Paraguay, calificándola de *odiosa*, a lo que respondió Mitre:

«Rodeados de dos vecinos, de los cuales uno, el Imperio del Brasil, *es una nación poderosa, que es la que puede hacernos más mal*, y que hasta hoy nos ha hecho más bienes, y del Paraguay, *con quien no tenemos motivos de guerra* y queremos vivir en paz; *pero con el cual podemos tener en el futuro cuestiones de interés nacional* por nuestra propia cuenta, lo que nos corresponde es hacer respetar nuestros derechos como nación neutral...

»Comunico a vuestra excelencia estas reflexiones porque me parece entrever en su carta el pensamiento de que todo es preferible a la alianza con el Brasil, *que vuestra excelencia califica de odiosa.* No necesito calificar esa alianza... pero no puedo olvidar que ha sido gloriosa y útil a nuestra patria cuando vuestra excelencia, en una época memorable, hizo al país uno de los más grandes servicios...»

Urquiza volvió a insistir en la necesidad de una neutralidad «lealmente conservada» y en que era preferible conceder el tránsito por territorios desiertos, bajo ciertas condiciones, a ponernos en el caso de violar el suelo argentino.

«He calificado la alianza con el Brasil de odiosa —agregaba— *porque así lo es para el país, porque tal es el sentimiento nacional*, que vuestra excelencia tiene ocasión de apreciar también. Si no lo fué el año 51, en otra ocasión y con un fin grande, lo es hoy.»

Esta carta fué ya del 8 de febrero de 1865.

Al día siguiente el Gobierno de Mitre desencade-



naba la tormenta, negando al Paraguay el permiso que solicitaba. (1)

Ya hemos dicho que el 29 de marzo partió de Asunción el teniente Ayala con la nota declaración de guerra a la Argentina.

Al llegar a la ciudad de Rosario fué secuestrado por la Policía, sin que nadie se diera cuenta de su presencia.

Así, cuando llegó a Buenos Aires la noticia de la invasión paraguaya, el Gobierno pudo anunciar al pueblo que el territorio nacional había sido violado por el Paraguay *«sin previa declaración de guerra»*, despertando unánime indignación.

---

(1) «Para probar que la guerra era inevitable y estaba pactada por las tres naciones—dice el bien documentado publicista argentino José Arturo Scotto—vamos a trancribir dos sueltos publicados en la prensa de esta ciudad. Ambos sueltos son altamente sugestivos y dejan en el espíritu la mas plena convicción de que la guerra fué un acto premeditado. En *El Nacional* del miércoles 8 de marzo de 1865, un mes antes de la captura de los buques argentinos, se lee: *«UNA BANDERA.—Se dice que varias damas paraguayas que residen en esta ciudad preparan un estandarte de guerra para la legión de voluntarios* **que va a formar parte de la expedición libertadora de aquella República.** *¡Muy bien!»* Y cuando aun el Gobierto paraguayo no había realizado ningún acto hostil a la República, el 12 de abril, víspera del asalto de los vapores, realizado en el puerto de Corrientes, *La Tribuna* de Buenos Aires (año 12, número 3 372) insertaba un suelto que decía: *«EL PRESIDENTE MITRE*—**Siendo un hecho la guerra con el Paraguay,** *el popular Presidente, don Bartolomé Mitre,* **será el que se ponga al frente de los ejércitos aliados** *que marcharán a redimir al pueblo paraguayo. ¡Que envidiable posición! Un hombre de corazón e integencia como el general Mitre, gozará al verse al frente de un ejercito encargado de realizar tan altos destinos»* No hay una prueba más concluyente para demostrar que la guerra estaba resuelta y convenida». Veáse *La Acción* de Buenos Aires de 20 de diciembre de 1924.

Conservamos en nuestro archivo particular la carta del Mariscal López al representante paraguayo en Europa, Cándido Bareiro, en la que le decía textualmente: «**El general Urquiza ha faltado a sus espontáneos ofrecimientos.**» Agregaba que, a pesar de eso, «contando con la decisión y entusiasmo de sus compatriotas, esperaba llegar a buen fin». Esta carta es del 26 de febrero de 1866, es decir, muy posterior a la negativa del Gobierno argentino. Dos meses antes confiaba todavía en la lealtad de su amigo y «compadre», el poderoso señor de Entre Ríos, como se ve por los siguientes términos de otra carta a Bareiro, también en nuestro poder: «Dentro de pocos días el general Urquiza debe tomar una actitud decidida, no siendo posible que continúe como hasta aquí.» Urquiza se decidió, en efecto, pero no por el Paraguay, ni menos por Mitre: se decidió por quedarse en su casa, a trabajar por el acrecentamiento de su inmensa fortuna. Y así resultó un traidor para amigos y enemigos, para López, para Mitre, para el más enérgico de sus lugartenientes, para López Jordán, que le hizo pagar con la vida su extraña conducta.



El mismo Urquiza fué arrastrado por la opinión pública, o mejor dicho, fué envuelto en las redes que hacía rato le tendía el general Mitre, inclinándose, en un momento de indecisión, a favor de la causa de Buenos Aires, sin recordar los «espontáneos ofrecimientos» hechos al mariscal López, a quien dejaba en la estacada.

Bien pronto había de arrepentirse de aquel error; pero, entretanto, había dado ya al general Mitre el apoyo moral que necesitaba para presentarse frente al Paraguay como el representante único de todo el pueblo argentino.

Fué entonces cuando, en el colmo de la alegría, prometió a la juventud porteña que en *ocho días estarían en los cuarteles, en quince días en campaña... y a los tres meses en Asunción*, cálculo alegre, que no fué confirmado por los acontecimientos.

Recién el 4 de mayo anunció Mitre al Congreso haber recibido la nota del 29 de marzo, pidiendo el permiso correspondiente para declarar la guerra al Paraguay.

Pero lo curioso es que el 1.° de mayo se había firmado ya el famoso Tratado Secreto de la Triple Alianza, después de largas y enfadosas tramitaciones (1).

---

(1) He aquí el texto del Tratado de alianza contra el Paraguay, traducido literalmente el texto publicado por el Gobierno británico.

«El Gobierno de la República Oriental del Uruguay, el Gobierno de S. M. el Emperador del Brasil y el Gobierno de la República Argentina;

Los dos últimos encontrándose en guerra con el Gobierno del Paraguay, por *haberles sido declarada de hecho por este Gobierno*, y el primero en estado de hostilidad y su seguridad interna amenazada por el mismo Gobierno, que, violando su territorio, tratados solemnes y los usos tradicionales de las naciones civilizadas, ha cometido actos injustificables, después de perturbar las relaciones con sus vecinos por los procederes más abusivos y agresivos;

Persuadidos de que la paz, seguridad y bienestar de sus respectivas naciones se hacen imposibles mientras el actual Gobierno del Paraguay exista, y que es de una necesidad imperiosa, reclamada por los más altos intereses, el hacer desaparecer aquel Gobierno, respetando la soberanía, independencia e integridad territorial de la República;

Han resuelto con este objeto celebrar un Tratado de alianza ofensiva y defensiva, y para ello han nombrado por sus plenipotenciarios, a saber:

La vil comedia continuaba, pues, viéndose en todos los detalles de la política de Mitre la farsa más inicua y la deslealtad más manifiesta.

El documento que mejor caracteriza esa política es, indudablemente, el Tratado de alianza.

En él se declara, en primer lugar, que la guerra no es al Paraguay— cuya soberanía e integridad se garante— sino a su Gobierno, «que violando su territorio, *tratados solemnes* y *los usos* internacionales de las naciones civilizadas, ha cometido actos injustificables, después de perturbar las relaciones de

---

Su excelencia el gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay, a su excelencia el doctor don Carlos de Castro, su ministro secretario de Estado en el departamento de Negocios Extranjeros;

Su Majestad el Emperador del Brasil, a su excelencia el doctor F. Octaviano de Almeida Rosa, de su Consejo, diputado a la Asamblea General Legislativa y oficial de la Orden imperial de la Rosa;

Su excelencia el Presidente de la Republica Argentina, a su excelencia el doctor don Rufino de Elizalde, su ministro y secretario de Estado en el departamento de Negocios Extranjeros;

Los cuales, después de haber canjeado sus respectivas credenciales, que fueron halladas en buena y debida forma, han acordado y convenido lo siguiente:

Artículo 1.° La República Oriental del Uruguay, S. M. el Emperador del Brasil y la República Argentina contraen alianza ofensiva y defensiva en la guerra provocada por el Gobierno del Paraguay.

Art. 2.° Los aliados concurrirán con todos los medios de que puedan disponer, por tierra o por los ríos, según fuere necesario.

Art. 3.° Debiendo las hostilidades comenzar en el territorio de la República Argentina, o en la parte colindante del territorio paraguayo, el mando en jefe y la dirección de los ejércitos aliados quedan al cargo del Presidente de la República Argentina, general en jefe de su Ejército, brigadier general don Bartolomé Mitre

Las fuerzas navales de los aliados estarán bajo las inmediatas órdenes del vicealmirante vizconde de Tamandaré, comandante en jefe de la escuadra de S. M. el Emperador del Brasil.

Las fuerzas terrestres de la República Oriental del Uruguay, una división de las fuerzas argentinas y otra de las fuerzas brasileras, que serán designadas por sus respectivos jefes superiores, formarán un ejército a las órdenes inmediatas del gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay, brigadier general don Venancio Flores.

Las fuerzas terrestres de S. M. el Emperador del Brasil formarán un ejército a las órdenes inmediatas de su general en jefe, brigadier don Manuel Luis Osorio.

Sin embargo de que las altas partes contratantes están conformes en no cambiar el teatro de las operaciones de guerra, con todo, a fin de conservar los derechos soberanos de las tres naciones, ellas convienen desde ahora en observar el principio de reciprocidad respecto al mando en jefe para el caso de que esas operaciones tuviesen que pasar al territorio oriental o brasilero.





los vecinos con actos los más abusivos y agresivos». Y a renglón seguido se estipula la repartición de nuestro territorio, la demolición de nuestras fortificaciones, el pago de los gastos de guerra, la anulación de nuestra soberanía... y basta la forma en que se repartirían «el botín pillado al enemigo.»

Jamás la maldad humana produjo un documento semejante. Jamás el cinismo combinó, en forma más insultante a la moral, un pacto más monstruoso, bajo las apariencias de una obra humanitaria y civilizadora. Fué necesario que se uniera la cruel astucia

---

Art. 4.° El orden interior y la economía de las tropas aliadas quedan al cargo exclusivo de sus respectivos jefes.

El sueldo, las provisiones, municiones de guerra, armas, vestuario, equipo y medios de transporte de las tropas aliadas serán de cuenta de los respectivos Estados.

Art. 5.° Las altas partes contratantes se facilitarán mutuamente todos los auxilios o elementos que tengan y que los otros necesiten, en la forma que se acuerde.

Art. 6.° Los aliados se obligan solemnemente a no deponer las armas sino de común acuerdo y mientras no hayan derrocado al Gobierno actual del Paraguay, así como a no tratar separadamente, ni firmar ningún tratado de paz, tregua, armisticio o convención cualquiera que ponga término o suspenda la guerra, sino por perfecta conformidad de todos.

Art. 7.° No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay, sino contra su Gobierno, los aliados podrán admitir en una Legión Paraguaya todos los ciudadanos de esa nación que quieran concurrir al derrocamiento de dicho Gobierno, y les proporcionarán los elementos que necesiten, en la forma y condiciones que se convengan.

Art. 8.° Los aliados se obligan a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay. En consecuencia, el pueblo paraguayo podrá elegir el Gobierno y las instituciones que le convengan, no incorporándose ni pidiendo el protectorado de ninguno de los aliados como resultado de la guerra.

Art. 9.° La independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay serán garantizadas colectivamente, de conformidad con el artículo precedente, por el término de cinco años.

Art. 10. Queda convenido entre las altas partes contratantes que las exenciones, privilegios o concesiones que obtengan del Gobierno del Paraguay serán comunes a todas ellas gratuitamente, si fueren gratuitas, y con la misma compensación si fueren condicionales.

Art. 11. Derrocado que sea el actual Gobierno del Paraguay, los aliados procederán a hacer los arreglos necesarios con la autoridad constituída para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay de manera que los reglamentos o leyes de aquella República no obsten, impidan o graven el tránsito o navegación directa de los buques mercantes y de guerra de los Estados aliados que se dirijan a su territorio respectivo o a territorio que no pertenezca al Paraguay, y tomarán las garantías convenientes para la efectividad de dichos arreglos, sobre la base de que esos reglamentos de policía fluvial, bien sean para dichos ríos o también para el Uruguay, se dicta-

bragantina a la feroz hipocresía de Mitre para que resultara aquel engendro, aquella obra maestra del crimen.

Y hay que decir que sus autores no se hicieron ilusiones sobre el efecto que causaría en el mundo la revelación del bárbaro Tratado, estableciendo en el artículo XVIII, que *«permanecería secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya conseguido.»*

Aquel artículo, al decir del doctor Estanislao Zeballos, *«era el grito de la conciencia, que denunciaba la falta»*.

---

rán de común acuerdo entre los aliados y cualesquiera otros Estados ribereños que, dentro del término que se convenga por los aliados, acepten la invitación que se les haga.

Art. 12. Los aliados se reservan el concertar las medidas más convenientes a fin de garantir la paz con la República del Paraguay después del derrocamiento de su actual Gobierno.

Art. 13. Los aliados nombrarán oportunamente los plenipotenciarios que han de celebrar los arreglos, convenciones o tratados a que hubiere lugar con el Gobierno que se establezca en el Paraguay.

Art. 14. Los aliados exigirán de aquel Gobierno el pago de los gastos de la guerra que se han visto obligados a aceptar, así como la reparación e indemnización de los daños y perjuicios causados a sus propiedades públicas y particulares y a las personas de sus ciudadanos sin expresa declaración de guerra, y por los daños y perjuicios causados subsiguientemente en violación de los principios que gobiernan las leyes de la guerra.

La República Oriental del Uruguay exigirá también una indemnización proporcionada a los daños y perjuicios que le ha causado el Gobierno del Paraguay por la guerra a que lo ha forzado a entrar en defensa de su seguridad, amenazada por aquel Gobierno.

Art. 15. En una convención especial se determinará el modo o forma de la liquidación y pago de la deuda procedente de las causas antedichas.

Art. 16. A fin de evitar las discusiones y guerras que las cuestiones de límites envuelven, queda establecido que los aliados exigirán del Gobierno del Paraguay que celebre tratados definitivos de límites con los respectivos Gobiernos, sobre las siguientes bases:

La República Argentina quedará dividida de la República del Paraguay por los ríos Paraná y Paraguay, hasta encontrar los límites del Imperio del Brasil, siendo éstos, en la ribera derecha del río Paraguay, la Bahía Negra.

El Imperio del Brasil quedará dividido de la República del Paraguay, en la parte del Paraná, por el primer río después del Salto de las Siete Caidas, que, según el reciente mapa de Mouchez, es el Ygurey y su curso superior, hasta llegar a su nacimiento

En la parte de la ribera izquierda del Paraguay, por el río Apa, desde su embocadura hasta su nacimiento.

En el interior desde la cumbre de la Sierra de Mbaracayú, las vertientes del Este perteneciendo al Brasil y las del Oeste al Paraguay, y tirando líneas tan rectas como se pueda de dicha Sierra al nacimiento del Apa y del Ygurey.

Art. 17. Los aliados se garanten recíprocamente el fiel cumpli-



Firmada así la sentencia de muerte del Paraguay, había llegado el momento de ejecutarla.

Para el efecto, el general Mitre, nombrado generalísimo de los ejércitos de la alianza, salió en campaña, estableciendo su cuartel general en Concordia, donde efectuó en seguida la concentración de los tres ejércitos.

Antes de seguir adelante, hemos de dejar constancia de que, si la conflagración nos sorprendió sin material bélico moderno, fué porque los acontecimientos se habían precipitado en forma inesperada.

---

miento de los acuerdos, arreglos y tratados que hayan de celebrarse con el Gobierno que se establecerá en el Paraguay, en virtud de lo convenido en el presente Tratado de alianza, el que permanecerá siempre en plena fuerza y vigor al efecto de que estas estipulaciones sean respetadas y cumplidas por la República del Paraguay.

A fin de obtener este resultado, ellas convienen en que, en caso de que una de las altas partes contratantes no pudiese obtener del Gobierno del Paraguay el cumplimiento de lo acordado, o de que este Gobierno intentase anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, las otras emplearán activamente sus esfuerzos para que sean respetadas.

Si esos esfuerzos fuesen inútiles, los aliados concurrirán con todos sus medios, a fin de hacer efectiva la ejecución de lo estipulado.

Art. 18. Este Tratado quedará secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido.

Art. 19. Las estipulaciones de este Tratado que no requieran autorización legislativa para su ratificación empezarán a tener efecto tan pronto como sean aprobadas por los respectivos Gobiernos, y las otras desde el cambio de las ratificaciones, que tendrá lugar dentro del término de cuarenta días, contados desde la fecha de dicho Tratado, o antes si fuese posible.

En testimonio de lo cual, los abajo firmados, plenipotenciarios de su excelencia el Presidente de la República Argentina, de S. M. el Emperador del Brasil y de su excelencia el gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este Tratado y le hacemos poner nuestros sellos en la ciudad de Buenos Aires el 1.° de mayo del año de Nuestro Señor 1865.—*C. de Castro.—J. Octaviano de Almeida Rosa.—Rufino de Elizalde* »

«PROTOCOLO

Sus excelencias los plenipotenciarios de la República Argentina, de la República Oriental del Uruguay y de S. M. el Emperador del Brasil, hallándose reunidos en el despacho de Negocios Extranjeros, han acordado:

1.° Que en cumplimiento del Tratado de alianza de esta fecha, las fortificaciones de Humaitá serán demolidas, y no será permitido erigir otras de igual naturaleza que puedan impedir la fiel ejecución de dicho Tratado;

2.° Que siendo una de las medidas necesarias para garantir la paz con el Gobierno que se establecerá en el Paraguay el no dejar allí armas o elementos de guerra, los que se encuentren serán divididos por partes iguales entre los aliados;



El mariscal López, al ver venir la tormenta, había tratado de dotar a su país de los más poderosos elementos de defensa, mandando construir buques acorazados y ordenando a nuestra Legación en Europa la adquisición de cañones, fusiles y proyectiles en abundancia.

Desgraciadamente, el Imperio, que no ignoraba esto, y menos que con tales elementos seríamos invencibles, obró de manera que no pudieran llegarnos a tiempo tan formidables armamentos, adelantándose a provocar la guerra, en la forma que hemos visto.

La verdad de este aserto está justificada por una copiosa documentación, de la cual existen no pocas piezas inéditas en el Archivo Nacional y en nuestro archivo particular.

---

3.° Que los trofeos y botín que se tomen al enemigo serán divididos entre los aliados que hagan la captura;

4.° Que los jefes de los ejércitos aliados concertarán las medidas para llevar a efecto lo acordado.

Y firmaron este Protocolo en Buenos Aires el 1.° de mayo de 1865.— *Carlos de Castro —J. Octaviano de Almeida Rosa.—Rufino de Elizalde.*»

## XVI

**Campañas en que se divide la guerra del Paraguay.—Solano López deja para siempre a la Asunción.—Va a ponerse al frente de sus ejércitos.—La obra fatal de los cortesanos.—Fracaso de Robles.—Desastre de Uruguayana. Los horrores de Yataí.—La barbarie de Flores.—Revelaciones de Mitre. —Enérgica protesta de Lopéz.—Las calumnias de los aliados.**

La guerra del Paraguay puede dividirse en cinco campañas: *la de Matto Grosso, la del Uruguay, la de Humaitá, la del Pikysyry y la de las Cordilleras*.

La primera tuvo el fin ya indicado.

La segunda tuvo por objetivo el Uruguay, hacia donde se dirigieron dos columnas de nuestro Ejército, por Corrientes y Río Grande, para expulsar a los brasileños y sostener la soberanía del país hermano.

La tercera tuvo por objetivo —para los aliados — la toma de la plaza fuerte que fué el centro de nuestra resistencia.

La cuarta se llama así porque se desarrolló sobre la línea fortificada del arroyo Pikysyry, segundo centro de nuestra resistencia.

La quinta fué la que se llevó a cabo despues de la batalla de las Lomas Valentinas, al otro lado de las Cordilleras, hasta Cerro Corá.

Al iniciarse la segunda campaña, abandonó Solano López la capital, para ir a ponerse al frente de sus ejércitos.

Dejaba así la Asunción para siempre.

Nunca más entraría en ella, no permitiéndole los



azares de una guerra a muerte ni siquiera volver á contemplarla a la distancia.

En realidad, en aquel momento—8 de junio de 1865—empezaba su agonía, que era la de su patria, como él condenada a una muerte cruel e irremediable.

Antes de partir dirigió al pueblo la siguiente proclama:

«CIUDADANOS: El desenvolvimiento que va a tomar la guerra en que se halla empeñada la Patria con la triple alianza brasilero-argentino-oriental, no me permite ya continuar haciendo el sacrificio de permanecer lejos del teatro de la lucha y de mis compañeros de armas en campaña, cuando el orden público, sólidamente afianzado en el país, y el unánime entusiasmo de la nación, me habilitan a concurrir allí donde el deber del soldado me llama.

Siento la necesidad de participar personalmente de las fatigas de los bravos y leales defensores de la Patria, y dejo provista la administración pública para que pueda ser debidamente atendida.

Al separarme momentáneamente del seno de la Patria llevo la dulce satisfacción de que la administración general del Estado continuará siendo servida con toda la lealtad, dedicación y patriotismo con que los funcionarios públicos acostumbran cumplir sus deberes

Me asiste también la confianza de que todos los ciudadanos contribuirán incansablemente, en sus respectivas esferas, al éxito de la empresa en que la Patria se halla empeñada, y para esto no es necesario que todos empuñemos las armas, ni que todos corramos a las filas, sino que todos cooperemos al bien de la causa común.

Así debe constar del pronunciamiento uniforme con que la nación se levanta a pedir el desagravio de su honor ultrajado, la garantía de su existencia amenazada y el afianzamiento de sus derechos vulnerados.



La santidad de la causa que nos ha obligado a dejar nuestra vida pacífica y laboriosa está en el corazón de cada ciudadano, y el Dios de los ejércitos velará sobre nuestras armas.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

Por este documento se ve que iba resuelto a abandonar «el seno de la Patria», para incorporarse «a sus compañeros de armas en campaña».

Resolución feliz, que importaba la victoria, ya que él era el único capaz de caer como un rayo sobre los brasileños del Uruguay, desenvolviendo su genial plan de operaciones con la celeridad necesaria.

Pero llegó a Humaitá y cambió de opinión, bajo la fatal influencia de insinuantes cortesanos, como el fatal obispo Palacios, que acabaron por convencerle de que no debía imponerse ese inútil sacrificio, teniendo a su lado tantos hombres capaces que podían muy bien reemplazarle...

Instaló, pues, allí su cuartel general, estableciendo una activa comunicación telegráfica con la ciudad de Corrientes, donde don José Berges ejercía su representación.

El general Wenceslao Robles había reunido, entretanto, 30.000 hombres de las tres armas y estaba en condiciones de marchar, sin dificultad alguna, arrollando los pequeños obstáculos que encontrase en su camino.

En aquellos momentos aun no se había establecido el campamento general de los aliados en Concordia, ni éstos disponían de tropas capaces de contrarrestar la acción del Paraguay.

Nadie dudaba, ni podía dudar, del éxito de la empresa confiada a Robles, experimentado militar, que había dado tantas pruebas de sus aptitudes de brillante organizador.

Pero los hechos desvanecieron bien pronto tan optimistas esperanzas.

Al frente de aquella poderosa columna, Robles se sintió inferior a su cometido, no atinando a obrar



con la resolución y la pericia que imponían las circunstancias.

Perdió su tiempo lastimosamente con fútiles pretextos, avanzando con lentitud desesperante, distraído por pequeñas guerrillas sin importancia.

Así perdió la oportunidad única que se le brindaba, dando todas las ventajas al enemigo.

Finalmente, entró en tratos con los aliados, cayendo en la traición y pagando con su vida sus deplorables errores.

Le reemplazó el general Francisco Isidoro Resquín, quien hizo contramarchar a nuestro ejército, regresando con él a nuestro territorio.

El fracaso de la expedición de Robles determinó el fracaso de la expedición de Estigarribia. Este, al frente 12.000 hombres, invadió el Estado de Río Grande del Sud, siguiendo la línea del Uruguay, para ir a encontrarse con la otra columna expedicionaria en la frontera de la República Oriental.

La llegada oportuna de Robles debió impedir la formación del ejército enemigo que salió a batirle, permitiéndole someter holgadamente a los brasileños.

Pero no sucedió así.

Robles no llegó nunca a la frontera oriental, no pasando más allá de los límites de Corrientes.

Gracias a esto, Mitre pudo organizar el ejército aliado, hasta encontrarse en situación de batir a los paraguayos.

La verdad es que Estigarribia debió retroceder al ver que había fracasado el plan convenido.

Pero lo empujaron adelante los numerosos jefes orientales que le acompañaban, los cuales le aseguraban que, al llegar a la frontera de su país, contaría con el franco apoyo de todos sus compatriotas oprimidos.

Entrar en Uruguayana fué para él entrar en una ratonera.

Pronto fué allí rodeado por el ya poderoso enemigo, teniendo que sucumbir, vencido por el hambre y por la muerte.

Una parte de su ejército, que marchaba por la orilla derecha del río Uruguay, a las órdenes del intrépido mayor Pedro Duarte, sucumbió también, aplastado por fuerzas muy superiores.

En efecto, el 17 de agosto de 1865 libraron batalla 3.500 paraguayos, de caballería e infantería, con 11.000 aliados de las tres armas, a las órdenes del general Venancio Flores.

Y, claro está, en estas condiciones, no era posible la victoria.

Fuimos vencidos, pero fué tal nuestro heroísmo, que el general Flores no pudo menos que hacer esta declaración: «*Los paraguayos son peores que salvajes para la pelea: prefieren morir antes que rendirse...*»

¡Peores que salvajes!

No sabía aquel soldadote obtuso que el heroísmo es una excelsa virtud del hombre civilizado.

¡Ignoraba que sólo los hombres conscientes no se rinden, prefiriendo la muerte al deshonor!

Debemos dejar constancia de que en este primer encuentro los aliados se mancharon con la sangre de los vencidos.

¡La mayor parte de los prisioneros fueron pasados a cuchillo! (1)

Y para completar aquella atrocidad, que no era un salvajismo para el caudillo oriental, hemos de agregar que nuestros soldados sobrevivientes fueron alistados en los batallones enemigos, obligándoseles así a ir contra su patria.

Hazaña es ésta cuya iniciativa pertenece al general Flores, como puede verse en el siguiente párrafo de una carta al general Mitre:

«Los batallones orientales han sufrido (en Yataí) una gran baja, y estoy resuelto a reemplazarla con

(1) El corresponsal del *Evening Star*, de Londres, escribió espantado lo que sigue, después de recorrer el campo de batalla: «Era un espectáculo horrible. Mil cuatrocientos paraguayos yacían allí sin haber recibido sepultura; los más de ellos tenían las manos atadas y la cabeza destroncada... ¡los prisioneros, después de desarmados, habían sido degollados y abandonados en el campo de batalla!»



los prisioneros paraguayos, dándole una parte al general Paunero para aumentar sus batallones, que están pequeños algunos.»

Y el general Mitre cuenta cosas más sabrosas todavía a este respecto.

Véase lo que decía al vicepresidente argentino, doctor Marcos Paz: «Hablemos ahora un poco de los prisioneros. Cuando llegué aquí encontre 115 de los de Yataí, heridos, en el hospital; 150 en depósito, y, como 80, distribuídos en varios servicios, los que, durante nuestra permanencia en Uruguayana aminoraban mucho, pues la caballería oriental, que quedó de este lado, no teniendo que hacer, se ocupaba en robar prisioneros, y gracias que quedaron algunos.

«El general Flores ha adoptado por sistema incorporar a sus filas a todos los prisioneros, y después de recargar sus batallones con ellos ha organizado uno nuevo de 500 plazas con puros paraguayos.

»Nuestro lote de prisioneros de Uruguayana fué poco más de 1.400. Extrañará usted el número porque debieron ser más; pero la razón es que por parte de la caballería brasileña hubo tal robo de prisioneros que, por lo menos, se arrebataron 800 o 1.000 de ellos, lo que le muestra a usted el desorden de esta tropa, la falta de energía de sus jefes y la corrupción de esa gente, pues los roban para esclavos, y hasta hoy mismo andan robando y comprando prisioneros... El comandante Guimaraens me ha dicho que el otro día, en Uruguayana, tenía que andar gritando que no era paraguayo para que no lo robasen...»

¿Necesita esto comentarios?

¿Se vió alguna vez entre gente civilizada algo parecido?

¡Y es el general Mitre el que nos ha legado esta revelación!

Es el mismo generalísimo de la alianza el que ha dejado constancia de hechos que serían hasta inverosímiles si no hubieran sido constatados por él.



Por lo demás, la esclavitud de los prisioneros continuó durante toda la guerra.

El gran publicista oriental, Carlos María Ramírez protestó en 1868, contra la repetición sistemática del mismo hecho.

«Los prisioneros de guerra—decía—han sido repartidos entre los cuerpos de línea y, bajo la bandera y con el uniforme de los aliados, compelidos a volver sus armas contra los defensores de su patria. *¡Jamás el siglo XIX ha presenciado un ultraje mayor al derecho de gentes, a la humanidad, a la civilización!*»

Y en aquel mismo año, Mr. Lettson, ministro inglés en Montevideo, denunció, indignado, a su Gobierno la comisión del mismo crimen por el Gobierno de Montevideo que acababa de alistar en el batallón *Libertad* a los prisioneros paraguayos, enviándolos, decía, «a pelear contra sus compatriotas».

Más adelante, en 1869, se llevaron las cosas más allá todavía, organizando «legiones» de prisioneros, a las que se les dió como enseña la bandera paraguaya, lanzándolas a consumar la más inaudita de las aberraciones humanas.

En presencia de los horribles atentados con que los aliados iniciaban la guerra, el mariscal López dirigió a Mitre la siguiente enérgica protesta:

«Cuartel General en Humaitá, noviembre 20 de 1865.

A su excelencia el Presidente de la República Argentina, brigadier general don Bartolomé Mitre, general en jefe del ejército aliado.

Como general en jefe de los ejércitos aliados en guerra con esta República, tengo el honor de dirigir a vuestra excelencia la presente.

En la imperiosa necesidad en que algunas veces se hallan los pueblos y sus Gobiernos de dirimir entre sí por las armas las cuestiones que afectan sus intereses vitales, la guerra ha estallado entre esta República y los Estados cuyos ejércitos vuestra excelencia manda en jefe.

En tales casos es de uso general y práctica entre naciones civilizadas atenuar los males de la guerra por leyes propias, despojándola de los actos de crueldad y barbarie que, deshonrando la humanidad, estigmatizan con una mancha indeleble a los jefes que los ordenan, autorizan, protejen o toleran, y yo lo había esperado de vuestra excelencia y sus aliados.

Así penetrado y en la conciencia de estos deberes, uno de mis primeros cuidados fué ordenar la observancia de la consideración con que los prisioneros, de cualquier clase que sean, deben ser tratados y mantenidos con respeto a sus graduaciones, y, en efecto, han disfrutado de las comodidades posibles y hasta de la libertad compatible con su posición y conducta.

El Gobierno de la República ha dispensado la más lata y amplia protección, no solamente a los ciudadanos argentinos, brasileros y orientales que se hallaban en su territorio, o que los sucesos de la guerra habían colocado bajo el poder de sus armas, sino que ha extendido esta protección a los mismos prisioneros de guerra.

La estricta disciplina de los ejércitos paraguayos en el territorio argentino y en las poblaciones brasileras así lo comprueban, y aun las familias y los intereses de los individuos que se hallan en armas contra la República han sido respetados y protegidos en sus personas y propiedades.

Vuestra excelencia, entretanto, iniciaba la guerra con excesos y atrocidades, como la prisión del agente de la República en Buenos Aires, ciudadano Félix Egusquiza; la orden de prisión y consiguiente persecución del ciudadano José Rufo Caminos, cónsul general de la República cerca del Gobierno de vuestra excelencia, y su hijo don José Félix, que tuvieron que asilarse bajo la bandera amiga de Su Majestad británica; el secuestro y confiscación de los fondos públicos y particulares de aquellos ciudadanos, ya sea en poder de ellos o en depósito en los bancos; la prisión del ciudadano Cipriano Ayala,

simple portador de pliegos; el violento arranque de las armas nacionales del consulado de la República, para ser arrastradas por las calles; el público fusilamiento de la efigie del Presidente de la República y el consiguiente arrojo que de esa efigie y del escudo nacional se hizo al río Paraná, en pública expectación, en el puerto de la ciudad de Rosario; el asesinato atroz cometido por el general Cáceres en el pueblo de Salados, del subteniente ciudadano don Marcelino Ayala, que, habiendo caído herido en su poder, no se prestó a llevar su espada contra sus compañeros; y el bárbaro tratamiento con que ese mismo general acabó los días del también herido alférez ciudadano Faustino Ferreira, en Bella Vista; la bárbara crueldad con que han sido pasados a cuchillo los heridos del combate de Yatay y el envío del desertor paraguayo Juan González, con especial y positiva comisión de asesinarme, no ha sido bastante a hacerme cambiar la firme resolución de no acompañar a vuestra excelencia en actos tan bárbaros y atroces, ni pensé jamás que pudiera todavía encontrarse nuevos medios para enriquecer las atrocidades e infamias con que, por tanto tiempo, nos han flagelado y deshonrado ante el mundo las perpetuas guerras intestinas del Río de la Plata.

Quise todavía esperar que en la primera guerra internacional, como ésta, vuestra excelencia sabría hacer comprender a sus subordinados que un prisionero de guerra no deja de ser un ciudadano de su patria ni un cristiano, y que, como rendido, deja de ser enemigo, ya que no supo hacer respetar de otro modo los derechos de la guerra, y que los prisioneros serían por lo menos respetados en su triste condición y en sus derechos de tal como lo son ampliamente en esta República los prisioneros del ejército aliado.

Pero es con la más profunda pena que tengo que renunciar a esas esperanzas ante la denuncia de acciones todavía más ilegales y más atroces e infames que se cometen con los paraguayos que han tenido

la fatal suerte de caer prisioneros en poder del ejército aliado.

Tanto a los prisioneros hechos en varios encuentros de ambas fuerzas, como notablemente a los del Yataí, y a los rendidos de la Uruguayana, vuestra excelencia ha obligado a empuñar las armas contra la patria, aumentando por millares con sus personas el efectivo de su ejército, haciéndoles traidores, para privarles de sus derechos de ciudadanía y quitarles la más remota esperanza de volver al seno de su patria y su familia, sea por un canje de prisioneros o por cualquier otra transacción, y aquellos que han querido resistir a destruir su patria con sus brazos han sido inmediata y cruelmente inmolados.

Los que no han participado de tan inicua suerte han servido para fines no menos inhumanos y repugnantes, pues que, en su mayor parte, han sido llevados y reducidos a la esclavitud en el Brasil. Y los que se prestaban menos, por el color de su cutis, para ser vendidos han sido enviados al Estado Oriental, y a las provincias argentinas de regalo, como entes curiosos, sujetos a la servidumbre.

Este desprecio, no ya de las leyes de la guerra, sino de la humanidad; esta coacción tan bárbara como infame, que coloca a los prisioneros paraguayos entre la muerte y la traición, entre la muerte y la esclavitud, es el primer ejemplo que conozco en la historia de las guerras, y es a vuestra excelencia, al Emperador del Brasil y al actual mandatario de la República Oriental, sus aliados, a quienes cabe el baldón de producir y ejecutar tanto horror.

El Gobierno paraguayo, por ninguno de sus actos, ya sea antes o después de la guerra, ha provocado tanta atrocidad. Los ciudadanos argentinos, brasileros y orientales han tenido toda libertad de retirarse con sus haberes y fortunas de la República y del territorio argentino ocupado por sus ejércitos, o de permanecer en ellos, conforme les conviniese.

Mi Gobierno así respetaba las estipulaciones convenidas en los pactos internacionales para el caso



de una guerra, sin tener en cuenta que esos pactos hubiesen expirado, considerando sólo sus principios como de interés permanente, de humanidad y de honor nacional. Jamás olvidó tampoco el decoro de su propia dignidad, la consideración que debe a todo Gobierno y al jefe del Estado, aun en la actual guerra, para tolerar insultos al emblema de la patria de los aliados, o el fusilamiento de vuestra excelencia o el de sus aliados en efigie, y mucho menos podía acompañarle, como medio de guerra, en el empleo de algún tránsfuga argentino, oriental o brasilero para asesinarlos en su campamento. La opinión pública y y la historia juzgarán severamente esos actos.

Las potencias aliadas, pues, no traen una guerra como lo determinan los usos y las leyes de las naciones civilizadas, sino una guerra de exterminio y horrores, autorizando y valiéndose de los medios atroces que van denunciados y que la conciencia pública juzgará en todos los tiempos como infames.

Traída la guerra por vuestra excelencia y sus aliados en el terreno en que aparece, en uso de mis derechos y de la obligación que tengo en el mando supremo de los ejércitos de la República, haré de mi parte lo que pueda para que vuestra excelencia cese en esos actos que mi propia dignidad no me permite dejar continuar, y al efecto invito a vuestra excelencia, en nombre de la humanidad y del decoro de los mismos aliados, a abandonar ese modo bárbaro de hacer la guerra, a poner a los prisioneros paraguayos en el goce de sus derechos de tales, ya estén en armas, esclavizados en el Brasil o reducidos a servidumbre en la República Argentina y Oriental, a no proseguir cometiendo ningún acto de atrocidad; previniendo a vuestra excelencia que su falta de contestación, la continuación de los prisioneros en el servicio de las armas contra su patria, diseminados en el ejército aliado, o en cuerpos especiales, la aparición de la bandera paraguaya en las filas de su mando, o una nueva atrocidad con los prisioneros, me han de dispensar de toda la consideración y mi-

ramiento que hasta aquí he sabido tener, y, aunque con repugnancia, los ciudadanos argentinos, brasileros y orientales, ya sean prisioneros de guerra o no, en el territorio de la República, o en el que sus armas llegasen a ocupar, responderán con sus personas, vidas y propiedades a la más rigurosa represalia.

Espero la contestación de vuestra excelencia en el perentorio término de treinta días, en que será entregada en el Paso de la Patria.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

El general Mitre, anonadado bajo el peso de tan terribles acusaciones, se redujo a negar sus propias faltas, atribuyendo a nuestro Ejército una serie de inventadas atrocidades.

Así, tuvo la audacia de afirmar que los prisioneros paraguayos habían sido mejor tratados que los mismos soldados aliados y *«ninguno de ellos obligado a ingresar en las filas enemigas»*...

Acabamos de leer lo que en aquellos mismos momentos decía sobre esto al vicepresidente Paz.

Los paraguayos habían sido tan bien tratados que, según él nos cuenta, eran *comprados y vendidos como esclavos.*

Y tan no habían sido obligados a ingresar en las filas aliadas, que Flores había organizado un batallón de quinientas plazas *«¡¡de puros paraguayos!!»*

Entre las acusaciones que hace a López está la de haber ordenado el saqueo de los territorios ocupados por nuestras fuerzas, *«según consta*—decía—*en el libro de comunicaciones que dirigía a vuestra excelencia el comandante Estigarribia, cuyo libro original existe en poder del Gobierno del Brasil»*.

Y en esto, como en todo, mentía el hombre de las coartadas, como vamos a probarlo con un documento publicado entre las piezas históricas de su archivo.

En nota del 12 de agosto de 1865, fechada en



Restauración, decía el mayor Pedro Duarte al teniente coronel Estigarribia:

«En esta ocasión recibo también mil patacones que el Supremo Gobierno Nacional se ha servido enviarme *para gastos* de tropa; y como ésta se halla la mayor parte escasa de ponchos, si es del agrado de vuestra señoría, *intento comprar en esta plaza algunos ponchos de bayeta o paño ordinario*, si acaso hay entre los negociantes del pueblo, y repartir a los que precisan.»

Si Duarte tenía orden de saquear los pueblos, no iba a destinar los mil patacones que recibía a comprar ponchos, cuando podía obtenerlos por la fuerza.

Si era verdad que, por orden superior, entraba a saco en las ciudades vencidas, su tropa no iba a andar escasa de vestimenta, ni iba a necesitar de dinero para socorrerla.

La calumnia, como se ve, cae de su peso.

El tal libro copiador de comunicaciones era también otra burda mistificación.

Fué una de tantas invenciones, fraguadas para convencer al mundo de nuestro salvajismo.

El hecho es que Mitre quedó malparado, encargándose él mismo de comprobarlo en documentos que llevan su firma.



## XVII

**La campaña de Humaitá.—Solano López defiende el suelo de su patria.—La Argentina contra Mitre.—Actitud de Urquiza.—Basualdo y Toledo.—Todo el mundo sublevado en la Argentina.—El patriotismo era un cuento tártaro, según el Dr. Paz.—Resistencia a la alianza brasileña.—Mitre confía a enganchados extranjeros el honor de su bandera.—Corrales.—Combate de los lanchones.—La invasión.—Rápida ojeada a la Campaña de Humaitá.**

Después del fracaso de la campaña del Uruguay, reconcentradas todas nuestras tropas en nuestro territorio, renunciamos definitivamente a la ofensiva.

Instalado Solano López en su cuartel general del Paso de la Patria, no pensó sino en defender el «suelo sagrado» de su país.

Entretanto se movía ya el poderoso ejército aliado en dos grandes columnas, buscando aproximarse a nuestras fronteras.

Pero antes tuvo que vencer Mitre serias dificultades, siendo la principal la hostilidad de toda la República.

Pasados los primeros momentos de indignación, se vió el engaño de que habían sido víctimas y la forma ingnominiosa como eran llevados los argentinos a secundar los planes ambiciosos del Imperio.

Y, fuera del círculo mitrista de Buenos Aires, el país entero levantó en seguida su grito de protesta contra la guerra al Paraguay, negando su concurso al Gobierno nacional.

El general Urquiza, tan hábilmente seducido, no tardó tampoco en comprender cuán triste y desairada era su situación.

Y obró como debía obrar, correspondiendo a la



deslealtad política de Mitre con igual deslealtad.

Nombrado jefe de la vanguardia del ejército argentino, prometió organizar una poderosa columna de caballería, reuniendo bien pronto once mil hombres en Basualdo.

El generalísimo se bañaba en aguas de rosas al ver la actividad del vencedor de Caseros... Pero he aquí que, en el preciso momento en que éste le comunicaba que estaban ya listos los regimientos prometidos, se les aproximó un chasque, portador de la ingrata noticia de que las fuerzas de Basualdo se habían desbandado completamente.

Es de calcular la sensación que causó aquella noticia.

*¡Traición!*, dijeron los hombres de la oligarquía bonaerense; traición, repitieron los acólitos de Mitre en su cuartel general...

Pero el generalísimo calló. Más aún, fingió una profunda fe en Urquiza, defendiéndolo de los que así le acusaban.

Y el entrerriano prometió reunir un nuevo contigente mucho mayor.

A la vuelta de pocos meses volvía, en efecto, a tener sobre las armas una poderosa columna de caballería en Toledo, revelando, una vez más, cuán grande era su prestigio.

Mitre respiró al saberlo.

¡Inútil ilusión! Algunos días después, este contingente volvía a desbandarse, como respondiendo a un mandato superior.

Desde aquel momento, Urquiza quedó eliminado. Y no fué posible sacar un hombre de la belicosa provincia de Entre Ríos.

En adelante, el popular caudillo se contentaría con enriquecerse con la proveduría del Ejército, haciendo una guerra sorda a Buenos Aires.

En el «Archivo del general Mitre» está la documentación casi completa de la hostilidad argentina a su desgraciada política.

Allí se ve cómo la República resistía a la alianza,

negándose a acompañar al Imperio en su criminal empeño.

Vamos a reproducir, de paso, lo que dicen algunas piezas de dicho archivo.

Carta del general Emilio Mitre al vicepresicente Paz, del 5 de septiembre de 1865:

«*Las sublevaciones están a la orden del día.* La guarnición de Reducción, en Córdoba, se ha sublevado hace cuatro días...

»El 1.° hubo también una sublevación de la Guardia Nacional que viene de Córdoba...

»El batallón de Córdoba, que venía en marcha, se sublevó asimismo...

»Una usted esto a las dos sublevaciones del 6.° y del 8.°, el uno en la frontera Norte de esta provincia (Santa Fe) y el otro en marcha para este destino, y *tendrá a todo el mundo sublevado...*»

Y el 20 del mismo mes agregaba:

«*Las sublevaciones siguen a la orden del día,* y en vez de surtir efecto el mal éxito de los que anteriormente *han sido castigados con la muerte de los principales cabecillas*, parece que eso les sirviera de incentivo.

»El coronel Baigorria me dice que el contingente antedicho, así *como los cien hombres del 4 de Caballería que los venía escoltando*, se habían sublevado.

»Me dice también que el 8 del presente se sublevó la fuerza que guarnecía el fuerte del Río Diamante...

»A más, me anuncia la sublevación del contingente de San Juan, que se disolvió todo.

»Como usted ve, *no es muy risueña nuestra situación.* .»

Y, así como éstos, son elocuentes otros muchos documentos. (1)

(1) Véase más detalles sobre estas sublevaciones en *La figura histórica de Gellyy Obes*, por José Arturo Scotto. Este escritor argentino después de afirmar y probar que la guerra al Paraguay fué un crimen premeditado de Mitre, tiene la valentía de decir que *es una mancha de oprobio para su país.*



«¡Todo el mundo sublevado!»

¡Qué espectáculo bochornoso para la República Argentina!

¿Tendría razón el chileno Lastarria, testigo de aquellos acontecimientos, al afirmar que en aquel país *«no existia sentimiento alguno que sirviera de base a la nacionalidad y le diese unidad»*?

¿Tendría razón el vicepresidente Paz al decir que a los argentinos *«no había que hablarles de patriotismo, que era para ellos un cuento tártaro»*?

No. ¡Nunca como entonces vinculó a los argentinos un sentimiento más poderoso, ni ardió en sus pechos con más calor el patriotismo!

Había, sí, un sentimiento común, que servía de base a la nacionalidad y se manifestaba al mismo tiempo en toda la República. Y ese sentimiento no era otro que el patriotismo, en el que se fundían los vagos instintos populares, sus claras aspiraciones, su honor, su gloria, su pasado, su historia entera, todo lo que constituye el alma de una nación y es fuerza de cohesión y es latido de vida y es cifra de una existencia real y perdurable.

Lastarria no acabó de comprender los acontecimientos.

Y el doctor Paz calumnió a sus compatriotas, arrebatado por la pasión.

Aquellas sublevaciones, aquella resistencia general, que se manifestaban al mismo tiempo en todos los ámbitos del país, decían bien claramente que existía una solidaridad nacional y una uniforme apreciación de los hechos.

La única verdad es que todos resistían la alianza brasileña y nadie quería continuar la guerra desde el momento que nuestro Ejército abandonó el territorio argentino.

Y el general Mitre fué el primer convencido de ello, renunciando a pedir contingentes militares a su país—que era, según el vicepresidente, *«como pedir peras al olmo»* —y confiando en adelante el honor de la bandera argentina a los aventureros que le en-

Aiaba el coronel Ascasubi, su activo agente de enganche en Europa.

Sobre esto también nos ha dejado una vasta documentación en los veinticinco volúmenes de su curioso archivo.

Digamos ahora que a principios de 1866 más de cuarenta mil hombres del ejército aliado acampaban sobre el río Paraná, frente a nuestro territorio, disponiéndose a iniciar la invasión.

En aquella época el Brasil había reforzado su poderosa escuadra con los primeros acorazados adquiridos en Europa, gracias a la traición manifiesta de Cándido Bareiro.

Pero el héroe de Paisandú, el de las «represalias», es decir, el vizconde de Tamandaré, no había salido aún de Buenos Aires.

La ausencia de este marino «destemido», sumió en la inacción a las naves imperiales, que, fondeadas en el puerto de Corrientes, no obstaculizaron el paso de nuestro Ejército, con toda su pesada impedimenta, ni después pusieron trabas a las continuas expediciones al territorio argentino.

Así pudo darse la batalla de Corrales—hazaña inaudita del heroísmo paraguayo—en la que *cuatrocientos cincuenta infantes* pusieron en derrota a *cinco mil argentinos de las tres armas*, ¡quedando dueños del campo de la acción! (1)

Recién a fines de febrero llegó el almirante, remontando el río y desplegando a su escuadra, en una larga línea, frente a Itapirú.

Fué entonces cuando el mariscal López, que conocía el temple del arrogante marino brasileño, a quien detuvo un año, frente a Curupayty, con sólo desplegar una hilera de damajuanas vacías a lo ancho del río, ordenó al famoso teniente Fariña que fuese con un lanchón a desafiar a los acorazados de Tamandaré. Y se dió el duelo más singular que recuerda la historia.

(1) Véanse detalles y documentos en nuestra monografía sobre Corrales.



El lanchón, armado con un grueso cañón, y poderoso por la audacia de sus tripulantes, se presentó el 23 de marzo frente a los pesados buques enemigos, desafiándolos con la mayor impavidez.

Y aquella canoa tuvo en jaque, durante días, a la escuadra imperial, librando verdaderas batallas y haciendo destrozos en los acorazados.

Una de las balas de Fariña entró por una de las pequeñas troneras del *Tamandaré* dentro de la torre blindada, despedazando al capitán Maris e Barros y a su prudente oficialidad, refugiados allí para escapar al peligro.

Y, en dos días de lucha, sólo el *Barroso* recibió treinta gruesos proyectiles.

La prensa europea comentó por largo tiempo este curioso episodio, ocupándose extensamente del «*monitor guaraní*», o sea de la «*nueva máquina de guerra*» inventada por Solano López.

En esta primera prueba a que fueron sometidos los flamantes buques brasileños, se vió claramente que nuestros viejos cañones eran impotentes para perforar sus gruesas corazas.

Nuestras balas esféricas se estrellaban contra ellas, produciendo apenas insignificantes abolladuras.

De modo que, de hecho, quedaba descartado el poder ofensivo de nuestra artillería y abierto el río al paso de los aliados.

Felizmente, los marinos imperiales no quisieron creer esta palpable realidad. Y hasta el fin de la guerra temblaron ante nuestros pobres cañones...

El 16 de abril de 1866 tuvo lugar la invasión de nuestro territorio, desembarcando los aliados un poco arriba de las Tres Bocas, protegidos por un infernal bombardeo, mientras López se retiraba del Paso de la Patria para ir a ocupar mejores posiciones en el interior. (1)

(1) Lo curioso es que los panegiristas de Mitre hacen un título de gloria del pasaje, sin oposición, del Paraná y de la invasión de nuestro territorio por Itapirú. Y la verdad es que esa gloria corresponde por entero al mariscal López, que tuvo el talento de traer al enemigo



Una vez en nuestro país, los enemigos creyeron que todo iba a reducirse a un paseo triunfal hasta nuestra capital.

Ni soñaban siquiera lo que les esperaba, ignorando los prodigios de energía de que éramos capaces bajo la sugestión de aquella alma gigantesca. Pero el 2 de mayo empezaron a vislumbrar la realidad. La mano de Solano López descargó sobre ellos el primer golpe de su pujante espada, como queriendo advertirles que en adelante era ya con él con quien iban a habérselas, no con los bisoños capitanes que hasta entonces encontraron en su camino y que, lejos de su presencia, alguna vez flaquearon en suelo extranjero.

Entraron, pues, en Tuyutí, recelosos y sorprendidos, fortificándose en seguida, como si presintieran la inminencia de un enorme peligro.

Y allí se quedaron por más de un año, mirando desde lejos a Humaitá con ojos de codicia, sin osar ir a conquistarla.

El segundo golpe, y el más terrible de todos, fué el del 24 de mayo. La armadura del invasor quedó agrietada y embotado el filo de su espada. Se dijeron vencedores; pero si aquello fué una victoria, la verdad es que para alcanzarla se agotaron, quedando postrados y temblorosos dentro de sus posiciones. El doctor Zeballos dijo que fué una *«victoria paralítica»*, gráfica frase, que expresa justamente la verdad. (2)

---

por ese camino, que era el único que no debía seguir. Gracias a esto fué posible nuestra larga resistencia. Por cualquier otro punto la invasión hubiera sido desastrosa para nuestra defensa y la guerra se hubiera resuelto rápidamente.

El teniente de artillería Benjamín Velilla ha publicado un notable estudio a este respecto, que merece ser conocido por cuantos se interesan por aclarar la verdad de tan complicados acontecimientos.

El coronel Carlos Sarmiento, antiguo director de la Escuela Militar de Buenos Aires, y uno de los más ilustrados militares argentinos, criticó también esta desgraciada operación del general Mitre, tan celebrada por los que no ven más allá de la superficie de las cosas, demostrando que por cualquier otro punto de nuestro territorio hubiese sido mucho más ventajosa la invasión.

(2) Los escritores adversos que critican la acción de nuestro alto comando atribuyen a Solano López grandes errores en la direc-



No habían salido de su aturdimiento, cuando el 18 de julio de 1866 volvían a sentir, en medio de las angustias del Boquerón, el terrible peso de la mano de López.

¡Tercer golpe del titán iracundo, que en la plácida loma de Paso-Pucú forjaba el rayo de la patria venganza!

Pero aún no era todo. Todavía le quedaban al Paraguay energías suficientes para realizar muchos prodigios. La guerra empezaba.

¡Y vino Curupayty!

¡Fué nuestro gran día de gloria y de esperanza!

Cinco mil hombres, detrás de aquel salvador muro de arena, aseguraron nuestra resistencia, conjurando el peligro en una hora crítica, haciendo morder al enemigo el polvo de la derrota. Nuestras bajas *no llegaron a cien* y las del vencido alcanzaron *a diez mil*. ¡En la historia del mundo no hay nada parecido!

Un año después de este horrendo descalabro, los aliados no se sentían con el coraje suficiente para reanudar la ofensiva.

Habían salido de Tuyutí; pero para operar un movimiento envolvente. No pudiendo quebrantar nuestro denuedo, querían vencernos por el hambre.

En noviembre de 1867 llegaron, por fin, a Tayí,

---

ción de nuestro Ejército. Una de las acusaciones que le hacen es haber sacrificado sus tropas en combates parciales, que diezmaban sus efectivos, cuando debió atacar en masa, con el mayor número de combatientes. Crítica notoriamente injusta. Su primer pensamiento fué llevar, como llevó, al enemigo un ataque a fondo, con todos los elementos de que disponía. El 24 de mayo de 1866 no hizo otra cosa. Y los combates parciales que vinieron después prepararon victorias como la de Boquerón o sirvieron al menos para mantener en pie nuestra superioridad moral sobre el enemigo.

Lo inexplicable, lo que nunca explicó Mitre, es la conducta del alto comando aliado al encerrarse durante tanto tiempo en Tuyutí, sin atinara dar un paso adelante, hasta que llegó Caxias y sacó a la alianza de su cobarde sopor. Se comprende que Alemania convirtiese su furiosa ofensiva en guerra de trincheras, después de la derrota del Marne. Pero no tiene disculpa la actitud de Mitre que, después de la victoria de Tuyutí, echó raíces en el campo de batalla, donde levantó trincheras más sólidas que las nuestras, contentándose con asegurar una prudente defensiva, cuando nuestro Ejército había sido completamente destruido. Sólo el respeto que inspiraba el mariscal López y la nulidad de sus enemigos pueden explicar tan vergonzosa conducta.

completando el sitio y cortando nuestras comunicaciones con Asunción.

Y el 19 de febrero de 1868 la escuadra acorazada forzó el temido paso de Humaitá, dejando al Ejército paraguayo en la más desesperante situación.

Los aliados volvieron a respirar. Solano López parecía perdido. Un círculo de hierro le envolvía. No le quedaban, aparentemente, sino dos caminos: entregarse o ir a la muerte en una loca salida.

Pero no; aún no estaba todo perdido. El hombre de Paso Pucú no veía las cosas con ojos de brasileño. Tenía que llegar a Cerro Corá, y para morir le sobraba tiempo. Había que tentar todavía a la voluble fortuna antes de abandonar aquel campo de nuestro heroísmo desgraciado.

Un solo acorazado nos hacía falta para que se cambiaran los papeles. Con una sola de esas máquinas de guerra, la audacia paraguaya hubiese dado buena cuenta de los pesados leviatanes, en cuyas caparazones de acero se rompían nuestros pobres proyectiles. Pero para obtener lo que se necesitaba no había sino un solo medio: ir a arrebatarlo al enemigo. El mariscal López lo ordenó. Y un puñado de sublimes dementes, montando frágiles canoas, desnudos y sin más armas que un largo y filoso sable, cayó durante una lóbrega noche sobre los monitores imperiales. Dos de ellos fueron nuestros, pisamos su cubierta, los tuvimos bajo nuestra planta. Pero era

También se critica al mariscal López no haber ordenado la persecución, al ser rechazado el enemigo en Curupayty. Pero nada más prudente que la actitud de nuestro generalísimo en aquella ocasión. Porque no hay que olvidar que mientras en uno de los extremos de su línea se daba la batalla, en el otro extremo, o sea en Rojas, el poderoso ejército de Polidoro le amenazaba constantemente, mientras los tres mil jinetes del general Flores, saliendo de Tuyutí, le flanqueaban, amenazando también su retaguardia. Más aún, el ejército aliado, derrotado en Curupayty, a pesar de las pérdidas sufridas, presentaba todavía un efectivo muy superior al de los paraguayos, que, una vez fuera de sus trincheras, hubiesen sido barridos por los cien cañones de la escuadra y por la artillería de tierra, mientras los vencidos podían refugiarse en el gran reducto de Curuzú, trocando con ventaja los papeles.

El mariscal López hizo lo que debía hacer, y, gracias a esto, no esterilizó tan espléndida victoria, como le ocurrió al general Díaz en la batalla del 2 de mayo.



inútil pretender forzar al Destino. Dios quería que sucumbiéramos, por quién sabe qué cruel designio de su inescrutable voluntad. Y aquellas fieras de acero, domeñadas y sumisas, se nos escaparon de entre las manos por una casualidad cualquiera. En vano Genes excedió la estatura humana, aferrándose a su presa enfurecido. Desnudo, sudoroso, cubierto de heridas, con un ojo colgándole sobre la mejilla, el cabello en desorden y la espada rota, disputó al enemigo su conquista, sin querer convencerse de la realidad de su infortunio. Solo ya, y rodeado de adversarios, se abrió paso repartiendo mandobles, abatiendo con su pecho una valla de lanzas y bayonetas, para ir a lanzarse al río, también sanguinolento, y presentarse en seguida a López, que aguardaba ansiosamente sus noticias...

Al día siguiente de esta fracasada tentativa, es decir, el 2 de marzo de 1868, nos alejamos de Paso-Pucú para escapar al anillo de fuego, que se iba estrechando todos los días.

Solano López había elegido la línea del Tebicuary para reanudar la resistencia, preparando la retirada por el Chaco, donde se estableció el intrépido coronel Bernardino Caballero, fortificándose en Timbó, un poco más arriba de Humaitá.

A fines de marzo, época en que debíamos estar extenuados por el hambre y próximos a levantar bandera blanca, pidiendo misericordia, según los alegres pronósticos del enemigo, el Ejército paraguayo apareció, casi íntegro, en San Fernando, con creciente asombro de sus sitiadores. ¿Cómo pudimos sacar todo nuestro Ejército del Cuadrilátero y llevarlo allí, con armas y bagajes?

¿No estaba acaso la escuadra brasileña al Sur de Tayí, vigilando, día y noche, nuestros más mínimos movimientos?

¡Milagros del patriotismo!

Nada pudo impedir nuestra retirada. El enemigo, siempre indeciso, no trató de desalojar a Caballero y, ya muy tarde, se dispuso a ocupar el Chaco, inter-



ceptando nuestra única línea de comunicación cuando no quedaban sino dos mil hombres en Humaitá.

El Cuadrilátero fué abandonado, no siguiendo en nuestro poder sino las líneas exteriores de Humaitá, ante las cuales permanecían aterrorizados los invasores.

En aquella época el general Mitre aconsejaba «*mucha prudencia*» desde Buenos Aires, diciendo a Gelly y Obes que si atacaban nuestro desguarnecido baluarte y eran rechazados «*¡habría que empezar de nuevo la guerra!*» El mariscal Osorio no pensaba así, y, considerando una vergüenza *no haber podido tomar nunca a viva fuerza una sola trinchera paraguaya,* resolvió llevar un recio ataque a Humaitá. Y el 16 de julio de 1868, el valeroso riograndés, al frente de doce mil hombres, cayó sobre el segmento norte de nuestras fortificaciones, que defendía el coronel Hermosa con algunos pocos compañeros.

Osorio fué destrozado. Todos sus audaces asaltos fueron rechazados. Pero llegó un momento en que se nos agotaron los proyectiles. Fué precisamente cuando, ciegos de ira, los brasileños se preparaban para el último ataque. Hermosa, en tan apurada situación, cargó sus cañones con piedras, con restos de fusiles, con bayonetas... y hasta con arena, aguardando en silencio al enemigo. Y cuando lo tuvo a su alcance, estalló su artillería en una descarga colosal, que barrió a los asaltantes, poniéndoles en completa derrota. Cinco mil muertos quedaron al pie de nuestras trincheras. Y tal fué la cortés despedida de la última guarnición de Humaitá, pocos días antes de abandonar la famosa «Sebastopol americana».

El 18 de Julio obtuvo el coronel Caballero otra señalada victoria en Acayuazá, ganando así los entorchados de general.

Eran los zarpazos del león herido en su retirada...

Recién cuando salió el último paraguayo de Humaitá, entraron los aliados en la codiciada fortaleza, sin que por esto la guerra tocase a su fin. Volvía-



mos a aguardarles sobre el Tebicuary, donde reorganizábamos activamente nuestro Ejército. Y a mediados de agosto se pusieron en marcha los invasores, avanzando lentamente hacia el Norte.

Entretanto, Solano López había resuelto ocupar mejores posiciones, retirándose de San Fernando, para ir a defender la línea de Pikysyry.

## XVIII

**La divulgación del Tratado Secreto.—Indignación que produce.—La protesta del Pacífico.—Actitud de los Estados Unidos.—La condenación de la prensa.—Las gestiones de Paz.—Implacable resolución de Pedro II.—Palabras de Andrés Lamas.—El Emperador ignoraba lo que le esperaba.—Conferencia de Yataity-Corá.—Retirada de Flores.—Mitre sigue sus pasos.—Ante todo tenía que sostenerse en el poder.**

El 11 de agosto de 1886 publicó *El Semanario* el texto íntegro del famoso Tratado Secreto de la Triple Alianza, divulgado por el Parlamento británico, gracias a una imprudencia del doctor Carlos de de Castro—uno de sus signatarios—que lo dió a conocer confidencialmente al representante inglés en Montevideo.

Alberdi lo tradujo al castellano y al francés, y, juntamente con un magnífico comentario, lo publicó en seguida, repartiéndolo profusamente en ambos Continentes

Inmensa indignación causó en América la lectura de tan inicuo documento.

Perú, Chile, Ecuador, Bolivia y Colombia protestaron, públicamente, contra aquel pacto atroz, haciendo un elocuente análisis de sus bárbaras estipuciones y alzándose iracundas en defensa del Paraguay.

Los mismos Estados Unidos no pudieron ocultar su indignación, produciéndose una resolución de la Cámara de Representantes, por la que se indicaba





al Poder Ejecutivo la necesidad de intervenir para restablecer la paz en el Río de la Plata.

Y la voz de la prensa se unió a la voz de los Gobiernos para condenar la proyectada polonización de nuestro país.

Pero todo fué inútil.

Las protestas pasaron y la guerra continuó.

Y Rufino Elizalde pudo escribir a Mitre, en 28 de noviembre de 1866, contento de haber conjurado el peligro que parecía asomar al otro lado de los Andes: *«Los del Pacífico quedan envueltos en las notas y papeles en que los he enredado... y nada hay que temer por aquel lado.»* (1)

---

(1) Para que el lector se dé cuenta de toda la vileza, de toda la degradación del infame Rufino de Elizalde, compañero de Mitre en la difamación del mariscal López y en la destrucción del Paraguay, damos en seguida los siguientes documentos, que le pintan de cuerpo entero:

*«Buenos Aires, septiembre 25 de 1851. — Año 42 de la Libertad, 26 de la Independencia y 22 de la Confederación Argentina.*

*Al excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia, brigadier general don Juan Manuel de Rosas, jefe supremo de la Confederación Argentina.*

Excelentísimo señor:

Los abogados que suscriben, animados del más profundo sentimiento de patriotismo, *tienen el distinguido honor de dirigirse* a la elevada persona de vuestra excelencia para manifestar del modo *más solemne su admiración por la alta capacidad y acierto diplomático que revelan las importantes notas de 18 de agosto último,* EN LAS QUE SE PRUEBA LUMINOSAMENTE EL INAUDITO PROCEDER DEL PERFIDO GABINETE BRASILERO, *sus ataques a la República en medio de la paz, y su alianza con el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza* Y LOS SALVAJES, ASQUEROSOS UNITARIOS ASILADOS EN MONTEVIDEO. Vuestra excelencia ha presentado en ellos el cuadro verídico de los injustos ataques inferidos a la República POR LA PERFIDIA DEL GABINETE BRASILERO; vuestra excelencia ha usado de ese lenguaje digno y enérgico que caracteriza a vuestra excelencia y que le ha producido la justa admiración de todos los hombres pensadores, conquistando el título de hábil estadista por el largo transcurso de años en que vuestra excelencia, *a la cabeza de los destinos de nuestra querida patria, la ha conducido siempre a la gloria,* triunfando de la anarquía, de los salvajes, asquerosos unitarios, que trataron de entronizarla, y de exageradas pretensiones europeas, conservando ilesos los fueros de UNA PATRIA DIGNA SOLO DE SER GOBERNADA POR VUESTRA EXCELENCIA, POR EL HOMBRE PROVIDENCIAL.

Los abogados que suscriben, convencidos últimamente que *no es posible salvar la patria sin que vuestra excelencia esté a la cabeza de sus destinos,* que así lo acreditan los hechos consumados durante la gloriosa administración de vuestra excelencia, al ver hoy que



Igual cosa pasó con la intervención de los *yankees*.

El general Alejandro Asboth, lo mismo que Whasburn, ambos representantes de los Estados Unidos, fueron envueltos en las notas y papeles de Rufino Ellzalde y de los diplomáticos imperiales.

Idéntica suerte corrió la mediación del secretario de la Legación inglesa en Buenos Aires, míster Gould.

¡No había arreglo posible!

---

vuestra excelencia está dispuesto a asumir el mando supremo de la República *y que ha sido llamado unánimemente por el voto nacional*, no pueden menos que manifestar su *más profunda gratitud por el nuevo sacrificio que hace vuestra excelencia* en obsequio de la patria amargada hoy por el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza, de odioso renombre, ¡¡¡VENDIDO AL INFAME Y PERFIDO GABINETE BRASILERO!!!, y con este motivo cumplimos con el sagrado deber de ofrecer a vuestra excelencia, sin limitación alguna, nuestros servicios, REITERANDO EL OFRECIMIENTO QUE HEMOS HECHO DE NUESTRAS VIDAS, HABERES Y FAMA PARA LA DEFENSA DE VUESTRA EXCELENCIA Y DE LA PATRIA.

Una completa victoria, excelentísimo señor, coronará los nuevos esfuerzos de vuestra excelencia, y, reducidos a la impotencia y a la nulidad los enemigos que se presentan hoy, la República, pacificada por vuestra excelencia, *recogerá los frutos de un porvenir de gloria que sólo la alta capacidad de vuestra excelencia puede prometerle y realizar*.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

RUFINO DE ELIZALDE, etc., etc.»

«¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

¡MUERAN LOS SALVAJES, ASQUEROSOS UNITARIOS!
¡MUERA EL LOCO, TRAIDOR, SALVAJE UNITARIO URQUIZA!

*Buenos Aires, 29 de septiembre de 1851. Año 42 de la Libertad, 26 de la Independencia y 22 de la Confederación Argentina.*

Al excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia, jefe supremo de la Confederación Argentina, brigadier general don Juan Manuel de Rosas.

Excelentísimo señor:

Los empleados y practicantes de la Academia de Jurisprudencia, que siempre han abrigado ardientes sentimientos de adhesión a la causa nacional de la Federación *y a la persona ilustre de vuestra excelencia*, se complacen en asociarse a la demostración de entusiasmo con que el pueblo de Buenos Aires y las demás provincias de la Confederación rodean hoy a vuestra excelencia. El Gobierno republicano, que es un Gobierno de prestigios populares concentrados en el alto prestigio personal del jefe del Estado, se fortifica a medida que se muestra más uniforme y decidido el sentimiento popular; y el Gobierno de vuestra excelencia, nacido del pueblo, cuenta con la afección más decidida y uniforme.

Pero esas manifestaciones de amor y veneración que el pueblo ar-



El Tratado Secreto tenía que cumplirse. Y ya sabemos lo que esto significaba. Más aún, el implacable Emperador hacía cuestión de la persona de López.

El héroe paraguayo tenía que desaparecer del escenario.

Ni aún aceptando los términos del Tratado, ni aún consintiendo la repartición de nuestro territorio, no era posible la paz si Solano López tuviera que continuar en su país, después de vencido y desarmado.

La consigna era *no tratar con Lópes ni con persona alguna de su familia.*

Don Andrés Lamas, tan brasileñista como era, no pudo menos que protestar, en nota confidencial a la Cancillería imperial, contra aquel modo de encarar las cosas, afirmando, con indudable valentía, que «la guerra convertida en venganza, en satisfacción de odio y de orgullo, teniendo por fin abatir y destruir, es una atrocidad, es un crimen»... y profetizando que, al fin de la campaña, los vencedores iban a encontrarse «*con el cadáver del Paraguay*».

Pero todo fué inútil, repetimos.

Pedro II tenía su plan trazado, y de él nadie le sacaría.

---

gentino tributa a vuestra excelencia, y en que tanto gana la causa nacional por la causa moral de que rodean al Gobierno, son también un homenaje de justicia debido a vuestra excelencia por los importantes servicios que vuestra excelencia ha hecho a la patria y por la abnegación con que vuestra excelencia acaba de ofrecer a la H. J. de Representantes *la continuación de sus sacrificios personales* para sostener la dignidad de la Confederación Argentina en la guerra contra *el desleal Gabinete del Brasil* y su infame esclavo el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza.

Los individuos del cuerpo académico, que antes de ahora han jurado defender la causa nacional de la Federación por cuantos medios estén a sus alcances, tiene el honor de repetir a vuestra excelencia este solemne juramento y asegurarle *que no retrocederán ante ningún sacrificio que vuestra excelencia les demande* en nombre de la patria. *Ellos están prontos a la voz de vuestra excelencia*, y será al instante obedecido. Desígneles vuestra excelencia el puesto que deben ocupar en la guerra contra el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza, su amo, el pérfido Gobierno brasilero, y los salvajes, asquerosos unitarios, allí estarán firmes mientras dure la lucha, y después de la victoria conservarán ¡¡¡el! glorioso recuerdo de haber servido bajo las supremas órdenes de vuestra excelencia!!!

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

RUFINO DE ELIZALDE, etc. etc.»

Ignoraba el perverso Monarca que al decretar la ruina del héroe paraguayo decretaba la prolongación indefinida de la guerra, que era como decretar su caída, ya que sus propios tenientes, contagiados, al fin, del espíritu republicano, habían de regresar soberbios y ambiciosos, para arrojarle de su trono y pisotear su corona...

A principios de septiembre, el mariscal López sintió que sus fuerzas crecían, después del triunfo de Boquerón, pero sobre todo en presencia del Tratado Secreto.

Después de conocer aquella nuestra sentencia de muerte, ya no le podía quedar ni la sombra de una duda sobre los fines de la guerra.

¡Todos sus temores se habían confirmado!

Allí estaba la justificación de su conducta y la clave de los acontecimientos.

En adelante sí que nuestro lema debía de ser el lema supremo que adoptamos al iniciarse la tragedia: *vencer o morir*.

La disyuntiva era cruel, pero irremediable. (1)

Y para acabar de convencerse de esta desoladora realidad, hizo un último esfuerzo en favor de la paz, tratando todavía de conjurar la fatalidad de nuestro exterminio.

Con este objeto invitó al general Mitre a celebrar una conferencia, el 11 de septiembre de 1866.

---

(1) Refiere Washburn en su *History of Paraguay* los pormenores de sus gestiones pacificadoras en marzo de 1867. Reproduce de su diario las palabras textuales que pronunció el mariscal López al saber que sus implacables enemigos no querían oir proposiciones de paz si antes no salía del país, dejando a su patria a merced de los invasores, triturada entre los dientes del Tratado de la Triple Alianza. En esas palabras está todo entero el mariscal López. Y allí está consignada su resolución de morir con su patria, tantas veces formulada por él y cumplida leal y heroicamente en Cerro Corá.

He aquí el insospechable testimonio de Washburn:

«Al día siguiente fuí de nuevo, a las tres de la tarde, a visitar a López. La entrevista fué larga. Comenzó hablando de su situación. Reconocía que era bastante grave, pero afirmaba con arrogancia que repelería a los aliados, cualquiera que fuese el punto escogido para el ataque, aun cuando el resultado final de la guerra demostrase que las probabilidades a su favor eran muy pequeñas.

»Lo que se quiere, decía, es que salga del país con todo el dinero que pueda necesitar. Esto, exclamó, nunca lo haré; combatiré hasta



El encuentro se efectuó al día siguiente en *Yatai-ty-Corá*.

Oigamos aquí al elocuente Blanco-Fombona:

«Entonces tuvo lugar una de las escenas más patéticas de la historia americana. Solano López, el vencedor, el héroe, el patriota, el hombre brillante por la inteligencia, férreo por la voluntad, advirtiendo que su país se desangraba y perecía en una lucha imposible contra adversarios cien veces más numerosos y constantemente reforzados por nuevos contingentes, se allanó á proponer una conferencia a Mitre. Los dos Presidentes se encontraron en Yatai-ty-Corá el 12 de septiembre. Solano López expuso razones de política y de interés para que la Argentina se separara de la lucha. Mitre se mostró sordo a todo avenimiento. En vano Solano López agotó los recursos de su talento; en vano le hizo comprender que estaba sirviendo los intereses del Brasil, enemigo tradicional de la Argentina, contra un pueblo hermano por la raza, hermano por la geografía, hermano por la lengua, hermano por las instituciones políticas; en vano le tocó la nota sentimental y caballeresca; en vano. Mitre se mostró inaccesible; no cedió un punto. No olvidaba que en aquellos mismos

---

la última extremidad, y sucumbiré al frente de la última guardia que me reste. Sólo huesos han de quedar en mi patria, y mis enemigos apenas han de tener la satisfacción de contemplar mi tumba.

»No les daré el placer de verme fugitivo en Europa o en cualquier otra parte; prefiero morir a ser un segundo Rosas. Si llega la hora de los desastres no habrá rendición, y tendremos que pelear hasta morir. Estoy preparado a echar mano á las medidas más extremas que se puedan imaginar, porque es preferible sucumbir si todo mi país ha de ser destruído si no acepto la condición que se me quiere imponer de abandonar mi tierra.

»No me preocupa el futuro ni me importa la vida si no he de salir victorioso. Mi fama está ya, indudablemente, asegurada en la historia; y es mía, y nadie me podrá arrebatar la gloria resultante de una guerra que vengo prolongando por tanto tiempo contra enemigos que disponen de recursos infinitamente superiores.

»Estoy dispuesto a coronar heroicamente mi vida, pereciendo al frente de mis legiones. He trabajado tanto por mi patria y he sido sostenido por mi pueblo con tanta bravura y con tal expontaneidad, que todo me justifica ante la historia y me coloca muy alto entre los héroes sudamericanos. No tengo ambición personal, ni nunca la he tenido; trabajo para mi patria y estoy resuelto a vivir o a sucumbir con ella.»

campos de Yataity-Corá le había inflingido el hombre que tenía delante una lección militar y una derrota.

»Siempre será un momento de trágico recuerdo para la historia aquel de la entrevista entre el hombre fuerte por el ánimo y el brazo, pero adolorido y suplicante por la desgracia de su patria, a la que estaba viendo perecer, poco a poco, en cada hecatombe, y el hombre vanidoso y mediocre a quien la casualidad ponía un poder inmenso en las manos. Este hombre no sólo empleaba tal potencia contra los débiles, en satisfacción de personales sentimientos pueriles, de encubiertas ambiciones de cesarismo, sino se mostraba inflexible y microscópico, lleno de rencores, incapaz de magnanimidad, incapaz de superior vislumbre política, terco en sus errores, sordo a la justicia, a la razón, al interés y al sentimiento, juguete de su propia vanidad y de la diplomacia extranjera, en frente del varón magnífico en quien se personificaban las virtudes y los infortunios de un noble pueblo...»

Se ha querido rodear de misterio a esta conferencia, haciendo de ella una segunda edición de la de Guayaquil.

Parecida a la que celebraron el gran Bolívar y el pequeño San Martín, por la grandeza de López y la mediocridad de Mitre, no hay en ella ninguna oscuridad.

Como siempre, ha sido el mismo hombre de las coartadas el que se ha encargado de revelarnos todo lo que pasó en ella.

En efecto, su secretario particular, José María Lafuente, corresponsal de su diario, *La Nación Argentina*, publicó oportunamente todos sus pormenores, reproduciendo hasta las textuales palabras de ambos interlocutores. (1)

Y el resultado a que llegaron está consignado en la siguiente acta, redactada por el mariscal López:

(1) Véase nuestra monografía sobre la Conferencia de Yatayty Corá.



«Su excelencia el mariscal López, Presidente de la República del Paraguay, en su entrevista del 12 de septiembre, invitó a su excelencia el general Mitre, Presidente de la República Argentina, a buscar medios conciliatorios e igualmente honorables para todos los beligerantes, para ver si la sangre hasta aquí vertida no puede considerarse como suficiente a lavar las mutuas querellas, poniendo término a la guerra más sangrienta de América, por medio de satisfacciones mutuas e igualmente honorables y equitativas, garantiendo un estado permanente de paz y sincera amistad entre los beligerantes.

«Su excelencia el general Mitre, *limitándose a oir, contestó que se refería a su Gobierno y a la decisión de los aliados, con arreglo a sus compromisos.*»

Al dar por terminada aquella gestión, malograda por la ferocidad de sus enemigos, pudo decir el mariscal López, con legítimo orgullo, estas memorables palabras:

«Nada me ha detenido ante la idea de realizar por mi parte la última tentativa de conciliación que ponga término al torrente de sangre que vertimos en la presente guerra, y me asiste la satisfacción de haber dado así la más alta prueba de patriotismo para mi país, de consideración para los enemigos que lo combaten y de humanidad para el mundo imparcial que nos contempla.»

Sólo debemos agregar que, diez días después, sucumbían los aliados al pie de los muros de Curupayty, convenciéndose así de que no era, como creían, la desesperación la que había obligado al mariscal López a dar aquel paso, sino un alto sentimiento de humanidad y patriotismo.

Esta catástrofe hizo caer a los aliados en una larga inacción.

Durante un año no atinaron a dar un paso adelante.

Y el general Flores—agente provocador de la guerra—se retiró de nuestro país, después de haber

hecho un papel desgraciado, para ir a morir en Montevideo, asesinado por sus mismos compatriotas, que así le hicieron pagar todas sus faltas. (1)

Y la suerte de Mitre no fué mucho más feliz.

El desastre de Curupayty colmó la medida de la indignación de los argentinos, levantándose un inmenso clamor, pidiendo la paz, en toda la República, y protestando contra el cruel gobernante que tanta sangre hacía derramar estérilmente.

Y ya no fueron sublevaciones de contingentes aislados las que agitaron al país, fueron revoluciones en regla que, acaudilladas por hombres populares, ponían en peligro a su Gobierno.

Hubo, pues, de marcharse por el mismo camino de Flores, para tratar de sostenerse en el poder, convencido por las razones de su *alter ego*, Rufino de Elizalde, que le escribía acongojado:

«*Triunfar de López es sumamente necesario e importante... pero más importante es conservar el orden interior y salvar a nuestro partido.* Nada adelantamos con que usted se quede en el Paraguay *si perdemos la situación* (es decir, el Gobierno), *que es preciso salvar.*»

¡Elocuentes palabras!

Pero más elocuentes aún cuando se conoce lo que el doctor Lastarria, ministro de Chile en Buenos Aires, escribía en 1866 a su Gobierno.

He aquí sus informes:

«El ministro (se refería al doctor Rufino de Elizalde) me declaró francamente que *la guerra era cuestión de vida o muerte para su Gobierno*, porque desde que quedase en pie el del Paraguay, en él hallaría el más poderoso auxiliar el partido que le es adverso, *para derrocarlo, encendiendo la guerra civil,* que sería mucho más desastrosa.»

Como se ve, el patriotismo era también «un cuen-

(1) El mismo día de la muerte de Flores fué asesinado el ex presidente Bernardo Prudencio Berro. De modo que acabaron en idéntica forma los dos protagonistas del drama uruguayo que desencadenó la gran tormenta de 1865.



to tártaro» para el famoso ministro de Mitre, un día vil cortesano de Rosas.

De lo que se trataba, en realidad, era de conservar el Gobierno para seguir gozando de sus beneficios.

El vencimiento de López era importante, hasta necesario, pero antes había que vencer a los argentinos rebeldes, a los «traidores» que se levantaban a favor del Paraguay, convulsionando al país y poniendo en peligro al partido mitrista y a sus sanguinarios corifeos.

Partió, por lo tanto, el general Mitre, el 9 de febrero de 1867, llevando una buena parte de su ejército, sin haber podido pasar más allá de Tuyutí, después de dos años de inútiles esfuerzos.

¡Y cuán lejos estaba todavía la Asunción, a la que prometió llegar en *tres meses!*

Durante su ausencia, el marqués de Caxías inició el gran movimiento envolvente que determinó el abandono de Humaitá.

A fines de julio regresó, humillado y entristecido, para retirarse definitivamente en enero de 1868, a raíz del fallecimiento del vicepresidente Paz.

Y con esto terminó su vergonzosa actuación en la guerra al Paraguay.

## XIX

**La conspiración de 1868. – Solano López ante ella.—Los procesos dé San Fernando.—El alma del movimiento y los principales conspiradores.—Actitud del general Barrios. – Los fiscales de sangre y la supuesta crueldad del mariscal López. Las Partidas. – El tormento estaba establecido en la Ley.—Las Ordenanzas militares. –*Su* rigor draconiano.—La delación era una obligación legal. ¿Con qué leyes debia juzgar y castigar Solano López?. La conspiración existió.—Las calumnias contra el héroe de la Epopeya.—Para ser justos, cómo debemos juzgarle. La humanidad de Lópéz.—Palabras del gran Portales. Proclama denunciando la conspiración.—Circular de nuestra cancillería. - Castigo de Washburn.**

Volvamos al mariscal López.

Dijimos que después de más de dos años de admirable resistencia dentro de las extensas fortificaciones del *Cuadrilátero*, se estableció en San Fernando, para pasar a defender, poco después, la línea del Pikysyry.

Pero antes de abandonar a Humaitá, a raíz del pasaje de los acorazados brasileños, empezó a sufrir el mayor dolor de su vida.

Nada habían sido para él los reveses de la cruenta campaña, nada los sinsabores de la derrota inevitable.

Su voluntad gigantesca había conseguido sobreponerse a todo, sacando fuerzas de su impotencia e infundiendo mayor respeto al enemigo después de cada caída.

Se sentía omnipotente, sostenido por el amor de su pueblo, y le animaba un inagotable optimismo en



presencia de la lealtad y de la decisión de todos sus conciudadanos.

Fué necesario que supiera que había paraguayos que titubeaban frente al enemigo; fué necesario que se convenciera de que había compatriotas que conspiraban contra el honor de su país, soñando con una entrega ignominiosa, para que sangrara por primera vez su firme corazón.

Desde aquel momento cayó la noche en su espíritu, iniciándose los días sombríos de su existencia.

Hasta entonces conoció la clemencia; pero en adelante ya no sería sino el ciego ejecutor de los designios del Destino, sordo a todos los reclamos, sólo atento a la voz imperiosa de la patria en peligro.

La hora más solemne de su vida había llegado.

La tragedia sublime, como lo observó el gran publicista mexicano Carlos Pereyra, podía resolverse en una farsa grotesca.

La epopeya podía concluir en una bufonada carnavalesca.

Y él, consciente del papel que estaba desempeñando en el drama de la historia, no podía consentir en ir a terminar en el ridículo.

¡Y obró como debía obrar... con implacable energía, con crueldad inaudita; con la energía de las *Ordenanzas militares*, con la crueldad de la *Séptima Partida*, aplastando a los pobres de espíritu, sacrificando a los desleales, ahogando en sangre a los que pretendían negociar con la dignidad de la República!

No entraremos en todos los detalles de la famosa conspiración.

Sólo diremos que, después que la escuadra imperial forzó el paso de Humaitá, lo dieron por perdido en Asunción, manifestándose ostensiblemente las ambiciones de los que, hacía tiempo, estaban al habla con el enemigo.

Pero ni López sucumbió, ni la escuadra brasileña pudo prestarles el auxilio prometido.

Y quedaron en descubierto.

Iniciáronse estonces los procesos de San Fernan-



do, cayendo presos sus hermanos, sus cuñados, varios funcionarios públicos, algunos militares y no pocos particulares.

Pronto, bajo la acción de los apremios establecidos en la ley, los culpables fueron declarando la verdad, aumentando así el número de los complicados.

Resultó, por fin, que el alma del movimiento había sido el venal ministro americano, míster Washburn, quien se entendía con el marqués de Caxías, como se había entendido antes con Tamandaré y Octaviano de Almeida Rosa. (1) Y entraban en la conspiración no pocos extranjeros, movidos por un sórdido interés o por el deseo de salvar su fortuna.

Los principales conspiradores, aparte de Benigno López—que era el jefe—eran los cortesanos que rodeaban al mariscal López, entre ellos el obispo Palacios, el general Barrios y el coronel Fernández, y los burócratas de Asunción, extraños a las penurias de la guerra, entre los que figuraba en primer término don José Berges.

Se ignora cuál fué el verdadero y definitivo plan de los conjurados; pero se sabe que, en un principio, pensaron asesinar al Presidente de la República mientras dormía, debiendo ser ejecutores del crimen los coroneles Fernández y Martínez, que eran los que velaban su sueño.

El obispo Palacios, hombre funesto y sin entrañas, fué de los primeros en caer, coincidiendo casi todos los acusados en sindicarle como comprometido.

El general Barrios, al saber que su nombre figuraba también en algunas declaraciones y creyéndose perdido, tomó la audaz resolución de presentarse al mariscal López, para tratar de justificarse.

Con este objeto llegó hasta él, encontrándole trabajando en su despacho del cuartel general.

Pero Solano López no se dignó siquiera mirarle,

---

(1) Véase a este respecto la información levantada por el Gobierno norteamericano para esclarecer la criminal conducta de su representante. Y véanse también los documentos del apéndice de *Etapas de mi vida* por Fidel Maíz.



prosiguiendo su tarea sin preocuparse de su presencia.

Entretanto, Barrios siguió cuadrado en el umbral de la puerta, mudo en presencia de aquel hombre, anonadado bajo el peso de su falta, sin atinar a dar un paso ni a decir una palabra.

De estatura gigantesca, fuerte como era, podía, sin trabajo, acabar con su vida, matándole sin que nadie tuviera tiempo de acudir en su socorro.

Pero ni se le ocurrió siquiera semejante determinación, entregándose resignado a su destino.

Después de un largo rato, levantó la vista el mariscal López, lo miró un segundo y le dijo:

—¡Retírate, ingrato!

Fulminado por aquellas palabras, Barrios giró sobre sus talones, marchándose apresuradamente hacia su casa. Y, apenas llegó, se abrió la garganta con una navaja de afeitar...

Curado de esta herida, fué fusilado más adelante en Itá Ybaté.

Los jueces militares agotaron el procedimiento, apelando a todos los medios autorizados por las leyes vigentes para esclarecer la verdad.

A pesar de actuar en el mismo teatro de las operaciones, en plena desastrosa retirada, empujados por un enemigo cada vez más poderoso, no omitieron detalle, por insignificante que fuera, para acabar de cumplir los mandatos del terrible Código alfonsino.

Los que han hecho cargos al mariscal López por la crueldad de los «*fiscales de sangre*», pintando con lúgubres colores las escenas de los interrogatorios, han revelado así su supina ignorancia.

Hay que tener presente, ante todo, que se encontraba en presencia de un caso típico de traición; es decir, en presencia del más nefando crimen imaginable.

Veamos, en efecto, lo que se entendía entonces por traición y cuáles eran sus formas principales:

«Traicion—dice la VI Partida, ley I—es la más

vil cosa y la peor que puede caer en corazon de ome». Y agrega que la primera manera, la mayor y la que más fuertemente debe ser *escarmentada* «es si trabaja algund ome *la muerte de su Rey o de fazerle perder en vida la honra de su dignidad, trabajándose con enemigo que sea otro Rey,* o que su señor sea desapoderado de su reyno.»

«La segunda manera es, *si alguno se pone con los enemigos, por guerrear o facer mal al Rey o al reyno; o les ayuda de fecho o de consejo; o les embia cartas o mandados, porque los aperciva de alguna cosa contra el Rey e a daño de la tierra.*»

¿No era el caso del mariscal López?

Precisamente se trataba *de su muerte y de la pérdida de su alta dignidad*, y los conjurados se entendían con el enemigo, enviándole cartas y mandados, trabajando en su contra y en daño de su tierra.

¿Y cuál era el procedimiento establecido en la ley para indagar la verdad en un caso semejante?

La Partida VII, título XXX, ley I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII y IX, establece claramente el tormento como el medio más eficaz de investigación, indicando las formas en que debía ser aplicado.

«Tormento—dice—es una manera de prueba *que fallaron los que fueron amadores de la justicia, para escodriñar, e saber la verdad por él, de* los malos fechos quc se facen encubiertamente e *non pueden ser sabidos, nin provados por otra manera, é tienen muy gran pro para complir la justicia, ca por los tormentos los juzgadores saben muchas veces la verdad de los malos fechos encubiertos, que non se podrian saber de otra guisa. E como quier que las maneras dellos son muchas, pero las principales son dos: la una se faze con ferida de azotes, la otra es colgando al ome, que quieren tormentar, de los brasos, o cargándole las espaldas e las piernas de lorigas o de otra cosa pesada.*»

Como se ve, el mariscal López se mantuvo dentro



de la ley, sin aplicarla nunca en todo su bárbaro rigor.

Hablar de su crueldad es como atribuir, al juez la crueldad del Código Penal, o como tildar de sanguinario al verdugo que ejecuta los mandatos de la justicia.

¿Que el procedimiento era feroz?

¿Que el tormento es una atrocidad que crispa los nervios y subleva el corazón?

¡Quién va a negarlo!

Pero la ferocidad no estaba en el ejecutor de la ley, sino en la ley misma.

Esto es lo que olvidan o ignoran los que condenan a Solano López, figurándose en su ingenuidad que con denuestos puede derribarse una figura semejante.

Y hay que agregar todavía que ese Código regía en toda la América española, y siguió rigiendo en el Paraguay muchos años después de 1870.

Pero las Partidas resultan suaves en presencia de las Ordenanzas españolas, de las draconianas Ordenanzas militares de Perea, que eran la ley de la guerra. (1)

Todas las faltas, aún las más insignificantes, castigaban con penas atroces y hasta con la muerte.

Ordenaban «los azotes», «las corridas de baqueta», «las mutilaciones»... por simples descuidos en el servicio.

---

(1) «Las Ordenanzas militares—decía Sarmiento—han sido creadas por la sabiduría de las naciones, aconsejadas por el peligro inminente de todas las horas de sujetar a disciplina a hombres armados, que sólo pueden ser contenidos por una ley de hierro. MORIRAN AHORCADOS EN CUALQUIER NUMERO QUE SEAN: he ahí el terrible fallo de la ley para gobernar a millares de hombres agriados por las fatigas y privaciones y mandados quinientos por un solo jefe, que necesita dormir tranquilo en medio de bayonetas y cañones... El Poder Ejecutivo, en materia de guerra, como el Poder Judicial en materias civiles, son magistraturas que imponen *deberes terribles*, y el que no tenga el coraje de llenarlas no acepte tales puestos». Así hablaba, siendo Presidente de la República, el terrible autor de *Facundo*. Pero otra era su manera de pensar cuando juzgaba a los demás, sobre todo, cuando juzgaba al jefe de la nación que resistía a su poder, sin declinar su energía ante los contrastes y sin tener piedad en el cumplimiento de los «deberes terribles» que le imponía su alta investidura o en la aplicación de esas Ordenanzas militares «creadas por la sabiduría de las naciones».



El mariscal López, en 1867

Se dirá que la tal conspiración nunca existió, que las declaraciones fueron arrancadas por el tormento y, por lo tanto, no tienen ningún valor histórico.

Felizmente, hasta esta afirmación puede ser destruída.

Obra en nuestro poder el proceso original de Gustavo Bayon de Libertat, canciller del Consulado francés, quien, en presencia de su jefe, M. de Cuverville, declaró su culpabilidad, dando los más amplios detalles de la conspiración, voluntariamente y sin apremios de ninguna clase

No hubo necesidad de aplicarle el tormento, ni declaró bajo la presión del terror, porque el cónsul de su país le asistía y presenciaba todas las actuaciones de los jueces.

Y tan fué así, que M. de Cuverville, convencido de su culpabilidad, lo destituyó, entregándolo a su suerte.

Pero el mariscal López. por una deferencia especial al Gobierno francés, no lo castigó, devolviéndole su libertad para que fuese enviado a su país, junto con su proceso, y allí se se le juzgase y castigase como merecía.

Un caso idéntico ocurrió con el norteamericano Bliss y con el inglés Masterman.

No es posible, pues, dudar de la existencia del tenebroso proyecto, ni mucho menos negarlo.

Aparte de que es insensato creer que el mariscal López se suscitase semejantes dificultades, en tan críticos momentos, para dar esparcimiento a su crueldad, privándose del concurso de indispensables servidores por el solo gusto de hacer sufrir a los demás. (1)

(1) De la crueldad del Libertador se hacen lenguas algunos historiadores, atribuyendo también la ferocidad de la guerra al que sólo fué su protagonista. Decretó, en efecto, «la guerra a muerte», y la cumplió con implacable severidad, fusilando, para empezar, *ochocientos prisioneros,* cifra que aterra, cifra infinitamente superior a la de los que cayeron bajo la justicia de López por conspirar frente al enemigo triunfante.

«Bolívar no era humano—dice el historiador Aníbal Galindo—. Le faltaba la más simpática, la más noble de todas las cualidades de la

Hay acusaciones que, de puro ilógicas y disparatadas, se vuelven ridículamente ineficaces.

Y la seriedad de la historia nos obliga a no detenernos, ni un instante siquiera, a analizar ciertas leyendas calumniosas, forjadas por el rencor mal aconsejado de sus enemigos personales o por los mismos vencedores, empeñados en presentar como un bandido vulgar al Héroe de la Epopeya paraguaya, creyendo justificar así aquella inicua guerra, cuya finalidad se encargaron de delatar ellos mismos en el Tratado Secreto de la Triple Alianza.

¡El monstruo de San Fernando!

También se dijo un día: «*¡el Ogro de Córcega!*».

---

grandeza: la magnanimidad, la piedad, la humanidad; en una palabra, esa inefable simpatía, esa divina conmiseración por la vida y el dolor de nuestros hermanos »

Afirmaciones absolutas que, como tales, son desmentidas por la realidad. Bolívar fué, sí, cruel. Para realizar su ideal lo sacrificó todo, en los demás y en sí mismo, matando y sufriendo, tomando cuanto la patria necesitaba para ser, dando cuanto poseía: su fortuna, su tranquilidad, su vida Pero el hombre no está hecho de un solo bloque. El hombre es complejo. Y así, puede ser cruel y al mismo tiempo piadoso, inflexible y compasivo, bueno y malo. Tal Bolívar. El soldado implacable de la guerra a muerte, el que fusila a su compañero Piar, se enternece ante las lágrimas de una mujer, perdona a Páez y salva la vida y el honor a Santander Consciente de su destino, no se deja llevar de sus debilidades cuando llegan para él las grandes horas de su vida. Estruja su corazón, domina su conciencia y, dando presión a su voluntad, obra con genial resolución, destruyendo para crear, matando para que se afirmara la vida, respondiendo con igual crueldad a la crueldad del enemigo, castigando con la pena suprema a los que ponían trabas en su camino. ¿Como llamarle inhumano? ¡Inhumana es la esclavitud, y humanos todos los medios para aniquilarla!... Inhumano hubiera sido el Libertador si hubiese sacrificado a sus sensiblerías la existencia de millones de hombres cuya libertad estaba en sus manos conquistar. Por eso es más sagaz el historiador peruano Vidaurre cuando dice que Bolívar era incapaz de derramar una sola gota de sangre por placer; «*pero si era capas de verter la sangre del mundo entero si la creía necesaria a la independencia de América*».

Y Solano López es el héroe americano que más se parece al Libertador, como bien lo observa Blanco Fombona. Su crueldad es la de Bolívar, y suya es su impiedad terrible. Su brazo de guerrero no se detiene cuando debe fulminar a sus enemigos. Su corazón no se encoge cuando tiene que ultimar a los culpables No titubea cuando tiene que ahogar a la traición. Pero su corazón no es todo de acero como la hoja de su espada. Siente infinita piedad por su tierra y ama, con amor delirante, a sus hijos. Quedan páginas suyas impregnadas de sublime ternura, que nunca, jamás podrá producir la simulación de los farsantes, de los que cruzan con careta el escenario de la vida y engañan a la posteridad, no siempre avisada, proclamando sentimientos que desconocen.



Los hombres pasan, los tiempos se suceden, pero es uno siempre el abismo del corazón humano.

Y hay frases que se repiten y hay injurias que se reproducen, llegando hasta nosotros como un lejano eco de las pasiones tormentosas de los hombres que fueron.

Pero la verdad es extraña a las exageraciones e injusticias del verbalismo o del rencor, ocultando su esencia indestructible en el fondo de los hechos, que pueden ser un momento obscurecidos, pero que, al fin, resplandecen con el prestigio imperecedero de lo real.

Es así como, apenas se analizan las acusaciones a nuestro héroe, por poco que se profundice en los antecentes de nuestra historia, salta a la vista la sinrazón de ellas y se justifica todo lo que puede chocarnos a nosotros, hombres de hoy, con otra mentalidad, con otras preocupaciones y con una visión distinta de las cosas delmundo.

Claro está que si juzgáramos a Solano López con el criterio jurídico actual, le condenaríamos irremediablemente.

Claro está que en nuestros días ya no pueden ser—¡¡y a veces lo son!!—las escenas de San Fernando.

Pero, si queremos ser justos, debemos retroceder cincuenta años y, penetrando en el infierno de aquella guerra, con las Partidas y las Ordenanzas militares en la mano, investigar si la crueldad estaba en el hombre o en la ley, en su alma o en las costumbres.

Y ya hemos visto que, por este camino, las sombras se disipan, la nube de sangre se evapora, y la figura siniestra del monstruo apocalíptico vuelve a tomar las proporciones de la estatura humana para presentársenos en la realidad de su grandeza, implacable en el cumplimiento de su deber, implacable con todos, con los seres más caros a su corazón, implacable consigo mismo al preferir la muerte al deshonor, el sacrificio deliberado a una paz ignominiosa, y el martirio de una larga agonía a la humilla-



ción de su patria y al cobarde renunciamiento a su gloria!

Agregaremos que el juicio de los comprometidos continuó, hasta finiquitarse, sin que fueran parte las batallas, los reveses y las retiradas para impedir que se cumpliese la ley.

Y Solano López puso todavía de su parte toda la humanidad que le fué dado poner, conmutando a algunos la pena capital y salvando a todos del horrendo suplicio de la horca a que fueron condenados.

Cayó, sí, su hermano Benigno López.

Y he aquí uno de los grandes «crímenes» que se le atribuyen.

¡Fusiló a su propio hermano!

Antes que él, Diego Portales, otro hombre montaña, había dicho en América: «*Si mi padre se metiera en una conspiración, a mi padre fusilara*».(1) Y Portales, al hablar así, no estaba en plena guerra y frente al enemigo triunfante.

¿No es acaso éste el rasgo más sublime de su abnegación patriótica?

¿Qué hubiera dicho de él la posteridad si hubiese perdonado a los suyos—siendo como eran los primeros culpables—mientras castigaba a los extraños?

Su grandeza está en haber sacrificado todo, hasta sus más íntimos afectos, en la defensa de la patria, en haber medido con la misma vara al enemigo, al hermano, al poderoso y al pequeño, al oscuro oficial y al príncipe de la Iglesia. (2)

---

(1) Ver *Portales,* por Walker Martínez, pág. 100. «La inflexibilidad en el cumplimiento del deber y en el castigo fué su lema de gobierno; y como empezaba por aplicarla a los suyos, no tuvieron razón sus enemigos para quejarse de que sobre ellos pesara el brazo de hierro del hombre omnipotente» ¿No parecen escritas para Solano López estas palabras del escritor chileno? Es que entre Portales y el héroe paraguayo hay un inmenso parecido en muchas cosas.

(2) El genial Alberdi ha e [illegible] sermeditadas:

«Los que se escandalizan de que López haya castigado a sus íntimos ¿hallarían bien que sus íntimos intentasen entregar a López y al Paraguay en manos del Brasil? ¿Es igual una conspiración en frente y a un paso del enemigo, que una conspiración en plena paz y seguridad

He allí la prueba de su su rectitud, he allí la prueba de que no se dejaba arrastrar por sentimientos egoístas y de que en él sólo dominaba un poderoso espíritu de justicia.

Si hay algo que le enaltece es, precisamente, el haber podido sustraerse a las debilidades de nuestra flaca naturaleza, para forrarse en acero, y ser, en presencia del invasor, más que un hombre, una causa; más que un corazón, una gigantesca voluntad!...

La siguiente proclama, dirigida ál país en el sexto aniversario de su exaltación al mando, trasunta el estado de su espíritu ante la conspiración descubierta:

«*A la Nación y sus Ejércitos*:

¡Paraguayos! Seis años ha que el Congreso Nacional me confiara en vuestro nombre los destinos de la Patria. Juré ante Dios y el mundo conservar su independencia y libertad. Ellas fueron amenazadas y el honor nacional mancillado. Un grito unísono me pidió la garantía de aquéllas y el desagravio de éste. El mismo Congreso que me elevó a la primera magistratura me impuso la guerra. Acaté su mandato soberano, y en más de tres años nunca falté a la cabeza de nuestras legiones. Como soldado, he participado con gusto de las fatigas y peligros de mis compañeros de armas, y como magistrado, el bienestar del pueblo ha constituído mi más grata ocupación en medio de los azares de una lucha sangrienta.

¡Soldados! Era un motivo de viva satisfacción y confianza para todos la bravura y decisión que reinaba en vuestras filas. Ellas fueron aumentadas por el pronunciamiento eminentemente patriótico de vuestras familias, de abandonar sus hogares para correr a empuñar las armas con vosotros. Pero ante tal actitud todos nos impusimos una nueva obligación, un nuevo deber, y todos juramos la salvación

exterior? La responsabilidad de ese castigo pesará en la historia sobre los que han tenido la inmoralidad de emplear a los enemigos y parientes de López como instrumentos para su destrucción».



de aquellos seres que, sobreponiéndose a la condición de su sexo, querían hacer de sus pechos un muro para la Patria, como vosotros. En secreto deploramos entonces que vinieran en las filas enemigas algunos hijos de este suelo, trayendo la muerte a la Patria y a esas mismas heroinas. Pero a ninguno de vosotros le fué dado imaginar que en el seno de esta Patria, y en nuestras mismas filas, existiera uno solo que, renegando de su sangre y de las glorias de esta tierra, pretendiera su esclavitud y extinción. Empero, la realidad vino a revelarnos a hombres tan pequeños, que en circunstancias favorables fueron ardorosos, entusiastas y decididos, y ante la perspectiva de una época menos fácil prevaricaron y nuestros enemigos los explotaron y se hicieron traidores.

¡Soldados! Mientras vosotros reíais frente al enemigo y vertíais vuestra sangre generosa en los campos de batalla, y mientras vuestras virtuosas madres y esposas se encorvaban sobre el arado para alimentar a vuestros hijos y a vosotros mismos, y mientras todo el país se afanaba en su propia salvación, un círculo de hombres funestos, coaligados con extranjeros a quienes dimos franca y generosa hospitalidad, en el entero goce de sus derechos y sin la menor molestia, maquinaba contra nosotros, vaciando el tesoro de la nación en provecho propio y en fuertes remesas a nuestros enemigos, y pactaba la esclavitud de la Patria y nuestro exterminio. Aquellos de vosotros que sobreviviesen a la desgracia de la Patria debían ser entregados a los enemigos que nos están combatiendo, con el exprofeso fin de engrosar sus filas, sin más bandera que la de la esclavitud, que estábais destinados a llevar a nuestros hermanos del Pacífico, más desgraciados aún que los ciudadanos orientales que bajo el peso de vuestro acero habéis visto desaparecer de las filas de nuestros conquistadores, para no quedar más que una bandera sostenida por manos extrañas. Ahí tenéis los desnaturalizados propósitos

de los que falsa y traidoramente fraternizaban con vosotros.

Para enmascarar tanta depravación y el completo exterminio de la Patria, se decían cansados de la duración de la guerra. ¿Por ventura, una vez principiada, se termina cuando se quiere? ¿Por ventura, no habéis hecho cuanto debíais para abreviarla? ¿No he ofrecido yo, en vuestro nombre, la mano de la reconciliación a vuestros combatientes? ¿Debería la República del Paraguay mendigar de sus enemigos una paz ignominiosa? ¿No estábais allí vosotros para salvarla con honor y con gloria?

Sí, allí estábais, y yo con vosotros, y estamos todavía para salvar a nuestra Patria, o una ancha losa reuna nuestras cenizas a las de tantas ilustres víctimas cuyas almas volaron al cielo en esta santa cruzada.

Llegan para vosotros las horas de prueba, cayendo los espíritus débiles y empecinados; pero quedan almas nobles y generosas para mostrar más que nunca al mundo cuánto idolatramos nuestra Patria y nuestra libertad, cuán cara se hace para nosotros cada víctima inmolada en sus altares y cuán indeleble conservamos su memoria.

¡Compatriotas! Hemos salvado de la más grande catástrofe, mediante la protección del Señor. Levantemos las manos al cielo, cual nunca confiemos en su misericordia y cumplamos nuestros deberes de cristianos para con la Patria, que todavía, Dios mediante y el poder de nuestras armas, la posteridad saludará grande y gloriosa a la República del Paraguay.

FRANCISCO S. LÓPEZ.

Cuartel general en Pikysyry, octubre 16 de 1868.»

Finalmente, la Cancillería paraguaya dirigió una extensa circular a los Gobiernos amigos, dando a conocer, en todos sus detalles, la criminal conducta del ministro americano.

Washburn fué sometido a un juicio en su país, y probada su culpabilidad, fué separado de la carrera diplomática, terminando así su vida pública en la forma más ignominiosa.



# XX

**López se retira de San Fernando.—La línea del Pykysyry.—El héroe frente a la catástrofe.—La admiración del mundo.—Voces amigas.—Resistencia sobrehumana.—La prudencia de Caxias.—Batallas de Ytororó y Abay.—La batalla de siete días.—Victoria de Itá Ybaté.—Solano López manda personalmente la batalla.—Proporciones inverosímiles de nuestro triunfo.—Desastre mayor que el de Curupayty.**

El 26 de agosto partió López de San Fernando, acampando tres días después en la Loma Cumbarity. Detrás de él se movieron todas nuestras fuerzas. La artillería pesada fué transportada, por agua, en los buques de nuestra escuadrilla que, a pesar de la escuadra acorazada del Imperio—señora de nuestro río—seguía prestando señalados servicios. El último en retirarse fué el mayor Angel Moreno, que había quedado con un batallón y tres cañones para proteger nuestra retaguardia y embarcar nuestros bagajes.

Una vez en las Lomas Valentinas, dirigió personalmente los activos trabajos de fortificación. La obra a realizarse era realmente de romanos. Había que defender un frente de seis millas, en un terreno pedregoso. Pero ya sabemos que, bajo la sugestión de aquel extraño taumaturgo de la guerra, nuestros soldados no entendían la palabra imposible e ignoraban lo que era la fatiga. En menos de dos semanas las obras estaban terminadas. Y un técnico francés—Teodoro Fix, capitán de Estado Mayor—dijo de ellas que eran *maravillosas*, reconociendo que las



concepciones de López *fueron admirables* en la defensa de sus posiciones.

Angostura, nuestra segunda Humaitá, fué convertida en un gran reducto cerrado.

Nos quedaban todavía cien cañones de diverso calibre, pero las municiones escaseaban. Ninguna pieza tenía más de cien tiros de dotación y algunas no contaban sino con veinte o treinta.

La infantería no tenía sino sesenta a cien proyectiles por soldado.

En Angostura se emplazaron seis piezas de 68, el cañón Criollo, que era de 150, el Whitworth tomado a los brasileños y dos piezas de 32. Los demás cañones se distribuyeron en la extensa línea del Pikysyry y más tarde sobre las Lomas Valentinas.

Nuestro ejército se componía de diez a doce mil hombres, de las tres armas; la mayor parte ancianos, niños y heridos convalecientes

Aquello no era sino la fantástica sombra de nuestro grande ejército, los últimos lampos de nuestro esplendor guerrero. Después de cuatro años de continuo batallar, era aquello lo que nos restaba de los cien mil corazones que salieron al encuentro del cruel invasor. Los demás habían quedado a lo largo del camino, en el fondo de las trincheras, sobre los interminables esteros. Los que faltaban en aquella trágica cita descansaban en Itapirú, en Tuyutí, en Humaitá. Una alfombra de huesos humanos señalaba el curso de nuestra resistencia e indicaba el paso de la tormenta de fuego que asolaba a la Patria.

Pero allí estaba Solano López, en toda la integridad de su energía, sereno ante la catástrofe, tranquilo ante la derrota, dispuesto todavía *a sacudir el alma del mundo con el espectáculo de su patriotismo antiguo*. Los aliados, con sus crecientes recursos, habían podido vencerle, pero no podían abatirle. Su altivez crecía con cada caída, como si la adversidad retemplase su espíritu. Grande, soberbio, majestuoso, era siempre el mismo, en las horas de duelo como en los días de fugitiva esperanza. Tal hom-

bre para tal pueblo. El Paraguay, que marchaba a la muerte con conmovedor estoicismo, era digno de tener a su frente un héroe semejante. Acaba de decirlo, en frases de fuego, Rufino Blanco Fombona: «*Aquel país heroico era digno de aquel hombre de hierro; aquel capitán vestido de honor y de fiereza era digno del pueblo homérico que prefirió constantemente morir a someterse.*»

En medio del incendio se destacaba la figura del héroe paraguayo como el protagonista único de la tragedia. A su lado todos eran pigmeos.[1] Sus adversarios se perdían en la sombra de su figura gigantesca. ¿Qué eran, en efecto, Mitre, Caxías u Osorio ante aquella montaña resplandeciente, batida por un mar de sangre, cuya frente fulguraba bajo la gloria del cielo? ¿Cómo medirse en grandeza moral con quien superaba a todas las grandezas de la historia americana? Por eso aquellos oscuros transeuntes de las batallas apenas pudieron lastimar el talón de nuestro Aquiles. Para herirle en el corazón, para abatirle, necesitaban su estatura. Y Alberdi dijo de él que no tenía su igual, *ni en Bolívar, ni en San Martín, ni en los más bellos tipos de constancia indomable y grande que presenta la historia de América.*

Por lo demás, en la Prensa del Plata y del Pacífico no faltaron corazones generosos que respondieran en aquellos momentos a las diatribas de nuestros inmoladores con palabras de admiración y de justicia para el hombre que encarnaba nuestra resistencia.

A los atroces insultos del órgano de Mitre, contestaban en *La América*, en *El Nacional*, en *El Mer-*

---

(1) Justo es reconocer que el doctor Cecilio Baez fué el primero en proclamar, después de la guerra, la superioridad militar del mariscal López sobre todos sus adversarios Después de hacer un notable estudio crítico de las operaciones, formula este juicio, que es hoy el juicio de la historia: «El mariscal López valía más que todos los generales de la Alianza, como lo demuestran superabundantemente los hechos de la guerra del Paraguay. Jamás general alguno con más insignificantes recursos operó más prodigios que él. Cualquier otro, en su lugar, hubiera desfallecido y no supiera infundir entusiasmo suficiente a sus soldados para lanzarlos al combate.» *López y Mitre*, por Cecilio Baez. Mayo de 1893.



*cantil del Plata* escritores de la talla de Olegario Andrade, Isaac de Tezanos, Agustín de Vedia, Carlos Guido y Spano y Miguel Navarro Viola, defendiendo al Paraguay y exaltando la grandeza de Solano López. (1)

«Un pueblo armado que defiende con heroísmo su propia causa, no es un pueblo esclavo que soporta tiranos—decía *La América*—. En este caso es más bien el gobernante el que está sometido, porque no es más que un átomo que puede barrer un soplo de la cólera del pueblo.

---

(1) El siguiente artículo de Olegario Andrade, publicado en 1868, da una idea del fervor con que tan esclarecidos espíritus defendían al Paraguay:

«¡Desdichado del siglo, ha dicho Chateaubriand, que, testigo de una lucha heroica, creyese que se puede permitir sin peligro del porvenir que una nación sea inmolada!

Estas palabras, inspiradas por el espectáculo del martirio de Grecia, que gemía bajo el azote del conquistador musulmán, son también aplicables al martirio del Paraguay, que se retuerce en brazos de sus verdugos con indómita pujanza

El Paraguay sucumbe en la soledad del desamparo.

Aislado, abandonado, desangrado por anchas y mortales heridas, dirige a todas partes la mirada suplicante, y en todas partes encuentra pueblos cobardes, arropados en el manto de su egoísmo, y Gobiernos traidores que discuten entre dientes las cláusulas de sus contratos inmorales.

¡Pueblos y Gobiernos llevan sobre la frente una mancha de sangre, para que el porvenir los reconozca y los maldiga!

¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!... dicen con el poeta los políticos utilitarios, que se jactan de llevar el corazón en la cabeza.

¡Ah! no saben que cada cadáver que cae en el osario de las nacionalidades es un eslabón de la cadena del derecho universal que se rompe, una sílaba de la gran palabra libertad que se suprime.

¡Ah! ignoran que los pueblos que caen tienen su *tercero día* de resurrección, en que rompen la losa de sus sepulcros y se levantan transfigurados por el martirio ¡Ignoran que los vapores de su sangre son semillas de tempestad que revientan en el porvenir!

¡Desdichados de los que creen que se puede ser testigo impasible de la inmolación de un pueblo sin cargar con la complicidad del crimen!

El Paraguay sucumbe, como Polonia, negociada por una diplomacia sin entrañas que encadena el furor impotente de los pueblos, y como Polonia ha de perseguir a sus verdugos como un remordimiento aterrador.

Pero no tenemos razón en pronosticar tan funesto destino al Paraguay, que todavía lucha al pie de su bandera hecha trizas, y todavía hay vigor en sus brazos y fe en su alma para llenar al mundo con los resplandores de su gloria.

¿Cuáles son las ventajas obtenidas por la Alianza en tres años de batallar sin tregua? Nosotros ocupamos una lonja de tierra sobre la margen del río Paraguay. Ellos ocupan las posesiones brasileñas de



»Razón tuvo el doctor Alsina en llamar «guerra carnicera» a la presente guerra, que figurará en la historia del Nuevo Mundo como la más bárbara y sangrienta de sus interminables luchas.

»Guerra carnicera es, efectivamente, la guerra que llevamos al Paraguay, dóciles a las instigaciones del Imperio, nuestro rival histórico, que quiere derribar con nuestras propias manos el último baluarte divisorio y protector de la independencia de las nacionalidades del Plata.

»Cien mil combatientes han asistido al palenque de la lucha, y en tres años de batallar sin tregua, los unos poseídos del sentimiento de la patria, los otros del sentimiento de venganza, sus filas se han ido raleando, la muerte ha paseado su segur sobre todas las cabezas, y en aquel vasto cementerio del

---

Matto Grosso. Para reconquistar esas posesiones se ha hecho la guerra, y tanta sangre, tanto dinero y tanto heroísmo malogrado no han tenido otro objeto que devolverlas al Imperio, incapaz de acometer por sí solo esa cruzada de honra y de deber.

¿Y qué vale Matto Grosso comparado con nuestros sacrificios? Desiertos desconocidos, situados bajo el clima mortífero de la zona tórrida, que no pueden ser habitados por la raza blanca, riquezas en bruto que esperan la explotación del arte en un lejano porvenir, eso es Matto Grosso, la joya del Imperio que vamos a reponer en la Corona de Pedro II.

¡Ah! pero Matto Grosso es un pretexto. El Brasil lo emplea para ocupar indirectamente el Plata con sus ejércitos.

Quiere acostumbrarnos a su dominación, borrar poco a poco las profundas ojerizas que pueblos y partidos le tienen, y así, prolongando indefinidamente la guerra, se aprovecha de sus títulos de aliado para restablecer el influjo de su política sagaz.

No temamos una repetición de la invasión de México.

El Brasil tiene sobrada perspicacia para no comprender que un golpe de mano alarmaría a los poderes marítimos de Europa y América, que ven en la independencia de estos pueblos una garantía de la libre navegación del Plata y de sus afluentes, de la uniformidad de las tarifas aduaneras y de los reglamentos de policía marítima; es decir, de la fiel ejecución de los tratados de 10 de julio de 1853, que consagran el principio de la libertad fluvial.

Pero el Imperio ha soñado dilatar sus dominios por medio de la anexión gradual y paulatina, y no se ha de precipitar [illegible] pendiente peligrosa de las conquistas. Irá paso a paso, pr[illegible]ando el terreno de la monarquización, que tiene su lado s[illegible]co para las grandes potencias del Viejo Mundo, que ven en [illegible]orma de gobierno la garantía más eficaz del orden interior, que les parece paradojal bajo el gobierno de la República representativa.

Con este objeto eterniza la guerra, manteniéndonos bajo la vigilancia de sus ejércitos, y nosotros, complacientes con los extraños, intolerantes y egoístas con los de casa, les abrimos de par en par las puertas del edén soñado por su ambición tradicional.



Paraguay sólo queda un puñado de hombres, que parecen los espectros de la ira, a la luz del incendio que alumbra como antorcha funeraria la gloriosa agonía de un pueblo libre.

»Aquello ha sido un duelo a muerte trabado entre la libertad y la conquista; el duelo ha durado más de tres años y sus últimos mantenedores parecen resueltos a no sobrevivir a la derrota.

»Parece imposible que en el siglo XIX, que se jacta de haber alzado la fuerza del derecho sobre el derecho de la fuerza; que llama a la guerra, por boca de sus filósofos humanitarios, el asesinato en masa coronado, se exterminen pueblos enteros a la vista del mundo civilizado, testigo indiferente de esas escenas de barbarie.

»Cien mil hombres empezaron el combate.

»Hoy quedan apenas doce o quince mil, luchando con el mismo encarnizamiento, y la guerra sigue, la

---

Dóciles nos prestamos a ser en sus manos instrumentos de destrucción, a pesar de haber desaparecido el objeto aparente de la alianza, con la desocupación del territorio argentino.

Peleamos por rescatar dominios de un Soberano extranjero, agregando al rol de Quijotes el rol de traidores a la causa de la solidaridad americana, porque ese Soberano extranjero es el aliado natural de los Tronos, dominados todavía por la tentación de la reconquista

Ese Soberano extranjero prestó sus puertos a España para su imprudente campaña del Pacífico, y los prestará en todo conflicto de Ultramar, porque anhela congraciarse con las Monarquías del Viejo Mundo para tener cómplices seguros en sus planes ulteriores.

Peleamos, sin término, contra todas las reglas de las naciones cultas, falseando el espíritu del derecho moderno para que el Brasil saboree la satisfacción de la venganza y pase la reja del arado sobre los escombros de un pueblo libre, que lleva nuestra sangre en las venas y nuestras ideas en el alma.

¡Ah! pueblo argentino, gigante convertido en enano, que te revuelcas en el fondo de la degradación, ¿cuándo sacudirás tu cabeza de Briareo para aventar en mil astillas el yugo de esta sisuación ignominiosa?

Pasarán los hombres, los sucesos y los tiempos, como hojas secas llevadas por el torbellino, y la historia justiciera, la hitoria vengadora de los ultrajes hechos a la justicia humana, seguirá repitiendo en tu oído la terrible pregunta hecha por Dios al primer fratricida: ¿CAÍN, QUÉ HAS HECHO DE ÁBEL?

Hay acciones que no se olvidan, crímenes que no se borran jamás. La Francia no pudo cubrir la sentencia regicida de la Convención con las banderas de cincuenta y dos victorias, porque la sangre de la inocencia no se borra aunque se viertan sobre ella todas las lluvias de cielo!

¡La sangre del Paraguay ha de brillar siempre en nuestra frente como una marca siniestra!»



guerra carnicera no tiene término, es una de aquellas guerras bárbaras del mundo antiguo que concluían los pueblos y las razas.

»Los paraguayos serán los Pelasgos de la América, cuyo heroísmo ensalzará el Homero destinado a cantar la epopeya de la libertad.

»Como los Pelasgos, sólo dejarán al mundo la memoria de su martirio y la ruina de los monumentos de su perseverancia.

»¿Qué objeto tiene la guerra injusta que sostiene el Imperio a costa de nuestra docilidad cobarde?

»¡La destrucción del Paraguay!

»¡El asesinato de un pueblo libre cuya sombra amenazadora le causaba espasmos de miedo!

»Si fuese la reparación de un agravio o la reivindicación de un derecho, ya se hubiera lavado el uno con las copiosas lluvias de sangre, ya se hubiera conquistado el otro con las ventajas obtenidas.

»No era ese el objeto de la Alianza, mal que lo nieguen los cómplices del delito, cuyo recuerdo ha de torturar eternamente la conciencia de un partido culpable.

»El Paraguay era un estorbo.

»Era necesario eliminar ese estorbo.

»La Rusia americana necesitaba descuartizar a la Polonia para que no se interpusiese en el camino de los proyectos del porvenir.

»El Imperio encontró cerradas las puertas por donde pensaba encaminarse a la conquista de nuevos territorios, piedras preciosas que soñaba agregar al mosaico de su soberanía.

»Quiso derribar esas puertas y las encontró tapiadas con el pecho de un pueblo libre.

»En vano han sido sus esfuerzos, inspirados por la rabia, aguijoneados por el despecho.

»En vano fué que alquilase nuestro concurso, el concurso de Gobiernos traidores que han tomado por señal de aprobación el silencio de los pueblos.

»Las puertas han permanecido cerradas.

»Tras ellas vela el genio de la libertad, expatriado de las regiones del Plata.



»La fe se templa, como el acero, al golpe de los contrastes.

»El Paraguay resiste, y la obstinación del Imperio se convierte en embriaguez de odio, la democracia lava sus heridas con abluciones de sangre, y la Monarquía, viejo cuervo de los campos de destrucción, bate las alas atraído por el hedor de la matanza.

»La guerra sigue. Pasan los días, los meses, los años, y la guerra bárbara, la guerra carnicera, como la llamó un gobernante patriota que parece haber renunciado a la gran misión que le encomendaban los acontecimientos, la guerra sin tregua ni cuartel continúa a los ojos del mundo, indiferente y apático, que parece familiarizado con esos espectáculos de fría ferocidad.»

Y así se expresaba toda la prensa independiente del Río de la Plata y aún la del Brasil.

A pesar, pues, de los millones gastados por el Imperio para desacreditar al Paraguay, nuestro sacrificio despertaba unánime simpatía y admiración. Y a pesar de todos los esfuerzos para dar una visión odiosa y repugnante de Solano López, éste crecía por momentos ante el asombro del mundo, llenando el vasto escenario de la Epopeya. (1)

Es que los hechos eran demasiado elocuentes para que pudieran ser tergiversados.

Aquella resistencia sobrehumana, en medio del más completo aislamiento, sin desfallecer un solo día, era el mejor testimonio de que no era por cierto un hombre vulgar, ni mucho menos un hombre débil, el que así desafiaba al huracán desencadenado, desconcertando al invasor con los recursos de su audacia y su energía, manteniendo firme la moral de su pueblo y sobreponiéndose a todas las dificultades.

Así se explica que a fines de 1868 –¡la guerra debió durar tres meses! —el mariscal López infundiese

(1) En 1869 escribió Sarmiento: «*López cuenta con las simpatías de ambas Américas, y el pueblo paraguayo con las del mundo.*»



todavía inmenso respeto al enemigo, que avanzaba hacia él tembloroso, sugestionado por el prestigio de su maravilloso heroísmo.

El marqués de Caxías era un viejo soldado, envejecido en los campos de batalla. Y, sin embargo, encontró más prudente apelar a la corrupción para vencer a su temido rival, fiando más en el oro de su escarcela que en el probado temple de su espada. (1)

Y cuando sus planes fracasaron, cuando vió que eran inútiles sus intrigas de empedernido cortesano, se guardó muy bien de marchar sobre nuestro frente para batir lealmente las defensas del arroyo Pikysyry.

La prudencia le indicó otro camino, aprovechando, con el talento de un buen discípulo, la lección que acababa de darle Solano López al escapar por el Chaco con todo su ejército.

Digamos que cruzó el río Paraguay, frente a Palmas, y evitando cuidadosamente todas nuestras ligeras fortificaciones, fué a salir en San Antonio, amenazando así nuestra retaguardia.

El mariscal López, ante esto, abarcó de un golpe toda la gravedad de su situación, comprendiendo en el acto los designios del invasor. Pero nada era capaz de quebrantar su serenidad. ¡Estaba perdido y parecía apercibirse a la victoria!

Ante todo, resolvió defender el paso de Ytororó, hacia donde se encaminaba el enemigo, despachando para el efecto al general Bernardino Caba

---

(1) Decía a este respecto el doctor Cecilio Baez, en uno de los más vibrantes trabajos de su campaña nacionalista:

«Caxías no era mas que un diplomático sin escrúpulos. Habiendo obtenido del Emperador, en años anteriores a la guerra, la misión de pacificar la provincia de Río Grande, sublevada, consiguió su objeto sobornando a sus defensores.

»En Montevideo sedujo a Flores, y *en el Paraguay corrompió al ministro americano Washburn, de quien se servía para muchas traiciones e infamias*.

»Así dirigió él las operaciones de la guerra, después del retiro de Mitre.

»Al desastre de Curupayty siguió una larga inacción. Caxías no sabía lo que había de hacer; y no se decidió a obrar sino después que Washburn le instruyó de algunos secretos que le pusieron en conocimiento de la verdadera situación de López.»





llero con tres mil quinientos hombres y seis piezas volantes. Y mientras el héroe de Tataiybá entretenía a los brasileños, él improvisaba algunas trincheras sobre su nuevo frente de las Lomas Valentinas.

El 6 de diciembre tuvo lugar la batalla de Ytororó. Desde el amanecer se batió Caballero hasta la caída de la tarde. Nada pudo quebrantar su resistencia, quedando el puente en nuestro poder después de todos los asaltos. Al venir la noche nos retiramos, sin que el enemigo pretendiera perseguirnos. Las bajas brasileñas alcanzaron a tres mil. Entre los caídos estaban el mariscal Argollo, el general Gurgao y ciento treinta y cuatro jefes y oficiales.

El 11 de diciembre, reforzado Caxías por nuevos contingentes, volvió a atacar a Caballero en Avay. En aquella terrible batalla se peleó desesperadamente durante todo el día. Una lluvia torrencial apagó el fuego de nuestra artillería e inutilizó nuestros pesados fusiles de chispa. Y, completamente rodeados, fué inútil nuestra resistencia. Fulminados por cuarenta cañones, resistimos a pie firme las furiosas cargas de cinco mil jinetes ríograndeses y más de doce mil infantes. Cuando ya no le quedaron sino los restos de sus destrozados batallones, Caballero organizó un cuadro, dentro del cual ocultó la última bandera, emprendiendo la retirada, acosado por todas partes. Pronto aquel cuadro se extinguió, cayendo como sangrienta mortaja el paño tricolor sobre el cadaver del último sacrificado.

Las pérdidas de los brasileños fueron enormes, alcanzando a cuatro mil hombres y cincuenta oficiales.

Caxías quedó aturdido. En una semana había visto perecer siete mil de sus soldados. Y aún no había llegado a las temidas posiciones del temido adversario. Aún le quedaba Solano López, cuyo solo nombre infundía más terror que un poderoso ejército.

Suspendió, pues, el avance, acampando en Villeta, para reponerse de sus fatigas y prepararse para las pruebas que le esperaban. Durante diez días orga-



nizó sus tropas, tratando de levantar su espíritu decaído después de las últimas hecatombes. Muchos batallones habían sido aniquilados y hubo que refundirlos en uno solo.

Ni un paraguayo asomaba detrás de sus ocultas trincheras.

Y Caxías no se preocupó de explorar nuestra posición para conocer nuestro lado flaco, precipitándose sobre el frente, donde estaban nuestras únicas defensas.

Un movimiento de flanco hubiese sido irresistible y fatal, haciendo imposible nuestra retirada.

A las tres de la tarde se inició la batalla, avanzando los brasileños por los tres únicos caminos que conducían a nuestras posiciones: el del Oeste (nuestra extrema izquierda), el del Centro (llamado de Acosta) y el del Este (de Tacuruty).

Nuestra vanguardia estaba sobre el camino de la izquierda, que era el más importante, el que conducía a nuestro Cuartel General. Dicha vanguardia, comandada por el intrépido mayor Ignacio Genes, estaba defendida por una pequeña trinchera.

Tan pronto como apareció el invasor, empezó a funcionar nuestra artillería, haciendo estragos en sus filas. Los gruesos batallones imperiales, destrozados por nuestros cañones, retrocedían aturdidos, para volver a la carga en medio de la mayor confusión. Cuando consiguieron llegar a las líneas de Genes, la lucha se volvió más encarnizada todavía. «Los paraguayos, que estaban escondidos en los fosos—dice un historiador argentino—se levantaron de repente y la emprendieron con los brasileños, viéndose entonces algo parecido a los combates de armas de la Edad Media. Los riograndeses del barón del Triunfo, que se batían en primera línea, cruzando sus lanzas con los paraguayos, y las dos caballerías, desmontadas, dándose golpes de pica y sable y tomándose a brazo partido, presentaron a los ojos de la historia la más bella perspectiva de ese día.»

Al cabo de una tenaz porfía, los brasileños fueron

rechazados. El tuerto Genes, aquel cíclope legendario, los vió alejarse, por fin, de pie sobre la trinchera, blandiendo su temible espada y dando gritos espantosos de cólera y de júbilo, en medio del loco entusiasmo de sus soldados delirantes... Pero aquella ruidosa alegría duró poco. Nuevos batallones reemplazaron a los recién vencidos, y el ataque hubo de reproducirse, una y otra vez, sin que los nuestros recibiesen refuerzos ni descansasen un instante en largas horas de pelea. La resistencia no podía prolongarse indefinidamente. Aquellos eran también hombres de *carne y hueso*. Cuando casi todos habían caído y el heroico Genes, herido ya, había tenido que cesar en su implacable tarea de matar brasileños, éstos forzaron nuestras trincheras, penetrando dentro de nuestras posiciones.

En aquel mismo momento eran forzadas también las obras de defensa que cerraban los caminos del centro y de la derecha, después de sangrienta lucha.

El mariscal López, al ver que el enemigo avanzaba triunfante por todos lados, ordenó al general Caballero que organizara rápidamente la resistencia, tratando de sacar todo el partido posible de las pocas tropas disponibles. Gracias a su serenidad y a su pericia, pronto cambió nuestra situación, siendo detenidos primero, y luego nuevamente rechazados los ya victoriosos invasores.

Por el camino de la izquierda llegaron los brasileños hasta cien pasos del mismo Solano López, quien arrojó sobre ellos al valeroso mayor Vicente Jiménez, al frente del *batallón de Rifleros*, y a un escuadrón de caballería. Jiménez sucumbió en el primer choque, reemplazándole el general Caballero, que, en persona, acaudilló a sus tropas, cargando con ímpetu irresistible hasta expulsar definitivamente al enemigo.

En uno de los últimos asaltos pereció el coronel Felipe Toledo, jefe de la Escolta Presidencial. ¡A pesar de sus 75 años, peleó con los bríos de un joven y cayó a la cabeza de sus jinetes, con el cráneo destrozado por una bala!



Valois Rivarola, recibió también un balazo en la cabeza en medio del espantoso entrevero. Herido gravemente en la garganta, en la batalla de Avay, no pudo permanecer indiferente ante el amenazante movimiento del invasor. Tambaleante a causa de la debilidad producida por la hemorragia, saltó sobre su caballo, corriendo como un relámpago, seguido de algunos jinetes, a incorporarse a la reducida columna de Caballero. Los brasileños lo vieron por última vez, en aquella tarde memorable, agitando en alto su espada, en todo el esplendor de su heroísmo. Consumado el triunfo, volvió al Cuartel General, bañado en sangre, sosteniendo la cabeza entre las manos...

En el centro y en la derecha no fué menos encarnizada la batalla. El invasor derrotado una y otra vez, iba a reorganizarse al abrigo de las lomas, para tornar, con nuevos bríos, a recomenzar la pelea. Ya tarde se convenció de la inutilidad de su esfuerzo, ante la sorprendente resistencia de los infatigables paraguayos, alejándose maltrecho cuando ya iba poniéndose el sol.

Durante esta cruenta batalla «el mariscal López mandaba en persona — escribe el coronel Centurión— y se encontraba a caballo, en el mojinete de la acera del cuadro de la derecha del Cuartel General, rodeado de sus ayudantes, que caían a su lado heridos o muertos. El hombre estaba inmutable, dando pruebas de la mayor tranquilidad y sangre fría. Cuando el enemigo consiguió por un momento dominar la primera meseta, avanzó sobre la segunda, llegando hasta media cuadra de donde estaba; pero ni aun entonces hizo el menor movimiento, manteniéndose tranquilo, con la mayor impavidez».

El mismo historiador refiere que «el capitán Juan A. Meza fué herido en el muslo delante del mariscal, recibiendo órdenes de éste».

El mayor Gaspar Centurión, en su autobiografía, hace idénticas afirmaciones. Cuenta que un teniente, Aguilera, telegrafista, cayó junto a López, herido



de una bala de fusil en la región frontal. «El mariscal mandaba en aquel día—dice—y el general Caballero recibía órdenes de su excelencia, llevando refuerzos y acudiendo a los puntos amenazados por el enemigo, y así, las trincheras tomadas, fueron por él varias veces retomadas.»

Y el cronista argentino general Garmendia reconoce que aquella victoria, debida, sobre todo, a la admirable dirección de nuestro generalísimo, «fué de mayores proporciones que la de Curupayty, no solamente por las pérdidas sufridas, sino porque el enemigo tomó la ofensiva, persiguiendo fuera de sus trincheras.»

## XXI

**Después del triunfo de Itá Ybaté. —Solano López se dispone a morir.—Su testamento.—Encomienda sus hijos al ministro americano.—En el fondo del héroe estaba el padre.—Se preocupa de la suerte de sus hijos.—El hombre trágico cultiva también su pequeño jardín interior. Su egoismo no era el de Washington.—Palabras del Dr. Ramón Zubizarreta que explican uno de sus actos más discutidos.—No falló su patriotismo.—Intimación de los aliados.—Admirable respuesta de Solano López.—Fin de la batalla de las Lomas Valentinas. El héroe se retira para organizar de nuevo la resistencia.—La guerra recién iba a empezar.—Glorificación de los vencidos.**

La noche del 21 de diciembre de 1868 llovió copiosamente. Solano López aprovechó la densa oscuridad para retirar algunos cañones de sus líneas avanzadas, que fueron emplazados en la cresta de la cuchilla.

Al otro día saludamos al enemigo con un ruidoso bombardeó para hacerle creer que nuestros recursos aun no se habían agotado. Y esto bastó para que nos respetara en nuestra desesperante impotencia, contentándose con respondernos desde lejos con un nutrido fuego de artillería.

¿Qué esperanzas sostenían al mariscal López en aquel amargo trance?

No tenía soldados, no tenía proyectiles, no tenía que comer.

Sólo noventa fantasmas le rodeaban sobre la cumbre de la trágica colina, aguardando su palabra para correr a la muerte,



Y el enemigo estaba allí, a dos pasos de él, en su frente, en su retaguardia, en sus dos flancos.

¿Qué capitán se vió jamás en su situación?

Pero justo es confesar que nunca fué más absoluta su olímpica serenidad.

Sobre aquella desolación se erguía su voluntad, manteniéndolo firme, en esa actitud vertical de los hombres acostumbrados a mandar. Siempre superior a la Fortuna y rebelde a su implacable Destino, esperó lo desconocido, sin que ni siquiera la sombra de una duda nublara su frente, ni a su rostro asomara la expresión de la angustia que debía oprimirle el corazón.

Con los heridos que podían cargar un fusil y algunos contingentes que le fueron llegando de diversos puntos de la República organizó algunos pequeños batallones y regimientos, a los que fué dando los números de los cuerpos desaparecidos.

Al cabo de unos días, y gracias a la indecisión del invasor, pudo reunir dos mil hombres de las tres armas.

Los pocos ex marinos que quedaban fueron encargados de la artillería y, como no restaban municiones, se improvisaron proyectiles con piedras, cascos de metralla, bayonetas ¡y hasta trozos de madera!

El Cuartel General fué abandonado, trasladándose López a otra meseta que quedaba a alguna cuadras a la derecha, en la que mandó limpiar un ancho *caraguatá-corá*, dentro del cual ocultó su coche de campaña y levantó su carpa.

Después de esto esperó al enemigo, dispuesto a vender cara la vida. Parecía haber llegado la hora solemne de cumplir su juramento de caer con sus últimos soldados sobre su último campo de batalla.

El 23 de diciembre escribió su testamento, disponiéndose a morir.

Antes había encomendado sus hijos al ministro americano, general Mac Mahon, a quien dirigió, para el efecto, la siguiente carta:

«Señor general Martín T. Mac Mahon.

Muy distinguido señor mío:

Habiendo usted tenido la obligante bondad de hacerse cargo de mis hijos para tenerlos a su cuidado, vengo a recomendarlos a toda su protección para cuando algo llegase a sucederme, autorizándole a adoptar en favor de ellos cualesquiera medida que considere mejor o más necesaria para asegurar el futuro bienestar de esas pobres criaturas, muy particularmente Leopoldo, cuya muy tierna edad me inspira un cuidado extremo.

Este será un título a mi más vivo reconocimiento, pues la existencia de esos niños es lo único que puede preocupar mi imaginación en los azarosos momentos en que tengo el deber de dedicarme por entero a la suerte de mi patria; y ellos serán felices al lado de un caballero cuyas prendas he podido apreciar en un tiempo, ciertamente no largo, pero para mí feliz.

Es así, señor general, que me permito molestarle en asuntos que no empeñan sino la caballerosidad que yo me congratulo en reconocer en vuestra excelencia, a quien ofrezco mi amistoso reconocimiento.

Soy su muy atento y seguro servidor.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

Tanto el testamento como esta carta prueban su firme resolución de morir y su profunda convicción de que su postrer instante se acercaba.

Y, sin temor a empequeñecer su figura, hemos de agregar todavía que, en aquel tremendo trance, se sintió dominado por su adolorida paternidad, pensando en la suerte futura de sus hijos, preocupándose de su oscuro porvenir.

Sólo ellos eran capaces de hacer vacilar su firme voluntad. Sólo ellos pusieron algunos granos de escoria en el oro puro de su alma, recordándole las realidades miserables de la vida al ir a asomarse al abismo de la muerte.

El padre se sobrepuso al héroe, haciéndole descender de los dominios resplandecientes de la Epopeya hasta los de la cruda realidad, para tratar



de asegurar más allá de la tumba el pan de su familia.

He aquí otro de sus grandes «crímenes».

—¡Mientras la patria sucumbía—dicen—él aseguraba el bienestar de los suyos!

¡Espantosa, imperdonable falta!

No debió haber tenido corazón para nadie, ***ni aun para sus hijos***.

Debió haber sido insensible hasta a la más avasalladora pasión, debió ahogar en su pecho la voz de la naturaleza, debió vaciarse en granito, debió fundirse en bronce para acabar de ser un monstruo, insensible a todos los reclamos.

Tal es lo que se le exige al condenársele sin piedad.

¡Pero no! Aquel hombre trágico del trágico destino, tenía y debía tener su pequeño jardín interior, su rincón apacible, donde el amor recuperaba su imperio y dominaba el sagrado instinto de la vida.

¡Era padre... y sabía serlo!

Su grandeza era humana, no divina, y, como tal, tenía sus inevitables imperfecciones.

Pero, hay que decirlo bien alto, sus flaquezas tenían también cierto sello de grandeza. Porque cuando se recogía dentro de sí mismo, cuando abandonaba el trágico escenario de la guerra, ***no era para contar sus monedas, como el avaro Wáshington,*** sino para abrazar a sus hijos, que, después de su patria, eran la única preocupación de su existencia.

Oigamos aquí a uno de sus injustos difamadores.

El doctor Ramón Zubizarreta, a pesar de toda la mala voluntad que le tiene, no puede menos que escribir lo que sigue:

«Cerca de los últimos trances de la espantosa hecatombe, en que vió desaparecer por millares a sus disciplinados paraguayos, ***preocupóse de la suerte futura de los hijos que tenía con madama Lynch, a quienes, según la expresión de Thompson, «amaba locamente»***.

«*Debió creer que el territorio del Paraguay pa-*

*saría, por efecto de la conquista, al dominio eminente de alguna de las naciones que le combatían, y quiso que, al menos, el dominio privado de una parte de ese territorio fuese de sus hijos.»*

¡Y he aquí toda la verdad!

Conocido el Tratado Secreto de la Triple Alianza, no podía dudar de la suerte de su patria. Sü último grito en Cerro-Corá dice claramente cuál era su convicción a este respecto.

No pretendió, por lo tanto, despojar a su país de lo que era suyo. Pretendió despojar, en todo caso, al vencedor de una parte del botín, en la creencia de que éste respetaría, al menos, el dominio privado al repartirse del territorio nacional.

¡No hubo en aquel acto una falta de su patriotismo!

Y esto es lo único que puede interesar a su gloria, que sale tan pura de esta acusación como de todas las que han formulado sus calumniadores.

El 24 de diciembre los aliados estaban listos para un ataque general.

Pero antes dirigieron una nota al mariscal López intimándole que depusiera las armas en el término de doce horas.

¿Qué hacer en tan desesperante situación?

En medio de todo, aquella intimación era la vida para él. Si consentía, podía retirarse con todos los honores de la guerra, después de haber realizado una resistencia única en la historia, para vivir plácidamente en Europa en medio de la admiración universal.

Pero... ¿y su patria?

¿Y su juramento de vencer o morir?

Un hombre de su contextura moral no podía dudar, contestando en la única forma que debía contestar.

Llamó, pues, a su secretario y le dictó, sin titubear, la siguiente admirable respuesta:

«Cuartel general, en Pikysyry, diciembre 24 de 1868 (a las tres de la tarde).

El mariscal, Presidente de la República del Para-



guay, debiera, quizá, dispensarse de dar una contestación escrita a sus excelencias los señores generales en jefe de los ejércitos aliados en lucha con la nación que preside, por el tono y lenguaje inusitados e inconvenientes al honor militar y a la magistratura suprema que vuestras excelencias han creído llegada la oportunidad de usar en su intimación de deponer las armas en el término de doce horas, para terminar así una lucha prolongada, amenazando echar sobre mi cabeza la sangre ya derramada y la que aun tiene que derramarse si no me prestase a esa deposición de armas, responsabilizando mi persona para ante mi patria, las naciones que vuestras excelencias representan y el mundo civilizado; empero quiero imponerme el deber de hacerlo, rindiendo así homenaje a esa sangre vertida por parte de los míos y de los que los combaten, así como al sentimiento de religión, de humanidad y de civilización que vuestras excelencias invocan en su intimación. Estos mismos sentimientos son, precisamente, los que me han movido, ha más de dos años, para sobreponerme a toda la descortesía oficial con que ha sido tratado en esta guerra el elegido de mi patria; buscaba entonces en *Yataity-Corá*, en una conferencia con el excelentísimo señor general en jefe de los ejércitos aliados y Presidente de la República Argentina, brigadier general don Bartolomé Mitre, la reconciliación de cuatro Estados soberanos de la América del Sud, que ya habían principiado a destruirse de una manera notable, y, sin embargo, mi iniciativa, mi afanoso empeño, no encontró otra contestación que el desprecio y el silencio por parte de los Gobiernos aliados y nuevas y sangrientas batallas por parte de sus representantes armados, como vuestras excelencias se califican.

Desde entonces vi más clara la tendencia de la guerra de los aliados contra la existencia de la República del Paraguay. Y deplorando la sangre vertida en tantos años de lucha, he debido callarme, y poniendo la suerte de mi patria y la de sus genero-

sos hijos en las manos del Dios de las naciones, combatí a sus enemigos con la lealtad y la conciencia con que lo he hecho; y estoy todavía dispuesto a continuar combatiendo hasta que ese mismo Dios y nuestras armas decidan de la suerte definitiva de la causa.

Vuestras excelencias tienen a bien notificarme el conocimiento que tienen de los recursos de que pueda actualmente disponer, creyendo que yo también pueda tenerlo de la fuerza numérica del ejército aliado y de sus recursos, cada día crecientes

Yo no tengo ese conocimiento; pero tengo la experiencia de más de cuatro años de que la fuerza numérica y esos recursos nunca se han impuesto a la abnegación y bravura del soldado paraguayo, que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano, que se abre una ancha tumba en su patria antes que verla ni siquiera humillada.

Vuestras excelencias han tenido a bien recordarme que la sangre derramada en Itororó y Avay debía determinarme a evitar aquella que fué derramada el 21 del corriente; pero vuestras excelencias olvidan, sin duda, que esas mismas acciones pudieron de antemano demostrarles cuán cierto es todo lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota de sangre que cae en la tierra es una nueva obligación para los que sobreviven.

¿Y, ante un ejemplo semejante, mi pobre cabeza puede arredrarse ante la amenaza tan poco caballeresca, permítaseme decirlo, que vuestras excelencias han creído de su deber notificarme? Vuestras excelencias no tienen el derecho de acusarme ante la República del Paraguay, mi patria, porque la he defendido, la defiendo y la defenderé todavía. Ella me impuso ese deber, y yo me glorifico de cumplirlo hasta la última extremidad, que en lo demás, legando a la historia mis hechos, sólo a mi Dios debo dar cuenta. Y si sangre ha de correr todavía, El tomará cuenta a aquél sobre quien haya pesado la responsabilidad. Yo, por mi parte, estoy hasta ahora dispuesto a tra-



tar de la terminación de la guerra sobre bases igualmente honorables para todos los beligerantes; pero no estoy dispuesto a oír una intimación de deposición de armas.

Así, a mi vez, invitando a vuestras excelencias a tratar de la paz, creo cumplir un deber imperioso con la religión, la humanidad y la civilización por una parte, lo que debo al grito unísono que acabo de oír de mis generales, jefes, oficiales y tropas, a quienes he comunicado la intimación de vuestras excelencias, y lo que debo a mi propio nombre.

Pido a vuestras excelencias disculpa por no citar la fecha y hora de la notificación, nó habiéndola traído, y fué recibida en mis líneas a las siete y media de esta mañana.

Dios guarde a vuestras excelencias muchos años.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

¡Qué hombre, qué palabras! Inútil buscar en la historia americana una pieza semejante. Ni el verbo esplendoroso de Bolívar tuvo nunca acentos tan elocuentes. Escrita en aquellos momentos, serena, a pesar de su energía, conmovedora aun en sus incorrecciones, lleva impreso en cada una de sus palabras el sello del alma indomable, de la voluntad férrea, del patriotismo implacable de aquel soldado extraordinario.

«Arranque más noble y elocuente—dice un historiador—jamás ha estallado de la mente y del corazón de un jefe colocado en tan críticas circunstancias. Es una página brillante y gloriosa que ha de triunfar de los estragos del tiempo. ¡Es un impulso heroico de patriotismo, que no admite en su contra ninguna interpretación desdorosa, porque quien lo produjo supo sellar sus palabras con su propia sangre en Cerro Corá!»

Desconcertados por tan arrogante contestación, los invasores quedaron estupefactos.

Y recién el 27 se apercibieron para el asalto final.

Demás está decir que la resistencia paraguaya fué formidable.

Dos mil inválidos y niños disfrazados de hombres, con largas barbas postizas, detuvieron, durante horas, el avance de la ola monstruosa de veintiocho mil enemigos.

Y la batalla terminó cuando desapareció nuestro Ejército.

En aquel momento Solano López, que no había podido encontrar la muerte en medio de los suyos, se retiró al lento paso de su corcel de guerra, dirigiéndose a Cerro León para organizar de nuevo la resistencia.

Sólo el general Caballero quedó en su Cuartel General para cubrir su retirada. En esta situación, vió aparecer por nuestra derecha un regimiento brasileño. No tenía sino veinte hombres; pero éstos ardían en deseos de caer sobre los enemigos. Ocultos en el espeso *caraguatá-corá*, no podían ser vistos. Cuando el invasor se aproximó lo suficiente, mandó tocar ataque a su corneta de órdenes, lanzando a la carga a sus jinetes. El regimiento brasileño, desmoralizado por el inesperado ataque, no pudo resistir, entregándose a la fuga.

Pocos minutos después asomaba un batallón argentino, el cuarto de línea, que también fué dispersado por los veinte hombres de Caballero, cayendo herido su jefe, el coronel Romero. Como si todo esto no fuera suficiente, tras el cuarto de línea apareció un batallón correntino, aprestándose los paraguayos para llevarle una última carga. El toque de ataque volvió arepetirse, y aquellos terribles centauros se precipitaron sobre el adversario. Esta vez el triunfo fué más completo, pues la bandera del batallón enemigo cayó en las manos del alférez Gregorio Medina, ayudante del general Caballero. Y este fué el último episodio de aquella batalla.

Caballero siguió también las huellas de López, a quien entregó sobre el arroyo de Itá la bandera conquistada. Y contaba el viejo veterano que, cuando le refirió conmovido los últimos detalles de la acción, dándole los pormenores de la total destrucción del



nuestro Ejército, le respondió, estrechándole cariñosamente las manos: «*¡No es nada, general; la guerra va a empezar recién!*»

¡Tal era la energía de aquel hombre formidable!

Los detalles de la horrenda matanza levantaron un inmenso clamor en el mundo. Los órganos de la Alianza batieron palmas al triunfo; es decir, al bárbaro degüello de un pueblo que se sacrificaba por su independencia. Y las diatribas contra el mariscal López recrudecieron al verle perdido. Aquello fué la orgía del odio, el estallido del rencor, a raíz de una victoria, largamente esperada, que venía a poner término a sus dudas e incertidumbres.

Los sacrificadores del Paraguay estaban de fiesta.

Pero no faltaron voces amigas que glorificaran nuestro vencimiento y escarnecieran a nuestros inmoladores.

Oigamos algunas de esas palabras generosas que vienen del pasado. Ellas dulcificaron la agonía de nuestros padres y fueron un día el único consuelo de nuestra injusta derrota:

«Las campanas tocan a vuelo —decía *La América*— los cohetes atruenan los aires, los boletines de la Alianza anuncian nuevas victorias.

»¡Levantemos arcos de triunfo para que pasen a su regreso los vencedores!

»¿Ha caído López? No; el bizarro soldado de la independencia del Paraguay se ha refugiado en las fortificaciones de Angostura, allí luchará de nuevo, correrán nuevos raudales de sangre y la guerra tendrá nuevas escenas de barbarie y de espanto.

»El patriotismo, como el gigante hijo de la tierra, cobra doble brío en cada una de sus caídas.

»El Paraguay, vencido, desarmado, chorreando sangre por tantas heridas, resiste todavía, porque aun le quedan brazos vigorosos que sostengan en alto su gloriosa bandera, lucha todavía, porque aun no se ha agotado la sangre de sus venas, y la sangre de los mártires es fecunda en vengadores.

»¿Qué se celebra entonces?

»Una carnicería más en ese inmenso matadero de pueblos que ha abierto el Brasil en las riberas del Paraguay.

»La toma de una fortificación, disputada palmo a palmo, y entre cuyos escombros yacen enterrados ocho mil combatientes.

»Eso es todo.

»Por eso repican las campanas, atruenan el aire los cohetes; por eso son los plácemes y las felicitaciones que se prodigan mutuamente los traidores para ahogar los remordimientos de su conciencia.

»—Ha concluído la guerra—dicen.

»¡Torpes! Van persiguiendo una quimera. La guerra concluirá junto con el Papaguay, o, más bien dicho, el Paraguay se salvará en las breñas de sus serranías como se salvó Méjico en los riscos de sus montañas.

»¿Qué se festeja entonces?

»El exterminio de un puñado de bravos, que debieran ser sagrados, porque los cubre la santidad de la gloria.

»Se festeja una matanza. Están ébrios con el olor de la sangre.

»Vergüenza para los que hacen alarde de su saña salvaje, humillando a la desgracia con su regocijo, palmoteando con estúpido júbilo como las muchedumbres hambrientas de la antigua Roma, cuando la arena del Circo se enrojecía con la sangre de un gladiador.

»¡La muerte del Paraguay es nuestra eterna ignominia!

»¡Aplaudid, imbéciles!, que aplaudís la vergüenza del pueblo argentino.

»Nos hemos prestado dócilmente para exterminar a un pueblo hermano. Hemos desoído los impulsos de la sangre, acallando los latidos del corazón, porque a don Bartolomé Mitre y a don Rufino de Elizalde se les antojó negociar nuestro concurso en cambio de un poco de oro y de influencia.

»Caín, ¿qué has hecho de Abel?





»Cuando las campanas debían tocar a muerto y la alegría oficial debía sacrificarse al duelo del pueblo que llora la pérdida de sus mejores hijos, los grandes farsantes de la situación turban el silencio de los que sufren con el estruendo de su algazara.

»¿De qué se alegran?

»De haber derribado la barrera que estorbaba el ensanche de los dominios del Brasil, que una fuerza natural de expansión empuja hacia las riberas del Plata.

»De haber concluído con el Paraguay, nuestro aliado natural, nuestro hermano en la fe de las grandes ideas de la democracia, gajo vivaz del viejo tronco del virreynato, que ha podido ser en el porvenir el albergue hospitalario de la libertad perseguida por la coalición de los déspotas de la tierra.

«¡Digno motivo de alborozo!

»El Paraguay se venga de nosotros sacrificándose en esta lucha feroz, como Catón se vengó de César, vencedor en Farsalia, arrojándole su cadáver en medio de su camino triunfal.

»Están contentos porque se acerca el momento soñado de la repartición del botín de la victoria.

»¿Y de qué van a repartirse?

»De un inmenso cementerio en que yace enterrada una nación bajo la losa de sus grandes acciones.

»¡Ea! soldados de César, sortead las vestiduras de la víctima al pie de su patíbulo.

»Cuando llegue el tercer día de la resurrección, ella se ha de levantar envuelta en las vestiduras de luz de su inmortalidad.»

Y a los que proclamaban la tiranía de López como la suprema excusa del exterminio del Paraguay, contestaba con las palabras que siguen:

«Los tiranos son los héroes del miedo, sus persecuciones son síntomas de debilidad. En López, al contrario, si fuesen ciertas las crueldades que se le imputan, no serían hijas del miedo, porque no cabe su influencia ruin en el corazón de los que sienten en toda su pureza el amor a la patria y el deber sagra-

do del sacrificio; porque el miedo de los tiranos nace de la soledad que les rodea, y López tiene a su lado un pueblo que va desapareciendo, indómito y sombrío, sin flaquear en su propósito ni dudar de la victoria.

»López es un monstruo sediento de sangre, dicen, extraño a las pasiones generosas que soplan el fuego del entusiasmo en el alma de los héroes y de los mártires, no batalla por la independencia de la patria, sino por salvarse del castigo a que sus atentados contra la civilización y la humanidad lo hacen acreedor, y, sin embargo, ese déspota egoísta rehusa la ocasión de salvarse por medio de una paz que le asegura la fortuna y la vida y hasta la esperanza de la restauración de su poder, porque esa paz, aceptada como imposición, amenguaría la gloria de la heroica resistencia del Paraguay.

»Un tirano capaz de abnegación es un fenómeno, porque la tiranía es la monstruosa negación de las leyes de la naturaleza.

»Los tiranos no tienen la energía que se sacrifica a sí misma, sino la que sacrifica a los demás, por eso invocan en su defensa el principio de la necesidad, llamado por Milton la excusa del despotismo.

»Tenemos, pues, en López una excepción, un *tirano* que defiende una gran causa con el desinterés del patriota, y a quien envuelve esa misma causa en la majestad de su gloria, porque, como ha dicho Francisco Bilbao, el maestro de una generación republicana en el Plata, el individuo que abraza una causa justa se ennoblece.»

Y hasta un diario extranjero, *Le Courrier de la Plata*, salía en defensa de nuestro Héroe Epónimo, publicando artículos llenos de valentía:

«La táctica empleada contra López—decía—no es nueva; es la repetición de la empleada en la guerra de Indias, en la guerra de Africa, en todas las guerras de invasión.

»Se hace del dictador un monstruo, un caníbal, se le prodigan los epítetos más infamantes. Y a favor



de esta falsa indignación se roba tranquilamente un territorio, se confiscan pueblos, se escamotea una nacionalidad.»

Pero aun más allá del Plata, en toda la América tuvo un eco simpático el martirologio paraguayo.

Sobre todo los diarios de Chile, fueron severos con los aliados, al recibir las primeras noticias de la matanza de Lomas Valentinas. Así *El Mercurio*, de Valparaíso, decía:

«Aquí se recibieron noticias de que López había caído en poder de los aliados, pero después se supo por documentos auténticos que se había retirado hacia las sierras, donde se supone que organizará la guerra de recursos.

»Cábele ahora desempeñar el papel de Juárez, adquiriendo así nuevos títulos al aplauso y respeto de la América. Y para que la semejanza sea completa, cuenta con las simpatías y el apoyo moral de los Estados Unidos. López, al retirarse al interior del país, ha puesto sus hijos bajo la protección del ministro norteamericano, único enviado que ha ido a representar en el Paraguay el principio de la autonomía de las repúblicas.»

*El Copiapino* fué más elocuente todavía, poniendo en sus palabras el acento de la más cálida indignación:

«Después de millares de años —decía— estaba reservado al Paraguay dar al mundo, que atónito lo contempla, el ejemplo de un heroísmo digno de competir con el de los antiguos romanos, y al Presidente López la gloria de inmortalizarse, colocándose al nivel de Leonidas, sucumbiendo como éste por obedecer a los dictados de su conciencia de hombre libre, que le mandan morir por la libertad y por la patria.

»Ved ahí a los héroes. Vedlos de pie y quemando el último cartucho para morir con gloria.

»Pero mirad por otro lado cuál se destacan siniestras las maldecidas falanges de los verdugos de la libertad y del derecho. ¡Gloria e inmortalidad para aquéllos. Eterna execración para éstos!»

Y, para terminar, he aquí las palabras de *La Libertad*, de Santiago:

«Los partes de los generales aliados no confirman la caída definitiva de López. Parecía eminente, pero aun no era un hecho consumado.

»Sin embargo, ya no es posible hacerse ilusión sobre el desenlace final de la campaña.

»El Paraguay, si no en su último escudo, está en su último soldado. Tal es lo que dejan presentir los recientes combates, en que las pérdidas de los aliados son mucho menos considerables que en los grandes días de esta lucha verdaderamente legendaria. Jamás un pueblo ha secundado de una manera más admirable la audacia, la perseverancia y el genio de un capitán. ¡Ni una hora de flaqueza!

»Se puede ser un adversario de López, pero no es posible sustraerse a un justo sentimiento de admiración por él. Los mejores capitanes de la Alianza y los mejores soldados de tres naciones han escollado delante de los inagotables recursos de su inteligencia. La defensa del Paraguay figurará al lado de las más grandes campañas de la historia.»



## XXII

**Entrada de los brasileños en Asunción. - Se entregan al saqueo. - Los argentinos en Trinidad. — La barbarie ancestral. — Solano López en Cerro León. Los Andes del nuevo San Martín. - La obra milagrosa del héroe paraguayo. — Gastón de Orleans. — Asalto de Piribebuy. — Crímenes horrorosos. — Protesta del mariscal López por el uso de nuestra bandera en las filas enemigas. - Los desnaturalizados que rodeaban al invasor. - La famosa carta a su hijo Emiliano. -Comentario.**

El 1.º de enero de 1869 entraron los brasileños en Asunción, entregándose, en seguida, al más desenfrenado saqueo.

Durante tres días la ciudad fué robada por las huestes imperiales, que no perdonaron los templos, ni las tumbas, en su bárbaro afán de acrecentar su botín.

El mismo almirante Delfino de Carvallo — barón del Pasaje - dirigía el pillaje, acumulando en las cubiertas de sus naves los pianos y muebles finos que adornaban nuestras viviendas aristocráticas.

Y cuando ya no hubo nada importante que robar, se llevaron hasta las puertas, ventanas y mármoles del palacio de López y de muchas casas y edificios públicos.

En una palabra, Asunción, al decir del general

Garmendia, «sufrió la suerte del vencido de lejanos tiempos, entrando en ella a saco el vencedor».

El ejército argentino acampó a cinco kilómetros de la ciudad, en Trinidad. Y para ser digno de su aliado, convirtió en caballeriza el templo de aquel pueblo, armando un establo sobre la misma tumba de Carlos Antonio López. Pronto la lápida desapareció bajo la bosta de los briosos corceles de la oficialidad, sustituyendo el ruido de los relinchos a las voces del órgano y a las oraciones de los creyentes.

Tal como «en los lejanos tiempos» en que el Asia extendió su barbarie, como sangrienta mortaja, sobre la Europa agonizante.

Entrar a saco y convertir las iglesias cristianas en estercolero era el gran placer de los hombres del Norte. Y no otro era el deleite de aquellos terribles guerreros, a cuyo paso se estremecía la tierra, acaudillados por el *Azote de Dios*.

La historia se repite. El hombre está dentro de los hombres. La humanidad avanza, pero aun no ha acabado de salir de la caverna. La ferocidad bulle en las profundidades del instinto, y hay momentos en que salta a la superficie la fiera que, hace siglos, se agazapa, dominada, pero no vencida.

Es así cómo pueblos que se decían cristianos y hombres que invocaban sentimientos altruistas de humanidad, cayeron en el crimen, reproduciendo, por un movimiento ancestral de la ingénita barbarie, actos que repugnan a nuestra conciencia y que parecían ya alejados de la historia.

Y todo aquello no era nada todavía. La guerra recién iba a entrar en un período realmente salvaje.

Entre tanto, el mariscal López se disponía a reanudar la resistencia.

Cuando volvió a ocupar su antiguo campamento de Cerro León, después de la última derrota, no disponía de más fuerza que la de su voluntad omnipotente.

Todo nuestro poder defensivo se reconcentraba en su persona, fortaleza moral más temible que los muros artillados de Humaitá.

Inútilmente el marqués de Caxías dió por terminada la guerra.

Los veinte mil soldados victoriosos, atrincherados en Asunción, sabían muy bien que mientras se mantuviese en pie el Presidente paraguayo la lucha no estaba terminada.

¡Un hombre frente a un ejército!

Era la renovación del mito del gigante hecatonquérico, que él sólo era capaz de detener a enemigos infinitos con el prodigioso poder de sus cien manos.

Leyendo esta página de maravilla de nuestra maravillosa historia, sentimos la sensación extraña que nos produjeron en la niñez los libros de caballería o los cuentos fabulosos, viendo alzarse ante nuestros ojos las figuras deslumbradoras de aquellos héroes estupendos, vencedores de enemigos monstruosos.

Al llegar aquí parece cerrarse el ciclo de la realidad para empezar el de la leyenda.

Nuestro Héroe Epónimo pierde sus contornos humanos, entrando de lleno en los dominios de lo sobrenatural.

Su voz es un trueno que domina la voz de cien cañones.

Sus miradas son rayos que fulminan a la distancia.

Cuando camina, la Cordillera parece vacilar sobre sus firmes cimientos, y el ruido de sus pasos repercute largo tiempo en las gargantas de la Sierra, como el eco de un huracán que se aleja.

Su frente toca la bóveda del cielo y sus manos alcanzan los límites del horizonte...

Así le veían los enemigos, que no atinaban a consumar la victoria, deteniéndose, temblorosos, ante una sombra.

Y así le ve la posteridad, que no acaba de penetrar el secreto de aquella energía inagotable, que se traduce en más de un año de imposible resistencia, que hace nuestra todavía la victoria en Diarte, que hace de Acosta Ñú una de las más grandes batallas de la historia americana, que se abre paso, a través

de centenares de leguas, en la selva virgen, cruzando ríos caudalosos, transportando cañones, atravesando cordilleras, sin un solo día de fatiga o desfallecimiento.

La verdad es que no es posible verlo en otra forma, porque tal fué su realidad histórica, que no hay que confundir con su realidad humana.

Y así se explica que el intrépido caudillo del Imperio no pudiera coronar su obra, después de haber destruido totalmente a nuestro ejército.

Cuando llegó el conde D'Eu, que vino a reemplazarle, se encontró con una gran desmoralización en las filas de los aliados.

El solemne *Te Deum* mandado cantar por Caxías, festejando la terminación de la guerra, había caído en un inmenso ridículo.

El desaliento era general.

Ningún jefe brasileño había querido tomar sobre sí la responsabilidad de una sola iniciativa.

Y, entre tanto, López crecía a la distancia, crecía por momentos, hasta alcanzar las proporciones que hemos señalado.

De un momento a otro se esperaba una sorpresa, creyéndosele capaz de sacar recursos de la nada.

Como al empezar la campaña, sólo se ocupaban de extender sus trincheras, velando, noche y día, detrás de sus espesas fortificaciones.

Y Alberdi tuvo tiempo de decir en Europa que en aquellos momentos el Paraguay tenía su «segundo y más poderoso ejército en lo que se llaman sus *montañas*». «Son los Andes—agregaba—del nuevo Chacabuco y del nuevo San Martín, contra los nuevos Borbones de América.»

¡Nuestras montañas! Nuestra montaña quiso decir, rectificándose poco después, al proclamar la grandeza insuperada del que fué más alto que los Andes, y que los más altos entre los guerreros más encumbrados del Nuevo Mundo.

«López—decía—no tiene su igual; ni en Bolívar, ni en San Martín, ni en los mejores tipos de constan-

cia indomable y grande que presenta la historia de América.»

Y juzgando a los pigmeos que le combatían desde sus poltronas, no pudo menos que reconocer que el Héroe paraguayo, en la desolación de su impotencia, seguía siendo «¡un Aquiles delante de aquellos carneros!»

Pero, ¿qué había, en realidad, detrás de tan sugestivas apariencias, que hacían a López más poderoso sin ejército, según el genial pensador argentino?

Ya lo hemos dicho: ¡Aquiles no contaba sino con su voluntad y con la muerte!

Y con estos dos aliados se dispuso a reanudar la resistencia.

Lo que aterrorizaba al invasor no eran los cañones que se improvisaban en Caacupé, o los batallones que también se improvisaban en el paso de Ascurra.

Aquellos cañones y aquellos soldados podían ser barridos sin trabajo.

Pero algo teníamos a nuestro lado más poderoso que la metralla: ¡la muerte!

Y disponíamos de algo mucho más enérgico y temible que la metralla y que la muerte: ¡la voluntad del hombre de la resistencia!

Esa voluntad, sí, era como una montaña, como un Himalaya de energía, que había que aplastar para vencer al Paraguay.

Y ese era nuestro ejército, *nuestro más poderoso ejército*, de que hablaba Alberdi, con su videncia acostumbrada.

Digamos, pues, que por obra de esa voluntad milagrosa, tres meses después de la derrota de las Lomas Valentinas, volvíamos a tener un ejército de trece mil hombres, relativamente bien armados y equipados.

Todo se tuvo que hacer de nuevo.

Allí donde, cinco años antes, forjáramos el formidable escudo que había de resistir tanto tiempo a los



golpes de tres poderosos enemigos, tuvimos que improvisar la última valla que detuviera el avance del invasor.

No teníamos armas, ni municiones, ni soldados.

En las Lomas Valentinas habían peleado los inválidos y los niños, cargando nuestros cañones con pedazos de piedra y hasta con tierra.

¿De dónde sacar elementos para continuar la resistencia?

Conocemos el prodigio y sabemos cuál era la fuente inagotable de todos nuestros recursos.

Pero aun más, debemos agregar todavía, para explicar lo inverosímil, que en aquellos supremos momentos en que la patria se caía en pedazos, se mantenía en pie la organización nacional, marchando la administración pública con pasmosa regularidad.

El Gobierno civil estaba instalado en Piribebuy, y, en todo el territorio no ocupado por el enemigo, los funcionarios de la nación estaban en su puesto y cumplían su deber, con su habitual puntualidad, contribuyendo todos a la defensa del país.

¡A fines de 1868 se publicaba todavía un minucioso y completo censo agrícola!

Y la decisión y entusiasmo del pueblo no decayeron nunca, ni en los peores trances, ni en aquellos momentos de desolación y de miseria.

Los heridos de la última batalla se lanzaron por centenares al inmenso estero de Ypecuá, cruzándolo, con el agua al cuello, durante tres días, sin comer, e incorporándose a Solano López en Cerro-León.

Y todos los que aun podían andar o cargar un fusil, acudieron, presurosos, desde los últimos confines de la República, para rodear al héroe desgraciado que sostenía nuestra bandera.

Ancianos octogenarios y criaturas de once años formaron en las mismas filas, abrazándose así el pasado y el porvenir, frente al altar de la patria.

Y la fundición de Ybycuí y el arsenal de Caacupé

trabajaron sin descanso para armar a aquel extraño ejército, aprovechando la escandalosa indecisión del más que prudente vencedor.

¡Pero qué energía, qué actividad, qué don de mando necesitó el mariscal López para ordenar el caos, para organizar la derrota, para dar apariencias de fuerza material a lo que no era sino un vano lampo de fortaleza moral!

En la historia no se conoce un caso semejante.

¡Ningún capitán realizó, jamás, una hazaña tan prodigiosa!...

Pero sigamos.

Acabamos de decir que el príncipe Gastón de Orleáns, conde D'Eu y heredero del trono del Brasil, reemplazó al duque de Caxías, que dió por terminada la guerra y se alejó (1).

El nuevo generalísimo de la Alianza llegó a la Asunción el 14 de abril de 1869, tres meses y medio después de la batalla de las Lomas Valentinas, en que vimos desaparecer nuestros últimos soldados.

El Conde pasó inmediatamente revista a su ejército, repartiendo elocuentes proclamas y mostrándose dispuesto a obrar con toda actividad.

Pero, bien pronto, fué dominado también por la prudencia.

En vez de ir directamente a dispersar las fuerzas que penosamente se organizaban en Ascurra, despachó expediciones al interior, encomendando el pillaje a forajidos como Hipólito Coronado, el incendiario y asesino de Ybycuí.

Recién el 20 de mayo, se atrevió a mover el grue-

(1) Luis Felipe María Fernando Gaston de Orleans, conde d'Eu, nació en Neuilly el 25 de abril de 1842. Era hijo del conde de Nemurs y nieto de Luis Felipe. Pretendió comprar la Corona del Brasil al precio de su sexo, casándose con la hija mayor de Pedro II, la princesa heredera del trono, Ysabel Cristina Leopoldina Augusta Micaela Gabriela Rafaela Gonzaga.

La posibilidad de su encumbramiento al trono precipitó lo caída de la monarquía. Murió de un síncope cardíaco, a los ochenta años, cuando regresaba al Brasil, que acababa de abrir sus puertas a la familia maldita. Sus deudos tuvieron el buen acuerdo de llevar sus restos a Francia, para que no quedara en el libre Brasil republicano «ni el polvo de sus huesos»...

o de su ejército hacia Pirayú, aproximándose lentamente a nuestras posiciones.

Y, una vez en Pirayú, demoró dos meses para decidirse a atacarnos, de acuerdo con un plan que es la negación de la audacia y que da la medida del respeto que inspirábamos al invasor.

Seguro de ser rechazado en un ataque franco, resolvió hacer un movimiento envolvente por nuestros dos flancos, para obligarnos a salir de nuestras posiciones, cortándonos al mismo tiempo la retirada.

El Príncipe marcharía al frente de la poderosa columna que operaría sobre nuestra izquierda, cruzando la cordillera por Ybytymí, siguiendo el camino de Valenzuela a Itacurubí, y atacando la plaza de Piribebuy.

Los generales Emilio Mitre y José Antonio da Silva Guimaraes debían marchar con otra columna por el camino de Altos, para luego dirigirse a Atyrá y Tobatí, ocupando nuestra retaguardia.

En el cuartel general de Pirayú quedarían las fuerzas necesarias para amenazar nuestro frente y disimular los movimientos proyectados.

En la noche del 28 de julio de 1869 se movió la vanguardia de los aliados, comandada por el general Juan Manuel Mena Barreto. Marchando sigilosamente, para no ser sentida, tomó el camino de Paraguarí y Sapucay.

El 31 de julio avanzó el general Osorio con el primer cuerpo del ejército imperial; el 1.º de agosto, el mariscal Polidoro con el segundo cuerpo, y el 2 del mismo, el conde D'Eu con el resto de sus tropas.

Tenemos, pues, en movimiento al poderoso ejército que marcha sobre Piribebuy, plaza defendida por 1.600 hombres y 12 pequeños cañones.

Después de más de doscientos días de inacción, los aliados volvían a proseguir activamente la campaña, que debió terminar en Itá Ybaté con la conclusion de nuestro ejército.

El mariscal López tiene así frente a él, en acti-

tud amenazadora, a un Borbón, de la rama menor de los Orleáns.

El destino ha querido que sea su rival, en el epílogo del drama de nuestra independencia, un representante de la odiada familia de Fernando VII.

Y éste no va a desmentir, por cierto, la tradición de sus mayores.

El joven Príncipe, de femenina hermosura, de cabellos de oro y suaves ojos azules, no tiene de hombre sino la figura.

Como a Fernando VII, se le podía llamar tigre, hiena, pantera. Es también una bestia carnicera, sedienta de sangre, ávida de botín.

Bajo su dorado uniforme se esconde un salteador de caminos, un bandido vulgar, de crueldad inaudita, insensible al dolor ajeno, extraño a la compasión.

En una palabra, una fiera con apariencia humana, o un asesino disfrazado de Príncipe.

Se inició en el comando del ejército ordenando la masacre de Ybycuí. Después profanó la bandera paraguaya, enarbolándola entre las banderas aliadas, a pesar de las enérgicas protestas del mariscal López.

Pero esto, con ser monstruoso, era nada todavía.

Lo que hizo más tarde es superior a toda ponderación, como vamos a verlo.

El 7 de agosto estaban los aliados en Valenzuela, ocupando dos días después la aldea de Itacurubí.

La hora del sacrificio se aproximaba para Piribebuy, dentro de cuyo recinto no se notaba, sin embargo, ningún signo de inquietud o de zozobra.

El 10 de agosto llegaron, por fin, los enemigos, ocupando las alturas próximas y emplazando en ellas sus cincuenta y tres cañones.

Durante el día 11 organizaron las tropas que debían intervenir en el asalto del día siguiente.

Y aprovechando la obscuridad de una fría y lóbrega noche, avanzaron en silencio, en medio de la espesa obscuridad, aproximando su poderosa artillería



y distribuyéndola alrededor del pueblo en seis posiciones bien abrigadas, que dominaban nuestras trincheras.

Y empezó a alborear el 12 de agosto de 1869.

A las cuatro de la mañana, las bandas de Pirabebuy saludaron el amanecer con los briosos sones de una alegre diana, y poco después estallaron, a lo largo de nuestras líneas, los vivas acostumbrados a la Patria y al mariscal López.

Los aliados se mantuvieron silenciosos hasta que vino el día. Pero apenas acabó de aclarar iniciaron el terrible bombardeo, eficaz y mortífero, que debía preceder al asalto.

Este fué cruento como nunca. Los paraguayos se defendieron con estupendo heroísmo.

Cuando sucumbieron todos nuestros soldados, ocuparon sus puestos las mujeres.

Y cuando terminamos nuestros proyectiles, cargamos con frutas de coco nuestros cañones...

El enemigo encontró que la plaza había pasado a ser un cementerio.

En el asalto habían sucumbido el general Mena Barreto y millares de invasores.

El conde D'Eu se vengó de aquellas pérdidas mandando degollar al jefe de Piribebuy, comandante Pedro Pablo Caballero, y a casi todos los heridos. Y como si esto no le pareciera suficiente, ordenó que el hospital fuera incendiado, muriendo carbonizados algunos centenares de enfermos.

Y así se inició la última campaña, la campaña de las Cordilleras, fecunda en horrores, en la que el rojo príncipe imperial puso la nota de su crueldad sin límites, llenando de oprobio la bandera confiada a sus sangrientas manos mercenarias.

Como es natural, la caída de Piribebuy determinó el abandono del paso de Ascurra y la retirada general hacia el Norte.

Empezaba así la ascensión del Calvario.

Comenzaba la *Via Crucis*.

Pero antes de seguir al Mártir en la postrera jor-



El mariscal López, en 1869






nada de su dolorosa pasión, recordemos todavía algunos hechos que no pueden ser omitidos en un bosquejo de su vida.

Así que los aliados se establecieron en Pirayú, reorganizaron los cuerpos de la llamada *legión paraguaya*, compuestos de infelices prisioneros, obligados a pelear contra su patria. Y en acto público se les hizo entrega de la bandera tricolor, llevando a sus últimos extremos aquella nefanda burla a los más sagrados y respetables principios del derecho de gentes.

En adelante, los prisioneros paraguayos irían contra sus hermanos a la sombra de la enseña nacional.

Solano López, al tener noticia de aquel hecho inaudito, dirigió una enérgica protesta al conde D'Eu, invitándole a poner término a tan villana iniquidad.

Terminaba recordándole la protesta que dirigiera a Mitre, en 1865, por hechos semejantes, y advirtiéndole que haría efectivas, si llegara el caso, las represalias prometidas en aquella ocasión.

Gastón de Orleáns se contentó con responderle que se dirigiera a su Gobierno, pero justificando de paso el abuso de nuestra bandera, «porque la guerra no tenía fines hostiles a la existencia de la nación paraguaya».

Esta cínica contestación tuvo la respuesta que se merecía. El héroe paraguayo, al condenar aquel empeño en convertir una guerra internacional en lucha civil, dejó constancia de que «a un Príncipe de la casa de Orleáns le cabía realizar y justificar tanta ignominia».

«Permítame V. A. I.—agregaba—no discutir aquí los fines de esta guerra contra la existencia de la nacionalidad paraguaya, pero sí afirmar que nunca, jamás, ella estará a merced de sus enemigos, como parece pretender V. A. I. al mencionar la mísera condición en que algunos desnaturalizados paraguayos se hallan en las filas aliadas. V. A. I. no debe olvi-





dar que, si ha encontrado almas débiles que forzar y corromper, tiene todavía enfrente, con el Presidente de la República, otras más dignas que combatir».

Los «desnaturalizados» de que hablaba, eran los que en aquellos momentos rodeaban al vencedor en la capital, sirviéndole de instrumentos para que consumara todos sus designios. Se refería a los que iban a constituir el tristemente célebre «Gobierno provisorio», a los Cirilo Antonio Rivarola, Carlos Loizaga y José Díaz de Bedoya, que habían de hacer entrega de nuestros territorios y habían de ponerle fuera de la ley, suscribiendo leyes dictadas en los cuarteles brasileños, convirtiendo al Paraguay heroico en una miserable factoría del Imperio negrero y esclavócrata de los Braganza.

Y bien decía cuando afirmaba que si los aliados tenían a su lado a aquellas almas corrompidas, tenían también enfrente a otras más dignas que combatir, ya que con él estaban los que constituían la genuina representación de la patria, los que no aceptaban las imposiciones del Tratado Secreto y preferían la muerte a la traición.

Pero inútiles fueron, como siempre, sus protestas.

La bandera paraguaya siguió flameando entre las banderas aliadas, y los desgraciados prisioneros, sin redención posible, continuaron en las filas del implacable invasor.

El 30 de junio de 1869 se despidió oficialmente, en acto público, el general Mac Mahon, que hasta entonces había residido en Piribebuy, tercera capital de la República.

El noble representante americano fué portador de la siguiente conmovedora carta para su hijo Emiliano, residente en Europa:

«Ascurra, junio 28 de 1869.

Mi querido hijo Emiliano:

No sé si habrán llegado a tus manos mis anteriores de abril; pero me temo que no hayas recibido la primera, lo que sentiría, por lo mucho que te habla-



ba en ella; como fué dirigida al general Dix, ministro de los Estados Unidos, que ha sido relevado, su sucesor, probablemente, no habrá tenido mucho empeño en hacértela llegar, como decía en mi última.

Entonces te anunciaba un próximo viaje a los Estados Unidos, y ahora que regresa para su país el general Mac Mahon, es llegado el tiempo de que lo verifiques. Te he recomendado mucho a este caballero, que gustoso acepta la recomendación y quiere servirte de guía.

Yo cuento con que tú serás dócil a sus indicaciones y direcciones, por tu propio bien, y que no le ocasionarás el menor disgusto, y mucho menos bochornos en ningún sentido sino que, diligente y caballeresco, dejarás todo entretenimiento infantil y procurarás empeñosamente formarte el hombre estudioso y serio que ha de darme satisfacción y ha de ser útil a la patria y a sus pobres hermanitos, de quienes tú, en mi falta, serás única esperanza y apoyo.

No se trata de un paseo de holganza y entretenimiento, sino de la práctica de la vida y el estudio más asiduo y constante, que te ha de formar en el mundo. Muchos años has pasado ya en Europa, sin que yo haya notado un provecho real en tus estudios. Por el contrario, he tenido que deplorar más de una vez tu poco adelanto, debido a circunstancias de que no he sabido darme buena cuenta por la prolongada incomunicación en que esta malhadada guerra nos ha puesto, en el tiempo en que más precisabas tú de mis consejos y yo de tus noticias; sin embargo, las pocas palabras, que de tiempo en tiempo me han llegado, lejos de traer la consoladora prueba de tus adelantos, no han hecho sino avivar mis penas y cuidados, recordando que hubo un tiempo en que, con poca aplicación a tu verdadero adelanto, lo has descuidado todo para preferir entretenimientos fútiles y una sociedad inconveniente, como la de García, en vez de cultivar más estrechas relaciones con otros compañeros que, aunque apareciendo en



condiciones más humildes, estaban llamados a trabajar en el desarrollo de nuestra Patria en condiciones más o menos aventajadas, según la ilustración que su laboriosidad y conducta hubieran podido conquistar a su regreso al seno de la Patria.

Todo esto puedo decirte ahora, que te considero con mejor criterio, ahora que cuentas más años, circunstancias que me hacen esperar mejor apreciación de mis consejos y mejor logro a mis constantes deseos por tu cumplida educación, cultura y provecho.

En la última carta que de ti he recibido me recordabas tu edad para pedirme ser admitido en calidad de *attaché* de la Legación. Yo quisiera haberte dado, no sólo este puesto, sino otros más altos, pero prefiero que tú sepas merecer puestos más distinguidos, mostrándome tu habilidad y empeñoso estudio, y es con este propósito que te proporciono ahora el conocimiento de los Estados Unidos, donde espero confiadamente sabrás alcanzar los méritos y adelantos que de todo corazón yo te deseo, pues el número de años no sirve sino en sentido negativo cuando no se ha sabido aprovecharlo ventajosa o por lo menos útilmente. Y a propósito de edad, tú no estás ya para perder el tiempo, sino para contar y aprovechar todos los instantes de la vida con una laboriosidad perseverante y honorable, y yo cuento con que vas a darme estas satisfacciones.

Como con el viaje que te proporciono a los Estados Unidos tendrías el tiempo sin ocupación, cosa demasiado pesada y reprochable en todo hombre de bien, quiero que para ocuparlo útilmente entres como estudiante en la oficina del abogado más hábil posible, para que tengas la ocasión de aprender la teoría y la práctica de las leyes, y el general Mac Mahon tiene la bondad de encargarse de buscarte una colocación, en la que, según tu laboriosidad y contracción, sabrás atraerte la estimación y el respeto de los principales, y con ello mi más cumplida complacencia.

Tú eres hasta ahora ajeno a la vida y puntualidad de oficina, pero te recomiendo muy de veras no dejarte jamás notar en tal género de falta, que siempre es dañosa para la reputación ulterior.

Quiero lisonjearme de que en breve tiempo aprenderás los principios teóricos, que han de guiar tus trabajos prácticos y formar tu inteligencia en el ramo, ofreciendo así a los principales del oficio un motivo de atención hacia ti, y mira que cuando un joven tiene la desgracia de merecer, en lugar de atención, el reproche de sus principales, es muy penoso para su crédito en la vida futura. Y que no te arredre la enseñanza muda de un estudiante de abogado, que esto se vence con la contracción y el trabajo.

Según mis informaciones, las oficinas de abogado en Nueva York son preferibles a las de Wáshington para que un joven estudiante pueda aprovechar; y aunque en aquella ciudad la vida es más cara que en Wáshington, yo prefiero para ti una colocación allí, donde has de tener la ocasión de una práctica más constante y variada, y así lo recomiendo al señor Mac Mahon, de cuya residencia quedarás también más cerca para cuando algún consejo necesites.

Además, viviendo cerca de él, podrá proporcionarte algunos conocimientos de honorabilidad y respeto, que tú, por tu parte, cuidarás de cultivar con empeñoso esmero, tratando de inspirar, sino algún interés, al menos simpatía.

Pero cuídate de hacer el conocimiento o la relación de hombres o jóvenes ociosos y disipados, que no te traerían sino el desprecio inmediato de las gentes sensatas y desgracias en el futuro; yo te recomiendo evitar tales escollos con la más cuidadosa precaución, como que nada será tan penoso para mi corazón como tu prematura pérdida.

No es mi ánimo recluirte por completo en la oficina de un abogado, y deseo que, llevando una vida laboriosa y contraída, también adelantes en la vida social, y tiempo tienes para esto, después de haber



cumplido con tus deberes diarios en la oficina, paa-cultivar la relación de las personas o familias honor rables cuyo conocimiento hayas podido hacer.

Por los informes que tengo, te convendría tomar en Nueva York una pieza amueblada en un *boarding house*, tomando la comida en un hotel, cosa que me dicen costaría, en todo, 1.500 pesos americanos por año, cuando más.

En las épocas o estaciones del Congreso, puedes pasar a vivir en Wáshington, donde la vida es más barata, y tendrás la ocasión de ver el mundo político, y diplomático, y si sabes merecer, como yo lo espero serás admitido en ellos.

Como tus estudios de abogado no llevan por objeto recibir de los principales de la oficina ninguna compensación pecuniaria por el trabajo que puedas tener, puesto que ahora no buscamos sino tu instrucción y adelanto, en el verano, cuando la población de Nueva York sale al campo, podrás tú hacer lo mismo, evitando los lugares *fashionables*, en donde no se gasta sino mucho dinero e inútilmente, y buscando las inmediaciones menos a la moda podrás pasar igualmente bien y con menos dispendio, y hasta haciendo alguna economía.

Podrás también visitar otros Estados o ciudades, cuidando siempre de hacerlo con provecho y gastando lo menos posible; digo con provecho para tu instrucción, porque debes tener un principio bien establecido, y es no mirar nada con indiferencia, sino desde el punto de vista de su objeto, en relación a la razón y al provecho. Es decir, darte cuenta de todo, porque de todo esto ha de venir un día en que necesitarás.

Como en los Estados Unidos la ropa es cara, harás bien de llevar de allí lo que necesites para no hacer compras allá.

El general Mac Mahon pondrá a tu disposición cien (100) onzas de oro y cuatrocientas (400) otras en los Estados Unidos. Esto es lo que puedo mandarte, y te recomiendo la mayor economía en tus gas-

tos, porque no sé cuándo podré enviarte más, ni si podré hacerlo, porque nuestra fortuna está arruinada con la guerra y estoy resuelto a poner sus restos al servicio de la Patria. Con esto te arreglarás mejor. (1)

La guerra, sin embargo, no puede durar mucho, y si la Patria se salva, todo estará salvado; pero si por desgracia cae, yo caeré con ella, y en ese caso, tú serás, como te he dicho antes, la esperanza de tus tiernos hermanitos, y te recomiendo que entonces trabajes, aunque sea labrando la tierra, para que no les falte el pan, que así nuestro Dios les ayudará a todos y serán benditos de El como de mí.

Ya ves que no tengo la posibilidad de mandarte tanto cuanto quisiera, pero confío en que portándote con la moderación y circunspección que te deseo, y llevando una vida modesta y sin pretensiones, que no debes tener, te permitirá vivir algunos años y hacerte apto para afrontar cualquiera que sea la suerte que la Providencia quiera acordarnos, y en todo caso te recomiendo desde ahora la conformidad y resignación posibles.

Para no ir tan solo, y teniendo confianza en la juiciosidad, que siempre he notado en el ciudadano Luciano de Lara, le invitarás de mi parte para que te acompañe, pues confío que te será un amigo leal y útil compañero, y de tu cuenta serán sus gastos más

---

(1) Suelen repetir sus calumniadores la leyenda—propalada durante la guerra—según la cual envió inmensas riquezas a Europa, a bordo de las cañoneras extranjeras que visitaron el Paraguay al terminar la contienda. En esta carta revela a su hijo la verdad de su situación, haciéndole saber que su pingüe fortuna ha sido arruinada por la guerra y que está dispuesto a poner los restos de ella al servicio de la Patria. Y pone en sus manos cuanto posee en Inglaterra, que no puede ser mucho, porque ha ordenado antes que nuestra Legación en Europa dispusiera de esos fondos.

La mejor prueba de que es absolutamente falso que enviara tales riquezas es la pobreza en que vivieron los suyos después de su muerte.

¿Dónde, en qué Banco se depositaron y qué se hicieron los fabulosos millones de que se habla?

¿Por qué a fines de 1869 decía a su hijo mayor que él sería la única esperanza de sus tiernos hermanitos, recomendándole que después de la catástrofe *labrara la tierra para que no les faltara el pan?*



indispensables, y ambos aplicarán su atención para que el gasto común sea el menos considerable posible. En lo demás, Lara tomará en los Estados Unidos la ocupación que más le convenga, y le darás lectura de este pasaje, lo mismo que al capitán Benítez. Queda entendido que también a Lara le proveerás de los vestuarios necesarios, y, como amigo de confianza, le pedirás su opinión en todas las cosas que aquí no estén prevenidas; y en cuanto a la materialidad de la manera de vivir, allá verán con la experiencia lo que mejor les convenga.

Bueno fuera que, no incurriendo en gastos demasiado grandes, tomaras algunas lecciones de música como entretenimiento más útil que otros, y te dedicaras al estudio de las lenguas.

A propósito de esto, escribe tus cartas en francés, pero no descuides cultivar el español, que el inglés te será familiar.

Te prohibo todo juego de azar, y evita aún los inocentes, de los que fácilmente se pasa a los otros.

Acompaño para tu uso copia firmada de la carta que escribo al señor A. Blyth, en cuyo poder, como tú sabes, quedaron nuestros intereses al estallar la guerra. Dispondrás de lo que aún tengamos, colocándolo en algún Banco y tratando de conservarlo para cuando tus necesidades sean más apremiantes.

Quedaron también en aquella época algunos intereses privativamente míos a cargo del señor Roberto Stewart de Edimburgo; pero como de ellos quedaba autorizado para hacer uso en favor del gobierno, nuestro agente Barciro, no sé lo que habrá sucedido; y tampoco el capitán Benítez me ha dado noticias en la única carta que de él tuve después de haberse recibido de la legación. Sin embargo, podrás inquirir algunos conocimientos para tener esos fondos disponibles, como recursos de que podrás echar mano en último caso, y podrás mostrar esta carta al capitán Benítez, si así te conviniere.

Como no sé el tiempo en que podré volver a escribirte, quiero prevenirte el inesperado caso en que



por motivo de salud u otra grave circunstancia, como de fuertes desengaños, tocando absoluta imposibilidad de llenar mis deseos en los Estados Unidos, podrás volver a Europa, previo consejo del general Mac Mahon y de otras personas respetables, cuyas relaciones hubieses podido adquirir, ya sea allá o en Europa.

En lo demás, confío que tu cordura y prudencia te aconsejarán.

Adjunto una recomendación para nuestro Cónsul general en Nueva York, que siempre se ha portado bien y que espero te será de mucha utilidad. El también podrá guiarte en algo sobre el modo de colocar tu dinero en algún Banco, pues no debes nunca tener contigo sino lo muy preciso.

Muy joven me has dejado y muchos años han corrido sin siquiera tener noticias tuyas ni recibir mis consejos, de manera que tú no me conoces, pero por esta carta, escrita al correr de la pluma, conocerás mis deseos y sírvante de consejos sus prescripciones que, mientras tenga la ocasión de escribir otras, te recomiendo leas con atención y reflexión todos los domingos, después de misa, pues, pudiendo, nunca debes faltar a este precepto, así como al Santo Amor y Temor de Dios, a cuya Magestad te recomiendo y ruego te bendiga y haga feliz.

Recibe los cariños de tus hermanitos y los de tu amoroso padre.

FRANCISCO S. LÓPEZ.»

Esta carta, más bella, indudablemente, que cuantas escribió lord Chesterfield, es, como se vé, su último testamento, al aprestarse a consumar el supremo sacrificio.

En ella se despide de su hijo, al ir a la muerte, trazándole el programa moral de su vida.

No conocemos otro documento que mejor transparente su alma.

¡Y qué lejos está el hombre que se revela así, en la sincera intimidad del amor paterno, del monstruo



sombrío que han pretendido hacer de él los falsificadores de la historia!

Ese, y no otro, es el Solano López de la realidad.

Despojado de las aparatosidades de su posición oficial, deja a un lado su pesada armadura de guerrero, y, descendiendo del trágico escenario de la Epopeya, abre su corazón al hijo ausente, y le habla como padre, en la augusta serenidad de su agonía.

Ni el odio, ni la ira, ni la vanidad, ni ninguna pasión subalterna turban la placidez de la sublime confidencia.

El hombre se revela tan grande como el héroe, y el padre tan estoico como el soldado.

Por eso sus palabras, llenas de una extraña unción, tienen mayor elocuencia que las de sus más ardorosas proclamas.

Llegan a nuestra alma, y la pueblan de largas y profundas resonancias.

«Si la patria se salva, dice, todo se habrá salvado. Pero si por desgracia cae, yo caeré con ella, y en ese caso tú serás la única esperanza de tus tiernos hermanitos, y te recomiendo que entonces trabajes, aunque sea labrando la tierra, que así nuestro Dios les ayudará a todos, y serán benditos de él, como de mí».

¿Puede darse nada más solemne o más emocionante?

El estilo es bíblico, y tiene cada frase una poderosa fuerza sugestiva, que nos transporta al pasado y nos coloca frente al hombre que con tanta magestad habla de la muerte y con tan profunda fe habla de Dios.

¡Caerá, sí, con la patria!

Fiel a su lema de guerrero, no pudiendo vencer, tenía que morir.

Pero sus hijos no debían pensar en vanidades imposibles después de su muerte.

Su fortuna había sido consumida por la guerra, y estaba dispuesto «a poner los restos de ella al servicio de la patria»

No les iba quedar sino la gloria de su nombre, y para ser benditos de él como de Dios, deberían trabajar, labrando la tierra si fuese preciso.

¡Benditos de él y de Dios!

¡Sí! Cree en Dios. Pero no en el Dios material del fanatismo, especie de Moloch iracundo, Dios interesado, cuya protección se conquista con dávidas también interesadas.

El Dios que invoca es «el Dios de los Ejércitos», «el Dios de las Naciones», es «su Dios», es decir, un Dios aparte, expresión de la justicia inmanente y de la verdad absoluta.

Y ese Dios está constantemente en sus labios, presidiendo todos los actos de su vida. Lo recuerda en sus proclamas, en sus notas oficiales, en sus cartas íntimas.

Al despedirse para siempre de Asunción, dice a sus conciudadanos:

«La santidad de la causa que nos ha obligado a dejar nuestra vida pacífica y laboriosa, está en el corazón de cada uno de nosotros, y el *Dios de los ejércitos velará sobre nuestras armas*».

Cuando Estigarribia capituló en Uruguayana, aseguró que «respondería ante *Dios* del único acto que con vergüenza registramos en nuestra historia».

Cuando desbarató la conjuración tramada contra él, es decir, contra la patria, escribió estas palabras:

«*¡Compatriotas! Hemos salvado de la más grande catástrofe, mediante la protección del Señor.* Levantemos las manos *al cielo*, como nunca confiemos en su misericordia y cumplamos nuestros deberesde cristianos para con la patria, que todavía, *Dios mediante* y el poder de nuestras armas, la posterioridad saludará grande y gloriosa a la República del Paraguay».

Después del desastre de Lomas Valentinas, dice todavía a sus soldados:

«*Nuestro Dios* quiere probar nuestra fe y nuestra constancia, para darnos después una patria más grande y más gloriosa...»



Y en su magnífica respuesta a la intimación de rendición de los generales aliados, habla del *Dios de las Naciones*, en cuyas manos, dice, ha puesto «la suerte de la Patria y la de sus generosos hijos», asegurando que los paraguayos se baten con la resolución «*del hombre cristiano*, que se abre una ancha tumba en su patria, antes que verla ni siquiera humillada». Y agrega: «por lo demás, legando a la historia mis hechos, sólo a *mi Dios* debo dar cuenta».

¿Pero fué, acaso, un cristiano, el hombre que no titubeó en sacrificar al supremo dignatario de la Iglesia, ante el altar de la patria en peligro?

¡Cristiano, y de los más sinceros!

Pero cristiano como debía serlo un hombre superior. Cristiano como lo quiso el Maestro, practicando su moral y adorando a Dios «en espíritu y en verdad».

La cruz era el único símbolo de su fe. Sólo ante ella doblaba sus rodillas, para elevar sus pensamientos a las alturas.

Allí donde acampase su ejército, se improvisaba en el acto un oratorio y se celebraban los oficios divinos.

Sabía demasiado cuán grande es el poder reconfortante de la religión y no quería privar a sus compañeros de un estímulo tan eficaz para soportar los dolores de la cruenta campaña.

Pero a él le bastaba el trágico madero, para celebrar su comunión con el Dios de sus mayores.

En los grandes momentos abrazaba al sublime leño redentor, buscando entre sus brazos el piadoso calor de un amor supraterreno.

Así, en Itapirú, en 1866, próxima ya la invasión del enemigo, se arrodilló una vez ante la cruz que señalaba la tumba de los caídos en Corrales, permaneciendo largo rato, con la frente baja, en una absoluta abstracción, entregado a la más honda meditación.

En San Fernando, cuando se descubrió la conspiración, reunió al ejército alrededor de la cruz del

campamento, para revelarle la nueva infausta que hacía sangrar su corazón.

Era el 24 de Julio de 1868, día de su natalicio.

Acababan de cantar un *te Deum* a Dios, y las almas estaban vibrantes del más puro misticismo.

Y el héroe acongojado prometió—poniendo por testigo a la cruz - perdonar a los culpables que, en aquel instante último de su clemencia, declarasen espontáneamente su falta e hiciesen público su arrepentimiento.

Los cortesanos que le rodeaban, y que eran los únicos culpables, callaron... Sólo el cínico obispo Palacios se atrevió a hablar, dirigiéndose a las tropas, es decir, a los inocentes, para pedirles que se acogieran buenamente a la magnanimidad del Mariscal, confesando su culpa.

En aquel momento conocía ya Solano López toda la deslealtad del sicofanta purpurado.

No pudo, pues, soportar su cinismo, y volviéndose hacia él, dijo en latín—para que los demás no entendieran—una frase intencionada, que llevó el terror y el desconcierto al alma del prelado. (1)

Después... inclinándose ante el negro madero, se retiró a su cuartel general.

¡La piedad había muerto en su corazón!

Más tarde, en San Estanislao, después del suplicio del coronel Mongelós, víctima del rigor de la ley, sacrificado a la disciplina, volvió a arrodillarse frente a la gran cruz del pueblo, antes de proseguir la retirada.

Mongelós, el comandante de su escolta, era uno de sus jefes más queridos.

Y hubo de fusilarlo, como fusiló a su hermano,

(1) Poco después, iniciado ya el proceso de la conspiración, el obispo Palacios propuso al mariscal López que sin más trámites pasase por las armas a todos los comprometidos. Pero éste no escuchó tan cristiano y caritativo consejo, contestándale: «Vuestra S. I. comprenderá que yo tengo especial interés en saber también lo que ellos saben, de modo que en ningún caso me puede convenir lo que V. S. me propone».

Lo que el obispo quería era que murieran todos sus cómplices, para que fuera con ellos a la tumba el secreto de su crimen.



ahogando en su pecho avasalladores sentimientos.

¡Pero es que él ya no era un hombre!

Era la Patria misma, era nuestro Derecho, era nuestra Gloria...

Y no le era dado anteponer sus flaquezas humanas a la magestad de nuestra causa.

¡Por la Patria todo debía sacrificarlo!

¿No iba a sacrificarse él mismo, en un holocausto final y único, haciendo oblación de su vida?

¡Pero cuán amargas eran para el hombre aquellas pruebas!

Sólo Dios era testigo de su dolor.

Y por eso se inclinaba ante el símbolo de su misericordia, en el silencioso recogimiento de su conciencia, para elevarse hasta él en la pureza de sus intenciones.

«Durante una hora permaneció arrodillado, dice un testigo, ante los restos de su ejército, que acababan de presenciar consternados el escarmiento. Y luego después se levantó, montó a caballo y prosiguió, triste y silencioso, la retirada».

He aquí una faz interesante de su compleja personalidad.

Aquello no era el ingenuo fanatismo de Belgrano, que nombró a la Virgen generalisíma de su ejército.

Aquello era otra cosa, como él era y es una cosa aparte entre los héroes americanos.

Nosotros señalamos el rasgo, al pasar, dejando a otros la tarea de estudiarlo.

Y volviendo a la carta a su hijo Emiliano, diremos que toda ella es una lección de moral, de humildad y de patriotismo, que sólo pudo dictar un héroe republicano y un hombre profundamente austero.

Toda su vida anterior y todos sus sacrificios posteriores tienen en ella su clave y su explicación.

Y todas las leyendas forjadas sobre las riquezas que, según sus enemigos, envió al extranjero, así como su intención de huir a Bolivia, quedan desvanecidas en ese documento de inmenso valor probatorio.

Sus bienes particulares en Europa habían sido puestos al servicio de nuestra legación, y, al igual de su cuantiosa fortuna en el país, se habían agotado en la defensa de la patria. (1).

Y su resolución de morir—confirmada después por los hechos—está bien recalcada en varios pasajes de la carta, no pudiendo caber ninguna duda al respecto.

Emiliano López desempeñó un lucido papel en los Estados Unidos.

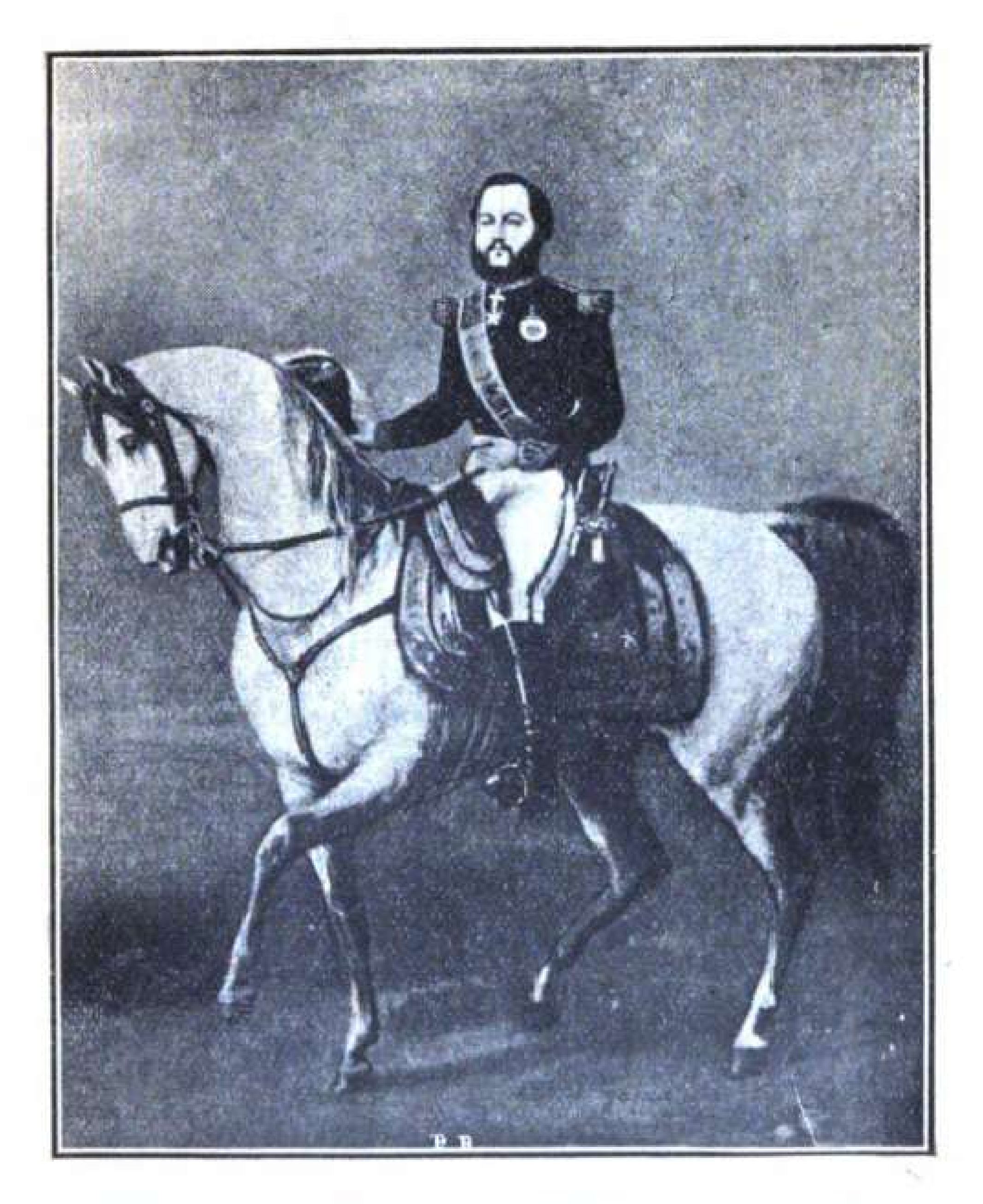
Es famosa la humillación que hizo sufrir al ministro argentino, en un baile oficial de la Casa Blanca, en el que éste protestó por la presencia del hijo del «tirano López», pretendiendo que se le hiciera retirar, y teniendo que retirarse él ante la actitud del presidente de la República, que no disimuló su simpatía por el ilustre joven paraguayo.

Hijo de doña Juana Pesoa, esposa después del coronel Hermosa, falleció en la Villa del Pilar, poco después de terminar la guerra.

(1) El origen de la colosal fortuna del mariscal López es bien sencillo. Don Lázaro de Rojas Aranda, su padrino de pila y hombre el más acaudalado del Paraguay, le dejó, al morir, todas sus riquezas.

Hé aquí la disposición pertinente de su testamento:

«11.° Y cumplido y pagado todo lo dispuesto en este testamento, del remanente de mis bienes, derechos, acciones, y futuras sucesiones, instituyo, elijo, y nombro por único y universal heredero al joven ciudadano Francisco Solano López, hijo legítimo del Señor Presidente de la República, ciudadano Carlos Antonio López y de su consorte Juana Paula Carrillo, para que por mi fallecimiento lo disfrute y goce con la bendición de Dios y la mía.»



**Gran retrato de Solano López, hoy en París.**

## XXIII

**En presencia de los movimientos del enemigo, el mariscal López abandona el paso de Ascurra.—El Conde de D'Eu no intenta cortar su retirada.—Llegada a Caraguatay.—Ordena a la población civil que no le siga.-Marcha a San Estanislao.—El general Caballero es alcanzado en Acosta-ñú.—Caagay-yarú—Crueldades del Príncipe imperial. Genes detiene al enemigo en el pasó del Mbutuy.—El invasor tiembla ante López.—Seguía siendo el hombre de Paso Pucú.—Complicado plan del Conde D'Eu.—El fruto del miedo.—Sus resultados prácticos.—El Príncipe llega a Curuguaty.—No se atreve a alcanzar a López.—Regreso vertiginoso.**

Respondiendo a un vasto movimiento envolvente, mientras los aliados se apoderaban de Piribebuy, otra columna enemiga cruzaba la Cordillera en dirección al pueblo de Altos, amenazando por allí nuestra retaguardia.

Y para cortar nuestra retirada, fué despachada también una división de caballería y artillería ligera hacia Barrero Grande.

El mariscal López, que no ignoraba las maniobras del invasor, no se dejó estar en su ya insostenible posición de Ascurra, emprendiendo la retirada hacia el norte, el día 13 de Agosto de 1869, a las cinco de la tarde.

Para el efecto, dividió su pequeño ejército en dos





columnas: una de vanguardia, a las órdenes del general Francisco Isidoro Resquín, y otra de retaguardia, a las órdenes del general Bernardino Caballero.

El conde D' Eu tuvo tiempo de sobra para impedir este movimiento, teniendo en cuenta, sobre todo, los elementos de que disponía y el desastroso estado de nuestros medios de movilidad.

La misma noche del asalto o en la madrugada del día siguiente debió marchar sobre López, sorprendiéndole, por la espalda, en su campamento.

De Piribebuy a Ascurra hay, apenas, cuatro leguas, siendo excelentes los caminos.

No sólo la caballería, sino la infantería pudo llegar en pocas horas, estableciendo enseguida un sitio riguroso que, fatalmente, le hubiese asegurado el éxito.

En todo caso, pudo ocupar Caacupé, aislándonos en nuestra posición.

Pero nada de esto se le ocurrió al sanguinario pero poco arrojado Príncipe.

Creyó mejor obrar con la mayor prudencia y sin precipitaciones de ninguna clase, entreteniéndose en degollar prisioneros y en quemar hospitales, dando esparcimiento a su inaudita crueldad.

El solo pensar que iba a habérselas, personalmente, con el mariscal López, hacía que aminoraran todos sus brios, prefiriendo que se le escapase la presa y se prolongara indefinidamente la campaña.

¡Tal era el respeto que infundía el héroe paraguayo!

Y ya veremos cómo, en todo el resto de la guerra, hizo lo posible para no alcanzarlo, deteniéndose ante él cada vez que lo tuvo a dos pasos de distancia. (1)

(1) Dos hechos dignos de la más severa condenación tuvieron lugar en esta época, en los departamentos del Norte, hechos que suelen cargarse en la cuenta del Mariscal López, responsabilizándole de ellos, a pesar de su absoluta e indiscutible inocencia. En síntesis las cosas pasaron así: informado Solano López de que los Jefes políticos de Horqueta y Concepción, y algunos vecinos de aquellas localidades, se habían puesto al habla con los Jefes de los acorazados brasileños—fondeados en el puerto de la última ciudad citada—despachó inmediatamente al Mayor José Benítez, con la orden de averiguar lo que pasaba

En la noche del 14 de agosto llegó López a Caraguatay. Y al día siguiente, después de hacer oir a sus tropas una misa campal, prosiguió la marcha, cruzando el Yhaguy, por el Paso Franco, con rumbo a San Estanislao.

Antes de dejar Caraguatay ordenó que se quedara la población civil que seguía al ejército, dejando en su puesto al jefe político de la localidad, D. José del Rosario Miranda, para que cuidara de ella.

Los que, en adelante, le siguieron en su peregrinación, lo hicieron voluntariamente.

Este hecho está constatado en el diario de campaña del conde D'Eu y por otros muchos testimonios.

Recién el 15 reanudaron las operaciones los vencedores de Piribebuy, marchando el mariscal Victorino Monteiro, al frente del 2.º cuerpo del ejército imperial, hacia Barrero Grande, mientras el Príncipe, al frente del primer cuerpo, se dirigía a Caaupé.

De paso por este pueblo, mandó incendiar el Hospital de Sangre, volviendo a perecer quemados numerosos heridos y enfermos, víctimas del más cruel salvajismo.

Entre tanto, el general Caballero marchaba lenta-

y traer presos a los comprometidos. Benítez, que resultó ser un hombre feroz, una vez probada la traición de los culpables, los hizo pasar por las armas, yendo así mucho más allá de sus instrucciones. El Mariscal recibió con indignación esta noticia, ordenando en el acto la prisión de Benítez, que, con una barra de grillos, fué remitido al Cuartel General de Azcurra. Desgraciadamente, al llegar a la picada de Caraguatay, fué tomado prisionero por el enemigo, que avanzaba triunfante después de la acción de Acosta-ñú, salvándose así de una muerte segura y de un justo castigo. He aquí uno de los grandes crímenes que se imputan al mariscal López!

Veamos ahora el otro. Encontrábase el coronel Galeano en Tupí-Pytá, departamento de San Pedro—al frente de 1.300 hombres—cuando supo un día, por una criada, que una familia Teixeira de Tacuatí intentaba embarcarse en los acorazados enemigos, como ya lo habían hecho otros. Galeano, hombre del más humilde origen, había sido peón de dicha familia, lo que no impidió que, convertido en un personaje militar, pretendiera cortejar a una de sus antiguas patronas, siendo rechazado con desdeñosa insolencia. Y la ocasión se presentó para vengarse, con salvaje crueldad. La señora Teixeira y sus hijas fueron apresadas, y, comprobado su intento de pasarse al enemigo, fueron ejecutadas. El mariscal López, reprobó, naturalmente, este hecho, ordenando también la prisión de Galeano, que llevado a su presencia, fué fusilado, sin más trámites.

En ambos casos, no sólo reprobó el crimen, castigó a los culpables.



mente, custodiando la pesada impedimenta de nuestro ejército.

El mal estado de los animales de tiro hacía que apenas pudiera moverse, quedando, bien pronto, cortado del resto de nuestras fuerzas.

Su situación era, pues, realmente crítica.

Abandonar la gran carretería que escoltaba era renunciar a casi todos nuestros elementos de vida y de defensa.

Seguir aquella marcha desesperante era exponerse a ser rodeado por un enemigo inmensamente superior.

¿Qué hacer ante este terrible conflicto?

Apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre él, cuando ya se sintió alcanzado por el invasor.

En efecto, cuando en la noche del 15 le llegó la orden de precipitar la marcha, abandonando todo, era ya tarde.

En vano al día siguiente, al romper el alba, trató de acelerar la retirada. La vanguardia del ejército imperial pisaba sus talones, hostilizándole seriamente al entrar en el vasto campo de Barrero Grande.

Llegar al otro lado y alcanzar los bosques de Caraguatay era salvarse.

Y tal fué su único objetivo en aquellos trágicos momentos.

¡Pero inútiles fueron todos sus esfuerzos! Conocemos ya la calidad de sus tropas.

Sus batallones eran batallones de ancianos, de heridos convalecientes y de niños de once a catorce años.

Su artillería era escasa, mal pertrechada y de pequeño calibre.

Caballería casi no tenía.

Y en tales condiciones luchó desde el amanecer hasta la caída de la tarde.

Sobre el paso del Arroyo Yuquyry, tuvo lugar lo más reñido de la batalla.

En vano el enemigo trató de atravesarlo, cargando sobre nuestro frente, mientras su caballería em-

bestía sobre nuestros flancos y su artillería no cesaba de ametrallarnos.

Aquellos niños sublimes peleaban con tal denuedo, que los pesados batallones retrocedían acobardados, después de cada avance.

Tres veces llegaron a la carga los brasileños, y otras tantas veces retrocedieron. Entre tanto, se agotaban nuestros proyectiles y hacía rato que nuestro parque había caído en poder del enemigo.

Caballero, después de cargar sus cañones con balas de fusil, con bayonetas, con lo que encontraba a mano, ordenó la retirada, pasando a defender el Paso del Piribebuy.

Y la batalla continuó, con creciente encarnizamiento.

Cuando ya parecía que no podía ser peor la situación de los paraguayos, se oyó, de repente, un lejano rumor, como el de una tempestad que se aproximaba.

Era la caballería del general Cámara, que llegaba a la carrera, de Barrero Grande, precediendo al segundo cuerpo del ejército imperial.

El ataque fué recio, pero la firmeza de los niños de Caballero era inquebrantable. Y mientras los restos de nuestra infantería recibía a pie firme al enemigo, el capitán Blas Fleitas y los tenientes José Aquino y José de la Cruz Melgarejo, al frente de unos pocos jinetes, lanzábanse, sable en mano, sobre los regimientos del general Resín, haciéndolos retroceder y acuchillándolos por la espalda...

Pero fué el último esfuerzo de nuestro heroísmo en aquel día inolvidable.

El general Cámara, poniéndose personalmente al frente de su caballería, y reforzado por otras fuerzas que se le agregaron oportunamente, cayó sobre los restos de nuestras tropas, exterminándolas.

Empezaba a oscurecer.

La batalla estaba terminada.

Caballero, gracias a la noche, pudo escapar con algunos pocos compañeros, internándose en las sel-



vas, para ir a presentarse a López en San Estanislao.

El conde de D'Eu volvió a manchar su triunfo con atrocidades inútiles.

Después de ultimar a muchos de los vencidos, y no teniendo a mano un hospital, prendió fuego al campo, luego de haber recogido sus heridos, dejando que los nuestros murieran carbonizados.

Este hecho salvaje hemos de ver reproducido en Cerro Corá.

Durante toda la noche iluminaron el espacio las cárdenas llamaradas del incendio, turbando la quietud infinita que sucedió al fragor de la pelea, las detonaciones que producían, al estallar, los pertrechos de nuestro parque.

Al otro día sólo quedó en la verdeante llanura una capa de ceniza, como único rastro de la barbarie del invasor...

Había llegado el momento de reanudar la persecución del temido enemigo.

El 17 descansó el Príncipe, y el 18, muy temprano, se puso de nuevo en marcha.

Para llegar a Caraguatay tenía que vencer un pequeño obstáculo.

Los paraguayos se habían fortificado en la boca de la picada que conducía a dicho pueblo, lugar denominado «Caaguy-yurú».

Y a las siete de la mañana cayeron los imperiales sobre esta posición, después de haberla batido un largo rato con su poderosa artillería.

Ocho batallones de infantería cargaron sobre el frente, mientras sobre los flancos caían dos divisiones de caballería.

Después de una resistencia desesperada, entraron en nuestra posición, ensañándose cruelmente en los vencidos.

El Conde D'Eu, en persona, actuó en la tremenda masacre, presenciando impasible el degüello de los desgraciados prisioneros.

Y esta vez el ensañamiento más cruel siguió a la horrible matanza.

El mayor Cárdenas, el comandante Bernal, el comandante Escobar, el mayor Coronel «e muitos outros oficiaes»—como dice el Diario de campaña del sanguinario Príncipe—fueron decapitados, colocándose sus cádaveres en hileras en la picada, y sus cabezas, también en hileras, a un metro de distancia.

Véase lo que dijo el gran diario «La América», de Buenos Aires, en su edición del 26 de Agosto de 1869, al tener noticias de estos horrores:

«En la sombría tragedia que viene representándose en el Paraguay, ha más de cuatro años, los episodios sangríentos se suceden con frecuencia aterradora.

»Las pasiones excitadas en esa guerra tremenda, no han tenido ni un momento de calma, y la civilización parece haberse alejado espantada de las filas de los enfurecidos combatientes.

»Millares de cadáveres atestiguan la horrenda hecatombe, y si en medio de ese lúgubre cuadro se destaca la figura del mariscal López, la historia desgraciadamente tendrá que señalar los desastres que pudiéndose evitar no se evitaron, y los hechos luctuosos capaces de entristecer y deshonrar a la victoria misma.

»Uno de esos hechos es al que se refiere el conde D'Eu, general en jefe del ejército aliado en su último despacho telegráfico al ministro Paranhos, publicado en todos los diarios de la capital.

»Dice textualmente ese despacho, datado en Carataguay a 19 del corriente:

»Ayer dispuse las fuerzas del ejército aliado en tres columnas: una al mando del general Mitre tomó la picada de la derecha, la del general Victorino la del centro y la del general José Luis Mena Barreto, con las fuerzas del general Castro, la de la izquierda. Yo seguí al frente de esas tropas.

»Las tres divisiones debían reunirse en este punto.



A las siete y diez minutos la columna del centro encontró una batería con 12 piezas de campaña y guarnecida con 1.600 hombres, de lo que ya tenía noticia por un reconocimiento que hice la víspera. Se trabó el combate y a las siete y quince minutos la batería era tomada por asalto, quedando en nuestro poder las doce piezas, muchas municiones y armamentos, más de 1.000 muertos, 123 prisioneros y 200 heridos.

»Murieron en la acción el coronel Hermosa, comandante de la fuerza, el teniente coronel Bernal (el que se batió con el general Portinho), el teniente coronel Escobar, el mayor Coronel y otros oficiales paraguayos menos importantes.

»Nuestra pérdida fué insignificante en relación a la del enemigo: no excede de 200 hombres fuera de combate.»

«De esta extraordinaria comunicación se deduce que en cinco minutos, de *1.600 hombres* a que ascendía la guarnición paraguaya, *no escaparon con vida sino 600,* de los cuales se encuentran 123 prisioneros y 200 heridos, habiendo quedado tendidos en el campo todos los oficiales paraguayos de alta graduación, sin que los subalternos escapasen.

»Tan inaudita carnicería, que sólo costó a los aliados 200 hombres fuera de combate, es tanto más inexplicable cuanto que la superioridad de los asaltantes parecía propia a impedir tan cruento sacrificio.

«*No conocemos en las guerras modernas nada que pueda compararse al encarnizamiento atroz que esas cifras revelan*, sin que sirva de disculpa el ardor de la lucha, pues entonces la disciplina militar de los pueblos cultos vendría a ser inútil ante los instintos desenfrenados de la soldadesca enfurecida.

»Como atenuación a estas catástrofes, se nos habla con frecuencia del heroísmo de los paraguayos, sin advertirse que la misma excusa *agrava el hecho monstruoso de tan repetidas matanzas.*

»Mientras esto sucede, curioso y lamentable es ver la relación que se hace, ha tiempo, del estado de

las poblaciones y de las tropas paraguayas. La vejez y la infancia, ambas exánimes, componen, según aquellas relaciones, el grueso de las falanges contra las que tan fieramente se combate.

«En su último telegrama, dice el Ministro Paranhos:

«Gran número de esas familias y prisioneros han llegado a esta capital.

»Los prisioneros son, en su mayor parte, niños de doce a quince años, cuyo sacrificio sólo excita compasión.»

»Y todo esto es nada en comparación de lo que narran otros autorizados personajes y repiten todas las correspondencias. Si, pues, el enemigo es tan debil, si los restos de su ejército se componen de hombres extenuados por la fatiga y el hambre, no hay explicación posible de actos como los que vamos censurando, ni tampoco excusa para proclamar como estupendas hazañas las refriegas empeñadas con un poder tan decadente.

»Ni se diga que somos insensibles ante los rudos sacrificios a que se han expuesto nuestros soldados, quienes los arrostran con su valor tradicional; pero un deber severo nos impele a protestar en nombre de la humanidad, en nombre de la justicia, en nombre de los mismos principios que, con más o menos sinceridad, han sido invocados en esta guerra, contra sucesos que tengan el carácter abominable de aquel a que nos hemos referido, por *más que sea todo un Príncipe el que con toda serenidad* nos lo refiera, o que esto pueda excitar las susceptibilidades de la pasión y del orgullo ensoberbecidas con el triunfo.

*Este no sería jamás fecundo y glorioso si no pudiera presentar sus trofeos limpios de la sangre inútilmente derramada*.»

Pero continuemos:

Después de aquellas gloriosas hazañas, llegó el Conde a Caraguay, a las cinco de la tarde del 19 de Agosto de 1869.



Y una columna, a las órdenes del general Emilio Mitre, compuesta de una división argentina de infantería y tres divisiones brasileñas, dos de caballería y una de infantería, más dos bocas de fuego, avanzó en persecución de López, que en aquellos momentos descansaba en San Estanislao.

Estas fuerzas cruzaron el Yhaguy, batiendo pequeñas partidas atrasadas de nuestro ejército, que conducían nuestras carretas.

Al llegar al paso del Arroyo Mbutuy, se encontraron con un regimiento de caballería, comandado por el coronel Ignacio Genes, trabándose en el acto una encarnizada lucha.

El hombre que había abordado acorazados con canoas, era capaz de batirse, como se batió, en tan desventajosas condiciones.

Y no solamente detuvo al enemigo; consiguió salvar casi todos nuestros bagajes, retirándose después, sin ser perseguido, en presencia del atónito invasor.

Y con esto contramarcharon los aliados, renunciendo a llegar hasta López.

Como siempre, temblaban ante su solo nombre, sintiéndose impotentes para batir la inmensa fuerza moral que representaba.

Bastaba y sobraba la columna de Emilio Mitre para acabar con nuestra inaudita resistencia.

Apenas le quedaban dos mil hombres al héroe paraguayo, dos mil espectros harapientos, muertos de hambre, mal armados, peor alimentados y vencidos por la fatiga.

No era posible hacer una seria resistencia en semejantes condiciones.

El enemigo lo sabía demasiado.

Pero había, por sobre esa triste realidad, algo que les infundía la más horrenda pavura, algo que les hacía ver las cosas a través de un prisma extraño.

Ellos mismos ignoraban, seguramente, la sugestión que les dominaba, no atinando a obrar con la decisión que les hubiera asegurado, inmediatamente,

el éxito, desvaneciendo los vanos fantasmas que veían agigantados en el horizonte.

Es que no en balde había desplegado el mariscal López la estupenda energía con que resistió tanto tiempo.

Vencido materialmente, reducido casi a la impotencia, había acabado por apoderarse del alma de sus rivales.

Como entidad moral, seguía siendo el hombre poderoso de Paso Pucú.

Sus valores no habían decaído con la derrota, ya que ésta había acrecentado su grandeza.

Después de Lomas Valentinas encarna toda la resistencia, es decir, toda la energía vital del Paraguay.

Es ya contra él, contra quien se mueven los aliados. Y éstos se sienten con fuerzas para asaltar los muros artillados de Piribebuy, pero no se animan a ir contra él, no se animan a atacarle en Ascurra, donde no tiene murallas que le defiendan; no titubean en acometer a Caballero en Acosta-ñú, pero no se atreven a lanzar sus innumerables regimientos de caballería sobre Caraguatay; llegan hasta el Mbutuy, pero retroceden al saber que el hombre de la resistencia les espera en San Estanislao.

Y el conde de Eu, el Príncipe cruel, es el que lleva más lejos este terror sagrado.

Disponiendo de los elementos necesarios, de fuerzas colosales, de una poderosa escuadra, ¡de todo!, no atina a detenerlo.

Llega siempre tarde, y deja para última hora las resoluciones enérgicas.

Decididamente, era un pigmeo para cruzar su espada con aquel monstruo de la voluntad y del patriotismo.

Decididamente, Alberdi tuvo razón cuando dijo que «Solano López era un Aquiles delante de todos aquellos carneros...»

Dominado, pues, por el terror, resolvió Gastón de Orleáns poner en práctica un nuevo y complicado



plan de operaciones contra un enemigo que no existía sino en su medrosa fantasía, renunciando a seguir el camino recto, que era el más corto, pero que tenía el inconveniente de llevarlo demasiado pronto hasta el que era el único objetivo de la gloriosa cacería.

He aquí la combinación estratégica del caudillo imperial:

El mariscal Carneiro Monteiro quedaría con el segundo cuerpo en Caraguatay, desde donde destacaría al general Resín, al frente de una columna de las tres armas. para ir a ocupar el lejano pueblo de San Joaquín.

El general Portinho, con tres mil hombres, debía establecerse en Villa Rica.

El general Cámara operaría al norte del Río Jejuí.

Y, finalmente, él, en persona, al frente del primer cuerpo, haría de Villa del Rosario su base de operaciones en el norte.

¿A qué respondía todo aquel movimiento disperso, por donde ya no había ni la sombra de un peligro?

¿Qué tenía que hacer el enemigo por San Joaquín y por Villa Rica?

Se sabía perfectamente dónde estaba el mariscal López y los recursos con que contaba.

No había engaño posible.

Sólo el espanto podía turbar la mente, hasta el extremo de hacer caer en estas aberraciones increíbles.

Y el resultado de aquel adefesio militar sin nombre fué que nuestro ejército siguió tranquilamente su doliente retirada, sin ser molestado por el enemigo, que jamás se puso a tiro, llegando hasta los confines de la República sin que nadie saliera a cerrarle el paso.

Los combates que se libraron fueron entre pequeñas fuerzas destacadas de nuestro núcleo principal y las partidas volantes del enemigo, y tuvieron lugar a grandes distancias del mariscal López.

Este solo vió la cara del invasor en Cerro Corá, el último día de su existencia, sucumbiendo sin haber

podido medirse, hombre a hombre, con el digno vástago de la real familia de Fernando VII.

Veamos ahora, rápidamente, el desarrollo del genial plan de operaciones del prudente Príncipe.

El general Resín, al frente de 6.000 hombres, llegó hasta San Joaquín, sufriendo las mayores penurias. Y no teniendo nada, absolutamente, que hacer por allí, regresó en seguida, incorporándose al 2.° cuerpo del ejército brasileño, a que pertenecía.

Portinho tampoco encontró enemigos que combatir en las regiones despobladas en que le tocó actuar.

El general Cámara fué el único que desplegó una gran actividad, atacando grupos dispersos en distintos puntos, pero sin ocurrírsele, naturalmente, buscar a López, cuyo rumbo conocía demasiado.

El 13 de Septiembre se embarcó en Arecutacuá con una brigada de infantería, 900 jinetes y 200 artilleros. El 16 estaba en Concepción, desde donde se dirigió a Belén, recorriendo después toda aquella región.

En el mes de Noviembre salió en persecución del coronel Romero, que había sido despachado de Itanaramí, para tratar de recoger animales para nuestro abasto en las antiguas estancias de Tacuaras y Pedernal. Pero no pudo dar con él, sorprendiendo, en cambio, al mayor Bogado, jefe político de Villa del Rosario, que marchaba con unos 300 compañeros a incorporarse a López. Después de un corto combate, en el que sucumbieron 60 paraguayos, Bogado se internó en el bosque con los suyos, burlando al enemigo.

El 26 de Diciembre inició Cámara una nueva expedición, dirigiéndose al Río Verde, sobre cuyo paso había una guardia de observación, de treinta hombres. Destruída esta fuerza el 2 de Enero de 1870, avanzó sobre «Cambá-sybá», donde fué rechazado. Y sabiendo que sobre el paso del Aguaray-guazú había cien hombres y cuatro cañones, creyó más prudente contramarchar, dirigiéndose al departamento de San Pedro, en persecución de Genes, des-



tacado en aquella región en busca de hacienda. El 11 de aquel mes, fué sorprendido el glorioso centauro en un lugar llamado Lamas Ruguá, defendiéndose con su legendaria fiereza. Rodeados por un enemigo muy superior los paraguayos, pelearon hasta sucumbir.

Genes, cubierto de heridas, cayó prisionero.

El Conde D'Eu, entretanto, ejecutaba la parte que se había asignado en el plan de operaciones.

Su misión era la más importante y la única racional. Debía marchar a San Estanislao y desde allí seguir las huellas de nuestra retirada.

No hacía falta otra cosa para dar inmediatamente fin a la tragedia.

Pero, en seguida, vamos a ver que, para vencernos definitivamente, no hacían falta buenos planes de guerra, sino un buen temple de corazón.

Para llegar hasta el mariscal López y aplastarlo, sobraba con algunos regimientos de Caballería... y la resuelta voluntad de alcanzarlo.

Pero aquí estaba la dificultad.

¡Alcanzarlo... verlo.... desafiarlo!

¡No! No era por cierto el medroso y sanguinario Príncipe el que había de desempeñar ese papel en la Epopeya!

Marchó, pues, con la mayor lentitud, dando tiempo a su temido rival para que se salvara.

Juzgándolo por sí mismo, hacía rato que repetía que iba huyendo hacia Bolivia.

Nada importaba que tomase, precisamente, un rumbo opuesto al de Bolivia, avanzando hacia N. E., al lento paso de sus tropas extenuadas.

Para explicar el desgano con que se movía, necesitaba calumniar a López, presentándolo como fugitivo y atribuyéndole su propia cobardía...

Recién a mediados de Octubre, salió el Conde de Villa del Rosario, avanzando hacia San Estanislao, donde, claro está, llegó tarde, cuando ya los paraguayos se habían retirado. De allí se dirigió a Curuguaty, donde López había establecido la cuarta

capital provisoria de la República. Pero siempre con el visible propósito de no llegar a tiempo.

El 17 de octubre acampó en el potrero de Capiíbarý, donde quedó durante largo tiempo, haciendo sufrir a sus tropas en aquel lugar desierto las mayores privaciones. Recién el 12 de diciembre llegó a Curuguaty, deteniéndose allí definitivamente.

En aquellos momentos el mariscal López descansaba un poco más al Norte, sobre el arroyo Aguaray-Guazú.

Su situación era, y tenía que ser, cada vez más espantosa.

¡Pero el Príncipe no quería creerlo!

«La fuerza un tanto considerable que marchara de San Estanislao—escribía en su diario de campaña—era justificada por la posibilidad de que López, con sus 4 ó 5.000 hombres, ofreciese resistencia en las muchas picadas...»

¡Cuatro o cinco mil hombres!

Soñaba el sanguinario Orleans.

¿No veía él mismo, con todos los recursos de que disponía, que sus soldados se morían de hambre?

¿Y de dónde quería entonces que sacase elementos el mariscal López para sostener un ejército semejante?

Porque es preciso que se sepa que en Capií-bary casi sucumben de miseria los brasileños, por la torpe organización de sus servicios de abastecimiento.

Sintieron un hambre horrible y hasta hubo soldados que perecieron de inanición.

¡Y López, en aquellas horas, iba a oponer resistencia todavia, con cuatro o cinco mil soldados?

Oponía, sí, resistencia con su nombre, que valía más que un ejército, cegando a sus atónitos enemigos con el resplandor de su gloria y su heroísmo.

Desde Curuguaty envió el Príncipe numerosas expediciones exploradoras, guardándose muy bien de seguir el camino que le indicaban los traidores que le servían de baqueanos, entre los que estaba el coronel Francisco Martínez.

Y después de perder cerca de un mes en pensar lo que debía hacer, resolvió volver sobre sus pasos, desandando lo andado tan penosamente.

¿Puede darse nada más bochornoso?

El Príncipe, decididamente, no se sentía capaz de habérselas con López.

Cuando ya lo tenía al alcance de su espada... retrocedía. Y para dar una idea de la velocidad vertiginosa con que regresó, hemos de decir que para ir de Villa del Rosario a Curuguaty empleó dos meses, y para hacer la misma distancia, de vuelta, sólo necesitó seis días.

La verdad es que no era lo mismo ir hacia López que alejarse de él...

## XXIV

**El mariscal López sube la cuesta de su Calvario.—*Su* arrogancia ante el adverso Destino.—Prometeo americano.—El curso de la retirada.—Su ejército acampa sobre el arroyo Tandey.—Conspiración descubierta.—Siempre respetuoso de la Ley, entrega los culpables a la justicia.—Prosigue la marcha.—Cuadro espantoso de miseria.—Inaudita energía de nuestro pueblo.—López cruza dos veces la cordillera de Amambay y acampa en Cerro-Corá.**

Mientras el enemigo no atinaba a llegar hasta él, entreteniéndose en marchas y contramarchas inútiles, el mariscal López subía solemnemente la áspera cuesta de su Calvario, cargando, resignado, la pesada cruz de su infortunio. Marchaba en medio de su pueblo, que le seguía voluntariamente, llevando consigo a la Patria, que iba a sucumbir con él, después de agotar el sacrificio. No era aquello la retirada de un ejército en derrota, era el fúnebre desfile de los restos de una nacionalidad hacia la muerte, era la ceremonia final de un épico holocausto.

Aquellos soldados que se abrían paso a través de las selvas, que vencían todos los obstáculos, que sobrellevaban todas las privaciones, no iban en pos de la vida; iban, sí, en un renunciamiento sublime, persiguiendo a la muerte, que querían encontrar en el último confín de su tierra.

Y a lo largo de los interminables caminos, sobre





las altas y escarpadas serranías, se veía cruzar la triste caravana, avanzando en silencio, en pos del hombre portentoso, que era la portentosa encarnación de su raza.

Hambrientos, desnudos, castigados por todas las inclemencias de una salvaje y cruel naturaleza, caminaban durante el día, abrasados por un sol de fuego, y en las tibias noches caminaban también a la incierta luz de las estrellas.

Ya no eran sino fantasmas que andaban, sombras que se movían, muertos que tenían voluntad.

Y aquella doliente muchedumbre, que iba desgranándose en medio de los más atroces sufrimientos, era todo lo que quedaba de un pueblo feliz, rico y floreciente, condenado a morir, después de cinco años de martirio, porque protestara en nombre del derecho ajeno y defendiera los fueros de la propia independencia.

Y aquel pelotón de esqueletos armados, última guardia de honor de nuestra bandera, era lo que aun sobrevivía del poderoso ejército que un día desafiara a medio Continente.

Pero en medio de tanta desolación, no perdió el Héroe su serenidad ni se rindió al infortunio.

Majestuoso en la desgracia, altivo en el dolor, arrogante en presencia del adverso Destino, parecía, más que un hombre, el fabuloso adalid de una extraña gigantomaquía.

Para encontrarle un símil, habría que remontarse a la tragedia esquiliana y detenerse frente a Prometeo encadenado.

Porque Titán fué también, que robó a los cielos el fuego de los Dioses, para iluminar la oscura conciencia de los hombres de su tiempo.

Cuando en América no se tenía sino un vago instinto de la justicia; cuando aun se ignoraba que era sagrada la autonomía de los pueblos; cuando la fuerza bruta dictaba su ley en las querellas provocadas por la ambición, él puso el primer rayo de luz en el caos de la barbarie, de una barbarie ataviada con



las apariencias de la civilización, siendo nuncio de paz entre los hermanos en guerra y centro de resistencia contra los avances del cesarismo desenfrenado.

Y pagó con su felicidad aquel gesto de altruísmo, sucumbiendo vencido por los elementos desencadenados, que pugnaban por el eterno imperio de la noche.

Atado a la roca de su dolor, los buitres roían sus entrañas, mientras un coro de amor se levantaba de las profundidades de la tierra, regalando su oído en su agonía.

¿Y hoy mismo, medio siglo después de la inmolación, no lo vemos, acaso, todavía, atado a la roca y mordido por las aves carniceras y rapaces del odio y del rencor?

Se cumple, pues, en él, el fatal simbolismo que el poeta encarnó en el hijo de Yapeto.

Y para acabar de ser idéntica su suerte, Hércules—en nuestro caso la posteridad—está rompiendo a martillazos sus cadenas...

Pero tratemos de seguir el curso de aquella sombría retirada, cuya pintura reclama el pincel del siniestro vate florentino.

Entremos detrás del Mártir en la

*Selva salvaggia ed aspra e forte*
*Che nel pensier rinnova la paura...*

Dijimos que el 15 de Agosto de 1869 salió de Caraguatay. Cruzando el Mbutuy y el arroyo Hondo, se detuvo en Pindó, antigua estancia de su hermano Benigno. Y de allí se dirigió a San Estanislao, pasando sin detenerse por el pueblo de Unión.

El 31 de Agosto fué declarada cuarta capital provisoria la Villa de San Isidro Labrador, de Curuguaty, adelantándose a establecerse en ella el Vice-Presidente de la República, con todos los funcionarios de la administración civil.

Y el 3 de Septiembre se movió nuestro ejército, acampando el 9 sobre el arroyo Tapiracuai. Al día



siguiente volvió a ponerse en marcha, y atravesando los grandes bosques de Ybavirai, se detuvo al otro lado del río Capiíbary. Penetró después en la picada de Taiy, y cruzando el arroyo Retama y el río Corrientes, descansó en la boca de Pacobá, selva de doce leguas de extensión, para acampar más adelante cerca de Curuguaty, sobre el arroyo Tandey.

Estando allí se hizo sentir de nuevo la traición de los que habían sido salvados por su magnanimidad.

Ya hemos dicho que en Itá Ybaté perdonó a sus hermanos—menos a Benigno—conmutándoles la pena de muerte por la de confinamiento. (1)

A pesar de tener todas las pruebas de que habían conspirado contra su vida y contra la patria, no quiso castigarles como se merecían.

Se contentó con que se cumpliera la ley en el más culpable de todos, en el que había sido el mas tenaz de sus enemigos, creyendo que aquel ejemplo aleccionaría a los suyos.

Pero no fué así. Tanto su madre, como Venancio y sus hermanas, no cesaron un momento de combatirle, tratando de restarle simpatías en el pueblo y trabajando secretamente a sus más fieles compañeros de armas.

Así las cosas, emprendieron la retirada hacia el norte, marchando todos juntos, vinculados de nuevo por la común desgracia.

---

(1) He aquí el texto de la nota que dirigió a los fiscales, pidiendo indulgencia para sus hermanas:

«Informado de que mis hermanas Juana Inocencia López, esposa del general Vicento Barrios, y Rafaela López, esposa de Saturnino Bedoya, aparecen en el proceso de conspiración y traición a la Patria complicadas en el crimen de sus maridos, y aunque abochornado y afligido por semejante proceder, en cuanto la ley pueda permitirme, vengo a pedir al Consejo de Guerra—que tomando en consideración el desgraciado extravío de una débil mujer que, las más de las veces, se deja arrastrar a los más grandes precipicios por la influencia del hombre—si del proceso resultaren tan culpables que la ley les imponga la última pena, el Consejo les conmute por otra, esperando que tanta aberración y tanto olvido de sus deberes para con la Patria sirvan, por lo menos, para su enmienda en adelante.—Cuartel General en Pyquysyry, Diciembre 15 de 1868.—*Lópes.*»

Y empezaban ya a cicatrizarse las heridas de su corazón, cuando, por pura casualidad, descubrió el negro plan que se tramaba contra él.

Cuenta, en efecto, el coronel Aveiro, que estando López en Tandey, invitó a almorzar a dos señoritas, departiendo amablemente con ellas. Y que en el curso de la conversación le refirieron éstas que habían estado con su hermano Venancio, a quien encontraron bueno de salud y muy alegre.

Aquella inocente noticia, llamóle vivamente la atención.

¿Cómo podían haber hablado con su hermano, si éste seguía preso y le estaba prohibido comunicarse con los demás?

Interrogado el coronel Hilario Marcó, encargado de su custodia y vigilancia, no supo dar explicaciones, demostrando un gran aturdimiento.

Y fué en el acto reducido a prisión.

Venancio López, que fué siempre muy pusilánime, al tener noticia de esto, perdió la cabeza, y creyéndose ya descubierto, se adelantó a hacer pedir al Mariscal el envío de una persona de su confianza para referirle cosas del mayor interés.

Encargado de interrogarlo el coronel Caminos, oyó de sus labios la relación minuciosa de lo que habían estado tramando con Marcó y su propia madre.

Suponiendo que López festejaría el sexto aniversario de su exaltación al mando, habían resuelto que su madre le enviaría ese día un dulce de regalo, dulce preparado con un veneno activo proporcionado por un médico, Castillo, que acabaría con su vida y con la de sus principales jefes, que seguramente le acompañarían a comer. En aquel momento se levantaría Marcó con las tropas de la mayoría, haciéndose dueño de la situación. Y por si fracasaba el criminal proyecto, tenían preparada una embarción en el Río Curuguaty, en la que huirían todos los comprometidos, entre los que estaba la famosa Pancha Garmendia, que hasta poco antes vivía con la esposa de Marcó.



En vista de todo esto, Solano López, respetuoso de la ley, aun en aquellos momentos, entregó a los culpables a la justicia.

Y como si nada le preocupase, tuvo la serenidad de organizar dos comisiones, la una compuesta del padre Maíz y del capitán Núñez, y la otra de los comandantes Palacios y Benítez, para que instruyesen el sumario correspondiente.

Tanto Marcó como su esposa, confirmaron las declaraciones de Venancio López, complicando a Pancha Garmendia.

«La señora de Marcó, dice Aveiro, tenía en la cintura un pañuelo, a ras del cuerpo, con onzas y un anillo de valor. Este anillo servía para comunicarse, pues el que lo llevara debía merecer la confianza de los conjurados.»

Reanudada la marcha, la investigación continuó. Pasando de largo por San Isidro y por Igatimí, acamparon en Itanaramí. Estando allí, llegó Pancha Garmendia, que había sido traída de Espadín, por orden de los jueces. López, que la vió llegar, la hizo llamar en seguida, recibiéndola «con mucha urbanidad.»

Será mejor que oigamos aquí al coronel Aveiro:

«Después que pasaron los cumplimientos, le dijo: *Me he permitido interrumpir su marcha para hablarle sobre un asunto que es de mucho interés para usted*, pidiéndole en seguida que le hablara la verdad. A lo que contestó ella que era una mujer incapaz de mentir.

«*Así lo espero, por la importancia de lo que le voy a decir. Me han informado los fiscales de la causa que se está siguiendo a varias personas, que de las averiguaciones también resulta usted complicada por el conocimiento que tuvo de los hechos y por el silencio en que se ha mantenido.*

»Agregó que él no le iba a exigir que le refiriera nada de lo que hubiese podido saber y silenciar, pero que le pedía que en caso de ser llamada por los fiscales y examinada sobre los hechos, hablara con franqueza la verdad, refiriendo todo conocimiento que

hubiese tenido en una trama contra su vida. Que si se portaba de esta manera, él le daba la palabra de Jefe Supremo de la República de que sería puesta en inmediata libertad de la reclusión en que iba a encontrarse hasta el día de su declaración.

»Y esto lo repitió, cada vez con mayor interés, diciéndole que si antes no se la había molestado era porque él la escudaba, pues que en la causa de San Fernando también ya había aparecido su nombre; pero que por las relaciones que habían mediado anteriormente entre él y ella, siempre había borrado su nombre cuantas veces aparecía, concluyendo por encarecerle aquel pedido, porque si se portaba de un modo contrario, acogiéndose a la negativa de cosas en que tuviese conocimiento, con la primera negativa le maniataría (hizo la señal de manos cruzadas y atadas en las muñecas) y no podría firmar su libertad. Ella protestó de que siempre hablaría la verdad, con cierto tono de coquetería, y entonces López le dijo que él le hablaba con seriedad, porque su situación era grave, y que si le ayudaba del modo recomendado, haría todo lo que pudiese en su beneficio.

»En seguida le dijo al sargento que la custodiaba que se retirara y que ella pasara adelante a descansar un rato en la casa de él.

»Aceptó ella y pasó adonde estaba la Lynch, con quien estuvo hasta el momento de comer—a lo que también fué invitada—y acabada la comida la hizo acompañar con el coronel Centurión, reiterándole su recomendación en presencia de Sánchez, Resquín y Caminos.

»Al día siguiente, por la tarde, fué llamada a declaración, habiendo prevenido antes a los fiscales, que si respondiese negativamente a la primera pregunta que se le hiciera, no lo escribieran hasta que él así lo dispusiese. Preguntada sobre el conocimiento de los planes de Marcó y Venancio, negó.

»Dándose cuenta de ello, López mandó primero a Sánchez y después a Caminos, para que le recorda-



ran su recomendación; pero ella se mantuvo firme en su actitud.

»Cuando fué muy tarde, se la hizo retirar, sin escribir su declaración. Al día siguiente se continuó la diligencia, pero siempre con el mismo resultado, a pesar de que los nombrados iban y venían.

»Con el mismo fin del día anterior, cuando por segunda vez compareció, volvió a enviar al ministro Caminos, y ya al anochecer mandó decirle que estaba cansado de haber hecho por ella lo posible, y que la abandonaba a su suerte; y los fiscales que siguieron las interrogaciones, constataron su negativa.

»Hecho así, se llamó a un careo con su prima la de Marcó, quien le recordó los hechos, citándole lugar y personas que estuvieron, entrando en los detalles más minuciosos y agregándole que todo estaba sabido y que era inútil la negativa.

»Lloró un rato la Garmendia y en seguida dijo: *Todo es cierto*, agregando a los fiscales que recién conocía que había estado en un error y que intercedieran por ella ante el Mariscal.

»Cuando dijo que todo era cierto, sin tocarle todos los puntos de su declaración, su concareante fué retirada y siguió aquélla su relación, tan completa y en los mismos términos casi que hizo la segunda.

»Y hecho presente a López lo que había pedido, contestó que era tarde, que había tenido en poco su palabra, habiendo caído presos en el curso del sumario tres jefes de la familia Urbieta, por igual causa, y varios más.

»En Itanaramí todavía se tocó la necesidad, para completarse el sumario, de llamar a declaración a la señora Carrillo y a sus dos hijas, y para el efecto pasaron los fiscales una petición al Mariscal para el allanamiento de la persona de su madre.

»Con tal motivo convocó López una reunión, compuesta de los mismos fiscales, del Vicepresidente Sánchez, Caminos, Generales Resquín, Roa y Delgado, los padres Espinosa y Medina, Centurión, Ca-



ballero, otros y yo; y dando a leer el sumario hasta el estado en que se encontraba, se retiró, encargando que cuando se terminase su lectura fuera avisado, como, en efecto, lo fué, y entonces dijo: «Que nos llamaba para conocer la opinión franca de cada uno sobre si convenía el allanamiento solicitado, o si, por el contrario, era conveniente cerrar la causa en el estado en que se hallaba. Habló primero el padre Maiz, y dijo: que su opinión era cerrar la causa de la madre y aun la de sus hijas.

»Los demás concurrentes siguieron la misma opinión, y cuando me tocó la palabra, guardóse algún silencio, requiriéndome con la cabeza López, y dije: Que si bien merecía respeto la opinión de la gran mayoría, yo no estaba conforme con ella, porque la señora, habiendo sido la causa ocasionante de la pérdida de muchos ciudadanos, como los mismos opinantes lo sabían, a causa de las consideraciones que se le habían venido guardando en las distintas causas en que había aparecido como agente influyente, para impedir que con una nueva contemplación cayeran otros, era necesario que pasara por la prueba de un juicio.

«Que el Señor Presidente tenía por la ley fundamental del país el derecho de conmutar o condonar las penas, y que este derecho podía ejercitar con mayor razón tratándose de su madre; pero que consideraba necesario que fuese sometida a la prueba dicha.

«Con lo que se levantó diciendo: que él nos había llamado, no para oir lisonjas, sino para darle una opinión franca y que el único que decía lo que sentía era yo y que también sería el último que le acompañase de entre ellos,

«Varios se retiraron con lágrimas en los ojos.

«No proveyó la nota, sino recién después de Sanja Jhú o Panadero, y lo hizo en estos términos:

«*Sea, interponiendo, desde ya, todo mi valer en favor de mi pobre madre, y en el de mis hermanas, en todo aquello que la salud pública pueda permitirme.*»



«En seguida fueron llamadas a declaración primeramente las hermanas, de las cuales una se mantuvo en la negativa y otra prestó las mismas declaraciones que la de Marcó y la Garmendia, con diferencia de circunstancias, y últimamente la madre, que se presentó indignada de este acto, amenazando a los fiscales con correr a contarle a su hijo, lo que intentó hacer, poniéndose en todo irracional, sin poder ni ser interrogada». (1)

Hasta aquí el coronel Aveiro.

Todo acabó, pues, por aclararse, sucumbiendo Marcó, Castillo y otros desgraciados, envueltos en las redes de aquella extraña madre y de aquellos hermanos más extraños aun.

Esta vez, como siempre, la conspiración había nacido en el seno de su familia y eran los seres más caros a su corazón los que se empeñaban en perderle.

Pero, menos implacable que Portales, que prometía fusilar a su padre, si su padre conspirase, dilató indefinidamente el proceso, para salvar a los suyos sin quebrantar la disciplina.

Y continuó ascendiendo la cuesta de su calvario. (2)

---

(1) El general Resquín da algunos detalles más en sus Memorias. Dice que al saberse en nuestro campamento la llegada de los brasileños a San Joaquín, Venancio López escribió una carta al enemigo, invitándole a que avanzara inmediatamente sobre Curuguaty y dándole a conocer el estado desastroso de nuestro ejército. Que esa carta fué llevada por un cabo que Marcó hizo desertar para el efecto. Pero que, habiendo fracasado este intento, porque no respondieron los invasores, se apeló al proyecto de envenenamiento.

(2) Referíanos el general Caballero que durante la retirada, en estos días últimos, solían adelantarse a sus compañeros, marchando solos—generalmente en las noches de luna—y que entonces el mariscal López le hacía confidencias sobre su pasado, sobre su presente y aun sobre sus esperanzas en el porvenir. Le abría su corazón como al mejor de sus amigos y le enseñaba la gran llaga que roía sus entrañas, la realidad terrible de su dolor, oculta bajo su tranquila e impenetrable actitud. En una de estas confidencias le dijo que no todo estaba perdido, que era muy posible todavía que la patria se salvara, que de un momento a otro Francia y los Estados Unidos intervendrían para poner fin a la guerra. En otra ocasión le habló de su hermano Benigno, de los quebrantos que le había ocasionado siempre, deplorando su desgraciado fin. Y le pidió—para tranquilidad de su conciencia—que le declarase francamente si, como él creía, le había

En aquel tiempo nuestro ejército iba tocando los últimos extremos de la más espantosa miseria. El hambre era terrible y la desnudez completa.

Los enemigos habían conseguido arrebatarnos todos los animales dispersos en aquella zona, dejándonos en el desamparo más desolador. En adelante ya no nos quedaba otro alimento que los frutos silvestres que fuésemos encontrando a nuestro paso, siendo la naranja agria y el cogollo de palma casi lo único que se comía. La mortandad tomó entonces proporciones aterradoras, sucumbiendo heridos por la miseria los que habían escapado a la metralla brasileña. Y los que, extenuados, no podían caminar, iban quedando al borde del camino, tendidos a la sombra compasiva de los bosques, en espera de la muerte...

¡Nada más trágico que aquel tendal inmenso de cadáveres, a través de leguas y leguas, marcando el paso de la dolorosa retirada!

Los caídos conservaban, en su tranquila apostura, las más sorprendentes apariencias de vida, en tanto que los vivos, secos y apergaminados, más parecían seres de ultratumba, marchando en pos de lo desconocido. Y refieren, aun consternados, los sobrevivientes, cuán emocionante espectáculo ofrecían los muertos, sentados al pie de los árboles o en el fondo de los profundos senderos, conservando la actitud en que les dejó la vida, contraída la boca por un último gesto de dolor, muy abiertos los ojos, como persiguiendo la postrera visión de la existencia, y un enjambre de mariposas bebiendo las lágrimas que por mucho tiempo corrían por sus escuálidas mejillas...

---

invitado a tomar parte en la conspiración, a principios de la guerra, en Paso de Patria. Caballero hubo de complacerle, revelándole la triste realidad. Benigno, en efecto, había ido especialmente a verlo, cuando apenas era teniente, instalándose en su casa para trabajarlo mejor. Pero fracasó en sus intentos. Y todo quedó en el mayor misterio. Solano López, sin embargo, no había tenido la menor duda sobre el objeto de la visita de su hermano, pero sin conseguir que su joven ayudante—incapaz de una delación—le dijera la verdad.

No hay palabras para ponderar aquel dolor de nuestro pueblo, ni hay colores para reproducir los tintes sombríos de aquel cuadro final de la Epopeya. Aquella dolorosa agonía sale de los dominios de la historia. Parece una alegoría mitológica o el fruto de una morbosa imaginación. Su siniestra realidad repugna a nuestro corazón y contradice arraigadas convicciones de nuestro espíritu. Un suicidio semejante se nos antoja fabuloso, superior a nuestra especie, digno de Dioses. Insistir en sus detalles es, quizá, una osadía, tal vez una profanación...

Pero digamos que, a pesar de todo, aquellos hombres conservaban la integridad de su energía.

El hambre, la miseria, podían abatir su carne, pero eran impotentes para abatir su voluntad.

Así se explica que en tan crítica situación venciesen a la hostil naturaleza, abriendo cincuenta leguas de camino en las selvas, tendiendo innumerables puentes sobre ríos, arroyos y torrentes, y arrastrando su artillería y sus bagajes por donde sólo el salvaje había cruzado.

Aun hoy nos asombran las anchas picadas abiertas en aquel tiempo, y pueden verse todavía los prolongados terraplenes que cruzan los esteros, señalando la ruta de nuestro ejército.

¡Es que para aquellos soldados no existía lo imposible!

Fundidos en el molde del gran capitán que los formara, eran capaces de acometer lo inverosímil, permaneciendo constantemente, durante cinco años, en los dominios del prodigio.

Con razón, pues, el Conde D'Eu temblaba ante ellos, a la distancia, multiplicando su número y su poder ofensivo, para explicar su prudencia.

Con razón los brasileños maniobraban desde lejos, sin atreverse a seguirles.

Representaban una fuerza demasiado grande, que no era posible medir por su número, sino por la milagrosa energía que desplegaban.

Los que famélicos atropellaban todos los obstácu-

los de la naturaleza y se sobreponían triunfantes a todas las debilidades de la materia, ignorando lo que era la fatiga y el sueño, bien podían ser mirados con respeto por los que se morían de hambre en medio de la abundancia y necesitaban triplicar sus fuerzas para caer sobre un solo enemigo,..

Desde Itanaramí se dirigió el mariscal López hacia Sanja-jhú, en los precisos momentos en que el Príncipe retrocedía acobardado hacia Villa del Rosario.

Allí permaneció hasta los primeros días de Enero de 1870, en que cruzó la cordillera de Amambay, dejando rezagados algunos centenares de moribundos, que poco después sucumbían de inanición.

Ya al otro lado de la serranía, descansó sobre el arroyo Samacuá, tomando después rumbo hacia el Norte, bajo una lluvia torrencial.

Y a medida que avanzaba, se iba reduciendo su ejército, segado constantemente por el hambre.

Los animales de tiro casi habían desaparecido. Y para mover los cañones y carretas, se empleaban algunos pocos bueyes flacos, que iban y venían, arrastrando por parte los miserables bagajes, auxiliados por los escuálidos soldados.

Así llegaron penosamente al río Amambay, donde tuvieron que improvisar un ancho puente, que fué bautizado con el nombre de *Puente Galón*, porque en él no trabajaron las tropas, sino los jefes y oficiales.

Siguiendo siempre al Norte, cruzaron el Río Verde, sobre el que echaron otro puente, y llegaron a Punta Porá, desde donde tomaron rumbo al Oeste, atravesando nuevamente la Cordillera, por la picada del Chirigüelo, para ir a salir en Cerro Corá el 14 de Febrero de 1870.



## XXV

**Cerro-Corá.—López organiza su último ejército y dispone la defensa.—Hambre espantosa.—Serenidad del héroe ante su infortunio.—El último título de gloria.—El general Cámara es encargado de dirigir las operaciones del enemigo.—Sus planes de campaña.—López sigue infundiendo terror.—Cámara llega a la picada de Yatebó.—Entra en Cerro-Corá.—El mariscal López sale a su encuentro.—La última batalla.—Muerte del héroe.—Crueldad del vencedor.—Fin de la tragedia.—La Patria empieza a vestir la negra toca de su eterna viudez.—La última calumnia.—Lo que dicen sus victimarios sobre su heroica muerte.—Río Branco contra Thompson.**

Cerro Corá es a manera de un inmenso anfiteatro de montañas, formado por las ramificaciones de la Cordillera de Amambay.

Está ubicado en el extremo noreste del Paraguay y lo cruza el Aquidabán, uno de cuyos afluentes es el Aquidabán-nigüí, no ofreciendo sino dos entradas, la una al S. E., por el Chirigüelo, y la otra al N. O., por la picada de Yatebó.

Al llegar hasta allí, había alcanzado, por fin, el mariscal López la ansiada cumbre de su Calvario.

Desde la punta de Itapirú, hasta aquel remoto linde de la patria, no quedaba un solo palmo de tierra que no hubiese sido disputado al invasor. En adelante, sólo le faltaba cumplir el solemne juramento, em-



peñado después de la gran batalla del 24 de Mayo de 1866, y renovando en las Lomas Valentinas, de morir «con sus últimos soldados, sobre su último campo de batalla».

Y no podía darse un escenario mejor para representar el acto final de la Epopeya.

Aquel soberbio Prometeo americano necesitaba sucumbir sobre el gigante dorso de la empinada cordillera, bajo el sereno cielo azul, iluminado en su agonía por la lumbre esplendorosa de los soles tropicales.

Y aquellos Titanes, que a su lado acababan de realizar proezas de leyenda, necesitaban, también, desplomarse entre montañas, en su postrera derrota, para que en su tumba cupiesen su gloria y su infortunio.

Y hay que decir que nunca se le vió más tranquilo que en aquellos instantes supremos de su vida.

Apenas levantó allí su carpa, desplegó su acostumbrada actividad en la organización de sus tropas, sin descuidar tampoco los menores detalles del gobierno civil.

No contaba ya con más de 400 soldados, de los cuáles ni la mitad estaba en condiciones de pelear. Pero, así y todo, conservó las antiguas *divisiones*, *brigadas, regimientos y batallones*, con sus números correspondientes. Y el ministerio de la guerra entró en función, trabajando como en los mejores tiempos.

En pocos días todo quedó regularizado en aquel pequeño mundo, improvisado al borde de la tumba.

El siguiente cuadro es un resumen de los partes diarios pasados con toda puntualidad al Jefe de Estado Mayor, coronel Juan Francisco López, hijo del Mariscal, en cuya cartera fueron encontrados después de su muerte:

| | Números | Coroneles | Comdts. | Mayores | Capitanes | Tenientes | Alféreces | Sargentos | Cabos | Soldados | Total |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Batallón......... | 18 | » | » | » | 2 | 1 | 3 | 4 | 1 | 11 | 22 |
| — ......... | 19 | » | » | » | 1 | » | 3 | 5 | 4 | 9 | 22 |
| — ......... | 24 | » | » | » | 1 | » | 2 | 5 | 4 | 15 | 27 |
| — ......... | 25 | » | » | 1 | » | 2 | 3 | 1 | 1 | 3 | 11 |
| — ......... | 39 | » | » | 1 | » | » | 6 | 3 | » | 9 | 19 |
| — ......... | 40 | » | » | » | 2 | 3 | 3 | 7 | 11 | 13 | 39 |
| — ......... | 42 | » | » | » | 1 | 1 | 7 | 4 | 3 | 8 | 24 |
| — ......... | 46 | » | » | » | 1 | » | 4 | 7 | 3 | 7 | 22 |
| — ......... | Maestranza | 1 | » | 1 | 1 | 2 | 4 | 13 | 4 | 27 | 53 |
| — ......... | Suelto | » | » | 2 | 2 | 1 | 3 | 1 | 2 | 18 | 29 |
| Regimiento...... | 1 | » | » | 1 | » | 3 | 4 | 5 | 2 | 16 | 31 |
| — ...... | 6 | » | 1 | » | » | 1 | 1 | 2 | 2 | 7 | 14 |
| — ...... | 25 | » | » | » | 2 | 1 | 3 | 6 | 8 | 8 | 28 |
| — ..... | 30 | » | » | » | 1 | » | 2 | » | 2 | 10 | 15 |
| — ...... | 32 | » | » | » | 1 | » | 3 | 6 | 4 | 6 | 20 |
| — ..... | 46 | » | » | 2 | 2 | 2 | 13 | 3 | 3 | 12 | 37 |

¿Puede darse nada más conmovedor?

Resulta que diez batallones daban un total de 268 hombres, incluyendo jefes y oficiales, y seis regimientos sumaban 145 plazas. El batallón 25 sólo tenía tres soldados.

Y con aquellos elementos dispuso la defensa, cubriendo como pudo los puntos accesibles de su posición.

Sobre el paso del arroyo Tacuara, que cruzaba la picada de Yatebó, colocó una guardia avanzada, compuesta de un pequeño pelotón de infantería y uno de artillería, más dos cañones.

Y en la misma dirección, sobre el paso del Aquidabán, emplazó cuatro piezas, a las órdenes del coronel Angel Moreno, atrincherando algunos infantes y lanceros, comandados por el coronel Juan de la Cruz Avalos y por los tenientes coroneles Francisco Santos y Ciriaco Gómez.

En el Chirigüelo quedaron el general Francisco Roa y el coronel Patricio Escobar, con algunos cañones y escasas fuerzas de infantería.

Y en el Cuartel General se estableció la reserva,

compuesta de sus ayudantes, de los empleados civiles, de los capellanes y de los restos de su escolta y algunos rifleros.

Hay que decir ahora que el hambre aumentaba por momentos, viéndose obligado a desprenderse de algunos compañeros, para que fuesen a buscar elementos de vida.

El general Caballero fué despachado hacia Villa Miranda, donde el mayor Gaspar Silva debía haber reunido algunos animales vacunos. Y el mayor Lara fué enviado hacia el Noroeste con la misma comisión.

Pero ambos no pudieron llegar a tiempo para socorrer a sus famélicos camaradas, cruzándose con el enemigo que se aproximaba.

En Cerro Corá se comió de todo, desde el correaje de los cañones y los morriones de cuero, hasta raíces, langostas y frutas venenosas.

Y todos hubieran acabado por perecer, si los indios guaraníes de la región no les hubieran proporcionado algunos alimentos y si los brasileños no hubiesen llegado tan pronto.

Las tortas de harina de cogollo de palma eran el más regalado manjar de la mesa del Mariscal López que, después de haber sacrificado hasta el pequeño montado de uno de sus hijos, hubo de participar de las más duras privaciones de su ejército.

Pero le consolaba saber que aquel horrible martirio tocaba a su fin.

Y, en medio de la inmensa desolación que le rodeaba, supo conservar la magestad de su gloria, mostrándose siempre impasible y siempre superior a su destino.

Durante las largas veladas nocturnas solía rodearse de sus jefes y oficiales, disertando, con su deslumbradora elocuencia, sobre los más épicos episodios de nuestra historia. Rememoraba el ayer, recordándoles los trances supremos por que habían tenido que pasar, exaltando con cálida emoción toda la grandeza de aquel sacrificio sin segundo. Noche a noche les



sorprendía la aurora, pendientes de los labios de aquel varón de Plutarco, extraño taumaturgo de la guerra, para quien no fueron desconocidos los más íntimos resortes del corazón humano. Y sugestionados por el arte que ponía en sus palabras, deslumbrados por la grandiosa visión de su heroismo, olvidaban las tristezas de su presente, transportándose a los tiempos felices, de esperanza y de entusiasmo.

Y durante el día recorría sus líneas a caballo, desafiando los ardores de la canícula, consolando a los que agonizaban y llevando a todos el aliento de su energía y la fe de su indomable patriotismo.

En aquellos momentos ya nada le restaba, ya no era sino «el sonámbulo de un sueño desvanecido», el fantasma de un gigante, sobreviviéndose a sí mismo, para asistir al epílogo cruel de su tragedia. Pero la grandeza de su infortunio no deprimía la fortaleza de su corazón, dándose exacta cuenta de su obra y sintiéndose inmenso en aquellas alturas de la tierra y de la historia.

A fines de Febrero, conociendo por sus espías los movimientos del invasor, vale decir, la inminencia fatal de su muerte deliberada, hizo una reunión general de todos los que le habían seguido en el éxodo terrible. Y después de notificarles su inapelable resolución de sucumbir, profetizándoles lo que el futuro reservaba a la patria entre sus sombras misteriosas y la excecración que lanzarían contra su memoria las generaciones que llevarían en sus venas la sangre ponzoñosa del vencedor, les dió lectura de éste decreto, que parece dictado en sus mejores días de fortuna y poderío:

«El ciudadano Francisco Solano López, Mariscal, Presidente de la República y General en Jeje de sus Ejércitos,

Queriendo dar un testimonio público de honor y de justicia a los beneméritos defensores de la Patria que con abnegación ejemplar y patriótica virtud hi-

cieron la campaña de Amambay, cruzando dos veces la Sierra:

DECRETA:

Artículo 1.° Acuérdase una medalla conmemorativa de honor a todos los ciudadanos que llevaron a cabo la campaña de Amambay.

Art. 2.° La medalla de Amambay será oval, de veinte y ocho por treinta y siete milímetros de diámetro, con la estrella nacional realzada en el medio, con la palma y la oliva abajo, y la inscripción circular de: *Venció penurias y fatigas*, en la parte superior del anverso; y en el reverso la inscripción circular de: *El Mariscal Lópes*, en la parte de arriba, y en el centro: *Campaña de Amambay-1870*, con una cadena de sierras en la parte inferior.

Art. 3.° La medalla de Amambay será de primera y segunda clase, de oro, para los generales y jefes; y de primera y segunda clase, de plata, para oficiales y tropa.

Art. 4.° La medalla de los generales llevará la incripción y geroglíficos realzados en brillantes; la de los jefes en rubíes, con la estrella nacional en brillantes; la de los oficiales con inscripción y geroglíficos en oro.

Art. 5.° La medalla de Amambay se llevará al lado izquierdo del pecho, pendiendo de una cinta de veinticinco milímetros de ancho, de color anaranjada, orillado de rojo.

Art. 6.° Autorízase a los Generales, Jefes y Oficiales a llevar la medalla de Amambay, sin pedrerías los primeros, y de pura plata los segundos, con grabados, mientras las circunstancias no permitan dárselas en la forma debida.

Art. 7.° Los jefes de División presentarán al Estado Mayor General del Ejército la lista nominal de los jefes, oficiales y tropa acreedores a la medalla de Amambay.

Art. 8.° El Ministro Secretario en el Departa-

mento de Guerra y Marina, queda encargado de la ejecución del presente decreto.

Cuartel General en Aquidabán-nigüí, Febrero 24 de 1870.

FRANCISCO S. LÓPEZ.

El Ministro de Guerra y Marina
**Luis Caminos.»**

Y tal fué el último título de gloria concedido por el héroe a los defensores de nuestra bandera, a los leales que, «venciendo penurias y fatigas», llegaron hasta allí, a los que cuatro días después iban a dar la medida de su «abnegación ejemplar y patriótica virtud», consumando el sacrificio postrero, dando de sí lo único que ya les quedaba, al hacer unánime oblación de su vida...

Veamos ahora lo que hacía el invasor, mientras los paraguayos se aprestaban a morir.

Sabemos ya que el Príncipe no se atrevió a ir más allá de Curuguaty, renunciando a llegar al mariscal López.

Después de esto, encargó al general Cámara la dirección exclusiva de las operaciones.

Y el activo Vizconde de Pelotas, convencido de que el temido enemigo no se dirigía a Bolivia, sino, más bien, hacia Dorados, donde podía encontrar abundantes recursos, resolvió, enseguida, ir a su encuentro, organizando una columna de cinco batallones de infantería, cuatro regimientos de caballería y seis bocas de fuego. Al mismo tiempo debía avanzar con otra columna de las tres armas el coronel Antonio da Silva Paranhos, siguiendo la línea de nuestra retirada, hostilizando nuestra retaguardia, pero con la orden expresa de no aceptar combate «que pudiera comprometer todas sus fuerzas o parte de ellas».

El 9 de Febrero de 1870 salió Cámara de Villa Concepción, el 13 atravesó el Aquidabán, por el paso Barreto, y ya en las proximidades de Bella Vista



supo que López había acampado en Cerro Corá.

Hubo, pues, de modificar su plan de operaciones, uniendo sus dos columnas, para ir con ellas sobre el enemigo, por la picada de Yatebó, mientras el coronel Bento Martín de Meneses, con fuerzas de las tres armas, seguiría el camino de Dorados, para ir a salir en el Chirigüelo el 2 de Marzo.

El mando de la vanguardia fué confiado al coronel Juan Núñez da Silva Tavares, a quien se recomendó «la mayor prudencia».

Como se ve, era aun grande el respeto que infundía López.

Todavía Cámara recomendaba prudencia a sus tenientes y creía posible que sus tropas se viesen *comprometidas* en un combate con nuestro ejército.

¿Pero es que los brasileños creían al Presidente paraguayo un ser sobrenatural, capaz de realizar el milagro del ave Fénix?

¡Prudencia! ¿Pero cómo prudencia? En Curuguaty supieron, con todos sus detalles, la realidad de su triste situación. Y no podían ignorar que por cada día que pasaba aumentaba su impotencia. Aquel miedo cerbal era ya morboso. Les había dado la peste de aquellas inhospitalarias regiones, padecían de malaria, pero de malaria espiritual, atacándoles el «chucho» en el corazón...

Temblaban, sí, ante el hombre formidable, al que veían crecer a la distancia, atribuyéndole un poder sobrehumano y facultades extraordinarias.

Y aunque hubiesen sabido que marchaba completamente solo, hubieran creído necesaria la misma *prudencia*, e igualmente peligroso *comprometer* un combate con él.

¡Hacía rato que el duelo era entre un ejército y un hombre!

Ejecutando el nuevo plan, avanzó Cámara hacia Cerro Corá, el 25 de Febrero, llegando tres días después a la boca de la picada de Yatebó.

Y convencido, al fin, de que ya no podríamos hacer una seria resistencia, se decidió a precipitar el

desenlace de la tragedia, sin esperar la llegada de la columna que debía operar por el Chirigüelo.

Así, en la noche del 28, fueron despachados el comandante Francisco Martíns, con los carabineros de los regimientos 1.°, 18.°, 19.° y 21.°, y el mayor Floriano Peixoto, con parte del batallón 9.°, debiendo adelantarse sigiliosamente, cruzar el arroyo Tacuara, y caer de sorpresa sobre nuestra vanguardia, haciendo el menor ruido posible.

Al alborear, se precipitaron los brasileños sobre nuestro pequeño destacamento avanzado, tomándolo prisionero, antes de que pudiera hacer un solo tiro de cañón.

Poco después llegaba el grueso del ejército invasor, que se había puesto en marcha a las tres de la mañana.

Faltaba ahora forzar el paso del Alquidabán.

Para el efecto, ordenó Cámara que el mayor Peixoto se internase en el bosque, para salir en la izquierda de nuestra posición, mientras el comandante Martins hacía lo mismo por la derecha, hostilizándonos, ambos, desde allí.

El coronel Silva Tavares con los regimientos 19.° y 21.° de caballería, y el coronel Silva Paranhos, con la infantería, nos atacarían entre tanto por el frente.

Dada la señal del asalto, la guardia paraguaya fué acometida por todos lados, pudiendo apenas hacer dos descargas de artillería, cuando ya el enemigo la rodeaba, invadiendo su posición. Casi todos fueron acuchillados, cayendo prisioneros algunos pocos, después de brevísima refriega.

Extenuados por el hambre, nuestros pobres soldados hacían más de lo humanamente posible, levantándose en presencia del invasor, y sucumbiendo, sin rendirse, con las armas en las manos.

Después de esto, los brasileños entraron a toda carrera en Cerro Corá, volando los lanceros a ocupar la picada del Chirigüelo, donde, después de corta lucha, tomaron prisionero a Roa, degollándolo en seguida.



Veamos ahora lo que pasaba en nuestro Cuartel General, mientras se verificaban estas operaciones.

El mariscal López, cada vez más tranquilo, veía llegar el fin de su existencia, con su estoicismo habitual.

En realidad, para él, nada había cambiado en aquellos últimos días, pues la certeza de morir, lejos de causarle pesadumbre, debía dulcificar su agonía con la esperanza de un próximo descanso, siquiera fuese éste el descanso de la tumba.

«Si la patria sucumbe, yo sucumbiré con ella», había dicho a su hijo ausente. Y el cercano cumplimiento de aquella promesa parecía poner una inmensa serenidad en su alma, no manifestándose en él ningún signo de inquietud.

No ignoraba el avance de las fuerzas brasileñas; pero ocultaba cuidadosamente la verdad a los demás, reservándose a sí mismo la terrible realidad, esperando, sin inmutarse, durante días, sobre el borde del abismo, la palabra del Destino.

Cuando en la mañana del 28 de febrero fué a comunicarle el padre Fidel Maiz que había amanecido muerto de inanición su secretario, el diácono Donato Gamarra, lo encontró con su placidez acostumbrada, oyendo de sus labios estas palabras, que revelaban la idea fija clavada en su pensamiento: *El padre Gamarra nos ha llevado un poco la delantera.* Y en seguida le pidió que dispusiera todo lo necesario para efectuar al día siguiente la boda de su hija Rosita con el coronel Juan Crisóstomo Centurión. Pero esa noche, seguramente, se enteró de que Cámara había precipitado su marcha, debiendo llegar antes de lo que él creía. Porque al amanecer abandonó el lecho, revolviendo sus maletas, como si se preparase a continuar su camino, y regalando a sus ayudantes y a su servidumbre algunos objetos de su uso, «como un recuerdo de su persona». Era aquello una verdadera despedida, muda y emocionante, que no acabaron de comprender los que le observaban, pero que bien pronto iba a tener su explicación. Pocas horas después, emprendía, en efecto, el largo viaje

a lo desconocido, después de haber comprado, al precio de su sangre, el derecho irrevocable al eterno respeto de los hombres...

El 1.° de marzo amaneció, por fin, tibio y húmedo, prometiendo un día de calor sofocante.

Desde temprano esperaba López ansiosamente alguna noticia de sus guardias avanzadas, cuando llegaron unas mujeres fugitivas, anunciándole que el paso Tacuara había caído en poder del enemigo. En vista de esto, despachó al teniente coronel Cándido Solís, con diez hombres, a verificar la noticia. Esta comisión fué sorprendida por los brasileños y acuchillada sin piedad. Y poco después retumbaban los primeros cañonazos hacia el Aquidabán y empezaba a crepitar la fusilería.

Como Solís no regresara, fueron despachados el coronel Juan Crisóstomo Centurión y el comandante Angel Riveros, a averiguar lo que ocurría, marchando en pos de ellos el general Delgado a la cabeza de un pequeño refuerzo. Pero a poco andar avistaron a lo lejos al invasor que llegaba, regresando rápidamente a nuestro Cuartel General.

En aquel momento el mariscal López, montando su caballo vayo, sobre el que había hecho su heroica peregrinación desde Paso Pucú, a través de centenares de leguas del territorio nacional, se puso al frente de sus últimos soldados, dirigiéndoles una breve pero enérgica alocución.

Un poco más de doscientos hombres, armados en su mayor parte de sable y lanza, era todo lo que había podido reunir, apesar de no omitir el concurso de nadie, ni el de los capellanes, ni siquiera el del octogenario vicepresidente Sánchez.

Y esgrimiendo un fino espadín, en cuya hoja se leía su lema implacable de *vencer o morir*, se puso en marcha, acaudillando aquel patético grupo, en el que se confundían los altos dignatarios del Estado con la tropa, los humildes ciudadanos con los jefes y oficiales del ejército, formando juntos un solo cuerpo con una sola alma y un solo corazón.



Después de andar ochocientos metros hacia el paso del Aquidabán, se encontraron con el primer destamento de la caballería brasileña, que fué rechazado sin trabajo. Pero un poco más allá apareció Silva Tavares, rodeado de los oficiales de su estado mayor y seguido de numerosos lanceros, carabineros y fuerzas de infantería.

Durante algunos minutos, el enemigo se detuvo, indeciso, en presencia del hombre colosal que por más de cinco años había tenido a raya al Imperio del Brasil. Y mientras se decidía a estrellarse contra aquella última sombra de nuestro poder desvanecido, López aguardó sereno, erguido sobre sus estribos, arrogante en su impotencia, poniendo en el fulgor de su mirada la inmensidad de su desprecio.

Y apenas se movieron los imperiales, los paraguayos se dispusieron a recibirles, estallando en prolongados vivas a la patria. Nada hay más conmovedor en la historia—diremos con Víctor Hugo— «que aquella agonía prorrumpiendo en aclamaciones». Era, dice Borman, la reproducción, en pequeñas proporciones, del episodio de la guardia vieja en el campo de batalla de Waterloo. En efecto, la misma escena iba a reproducirse, sólo que en vez de Cambrone era Napoleón el que estaba dentro del reducto humano, dispuesto a dar la respuesta sublime, haciendo de la última la primera de las palabras.

Pero Silva Tavares no supo siquiera ser caballeresco, repitiendo la galante intimación de los ingleses.

Llegó brutalmente y en silencio, soberbio ante nuestra adsolutá impotencia, cargando con explicable resolución.

Inútilmente intentó López sostener la resistencia. Exterminados con furia irresistible, empujados con bárbara fiereza, tuvieron que ir retrocediendo, hasta caer casi todos antes de llegar a la montuosa ribera del Aquidabán-nigüi, donde el mariscal López, ya solo, se vió rodeado de jinetes enemigos que le gri. aban que se rindiera.

¿Rendirse él?

Por toda respuesta se avalanzó sobre ellos, tratando de herirles con su espada.

Y fué en aquel momento cuando el famoso cabo Francisco Lacerda *(Chico diabo)* le dió la primera lanzada que le destrozó las entrañas, mientras otro le abría la frente con su espada y un tercero le daba una nueva y mortal lanzada.

Bañado en sangre, se revolvía furioso contra sus enemigos, cuando acudieron en su socorro el capitán Francisco Argüello y el alférez Chamorro, los cuales impidieron que allí mismo fuese ultimado, peleando hasta sucumbir, mientras él se retiraba sintiendo ya las ansias de la muerte.

Pretendiendo todavía llegar por un camino oculto hasta el Chirigüelo, para incorporarse a Roa, cuya suerte ignoraba, y proseguir allí la resistencia, entró en un angosto sendero que conducía al Aquidabán-nigüí, seguido por el coronel Silvestre Aveiro, el mayor Manuel Cabrera, su trompa de órdenes, y el alférez Ignacio Ibarra, cayendo de su caballo a poco de andar. Desde allí fué llevado hasta el pie de la barranca opuesta del arroyo, donde, a su pedido, lo dejaron completamente solo, en espera de su fin.

Ya se oía el rumor de la soldadesca enemiga que se aproximaba, atronando la selva con sus descargas, cuando vino a poner un rayo de luz en su agonía un último gesto del amor de sus compatriotas.

En aquel instante postrero de su vida, desvanecido su poder, abandonado a su suerte, se le acercó el alférez Victoriano Silva, implorándole que le concediera el señalado honor de morir en su defensa...

López agradeció, conmovido, aquel generoso ofrecimiento del más leal de sus leales, y, regalándole su látigo, le ordenó que se alejara.

Y Cámara apareció, cruzando el arroyo a pie, e intimando rendición al caído.

¿Pero no estaba, acaso, más que rendido, moribundo?

¿No lo tenía a sus pies, exánime, con las entrañas



destrozadas, hendido el cráneo y reducido a la más absoluta impotencia?

¿Qué más quería de él, después de su total vencimiento, cuando ya la vida misma se le extinguía por momentos?

¡Ah, sí, quería la humillación!

Aquel digno lugarteniente del sanguinario Príncipe, aquel cruel representante de Pedro II, quería oír de sus labios la ansiada palabra, que no pudieron arrancarle en cinco años de guerra, llegando hasta allí, es decir, hasta la tumba, para no pronunciarla.

¡Pero no la oiría!

En aquel mismo momento, su hijo mayor sucumbía gritando: *¡Un coronel paraguayo no se rinde!* Y el anciano vicepresidente la República, a pesar de su edad, respondía a igual intimación: *¿Rendirme yo? ¡Jamás!*, cayendo como un héroe, cubierto de heridas, irreductible en su energía.

¡Y el mariscal López iba a rendirse!

Demasiado pronto había olvidado Cámara quién era aquel hombre.

En la embriaguez de la inmerecida victoria no se daba cuenta de que hablaba al gigante, cuyo solo nombre pobló de fantasmas sus sueños y puso un constante terror en su corazón,

Pero el vencido se hizo reconocer, incorporándose penosamente, para responderle con una estocada, clamando con toda el alma:

*¡Muero con mi patria!*

Y tales fueron sus últimas palabras.

Ellas explican toda su vida y son la mejor expresión de sus más íntimos pensamientos.

Creía morir, no por la patria solamente, sino también con la patria, al menos como entidad soberana, dentro de sus fronteras históricas.

Precisamente por eso había agotado el sacrificio hasta llegar al suicidio deliberado.

Porque creía que el Tratado Secreto era nuestra sentencia de muerte, porque conocía las viejas aspiraciones de los pueblos vecinos, no dudaba que todo

iba a terminar, que la patria iba a morir en su cruz, para resucitar en la gloria, pero no en lo vida.

Claro está que no se refería a esa patria espiritual, que sobrevive a los hombres y cuya esencia es inmortal.

La patria de que hablaba era la que él había visto desaparecer entre los horrores de la inmensa matanza, esa que había sido repartida de antemano en el pacto de Alianza; la patria material, cuna y hogar de sus abuelos, tumba de sus mayores, preocupación constante de su existencia, alegría de sus días felices, teatro glorioso de sus hazañas, última visión de su vida.

Alberto Souza, publicista distinguido del Brasil republicano, no ha podido menos que sentir la grandeza de aquellas palabras, comentándolas en una de sus páginas más bellas:

«¡Muero con mi patria!, exclamó el vencido en el momento augusto y solemne en que las almas corrompidas y cobardes sólo se atienen a las esperanzas de la fuga o al perdón del vencedor. Efectivamente, moriste, ¡oh heroico y glorioso luchador!, con tu infeliz tierra aniquilada por la ambición y por el despotismo imperial; pero moriste para revivir ahora, no sólo en el alma colectiva de tu Patria rejuvenecida, sino también en el austero e insospechable juicio de la posteridad que te rehabilita. Deshecha la espúrea leyenda de bajezas y crueldades con que los escritores imperialistas intentaron empañar, por tantos años, tu inmaculado patriotismo, se levanta al redor de tu figura, engrandecida por el martirio, una aureola diáfana y resplandeciente, que te consagra en el doble e irrevocable carácter de héroe de la Patria y paladín de la Libertad y la República.»

Pero continuemos.

Lo que sucedió después es tan repugnante, revela tanta cobardía, que la pluma se resiste a referirlo.

Será mejor que oigamos a otro escritor brasileño:

«Aproxímase un soldado del batallón 9.°—dice Borman—y el general Cámara le da la orden de



desarmar al Mariscal. El soldado le agarra por los puños, teniendo lugar entonces una lucha. López procura conservar su espada y el soldado pugna por arrebatársela. Los contendores caen, se levantan de nuevo... y la lucha continúa. Otro soldado (1) que se aproxima y presencia aquella escena, aprovecha un momento en que el Dictador se desprende de su adversario, le apunta su arma, suena un tiro, y la bala va derecha al corazón» (2).

Y por si hace falta todavía un testimonio más

---

(1) Era también del Batallón 9, y se llamaba **Francisco Fernández** de Souza, según unos, Joao Soares, según otros.

(2) El señor Ricardo Levene, miembro de la Junta de Historia y Numismática Americanas de Buenos Aires, profesor de Historia de la Universidad y autor que ha recibido últimamente un premio de veinte mil pesos de su país, por haber publicado *el mejor libro del año*, escribe lo que sigue sobre la muerte de Solano López, en el tomo II, página 462, de sus *Lecciones de Historia Argentina*:

«El presidente López *huyó al Chaco, pero se mantuvo todavía en Cerro-Corá* al frente de 2.000 hombres. Sin fuerzas para resistir más tiempo, López trató de huir nuevamente, pero fué alcanzado y muerto.»

Francamente sorprende que pueda decir tantos disparates en tan pocas palabras. No solo asesina la historia, decapita también la geografía.

Lástima que no nos cuente hacia donde *trató de huir nuevamente Solano López*, después de *huir al Chaco* y *mantenerse en Cerro-Corá*...

Y este mismo Ricardo Levene publicó antes un álbum histórico, dedicado a los niños de las escuelas, y en la página 164 de dicha obra se lee este primor histórico:

«Cuando el ejército aliado *penetró* en la Asunción, el tirano López *huyó hacia el interior de las selvas del gran Chaco*, haciéndose acompañar de toda la población, hombres, mujeres, niños, ancianos e inválidos, que no podían caminar, pero a quienes se les obligó a seguir bajo pena de muerte, por regiones donde no había pisado la planta del hombre. Al fin Solano López fué alcanzado y muerto.»

Ilustra esta página un curioso grabado, que reproducimos, en el que Cerro-Corá es una altura, en la costa del Río. Se ve a la escuadra bombardeando y a los aliados subiendo la cuesta a la carga...

Según ésto, López *se internó en las selvas del Chaco Paraguayo, pero murió sobre una barranca, en la costa del Río*, al alcance de los cañones de las naves imperiales.

No hay duda que esta versión es mucho más original que la anterior...

Y quien perpetra semejantes despropósitos es hoy el primer historiador de su país!

El caso es digno de ser meditado. Y hay que advertir que con esta misma información escrupulosa están escritos todos los libros del laureado don Ricardo Levene. Eso sí, tiene a su favor el mérito de apoyar muchas de sus afirmaciones en la indiscutible autoridad de su digno colega, el Dr. Cecilio Báez, tan informado y escrupuloso como él.

irrefutable para probar que fué necesario arrancarle la vida al mariscal López para tomarle la espada, y que a dos pasos del general en jefe de una división imperial fué asesinado, alevosamente, el inerme presidente paraguayo (1), reproducimos el parte del general Cámara, en que anuncia alborozado su triunfo:

«Campamento en la izquierda del Aquidabán-nigüí, 1.° de Marzo de 1870.

Ilm. y Excmo. Señor:

Escribo a V. E. desde el campamento de López, en medio de la Sierra.

El tirano fué derrotado, y no queriendo rendirse, *fué muerto a mi vista*. Intiméle orden de rendirse, cuando ya estaba completamente derrotado y *gravemente herido*, y no queriendo, *fué muerto*.

Doy los parabienes a V. E. por el completo desagravio que tomó el Brasil del tirano del Paraguay. El general Resquín y otros jefes están presos.

Dios guarde a V. E.

JOSÉ ANTONIO CORREA DA CÁMARA.

Ilm. Excmo. Señor Mariscal de Campo Victorino José Carneiro Monteiro, Comandante de las fuerzas del Norte del Manduvirá.»

Resulta, pues, que «no queriendo rendirse», un hombre que estaba «completamente derrotado y gravemente herido, fué muerto a la vista» de su inhumano vencedor. He aquí un criminal que, al igual de los tipos de Lombroso, se envanece de su obra.

(1) Documentos publicados últimamente por los brasileños nos hacen saber otros detalles de la cruel inmolación del mariscal López.

Hé aquí lo que cuenta el mayor José Portes de Lima Franco, ex-secretario del general Cámara:

«Muerto López, precipitadamente un alférez nortista se aproximó al cadaver y con un puñal le cortó la oreja izquierda al mariscal paraguayo, diciendo: *es una promesa que yo hice en mi tierra, de llevar la oreja de López...*»

El cronista Jorge Maia, doctor y coronel de Voluntarios da Patria, refiere la hazaña de otro valiente oficial brasileño, que, muerto nuestro gran soldado, tuvo el heroísmo de llegar hasta él, descargando sobre su frente el último golpe de su gloriosa espada.



Esto es lo que el pensador italiano llamaba «la vanagloria del delito», rasgo característico del delincuente nato. No se puede dar una inconsciencia mayor. ni una más absoluta falta de la más elemental noción de responsabilidad. No sospechaba siquiera aquel ínfimo general brasileño el gran papel que acababa de desempeñar en el drama de la Historia. Ignoraba que, con aquella cínica declaración, arrojaba una eterna ignominia sobre su nombre y sobre las armas de su patria, y que al pretender deprimir a su víctima, con el más hiriente de los epítetos, tejía para su frente la corona del martirio.

Más adelante acabó por comprender la enormidad su crimen, tratando de rectificar su propia versión, y balbuceando, acongojado, una torpe defensa.

Pero aun en el caso de que mintiera en su primer parte y fuera cierto que no hubo necesidad de ultimar al caído, cuya muerte «fué el resultado natural de sus heridas», como afirmó después, queda algo más inexplicable todavía, un hecho más odioso y repugnante, que da la medida de su refinada cobardía. Asesinado ya el mariscal López, entregó su cadáver al ludibrio de la irresponsable soldadesca, que lo saqueó, despojándole hasta de sus ropas interiores. Durante horas bailaron sobre los despojos del vencido las negras turbas imperiales, pisoteándolos, alegremente, en medio de salvaje gritería, tal como se hace en las selvas africanas para festejar la victoria, en el delirio de una ruidosa orgía canibalesca.

Y esto no es todo todavía.

Aun no estaba satisfecho el odio del invasor, que, en su desenfreno, nada respetaba, ni aun la majestad de la muerte.

Después de aquella repugnante profanación, el cadáver fué arrastrado como el de una vil alimaña, siendo arrojado a los pies de su familia.

Y Cámara, que había autorizado aquellos excesos, no se preocupó siquiera de hacerle dar sepultura.

Sus tiernos hijos sobrevivientes tuvieron que escarbar la tierra con las manos para improvisarle una

**La muerte del mariscal López, en Cerro Corá, según el laureado historiador argentino Ricardo Levene.**

tumba, en la que escapase a la saña cruel de los que, viéndole ya muerto, se habían transformado en fieras de inaudita ferocidad.

El coronel Francisco Lino Cabriza, que había caído prisionero, obtuvo después el permiso de ahondar aquella fosa, depositando en ella el cadáver mutilado del mariscal, junto con el de su intrépido hijo, coronel de diez y ocho años y último jefe de nuestro estado mayor (1).

Mientras el Aquidabán-nigüí presenciaba tan lúgubres escenas, la matanza era general en todo nuestro campo.

Destruído el pelotón que acaudillara López, los imperiales pasaron a cuchillo a cuantos encontraron en su camino, salvándose sólo aquellos que pudieron ocultarse en la selva y los que, estando en comisión, volvieron después de terminada la *masacre*.

Ni los ancianos, como el Vice-Presidente Sánchez, ni los niños, como José Félix López, que apenas tenía once años, ni los inválidos, como el coronel Aguiar, fueron perdonados por el sanguinario vencedor.

Y concluída la carnicería, incendiaron el campo de batalla, pereciendo entre las llamas nuestros pobres heridos y muchas infelices mujeres que habían servido de pasto a la más brutal lubricidad...

(1) Respecto a las mutilaciones de que fué víctima el vencido, véase lo que acaba de revelarnos el citado cronista brasileño, actor distinguido en la guerra del Paraguay—corroborando nuestras afirmaciones:

«Cuando el mariscal López estaba ya tendido en tierra, llegó el alférez del Batallón 9 de Infantería, Genesio Gonzálvez Fraga, y con un puñal cortóle una oreja; un soldado del mismo Batallón le cortó un dedo de una mano; otro le cortó un pedazo del cuero cabelludo; otro, con la culata de su fusil le rompió los dientes incisivos; cuatro soldados de ese Batallón trataron de saquear el carruaje de la señora Lynch, impidiéndolo el coronel Pancho López; otros, terminada ya la acción, mataron al octogenario Vice-presidente Sánchez. Y todo esto, aparte del saqueo general y de los actos de barbarie cometidos **contra mujeres y criaturas**, que corrían despavoridas, tratando de escapar a la muerte».

Este mismo honrado historiador asegura que el Batallón 9 se **desbandó en el combate de Cerro-Corá.** Y esto explica su feroz ensañamiento. ¡Sólo la cobardía es capaz de actos semejantes!





La tragedia había terminado.

Cerro Corá ardía como una inmensa pira, mientras la naturaleza, horrorizada de la barbarie de los hombres, se envolvía en los primeros crespones de la noche, y la Patria empezaba a vestir la negra toca de su eterna viudez.

El mariscal López había cumplido todos sus juramentos y todas sus promesas.

No pudiendo vencer, había sucumbido, y sobre su carpa flameó orgullosa nuestra bandera, mientras un resto de vida animó su corazón!

En torno a la muerte de Solano López han tejido muchas leyendas sus enemigos. No podían conformarse con un fin tan heróico que, en el peor de los casos, aun reconociendo las faltas que se le atribuyen, borra todos los errores que, hombre al fin, haya podido cometer, envolviéndole en magnífica aureola. Y apelaron a la calumnia, apelan todavía, para tratar de robarle sus laureles, poniendo en duda lo que no es posible negarle, su colosal entereza, y afirmando que huyó sin pelear, muriendo ultimado por la espalda, como un cobarde. Cincuenta años se ha repetido esto mismo. Cincuenta años ha estado gritando el rencor, dentro y fuera de la Patria, sin fatigarse en la tarea de tiznar aquella figura de diamante. El mariscal Solano López, el hombre prodigioso de la resistencia, el que, al frente del pequeño Paraguay, tuvo reservas espirituales suficientes para sostener en pie a su pueblo durante más de un lustro, manteniendo a raya a dos Repúblicas y a un Imperio, más extenso que los viejos imperios asiáticos, con muchos millones de habitantes... ese mismo Solano López, que tuvo la voluntad ciclópea necesaria para surgir más arrogante después de cada desastre, que hizo suya la victoria de Curupayty, después de la catástrofe de Tuyuti, que no se abatió ante la pérdida del Cuadrilátero, venciendo todavía en Itá Ybaté, donde dijo al enemigo aquellas palabras únicas en la historia americana, aquellas palabras preñadas de una grandeza incalificable... ese mismo hombre, que

después de perder en las Lomas Valentinas su último soldado, afirmó que *la guerra recién iba a empezar*, organizando, por un milagro de su energía indeclinable, un nuevo ejército de héroes, al que infundió los alientos de su voluntad para triunfar en Ybytymi, para resistir en Piribebuy, para morir en Acosta-ñú, para cruzar las cordilleras en un desfile de esqueletos, para llegar a Cerro-Corá y allí desplomarse en la derrota definitiva, empujado por un loco heroísmo, que no amenguaron ni el hambre, ni la fatiga, ni la desnudez, ni las inclemencias todas de los hombres y de la naturaleza... «ese soldado forrado en acero, que hizo vibrar el alma del mundo con el espectáculo de su patriotismo antiguo»... ese portentoso hecatonquérico, en cuya contextura moral no se infiltró sino una sola debilidad, el inmenso amor a sus hijos, ha sido presentado por los pigmeos que le combatieron, por los mismos que temblaron un día ante el eco lejano de su nombre, y por sus descendientes y herederos de sus odios, como un hombre que no conoció el valor, que vivió acosado por el miedo, verdadero «teratólogo», creador maravilloso de una monstruosa bravura, organizador, también monstruoso, de una resistencia inigualada, pero todo por el sólo ministerio de su inmensa cobardía.

Y esta es la hora en que la enconada propaganda aún continúa, repitiéndose la misma acusación, a pesar de revelar una ignorancia increíble de las realidades del alma humana y una ignorancia mayor de lo que dice la más copiosa documentación.

Por eso creémos muy oportuno pasar revista, siquiera sea rápidamente, a los testimonios de los mismos vencedores, haciendo hablar a los muertos, que son los únicos que están por encima de las influencias de las pasiones en pugna.

Nos proponemos probar que el vencido de Cerro-Corá sucumbió bravamente, asesinado por el enemigo, ciñéndose la doble corona del heroismo y de martirio.

Para esto empezaremos por el testimonio del pro-



tagonista brasileño de la tragedia, por el testimonio del general Cámara, que escribió cinco versiones de la muerte del Mariscal López, ocurrida en su presencia.

La primera versión está consignada en el primer parte del vencedor, escrito a lápiz, al terminar la batalla.

En ese famoso documento se le ve morir a López como un tigre. Cámara dice toda la verdad, en la embriaguez de la victoria. Revela, sin reticencias, que el vencido fué asesinado a su vista, estando gravemente herido, teniendo que matarlo para arrancarle la espada.

En el segundo parte, fechado en *Arroyo Cuasú* el 3 de Marzo, y dirigido al Mariscal Carneiro Monteiro, decía:

«...El ex director *expiró a mi vista* después de haberle intimado orden de rendirse.»

Como se vé, empieza a ser velada la verdad: Solano López *expira a la vista* del vencedor, *no es muerto*, como se afirma en el documento anterior...

En el tercer parte, fechado en Villa Concepción, el 13 de Marzo, amplía sus noticias, pero con el decidido propósito de ocultar la realidad. Se había dado cuenta ya del error cometido, al revelar ingénuamente la cobarde inmolación del presidente paraguayo. He aquí lo sustancial de dicho documento:

»El coronel Silva Tavares, los oficiales de su Estado Mayor y algunos carabineros que les seguían, así como algunos infantes, tomaron el camino del centro y fueron a arrojarse sobre la fuerza, *a cuyo frente se encontraba el ex dictador*. El coronel Silva Tavares no les dió tiempo para respirar. Cargando sobre éste, diezmando a sus defensores, matando a su piquete de oficiales, segando con el gladio de la victoria aquellas vidas que, como sombras del mal, se oponían a la paz y regeneración de un pueblo, arrollólos, envueltos en polvo y humo, hasta el bosque que puebla la margen del *Aquidabán;* a tan encarnizada persecución, el tirano, no pudiendo resis-

tir... lanzóse al interior del bosque, siguiéndole de cerca un puñado de *bravos* que juraron exterminarle, hasta que, herido, desanimado, exhausto, apeóse de su caballo y dirigióse al arroyo, que intentó cruzar, cayendo de rodillas sobre la barranca opuesta. Fué en esta ocasión que habiéndome apeado y siguiendo sus huellas, lo encontré. Intiméle que se rindiese y me entregase su espada, *que le garantía los restos de su vida* el general que comandaba aquellas fuerzas. Respondióme con un golpe de espada. Ordené entonces a un soldado que lo desarmase, acto que fué ejecutado *al tiempo que exhalaba su último suspiro.*»

Según este relato, López esperó al enemigo al frente de sus últimos soldados. Los brasileños cargaron sobre ellos, «no dejándoles respirar, diezmándoles, arrollándoles hasta el bosque que puebla la orilla del *Aquidabán*». Todo esto es la más pura verdad. A esto se redujo la acción. Cuando llegaron al bosquecillo, casi todos habían muerto, recibiendo el mismo López tres formidables heridas. Sabemos cómo pudo penetrar en la picada, para caer, ya debilitado por la hemorragia, a poco andar.

Y aquí sería el caso averiguar la intención de López al dirigirse al *Aquidabán-nigüi*. El Mariscal brasileño José Bernardino Borman dice, textualmente, lo que sigue, en el tomo III de su *Historia de la guera del Paraguay*:

«¿Pensará salvarse? No; porque sabe que semejante a los dientes del áspid, cuya mordedura es mortal, ese hierro terminado en media luna, que le penetrara en las vísceras, ha depositado allí los gérmenes de la muerte, que se desenvolverán por instantes, y que en breve lo tumbarán para siempre. Pero quería huir bien lejos, al interior del bosque solitario y sombrío que cubre la margen del *Aquidabán nigüi*, para esconder en su seno su última agonía. El, el dictador temido y respetado como una divinidad, no podía morir como el común de los combatientes, enseñando las contorsiones producidas por



el dolor a los ojos de sus enemigos. Sería una humillación. Quería, pues, entregar su último suspiro a los genios de la floresta para que lo mezclasen al murmullo de las aguas de aquel río y resonasen en el oído del pueblo paraguayo, no como una prez por su engrandecimiento y libertad, sino como un anatema, como un grito de cólera y de vindicta, terriblemente amenazador, como deben ser la cólera y la vindicta de las divinidades...»

El cronista paraguayo Juan Silvano Godoy dice lo siguiente:

«El Mariscal López sobrevivió herido *e intentó ocultar su cuerpo,* a semejanza del sublime Güemez, *en las lejanas espesuras de los bosques, al abrigo de las profanaciones cobardes* consiguientes a una derrota en Sud América.»

¿Sería éste, en realidad, su pensamiento? La suposición no está exenta de lógica. Sabemos que estaba muy mal herido, próximo ya a caer, como cayó de su caballo. Es de creer, pues, que tratase de morir a alguna distancia de sus enemigos para que éstos no escarneciesen su agonía con la ferocidad acostumbrada.

El coronel Silvestre Aveiro, que le acompañó en este último trance, afirma que se proponía incorporarse a las pequeñas fuerzas del general Roa y del coronel Patricio Escobar, que se encontraban a una corta distancia, en la *Picada del Chiriqüelo,* donde se podía llegar, fácilmente, por un camino que había al otro lado del arroyo. Pero que este propósito no pudo realizarse porque, a causa de sus heridas, a poco andar se caía y, no pudiendo caminar, tuvieron que llevarlo en peso hasta la barranca, donde, a su pedido, lo dejaron completamente solo cuando ya llegaba el enemigo.

Sea de ello lo que fuese, entró en el bosque, herido de muerte, con dos lanzadas en el vientre y un hachazo en la frente, con ánimo de continuar la resistencia o para morir sin testigos, pero lleno de coraje y más altivo que nunca.

En el tercer parte que comentamos, agrega Cámara que le había dicho al caído «que le garantía la vida el general que comandaba aquellas fuerzas». Esta es una novedad, agregada a última hora. La escena está pintada como fué en el primer parte. Pero lo más novedoso es aquello de que López fué desarmado «al tiempo que exhalaba el último suspiro». Curiosa coincidencia, desmentida por el testimonio imborrable del mismo general Cámara...

Es imposible no ver que lo que se quiere es paliar el asesinato del enemigo vencido y prisionero, imprudentemente revelado en un documento que, entre tanto, volaba telegráficamente por el mundo, despertando unánime protesta en todas partes. El general Cámara sintió pronto los efectos de la reprobación universal. Por más que el Emperador premió su hazaña, haciéndole Vizconde de PELOTAS, con visible intención, él se dió cuenta de que ante el juicio severo de la historia no era sino un vulgar asesino, buscando por todos los medios una justificación de su conducta.

«Es duro, muy duro—decía a un periodista argentino—para soldados «honorables» verse confundido con los secuaces sanguinarios del «barbaro» cuyas manos están todavía tintas en la sangre de nuestros heróicos prisioneros, asesinados por él cuando la suerte de la guerra les obligaba a rendirse. Es duro, muy duro, especialmente cuando este déspota cayó, no debido a una emboscada, sino *en lucha leal, defendiéndose con un valor que—le haré justicia—* contrasta con su vida. El Mariscal López *no fué asesinado*, ni fué ejecutado: todo es falso. No lo fué, ni pudo serlo, ni por manos de mis distinguidos compañeros, ni mucho menos por las mías.»

Olvidaba el mísero Cámara su primer parte. Olvidaba que escribió, aturdido, junto al cadaver de López, estas memorables palabras: «El tirano fué derrotado, y no queriendo entregarse, *fué muerto al instante*. Le intimé la orden de rendirse, cuando ya estaba completamente derrotado y gravemente he-



rido, pero no queriendo, *fué muerto a mi vista*».

Son dos veces que afirma en su lacónico parte que López *fué muerto*, y en su presencia. No que se murió, afirma que lo mataron. De modo que por duro que le resulte el mote de asesino, es el que le corresponde. Por lo demás, protestamos de paso contra la afirmación de que nuestros soldados se manchasen con la sangre de los prisioneros. Es una calumnia qne nunca fué ni ha de ser confirmada. Esa era práctica exclusiva de los ejércitos civilizadores de la Tripe Alianza.

Pero no todo ha de ser mentira en su defensa. No todo ha de ser calumnia. Reconoce al menos que López murió en lucha leal, «*defendiéndose con un valor que honra su muerte*». En esta forma hace justicia a su víctima, acallando para siempre a los infamadores de su memoria.

Es el general Cámara el que declara que murió defendiéndose, «*con un valor que honra su muerte*.»

Pero sigamos.

«Al dejar López su caballo a la entrada del bosque—escribe en la misma carta—tambien se apearon ellos (los soldados brasileños) dirigiendo sin cesar su fuego hacia él, y sus balas pusieron término a la vida de López, hiriéndole mortalmente en dos partes... Fuí uno de los primeros en llegar a la barranca del Aiquidabán y ver a López caer casi exánime. Al lado de éste se encontraban dos oficiales que murieron, sable en mano, defendiéndole hasta lo último; y otro oficial que pudo escapar, quizá para rendirse más tarde... Debo a *mi honor* como soldado, a mi nombre y a mi país, declarar con fidelidad que el Mariscal López *murió lealmente* y en posesión completa de sus sentidos. Cuando me agaché a tomarle la espada de su mano, hizo un movimiento para herirme, gritando con *firmeza y arrogancia*: ¡Muero por mi Patria! Entonces ordené a un soldado del batallón 9.° *que lo desarmara*, y en esta lucha murió, sin recibir nueva herida.»

Muchas son las patrañas que forja el acongojado

Acampamento à esquerda do Aquidabán
1º de Março de 1870

Illmo. Exmo. Snr.

Escrevo a V. Exa. do Acampamento de Lopez no meio da serra. O tyranno foi derrotado e não querendo entregar-se foi morto n'esta vista. Intimei-lhe a ordem de render-se quando já estava completamente derrotado e gravemente ferido, e não o querendo foi morto. Dou os parabens a V. Exa. pela terminação da guerra, e pelo completo desafogo que torna o Brazil do tyranno do Paraguay. O general Resquin e outros chefes estão presos.

Deus Guarde V. Exa.

Illmo. Exmo. Snr. Marechal de Campo Victorino José Carneiro Monteiro
Commte. das Forças ao Norte do Paraguay

O Brigdo. José Antonio Corrêa da Camara

**LA PRUEBA DEL CRIMEN**

**Parte autógrafo del general Cámara dando cuenta del asesinato del mariscal López.**

Vizconde de Pelotas. Pero no hay tal. Sus palabras le desmienten, igual que no pocos documentos. López, como reza el certificado médico, no recibió sino *una sola herida de bala*, después de estar caído, *en la región dorsal*. Las otras tres heridas fueron de sable y lanza. Y al lado de López no había nadie. En sus partes oficiales no habla de tales compañeros que mueren a su lado peleando. Esta es otra invención de última hora.

Diez años pasaron para que volviera a hablar Cámara. En 1880, con motivo de los comentarios a que dió lugar el décimo aniversario de Cerro-Corá, dirigió una carta a la *Gaceta de Noticias* de Río, de la que entresacamos los párrafos siguientes:

«En la mañana del 1.° de Marzo de 1870, la vanguardia del ejército de mi mando se encontró con el enemigo, *a cuyo frente estaba el Mariscal Lópes*, en las márgenes del Aquidabán, resultando una rápida derrota en el combate que se empeñó. El Mariscal López, seguido de dos o tres oficiales, huyó en dirección a los montes del Aquidabán-Nigüi, siendo perseguido por el Mayor Simeón de Oliveira y dos soldados de caballería de la guardia nacional. Allí, *apeándose*, se internó en el monte, y yo llegué en ese momento al lugar en que el Mariscal había abandonado su caballo... Seguí la dirección que me indicaron, y a poca distancia encontré a los dos soldados que le habían perseguido; me aseveraron que por allí se encaminaba, *pareciéndoles que estaba herido*. Les ordené que me acompañasen, encontrándole, en efecto, un poco adelante, en la *margen izquierda* del Aquidabán-Nigüi, caído junto al río, apoyado el cuerpo sobre el brazo izquierdo y teniendo en la mano derecha la espada desenvainada. *Dos oficiales que le acompañaban estaban a su lado*, espada en mano. Entonces, diciéndole quien era yo, le intimé que se considerase prisionero, garantiéndole la vida. El Mariscal me contestó que *moria por su patria*, tirándome un golpe. El oficial que estaba a su derecha procuró herirme, siendo muerto por un



tiro disparado por uno de los soldados que me habían acompañado. El otro oficial intentó huir, siendo también muerto. Me dirigí de nuevo al Mariscal, repitiéndole la misma intimación y recibiendo, empero, igual contestación. Entonces, llegando a su lado un soldado del batallón 9.°, le ordené que le quitase la espada. El soldado, obedeciéndome, lo agarró por el puño para sacársela. Era *preciso hacer esfuerzos,* y por la posición en que se encontraba, cayó al río el Mariscal, quedando el cuerpo bajo el agua; pero levantó aún sobre ésta la cabeza, *muriendo en seguida.*

»Tenía el Mariscal una *herida de bala en el bajo vientre,* que había recibido, *naturalmente,* al trasponer el río, junto al cual había caído... Dispuse *su entierro,* que se verificó a la vista de su madre y dos hermanas, *debajo del toldo de paño* que allí existía»...

Muchos de los detalles de esta versión son diferentes de los anteriores, y casi todos absolutamente falsos. Cámara varía sus mentiras cada vez que escribe sobre Cerro-Corá, siempre con el objeto de justificarse.

López *no se apeó*—¿para qué iba a apearse?—*se cayó de su caballo,* gravemente herido. Cuando entró en la picada, ningún enemigo le perseguía. Así se explica que Aveiro y sus compañeros pudieran alzarlo y llevarlo, penosamente, hasta la barranca derecha del Aquidabán-Nigüi. Y repetimos, una vez más, que estaba solo cuando llegó Cámara hasta él. No tenía tal herida de bala en el bajo vientre, sino dos heridas de lanza. Lo del entierro es puro cuento. El cadáver fué profanado, como dijimos. Después de saquearlo, bailaron sobre él los vencedores. Sus hijos arañaron la tierra para cavarle una fosa, que después fué ahondada por compasión. Bajo la carpa de López, Cámara hizo otra cosa, algo que no hacen los caballeros, sino los bandidos vulgares...

Veamos ahora lo que cuenta otro actor principal.

El Coronel Juan Nunes da Silva Tavares, jefe de la vanguardia brasileña, dice lo que sigue en su parte al general Cámara el 2 de Marzo de 1870:

«... inmediatamente seguí, acompañado del Mayor Augusto de Carvalho, de mi ayudante, el Capitán Juan Pedro Núñez, de mi ordenanza, el cabo de escuadra *Francisco Lacerda*, y el clarín *Zacarías Bacleco,* por la picada que precede a la planicie del Aquidabán-Nigüi, donde estaba el campamento de López. Al salir de la referida picada ví una columna, *a cuyo frente estaba el finado Mariscal López.* Viendo que ella vacilaba en avanzar y habiéndoseme reunido el Mayor Joaquín N. García, el Capitán Cándido de Azambuja y *algunas plazas*, resolví cargar sobre él, a fin cortarle la retirada hacia el monte, cuando fuese atacado por nuestros tiradores e infantes que se organizaban para la lucha. Efectivamente, con los oficiales mencionados, con los que se me habían reunido y algunas plazas, arremetí a la columna del ex dictador y no obstante la *lucha desigual* (¡!) que trabé, consegui ganar su frente y cortarle el paso, pues realmente procuraba el monte.

»En ese momento cargaron los carabineros sobre el enemigo ya desordenado, envolviéndolo en un círculo, *en que sucumbió aquél que no fué prisionero*. El ex dictador, con algunos de sus secuaces, internóse en el monte, pero perseguidos de cerca por un puñado de bravos oficiales y soldados, tuvieron que perecer; y V. E. personalmente asistió al exhalar el tirano el último suspiro. Debo declarar a V. E. que cuando entró en el bosque *iba ya herido por la lanza de mi cabo de órdenes* Francisco Lacerda, del 19 cuerpo provisorio de caballería.»

Poco tenemos que tachar en esta relación, que, como se ve, coincide, casi por completo, con nuestra verídica versión.

Diez años después, con motivo de la última carta de Cámara, Silva Tavares volvió a hablar, pero para desmentir a su superior, que afirmaba que López recibió una *herida de bala en el bajo vientre*.



Cuenta que al empezar el combate había ofrecido 100 libras esterlinas al que matase a López, y que cuando éste entró en el bosque, iba ya herido por la lanza de su cabo de órdenes, el célebre Chico Diabo, ganador de la *humanitaria* recompensa, si bien el verdadero ultimador fué el soldado que le dió el *tiro de gracia en la región dorsal.*

«Entonces el general se apeó, agrega, y entró en el bosque, encontrando no lejos a López recostado en la barranca del río, con parte del cuerpo metida en el agua, con la espada en la mano, atravesada sobre la cabeza, sosteniendo la punta con la mano izquierda. Intimado para rendirse, respondió con dificultad:

»*Muero por mi patria con la espada en la mano.*

y la dejó caer en dirección al general brasileño... Habiéndosele tomado de la muñeca para desarmarlo, *recibió en la región dorsal un balazo.*»

Dice, además, que él fué quien ordenó que una comisión de médicos examinara el cadáver de López, la cual comisión dió el elocuente certificado que sigue:

»*Después de examinadas las heridas del ex Dictador de la República del Paraguay, Francisco Solano López, encontramos:*

»*Una solución de continuidad en la región frontal, de tres pulgadas de extensión, interesando la piel y el tejido celular; otra, producida por instrumento pérforo-cortante en el hipocondrio izquierdo, de una pulgada y media de extensión, dirigida oblicuamente de abajo arriba, interesando la piel, el peritoneo, los intestinos y la vejiga; y otra en el hipocondrio derecho, de arriba para abajo, con dos pulgadas de extensión, interesando la piel, el peritoneo y probablemente el intestino.*

»*También una herida de bala de fusil en la región dorsal, con una sola abertura, quedando la bala en la caja toráxica.*—DOCTOR M. CARDOSO DA COSTA LOBO, Cirujano de Brigada.—DOCTOR MELITAO BARBOSA LISBOA, 2.° Cirujano.»

Estos documentos fueron la lápida definitiva del general Cámara. Un testigo eminente, que fué su compañero, afirma que estando caido, inerme, recibió un balazo *en la región dorsal*, en presencia del vencedor. Y el certificado médico confirma esto mismo, así como prueba, en forma ya indiscutible, que las otras heridas fueron recibidas de frente y peleando.

El conde D'Eu, por su parte, asienta en su libro diario, el 4 de Marzo de 1870, que acababa de recibir una nota de Cámara, anunciando la terminación de la guerra.

»Ese oficio, dice, escrito apresuradamente a lápiz, y dirigido con fecha 1.° del corriente al mariscal Victorino, anuncia que *a la vista del mismo general Cámara* acaba de sucumbir el tirano del Paraguay, el cual, intimado varias veces, rehusó entregarse.»

Y en nota del 13 de Marzo, al ministro de guerra del Imperio, barón de Muritiva, dice:

»En esta ocasión, el ex dictador, no queriendo escuchar la orden de rendirse, *fué muerto por un cabo del cuerpo 19.° de caballería, conocido con el nombe de Chico Diabo.*»

En las dos ocasiones afirma lo que tanto negó después Cámara, es decir, que López *fué muerto porque no quiso rendirse*. El crimen sigue siendo confirmado.

Otro de los actores de la tragedia, el coronel Antonio da Silva Parannos, termina así el parte que dirige al mismo general Cámara:

«... Francisco Solano López, que aun en los últimos momentos rehusó nuestra generosidad, no se quiso entregar, *prefiriendo morir como un héroe.*»

Tenemos, pues, que los cuatro *principales actores en el último episodio* de la Epopeya coinciden por completo en que el mariscal Francisco Solano López fué sacrificado cobardemente por el general Cámara, coronando su vida con el heroísmo de una gloriosa muerte.

Ahí están los documentos. No hay mistificación



posible. Contra ellos nada puede la pasión. Los dientes del odio son impotentes para destruir esos testimonios del enemigo, que proclaman a gritos la verdad.

Y aún podríamos hacer desfilar muchos documentos. Pero sólo hemos de reproducir, para terminar, los primeros ecos de la masacre de Cerro-Corá en los países aliados.

Veamos cómo todas las noticias coinciden en que López, herido gravemente en la batalla, no queriendo rendirse, fué asesinado por orden y en presencia del general vencedor.

El 8 de marzo de 1870 telegrafiaba desde Asunción el ministro Paranhos al ministro brasileño en Montevideo:

«López, alcanzado por las fuerzas del general Cámara sobre la margen izquierda del Aquidabán el 1.° del corriente, *fué herido en el combate, y no queriendo rendirse, fué muerto durante el mismo combate.*»

El 10 de marzo telegrafiaba al representate imperial en Buenos Aires:

... «López *fué muerto a la vista del general Cámara*, que en vano le intimó rendición; el ex dictador se obstinó en animar la resistencia...»

Estos datos le habían sido comunicados por el capitán Juan Méndez Salgado, ayudante del conde D'Eu, llegado del teatro de operaciones.

El 11 de marzo el ministro brasileño en Montevideo recibía de su corresponsal en el Rosario de Santa Fe la confirmación de la fausta noticia en el siguiente telegrama:

«El general Cámara, por un hecho de armas, venció a López; *éste, no queriendo entregarse prisionero, fué muerto.*»

El mismo día *La Tribuna*, de Montevideo, publicaba un telegrama de su corresponsal en Buenos Aires, anunciando que «López *fué muerto* por las fuerzas del general Cámara, *por no querer rendirse.*»



A este telegrama seguían otros en dicho diario, confirmando la misma noticia. «López—decía un despacho trasmitido por el telégrafo marítimo—*fué muerto por las fuerzas de Cámara, no queriendo rendirse.*»

«López fué alcanzado el día 1.° por las fuerzas del general Cámara, en la margen del Aquidabán—avisaba el ministro brasileño en Buenos Aires al de Montevideo—, *siendo herido en el combate y no queriendo rendirse fué muerto.*»

El ministro de Negocios Extranjeros comunicaba también al ministro brasileño, en idéntica fecha, que «López *fué muerto, no queriando rendirse después de derrotado y herido.*»

Y una mentada correspondencia publicada en el *Jornal do Comercio*, pintaba de este modo la muerte de López:

«... El tirano estaba dentro del agua hasta las rodillas, procurando ganar la barranca opuesta; el compañero extendíale la mano. El general Cámara metióse también en el arroyo: *Entréguese Mariscal*, le dijo, *soy un general brasileño.* López dió un golpe (de espada) en dirección a Cámara y, ya en tierra, cayó de rodillas. *Muero con mi patria*, exclamó. *Desarmen a este hombre*, ordenó Cámara. Un soldado del batallón 9.° de infantería arrojóse entonces sobre él y lo tomó por los puños, *a pesar de su resistencia.* En la lucha cayó dos veces en el agua, saliendo con ansia de respirar. En ese instante un soldado de caballería vino corriendo y *descargóle por el lado izquierdo un tiro a quemaropa* que fué derecho al corazón. López cayo, arrojando gran cantidad de sangre por la boca y por la nariz. Estaba sin sombrero, con pantalón azul, galoneado de oro, chaleco y botas. En el bolsillo del chaleco tenía un reloj de oro, que el general Cámara mandó ofrecer a uno de los museos de la corte. En la tapa de arriba tenía estas tres letras: F. S. L. Y en la parte de abajo las armas de la República... En el el bolsillo de la blusa había dos lapiceras y un anillo de marfil, con la inscripción habitual: *Vencer o morir.*»

¡Confirmación de las confirmaciones!

A esto se podría agregar el testimonio de un actor argentino. Es el general Vedia el que dice lo siguiente, en carta publicada en *La Reforma*, de Asunción:

«... El día 1.° de Marzo, el general Cámara atacó a López. Este tenía unos 1.000 hombres (!!). Los jefes y oficiales presentáronse con sus insignias y condecoraciones, haciendo esfuerzos para que la resistencia fuese tenaz, *mas la tropa no respondió. López, herido, fué intimado para que se rindiera, y no haciéndolo*, un soldado de caballería llamado José o Diabo, *lo mató.*»

Y hasta podríamos oír a un hijo del conde D'Eu, el cual debió escuchar la verdad de labios de su padre. En un libro recién publicado, *Bajo la Cruz del Sud*, juzga así al vencido de Cerro-Corá:

«... Después de la capitulación de Uruguayana la guerra parecía próxima a su terminación... López, valga la verdad, manifestó en esta emergencia una *energía indomable*.

»Después de Tuyutí la campaña se arrastra lentamente... López, *con una energía digna de mejor causa*, aprovecha la inacción de sus enemigos para llenar los claros dejados por el desastre del 24 de Mayo...

»López, cuya *salvaje energía* parecía aumentar con los reveses, ni por eso se desanimó; viéndose rodeado, mudó de frente, fortificando su izquierda y el desfiladero de Angostura y preparándose a defender obstinadamente el paso de las corrientes de agua que aún le separaba del enemigo...

»... El día 1.° de Marzo, por la mañana, el destacamento entero desemboca en el Aquidabán, reduciendo a silencio cuatro piezas que defienden el paso, y sin tardar se precipita sobre la guardia personal del dictador. Este evidenció en ese instante supremo un *heroísmo insuperado;* herido de una lanzada desde el comienzo de la acción, *hacía intrépidamente frente* a los agresores, cuando apareció Cámara, in-

timándole que se rindiera. *¡Muero con mi patria!*, fué su única respuesta. En ese mismo momento *lo dederribaba muerto una bala brasileña.*»

El almirante Baltazar da Silveira, actor en la guerra, que no oculta su odio a Solano López, le hace justicia, reconociendo su gigantesca intrepidez. Y sintetiza así sus juicios, en su *Campaña do Paraguay:* «Digamos la verdad, murió como un bravo, con la espada en la mano.»

Por su parte, el Barón de Río Branco, José María da Silva Paranhos, que, como se sabe, es el más eminente cronista brasileño del crimen de la Triple Alianza, se encargó de formular el más abrumador desmentido a las imputaciones del despechado rendido de *Angostura*, empeñado en atribuir su propia cobardía al Héroe de la resistencia. He aquí sus palabras:

«Es admirable el empeño con que Thompson, después de colmado de favores por López, quiere disimular el servilismo de que dió pruebas en el Paraguay, deprimiendo a su benefactor y queriendo presentarlo como un cobarde. López se expuso varias veces a las balas de los aliados, sobre todo en Lomas Valentinas. Si fuese tímido, como el más que tímido comandante de Angostura, hubiera, después de tantos reveses, procurado escapar a los peligros de la guerra para llevar en Europa, como podría haberlo hecho, una vida cómoda y tranquila. Sin ser admiradores de López, juzgamos injusto atribuirle un carácter pusilánime, y, sobre todo, juzgamos que el único jefe del ejército paraguayo que en el curso de la guerra se rindió sin quemar un cartucho y sin haber querido antes tomar parte en combate alguno, no es el más autorizado a dirigir tales censuras a López.»

Por lo demás, el historiador no puede ya hacerse cargo de una imputación tan peregrina, sólo explicable en los días que siguieron a la lucha enconada, bajo el imperio de pasiones desatadas.

¡Los cinco años de resistencia están allí para probar el temple moral de Solano López!





Durante toda la campaña de Humaitá permaneció sereno en Paso Pucú, situado en una altura, en el centro del Cuadrilátero, al alcance de la gruesa artillería fluvial y terrestre del enemigo. El paredón de tierra que defendía su cuartel general, apenas cubría uno de sus costados, interceptando los tiros directos de Tuyucué; pero era completamente ineficaz para librarle del fuego de los enormes morteros de los aliados, que hacían llover sobre él, día y noche, sus proyectiles. Si no pereció durante el interminable bombardeo, que duró veinticuatro meses, fué por pura casualidad... o porque los invasores no tenían artilleros. Visitando aquel lugar histórico, se puede ver todavía la asombrosa cantidad de proyectiles que batieron la morada del generalísimo paraguayo. Paso Pacú es hoy una verdadera mina de hierro!

Eso sí, Solano López no dió a sus enemigos el gusto de ponerse personalmente al frente de sus batallones. Sabía lo que representaba su vida para la causa de su país. Sólo cuando creyó llegado el momento de sucumbir sobre su último campo de batalla, no titubeó en ir como un soldado a la muerte. Tal en Lomas Valentinas y Cerro Corá. Y el valor no es una virtud intermitente, que hoy nos anima y mañana nos abandona. ¡El que sabe morir como Solano López, es porque posee, en realidad, el raro temple de las almas heroicas!

## XXVI

**La glorificación del vencido.—Los primeros cantos a su memoria.—El decreto de Colombia.—Juicios de la prensa extranjerá.—Alberdi como admirador del mariscal López.—La prueba de su desinterés.—Lo que dice en sus obras póstumas.—El coro de los escritores nuevos de América: palabras de García Calderón, Palma, Rodríguez Triana, Carvajal, Maldonado, Rodó, Herrerá, Vargas Vila, Fombona, Gázmendía, Velasco y Aragón, Pereyra, Roxlo, Cervera, Teixeira, Méndez, Bagueiza, Leal, Gómez de Castro, Silvado, Souza, Benjamín, Constant, Cuedes, Moraes.—Vindicación oficial de su memoria.**

Antes de que Solano López llegara al calvario de Cerro-Corá, antes de que se consumara su crucifixión, subían ya hasta él, junto con los agrios ecos de la diatriba, las primeras voces vibrantes de su glorificación.

Aislado dentro de las fronteras de su país, los aliados pudieron infamarle impunemente, sin temor de ser desmentidos, divulgando en América y Europa la siniestra leyenda de su ferocidad sin límites.

Los mismos que consumaban los crímenes más abominables, ultrajando en forma inaudita a la civilización; los que decretaban la esclavitud de los prisioneros o los enrolaban en sus propias filas, obligándoles a pelear contra su patria; los que entraban a saco en las poblaciones indefensas, como *en los leja-*

*nos tiempos*, robando y matando sin piedad; los tristes héroes de Yataí y Piribebuy; los que degollaban a los vencidos e incendiaban los hospitales y los campos de batalla, para que perecieran carbonizados los heridos..., no se cansaban de ponderar las monstruosidades del héroe paraguayo y la barbarie sumisa de su pueblo.

Pero esta difamación oficial no tenía eco en el mundo.

Aun en los países aliados, la causa paraguaya ganaba admiradores a medida que transcurría el tiempo y se intensificaba la obra de nuestro exterminio.

Escritores ilustres como Olegario Andrade, Guído y Spano, Agustín de Vedia y Navarro Viola, levantaban constantemente su voz de protesta desde las columnas de *La América* —diario fundado para combatir el crimen de la Triple Alianza—, sufriendo persecuciones, padeciendo en pontones inmundos largos meses de prisión por defender al Paraguay.

Y hasta los publicistas que fueron adversos a Solano López, aquéllos que, engañados por la propaganda calumniosa de sus enemigos, un día le combatieron, no pudieron menos que levantarse en su defensa, deslumbrados por la realidad de su gloria y por la sublime grandeza de su sacrificio. Entre ellos hemos de recordar al ardoroso Isaac de Tezanos, compañero un día del sicofanta Manuel Pedro de Peña en la redacción de *El grito Paraguayo* y *El clamor de los libres*, fundados para combatir al gran patriota. Su pluma se reveló pronto contra la iniquidad, fulminando a los empresarios de la horrible carnicería, pagados por el oro del Imperio. Valiente hasta la temeridad, habló con terrible elocuencia, denunciando la verdad, lapidando a los culpables y desafiando la rabia impotente de la prensa asalariada.

Y así, también, Carlos María Ramírez, Ferreira y Artigas, Laurindo Lapuente y muchos otros, se alzaban iracundos, haciendo honor a su sinceridad y a la nobleza de sus sentimientos, para protestar contra los horrores de la tragedia paraguaya.

El mismo Juan Carlos Gómez, tan vinculado al porteñismo mitrista, hubo de combatir al hombre de as coartadas, al comediante de la neutralidad, probándole que había tejido para la frente augusta de Solano López «la brillante corona del martirio».

Sabemos ya cual fué la conducta de los pueblos del Pacífico en 1866.

En 1867 la Cancillería del Perú publicó una Memoria, en la que consagraba un largo capítulo a la cuestión paraguaya, para justificar su conducta frente a los aliados, explicando, sin vacilaciones, todo lo que había en el fondo del pleito que se ventilaba por las armas en el Plata.

El Presidente de la República, al inaugurar las sesiones de la Asamblea Constituyente, en presencia del Cuerpo Diplomático y del Ministro brasileño, Francisco Adolfo de Varnhagen, afirmó que el Paraguay sostenía con el Imperio y sus aliados «una lucha en que la justicia de su causa rivaliza con el heroísmo de la defensa».

El representante imperial hubo de retirarse en el acto, formulando una protesta, que nò pudo borrar, por cierto, los efectos de las lapidarias palabras del noble y altivo magistrado peruano.

Y en la heróica tierra de los Incas surgió también el primer cantor de la epopeya nacional, el primer poeta que había de glorificar al gran capitán americano, al ir a caer envuelto en los girones de su bandera. En efecto, Manuel del Castillo publicó en *El Nacional*, de Lima, el 13 de Noviembre de 1869, la siguiente oda heróica, digna de figurar, por su vuelo lírico, al lado del canto de Olmedo al vencedor de Junin:

## AL PARAGUAY

¿A dónde están, América, tus días
De fraternal unión y de ventura?
¿Tus proezas a dónde,
Cuando a los campos del honor corrías



Con ínclita bravura
A postrar un leon?... Habla, responde.
¿Qué de tus hijos fué, los inspirados
Que dejando su hogar y su fortuna
Tornáronse impertérritos soldados?
¿A dónde está el padrón de tus victorias?
¿Dónde tus Andes, y tendidos llanos
Sellados con tus glorias?
¡En ellos duermen ya cien mil tiranos!..
¡Los encubre el sudario de tres siglos
Eternos de anatema,
Que del trono español fueron diadema!

¡Todo ha pasado ya! La misma no eres,
Tu indómito valor ya no es el mismo;
Así, cual mercaderes,
Y fríos, como es frío el egoísmo,
Tus próceres están. Tu noble espada
Está sobre el escudo,
En el silencio mudo,
Entre polvo y orín arrinconada.

América, tu crimen
Es el crimen nefasto de esa Europa
De inmenso poderío,
Helada como el cálculo sombrío.
A su presencia gimen
Los hijos de Polonia estrangulada,
Polonia abandonada,
Al furor crüel de su verdugo,
Y ella, siquiera, ni mirarla plugo.
Polonia, en tanto, espera...
¿Y, para qué esperar? ¡Fuerza es que muera!

Así... debe morir sin valimiento
El noble Paraguay, de muerte herido;
Cárdeno el labio congeló su aliento;
Apenas en su pecho hay un latido;
La moribunda luz de su pupila
Entre el ser y el no ser, pálida oscila.

Glacial, indiferente
El mundo de Colón en su camino,
El sacrificio criminal consiente
Y marcha, imperturbable, a su destino!



¡Fatal miseria humana!
¡Sublévase la sangre americana!
A la cara resalta la vergüenza
Mirando tu baldón, pueblo argentino!
Tu propia mano te causó la ofensa;
Embotaste el puñal del asesino
En el seno infeliz del tierno hermano,
Y para colmo del ultraje ¡insano!
Al traidor de Uruguay, y al Brasil rudo
Mendigaste alianza,
Para que fueran de tu mengua escudo.
Entonce, hiciste alarde
De tu firme poder, que lanza a lanza
No te atrevieras, no, turba cobarde;
Caín no fuera como tú. El delito
Consintió el corazón, armó su mano,
Y después... ¡el silencio rasgó el grito!...

América indignada
Miró la felonía...
Y agolpó a su mejilla delicada
Toda la sangre que en su seno hervía.
La cuna de los mártires sagrada,
Patria de Pueyrredon y Necochea,
Bajándose a los pies de los monarcas
Para extinguir la Tea
De la alma libertad, con mano fuerte...
¡Aberración atroz!... Y sangre y muerte
Sobre ajeno dominio,
Esparció desleal en sus comarcas,
Cual siniestro cometa de exterminio.

Sombras de San Martín y de Belgrano,
De Güemes y Gorriti esclarecidos,
Que formasteis un pueblo soberano;
Que fuisteis de los déspotas temidos;
¡Perdonad, perdonad! Mi ardiente Lira
Conserva en sus bordonas,
Para el dolo y doblez eterna ira,
¡Para la heroica abnegación, Coronas!
¡Salud, generación afortunada!
Yo tengo para vos amor profundo.
Generación viril, con vuestra espada
Triunfó la libertad de medio mundo.

Vos enclavasteis en la sien nevada
Del altivo Pichincha, vuestra enseña,
Y el Andes se aplanó con vuestra planta,
Que era la causa que abrazasteis, santa.

Mas hoy tantos blasones,
En que estuvieron vuestros ojos fijos,
¿A dónde, a dónde están? Sucios jirones
El lábaro tornaron vuestros hijos
Y no supieron estimar la herencia,
Imbéciles, trocando
En vil esclavitud su independencia.
La horrenda tiranía,
Por cuatro lustros desgarraba el seno
De esa prole doliente,
Y el déspota insolente
Apagó su calor, con mano fría.
Helos allí... revueltos en el cieno...
Representando el drama,
Que eternamente su conciencia infama.
Eternamente, sí; cuervos son esos
Embotados en sangre; de su presa
Muerden el corazón, roen los huesos.

¡Maldición! ¡Maldición a los tiranos
Que tienen el instinto de la hiena!
Para lo noble y bello, son enanos;
Y crecen al forjar una cadena.
Los pueblos desolados,
Y sometidos al infame yugo,
Nunca se vieron a la gloria alzados,
Sujetos al cordel de su verdugo.
El indefenso pueblo, no es culpable,
Es culpable el que tuerce su camino;
La razón y el derecho, son el sable;
¡Tal es la condición de su destino!
En vano el Uruguay con ardimiento
Su causa defendía:
Una mano traidora le vendía
A precio bajo y vil... ¡Treinta dineros!
El Judas recorriendo los senderos
Recónditos del crimen,
A su carrera le faltó el aliento.
Bajo su planta gimen

Las furias. De su planta
Ascienden sus cabezas lentamente
Pegadas a su cuerpo, y de repente
Le aprietan y sofocan la garganta.

¡Manes de Paisandú! ¡Sagrados manes,
Que vagais silenciosos en la noche
Al tibio rayo de menguante luna!
¡Fantásticas visiones!
¿Qué fué de los ilustres capitanes
Que os llevaron al templo de la gloria,
Cuando al clamor de muerte, una por una,
Aquellas vuestras inclitas legiones
Giraron sobre un punto,
Con bárbara arrogancia,
Y eclipsaron las glorias de Sagunto,
Esparta, Zaragoza y de Numancia?
¡Conjunto misterioso!
¡Porción enaltecida!
La humanidad deplora vuestra suerte.
¿Quien no vió vuestro pecho generoso
Agitarse al impulso de la vida
Para entonar el cántico de muerte?

Reposad en la paz, dolientes sombras;
No turbe vuestro sueño el sacrificio
De la patria de López: ¡quién me diera
Ocultar la maldad, la felonía
De un pueblo que traiciona su bandera,
De una grey que se llama monarquía!
Empero, ¿quien enfrena
La lira del dolor, si con sus notas
Hónrase la verdad? Ella condena,
Y a las generaciones más remotas
Lleva su vibración, y allí campea
Y allí está la verdad. La verdad, sea.

Quizá mi dulce lira,
Inspirada por noble sentimiento,
Contra los pueblos estallando en ira,
Sin prevenirlo, destempló su acento.
Quizá no pudo mi convulsa mano
Sujetar el latido
Del corazón herido,
Con la muerte de un pueblo americano.

¡Un lívido cadáver!...
Sobre un lago de sangre está tendido:
El fuerte acero entre la yerta mano,
Aun conserva el reflejo de la gloria...
Parece que el Titán está dormido;
Parece que se alzara el Soberano
Del solio resplendente
A retar al despótico tirano,
Escándalo y baldón de un continente.
¡En América un Rey! Es la ironía
Llevada a la demencia, y, sin embargo,
En América un Rey, en claro día
Impera en el Brasil, cuyo letargo
A la superstición abre la puerta
Y el pueblo no despierta...
Ni puede despertar. Los que durmieron
Bajo el peso glacial de esa librea,
En su mente infeliz jamás sintieron
Cruzar como relámpago una idea.
La delicada flor nunca germina
En profundos y ardientes arenales;
Porque el Sol del Brasil quema y calcina!

Ese pueblo buscaba en su delirio
A su frente un laurel, teñido en sangre.
Y... señaló un rincón para el martirio.
¡El noble Paraguay! Rincón oscuro,
Pero grande y sublime, en cuyos brazos,
Tres naciones rodaron en pedazos
Cien veces y otras cien, contra su muro.

¿Quién no te ha visto, Paraguay, luchando,
Por casi un lustro sujetando ardiente
El bárbaro torrente
Desbordado a tu pie? Tú señoreando,
Palmera solitaria del desierto
En ruda tempestad, ¡ay! no sabías
Que eran contados tus preciosos días
Del tiempo en el reloj. ¡Estaba abierto
El inmenso sepulcro de tu gloria,
Más heroica y pujante que la historia

En vano retemplabas tus legiones
Al embate marcial del heroísmo;

¡Tres naciones, al fin son tres naciones!
Ante ellas, ¿qué eras tú? ¡Frágil guarismo!
Y por eso tus hombres perecieron,
Y su furente saña,
Cuando la muerte la mirada empaña,
Tus diáfanas mujeres recogieron.
Y endureciendo sus esbeltas manos
Combatieron al pérfido enemigo,
Y arrastraron consigo
A la inerme niñez y a los ancianos

¡Oh! pueblo de titanes
De agreste fortaleza,
¿Quién pudo dominar tus huracanes
Ni ver el pedestal de tu grandeza?
¿Qué espíritu de fuego en ti se anida?
¿Quién te pudo inspirar tanta bravura?
¿Quién era el alma de tu heroica vida
Nación americana, sin ventura?

¡Era López, tu espléndido caudillo,
Raudo planeta, corazón de acero,
Cuyo potente brillo
Pudiera iluminar el orbe entero;
Cuya fulmínea espada
En el templo inmortal está colgada!

¡Salud mil veces, capitán famoso!
No me es dado loarte en mis cantares,
Porque pálidos son: tú eres coloso,
Exánime y caído,
A quien no pueden contener los mares
Ni límites poner, nunca, el olvido

.............................. ...

Allá... en la noche oscura,
Cuando resbalan sus postreras horas,
Se ve cruzar blanquísima figura,
Tan bella, como bellas las auroras,
Por el campo doliente
En que reposa la nación valiente...
Y prosternada en la sagrada tumba
Arranca de su alma un alarido,
Tán hondo y funeral, que repetido,
En el confín de América retumba.

La poesía es sinceridad. Y sólo perduran los cantos que han brotado del corazón. El arte puede disfrazar con los más brillantes arreos la falta de sentimiento; pero no puede dar carácter de eternidad sino a lo que surge de lo más hondo de nuestro ser. Por eso pudo decir Zorrilla que «el verso no es poesía, pero es su vestidura regia». Regia vestidura, bajo la cual debe palpitar la vida, la vida que se caldea en la hoguera del alma y vibra en la música de las palabras. Tal en la oda de Castillo. Regia la vestidura, pero ardiente también el sentimiento. Su indignación es pura y es real. Y su admiración por el héroe desgraciado es trasunto de una convicción tan arraigada como sincera. Bajo esos versos rotundos está su corazón!

Ese canto eleva en sus luminosas alas al vencido a la altura de los más grandes soldados del Nuevo Mundo.

Y hunde a la Triple Alianza en los abismos de una ignominia eterna.

Mientras se hable lengua castellana, los acentos del poeta han de resonar como implacable maldición, recordando a los hermanos de América la crueldad salvaje de nuestra inmolación, y levantando, frente al Caín Argentino, la figura luminosa del coloso,

*Exánime y caído,*
*A quien no pueden contener los mares*
*Ni límites poner nunca el olvido...*

Y Manuel del Castillo tuvo un digno compañero en el poeta chileno Máximo R. Lira.

Vibraban todavía los acentos iracundos del peruano, cuando en la también heroica tierra araucana resonó una voz juvenil, en honor del que acababa de caer en la ribera del Aquidabán.

De los labios de Juan Zorrilla de San Martín hemos recogido los ecos de la profunda impresión que causaron en Chile las estrofas de Lira, aparecidas en Marzo de 1870.

Cursaba entonces leyes en la Universidad de Santiago el cantor de Tabaré. Y así pudo ser testigo de cómo la juventud chilena leía y comentaba enternecida la magnífica elejía, como si en ella encontrara la mejor expresión de sus sentimientos.

Cincuenta años después nos describía aquellas escenas, asombrado de que en el Paraguay se ignorase la existencia de tan hermoso y justiciero canto. ¡Ay! Zorrilla de San Martín ignoraba a su vez la magnitud de nuestro infortunio. No sabía hasta dónde llegó nuestro exterminio. Tal vez no creyó al que dijo:

*Llora, llora, urutaú,*
*En las ramas del Yatai,*
*Ya no existe el Paraguay*
*Donde nací como tú.*
*¡Llora, llora, urutaú!...*

Y la muerte es el supremo silencio. Desde el fondo de la tumba el Paraguay no pudo oír la voz de los que le llamaban a la vida, proclamando la eternidad de su gloria.

Queden en estas páginas las estrofas del poeta chileno como homenaje perdurable de un pueblo viril, por lo mismo capaz de comprender la realidad del protagonista de nuestra guerra:

## EN LA MUERTE DEL MARISCAL LOPEZ

¡Caíste, al fin! Mortal fué tu caída,
Intrépido guerrero,
Porque, al caer, un homicida acero
Te arrebató la vida.
Caíste, como es propio del soldado
Generoso y valiente,
Ceñida de laurel la noble frente,
Vencido y muerto, pero no humillado.

Horrible fué la lucha; el odio insano
Las tan cortes espadas afilaba,



Y, en torpe ceguedad, era el hermano
Quien del hermano el pecho atravesaba.
Y en el bosque escondido,
Y en las floridas vírgenes praderas,
Jamás holladas por humana planta,
Oyóse del combate el alarido,
Grito salvaje que a las mismas fieras
En sus cavernas lúgubres espanta.

¡Horror! ¡Desolación! Ya no es aquella
La región bendecida
Que la mano de Dios hizo tan bella;
Ya no, cual otro tiempo, aire de vida
Puede aspirarse allí; ya todo ha muerto!
Aquí un cadáver yerto,
El árbol centenario
Tendido más allá, mustias las hojas,
Y el prado solitario;
Todo, en fin, expirando entre congojas,
Que aquel suelo regado
Con grande generosa,
Ya no es patria de un pueblo denodado,
Sino de sus despojos ancha fosa.

También estás tú allí, también caíste,
Valeroso campeón; no siempre el roble
Al rudo empuje del turbión resiste,
Ni siemre vence el noble
Rey de los bosques en la lid incierta.
Cae la fuerte encina
Despedazada y muerta;
Trónchala el vendaval, mas no la inclina,
Y el león altivo, herido,
Sólo muriendo puede ser vencido.

Trabada está la lucha;
De la llama funesta los reflejos
La iluminan con torvos resplandores;
Oyénse atronadores
Los estampidos del cañón; al lejos
El eco ronco del clarín se escucha,
Y suben hasta el cielo confuudidos,
En horrible harmonía,
Gritos, imprecaciones y gemidos
Con lastimeros ayes de agonía.



La voz de los que viven grita: ¡guerra!
¡Venganza!, grita el pobre moribundo,
Y se lanzan hermano contra hermano,
Y, crueles, con escándalo del mundo,
Con horror de la tierra,
Ensangrientan el suelo americano.

Vencen los más... ¡tristísima victoria
A un excesivo precio conseguida!
Al registrarla contará la historia
Que la heroica nación no fué vencida
Sino al caer el último guerrero;
Que su hermosa bandera,
Hecha girones, pudo ser arriada
Cuando no había un brazo que pudiera
Empuñar y blandir el noble acero.
¡Que así luchan y mueren
Los que a una existencia deshonrada
La muerte de los mártires prefieren!

Encarnación del patrio sentimiento,
López, te hiciste tú; tras tí marcharon
Poseidas de bélico ardimiento
Tus valientes legiones;
Eran soldados que en sus rudos pechos
Albergaban bien puestos corazones
Y aspiraban a lauros inmortales
Con sus heróicos hechos;
Héroes si triunfaban,
Mártires si morían...
Era que por la patria combatían
Y por la santa libertad luchaban!

Y tú, valiente entre valientes, eras
Quien encendía aquella llama santa
Que inspiró esas proezas
Dignas de aquellas que el poeta canta.
Mil veces vencedor, muchas vencido,
Mas revelando un genio sin segundo
En la gigante lucha, digno has sido
De conquistar la admiración del mundo.

Derrotáronte al fin. La innoble saña
De obscuro vencedor te dió la muerte;
¡Quísolo así tu suerte!



Deja tú, en tanto, que con torpe acento
Injurien tu infortunio y tus dolores;
Deja a tus vencedores
El honor de tu triste vencimiento,
Déjales su victoria,
Que tú tienes bastante con tu gloria!

Te llamaron tirano,
Tigre de sangre hambriento,
Mónstruo execrable, déspota inhumano,
Siempre de amargas lágrimas sediento...
¡Tirano! mas tu pueblo te seguía,
¡Verdugo! mas tu pueblo te adoraba,
Y en tí la santa inspiración bebía
Que a la gloria del triunfo lo llevaba.
¡No puede ser! Un pueblo que ha sentido
Dentro del pecho ese heroismo santo,
No puede ser un pueblo envilecido,
No pudo nunca prostituirse tanto!

Pero ya has muerto; de la tumba al lado
Deben callar el odio y los rencores,
Que es cobarde y menguado
Quien ante el débil se presume fuerte.

López, tus extravios, tus errores,
Tu patria los deplora y los olvida,
Porque ya están las faltas de tu vida
Borradas con la gloria de tu muerte.

A la posteridad tu nombre pase,
Y, en tanto, el día de justicia espere,
Que quien luchando por su patria muere
Para la vida de la vida nace.

De más está decir que no se puede dar una inter pretación más certera de la gloria del Marisca López.

Con visión realmente profética, Lira interpreta el drama paraguayo y coloca al Héroe Epónimo en el centro de la Epopeya.

¡Ese es el Solano López de la realidad!

Valiente entre los valientes, fué la encarnación del patrio sentimiento, el que encendió la llama san-

ta de nuestro heroísmo, el gigante digno de la admiración del mundo.

Tirano le llamaron, tigre, mónstruo, déspota inhumano. ¡Tirano!..., pero su pueblo le seguía. ¡Verdugo!..., pero su pueblo le adoraba y en él bebía la santa inspiración que a la gloria le llevaba... ¡No pudo ser! Un pueblo que ha alentado tan heroico patriotismo no pudo ser envilecido, ni pudo prostituirse tanto!

Y, en todo caso, si, hombre al fin, cometió errores y tuvo sus extravíos, su patria olvida sus flaquezas,

*Porque ya están las faltas de su vida*
*Borradas con la gloria de su muerte.*

¡Verdad inconmovible que la historia ha ratificado!

Acrisolado en el martirio, purificado en la llama del dolor, ha llegado para él ese día de justicia que el vate anunciaba y ante su memoria se inclina la posteridad,

*Que quien luchando por la patria muere*
*Para la vida de la vida nace!*

La prensa chilena, como la peruana y la de toda América, aclamó al vencido, propiciando solemnes demostraciones a su memoria, contra las que protestó la representación argentina, impidiendo que se realizaran.

Sólo el Congreso de Colombia se atrevió desafiar a los triunfadores, aprobando el siguiente proyecto de ley, que fué promulgado por el P. E.:

«EL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA, DECRETA:

Artículo 1.° El Congreso de Colombia admira la resistencia patriótica y heroica opuesta por el pueblo del Paraguay a los aliados que combinaron sus fuerzas y recursos poderosos para avasallar a esa República, débil por el número de sus conciudadanos y





por la extensión de sus elementos materiales, pero tan respetable por el vigor de su sentimiento y de su acción, que todo lo que hay de noble en el mundo contempla su grandeza, lamenta su desgracia y le ofrenda vivas simpatías.

Artículo 2.° El Congreso de Colombia participa del dolor que en los paraguayos amigos de su patria ha producido la muerte del mariscal Francisco Solano López, cuyo valor y perseverancia indomables, puestos al servicio de la independencia del Paraguay, le han dado lugar distinguido entre los héroes, y hacen su memoria digna de ser recomendada a las generaciones futuras.

Dado en Bogotá, a veintisiete de junio de mil ochocientos setenta.—El Presidente del Senado de Plenipotenciarios, *Aníbal Currea*.—El Presidente de la Cámara de Representantes, *José del Carmen Rodríguez*.—El Secretario del Senado de Plenipotenciarios, *Eustacio de la Torre Narváez*.—El Secretario de la Cámara de Representantes, *Jorge Isaacs*.—El Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores, *Felipe Zapata*.

*Publíquese y ejecútese:*
EUSTORGIO SALGAR.

Bogotá, junio 28 de 1870.»

El artículo 2.° de esta ley, singular y única en los anales de América, es una respuesta al gesto canino de los *paraguayos enemigos de su patria*, de los desleales como Cirilo Antonio Rivarola prosternados ante el vencedor, que acababan de declarar traidor al héroe de la defensa y entregarían después 156 400 kilómetros de territorio a los que habían pasado a cuchillo a un pueblo entero, reconociendo, además, una deuda monstruosa, que es como una lápida funeraria para la economía nacional. (1)

(1) El Brasil calculó el monto de esa fantástica deuda en 298.800.000 libras esterlinas en 1892. Calcúlese lo que representará hoy con los

Tal vez sea éste, al par que el homenaje más elocuente tributado a Solano López, la sanción más terrible que haya recaído y recaerá sobre los extraviados que le combatieron desde las filas del enemigo.

Padrón sempiterno de ignominia para ellos, hace del capitán paraguayo un héroe continental, *recomendando su memoria a las generaciones futuras.*

En los Estados Unidos, donde Solano López gozaba de unánimes simpatías, como hubo de reconocerlo Sarmiento en numerosos documentos, la prensa y la opinión pública condenaron enérgicamente su despiadada inmolación.

Y cuando el general Martín Mac Mahon, que acababa de llegar del Paraguay, dió en Nueva York una conferencia sobre el drama paraguayo, llegó al delirio el entusiasmo de sus oyentes, batiendo palmas a nuestro héroe y vitoreando al soldado sin miedo y sin tacha que encarnó a nuestra patria.

El tono de la prensa de aquel libre país puede juzgarse por las siguientes palabras, tomadas de dos de sus más caracterizados diarios.

He aquí lo que decía el *Siracuse Daily Journal* el 23 de abril:

«Los últimos telegramas confirman la noticia de que Francisco S. López fué inhumanamente asesinado por un lancero brasileño. Estas noticias nos llegan por conducto brasileño; pero como las diferentes versiones no se contradicen, debemos darles fe. Aceptándolas como verdaderas, no podemos por menos de considerar que el general Cámara, jefe de las fuerzas brasileñas, ha echado un borrón de infamia—que no podrá borrarse—sobre el blasón de Pedro II, con permitir que un valiente fuera muerto, cuando pudo hacérsele prisionero.

»El emperador del Brasil debía saber que López

---

intereses capitalizados. Una cifra astronómica! Y hay que agregar a esto la cuenta de nuestros «libertadores» argentinos. Entre tanto, el Brasil ha sacado de los ricos yerbales que nos usurpó, mucho más de lo que pretende haber gastado el Imperio para «redimirnos»...



preferiría la muerte a la rendición. Cuando éste le arrojó el guante de desafío, iniciando la guerra en 1865, había resuelto dedicar su vida a la causa de su país. Después de pasar cinco años de luchas y privaciones atroces, hubiera sido menos que un hombre si se hubiera rendido.

»¿Era creíble que se hubiera entregado a sus implacables enemigos? ¿Someterse a sus contrarios en presencia de sus tropas y de las valerosas mujeres que pocos momentos antes le daban vivas en su tienda y que habían compartido con él las fatigas del campamento y los trabajos de las trincheras? ¡No! ¡No!

»Don Pedro II sabía que el presidente del Paraguay tenía otras fibras, y conociendo esto debía haber impartido órdenes para que lo tomaran vivo; pero era demasiado cruel para haber comprendido acto de tal magnitud; estaba más ansioso de la sangre de su enemigo que de la posesión de su persona.

»López, vivo, aunque fuera encerrado en una prisión del desierto brasileño, el emperador temía que, dado el amor que los paraguayos tenían hacia su caído presidente, traería con el tiempo una revolución al Gobierno provisorio que el Imperio del Brasil patrocinaba en el Paraguay. Prisionero, era peligroso; muerto, no podría combinar ni librar batallas.

»La conducta de Pedro II es vil; la muerte de López, grandiosa y heroica.»

Y el *New York Herald* decía en la misma fecha:

«Las últimas noticias confirman los telegramas anteriormente publicados respecto a la muerte del presidente López, del Paraguay.

»El indomable jefe que por cinco años sucesivos desafió las fuerzas combinadas del Imperio brasileño, las repúblicas Argentina y Uruguaya, ya no existe. Sorprendido por el ejército brasileño a la izquierda del río Aquidabán, López y su pequeña fuerza se vieron obligados a librar batalla, con gran disparidad de elementos. La derrota era inevitable; retroceder, imposible; los paraguayos, circundados por

fuerzas superiores, fueron hechos pedazos por las tropas victoriosas del Brasil.

«De este modo se deshicieron de López y sus soldados, y quien esto llevó a cabo es el general Cámara, jefe brasileño.

«Cualesquiera que fueran los errores y faltas de López, no puede negarse que la guerra que llevó a los aliados fué valiente, audaz y resuelta. Por cada pulgada de tierra conquistada los enemigos tuvieron que librar una batalla desesperada. La resistencia opuesta por él ha sido en extremo porfiada. Demostró ser hombre de inmensos recursos y uno de los más grandes soldados de nuestros días; cuando consideramos su captura y su muerte reconocemos que la conducta del general brasileño ha sido en extremo bárbara. Fué una sorpresa y una carnicería.

«Cuando la historia de la guerra del Paraguay se escriba con veracidad, se encontrará que las atrocidades atribuídas a López han sido en mucho excedidas por las brutalidades de los aliados.»

El 13 de abril de 1870 llegó a Europa la noticia de la masacre final de Cerro-Corá.

Y cuando se conoció el texto del primer despacho del general Cámara, anunciando orgulloso la forma en que había sido ultimado en su presencia y por su orden el inerme presidente paraguayo, estalló la prensa en un grito de protesta contra su cobarde victimario y de inmensa admiración por el caído. Y así, Alberdi pudo escribir a Gregorio Benítez, ministro del Paraguay en el Viejo Mundo, estas palabras:

«Yo he visto, con gran consuelo, el concierto de la prensa de París en honor del héroe paraguayo, muerto por la vida política de su patria. No daría otro castigo a la prensa del Plata que hacerle conocer el lenguaje de los diarios de París.»

Es hora de decir que Alberdi, el más grande de los pensadores americanos, fué el más entusiasta, el más constante y el más leal admirador de Solano López.



Hombre perspicaz, como nadie interiorizado de las tramoyas íntimas de la política ríoplatense, comprendió, desde el primer momento, las tendencias superiores del estadista paraguayo, en medio de las maquinaciones del Imperio y de la oligarquía porteña, y le prestó decididamente el valioso apoyo de su formidable propaganda.

Sus panfletos encierran toda la verdad sobre el drama del Paraguay.

Cuando muchos no acababan de comprender los sucesos que se desarrollaban en el Uruguay, él se adelantó a dar el grito de alarma, denunciando las miras ocultas de Mitre y Pedro II.

«Lo de Montevideo—decía en julio de 1864—es materia de un pastel, en que Mitre es connivente con la mira del Brasil de ocupar esa República, directa o indirectamente. El Paraguay mira con razón ese peligro como suyo propio; y yo no dudo que si Montevideo cae en manos del Brasil, la suerte del Paraguay está tirada...»

He allí todo. Después de remover montañas de documentos se llega a idéntica conclusión. Nada importa que circunstancias imprevistas—y extrañas a la voluntad de los actores—hayan dado otro resultado a los acontecimientos. El hecho es que Alberdi los abarcó de un golpe de vista y dió en el acto con la clave de ellos.

Su tenaz e intrépida propaganda, después, no tuvo otra mira que hacer ver a los pueblos del Plata la realidad cruel, en medio de la maraña de mistificaciones en que la envolvían los interesados en ocultarla. (1)

Y, producida la guerra del Paraguay, probó mil veces, a la luz de una documentación irrefutable y con lógica maravillosa, que aquello no era sino el

(1) «En cuanto a mis escritos—escribe Alberdi—¿puede Mitre dejar de odiar lo que forma el proceso de su guerra del Paraguay? Esos escritos contienen, en efecto, el juicio anticipado de la historia sobre el crimen de esa guerra, porque son el juicio de la distancia, imparcial como la posteridad.» *Obras póstumas,* tomo XI, página 393.



fatal desenlace del viejo pleito entre porteños y provincianos, tocándole en suerte a nuestro país ser el campeón de los pueblos mediterráneos, frente al espíritu absorvente y colonial de Buenos Aires, atada al carro del conquistador brasileño para lograr imponer su siempre combatida hegemonía. (1)

Para el tucumano, el papel de Solano López no podía dejar de ser profundamente simpático.

Mirándolo con ojos de argentino, tenía que ver en él, como vió, al representante armado de sus ideas. Era, en efecto, en nombre de sus principios que se levantaba el Paraguay, a reivindicar derechos que eran comunes a todos los pueblos argentinos. Y la alianza brasileña, al complicar los acontecimientos, hacía más simpática todavía la actitud del que se alzaba a detener al heredero de las peligrosas tendencias del usurpador lusitano.

Andando el tiempo, Alberdi escribió al representante paraguayo en Europa la siguiente carta, a fin de que el mismo Solano López conociera el móvil patriótico de su propaganda, anticipándose así, sin pensarlo, a desmentir a sus calumniadores, al mitrismo interesado en presentarle como un traidor, vendido al oro de nuestro país:

«París, 28 de Junio de 1868.

Señor don Gregorio Benítez, Chargé d'Affaires del Paraguay.

Mi querido amigo y señor:

Con motivo del expreso que va usted a despachar para el Paraguay, permítame recordarle mi deseo de que haga usted conocer del señor mariscal López mis trabajos de prensa sobre esta guerra del Plata, y la mira que me ha guiado en ellos. Yo sospecho que no conoce ni lo uno ni lo otro, si he de estar al juicio que formó de mi carta impresa que le mandó usted, titu-

(1) «La cuestión del Paraguay no es sino una faz de la cuestión argentina. Esta cuestión interior ha sido toda la causa y origen de la guerra del Paraguay, que jamás hubiera llegado a producirse si Mitre hubiera estado por la unión argentina...» *Obras póstumas,* tomo XI, página 395.



lada «Las dos guerras del Plata y su filiación». El la calificó, según usted me ha dicho, como una mera defensa de mi persona. Tenía razón: no es otra cosa que mi defensa. Pero ¿por qué escribí esa defensa? Esto es lo que deseo que él sepa.

Porque el representante del Paraguay (el señor Bareiro), a quien tocaba defenderme de los golpes que yo recibía, hacía tres años, por mis escritos favorables a la verdad que protege al Paraguay, no lo hizo: ni una palabra. Lejos de eso, usted sabe que un día M. Exfilly me hizo un cumplimiento por la prensa, y el señor Bareiro le escribió en el acto que no repitiese tales elogios, porque a mí no me gustaban. Como ví que en tres años de debates yo recibía mil ataques que quedaron sin respuesta, y que el señor Bareiro, que en el público pasaba por promotor de mis escritos anónimos, no recibía jamás el menor daño de la prensa de Buenos Aires y Río de Janeiro, creí tener el derecho de sospechar de la lealtad del señor Bareiro para conmigo.

Entonces, y por esa causa, tomé sobre mí la tarea ridícula de defenderme a mí mismo en la mencionada carta impresa, y me alejé en seguida del señor Bareiro.

Me interesa que el señor mariscal López sepa todo esto, por conducto de usted, que es testigo de todo ello. Mi interés en esto, como en mis escritos, no es personal ni privado. Se refiere en todo a la política venidera de nuestros países y a sus conveniencias mutuas y solidarias.

Tenga usted la bondad de repetirle lo que cien veces he dicho a usted y al señor Bareiro, a este respecto: yo no quiero, ni espero del señor mariscal, ni empleos, ni dineros, ni condecoraciones, ni suscripciones de mis libros.

Todo lo que yo quiero me lo ha dado ya en parte, y es hacer pedazos, con su grande y heroica resistencia, el orden de cosas que formaba la ruina de mi propio país; y para lo venidero, todo lo que quiero de él es una política tendiente a formar una liga estre-



cha de mutuo apoyo con el gobierno argentino, que represente la verdadera causa de las provincias, para poner a raya las aspiraciones tradicionales del Brasil y de Buenos Aires, respecto de los países interiores en que hemos nacido él y yo.

Soy su muy atento y afectísimo amigo y s. s.

JUAN B. ALBERDI

Pero lo más curioso, lo inexplicable es que este notable documento, que proclama a gritos su desinterés, fué publicado por Sarmiento como la prueba de la traición de Alberdi. (1)

¿Puede darse mayor aberración?

Felizmente la posterioridad no comparte en esto, como en otras muchas cosas, la opinión del genial péro ofuscado sanjuanino...

La estatua de Alberdi se levanta en el corazón de Buenos Aires, y lleva su nombre una de las amplias avenidas de la gran metrópoli.

Por lo demás, la fe de Alberdi en el Paraguay no decayó nunca, ni en los peores días, ni cuando marchábamos al suicidio, a través de las cordilleras, camino de Cerro-Corá. Esa fe aumenta con los desastres, como aumenta su admiración por el soberbio caudillo que capitanea, sin abatirse, al Paraguay. Es, precisamente, en los días finales de la guerra cuando sus sentimientos más se exaltan y su entusiasmo toca los límites del delirio. Es que en el Paraguay vencido, veía el vencimiento de sus ideas, sufriendo con él los dolores de su agonía, deslumbrado por el brillo de una gloria común. Y no consentía la posibilidad de nuestra derrota, no podía admitir el triunfo de la injusticia, la esterilidad de tanto sacrificio.

«¡El Paraguay no morirá!», afirmaba en carta de Julio de 1866.

«El Brasil no saldrá con las suyas, agregaba, poco

(1) Véase en *Nuestra Epopeya* el estudio sobre Alberdi. Publicamos allí las pruebas del absoluto desinterés de su propaganda en defensa del Paraguay.



después, y todos sus degradados instrumentos serán hecho pedazos».

En 1869, decretada ya nuestra ruina, Alberdi seguía aferrado todavía a la posibilidad de la victoria. Tenía la fe ciega de los que después de Lomas Valentinas se empeñaban aun en proseguir la lucha, animados por un loco optimismo.

«El Paraguay tiene un segundo y más poderoso ejército en lo que se llaman sus montañas, escribía en Octubre de aquel año. Son los Andes del nuevo Chacabuco y del nuevo San Martín, contra los nuevos Borbones de América».

Y el 15 de Noviembre volvia a escribirle desde su residencia de Saint André de Fontenay:

«Los ocho mil hombres que López tiene hoy, valen los cincuenta mil que tenía al empezar la guerra, pues cada veterano vale diez reclutas. Es imposíble que se oculte a los paraguayos que siguen a López, que la resistencia heróica de Juárez, en Méjico, es nada comparada con la del héroe paraguayo, pues éste no ha tenido un auxiliar interesado, como tuvo Juárez en los Estados Unidos, ni agresores americanos, como los tiene López. López no tiene su igual en América, ni en Bolivar, ni en San Martín, ni en los mejores tipos de constancia indomable y grande que presenta la historia moderna de América. El Brasil es un triste país en no reconocerlo. Mitre y Sarmiento siguen la guerra desde sus sillones. López es un Aquiles delante de todos esos carneros.»

Pero ni aun después de comenzado el año nefasto de 1870, Alberdi renunció a su terca esperanza. Consumado ya el sacrificio de Cerro Corá, pero ignorando todavía la catástrofe, escribía a Benitez lo que sigue:

«No sólo usted, mi querido amigo, yo mismo voy quedando sitiado por los aliados, mejor dicho por el Brasil: ¿qué extraño es que lo esté el mariscal López?... Yo, a veces, pienso que el mariscal López está lleno de fuerza y que la vergüenza obliga a sus ineptos enemigos a disimular la realidad. Si esto no



fuese así, ¿cómo explicar la presencia en el Paraguay de lo que el Brasil tiene de más importante en poder militar?...

»... Es preciso señalar a los hipócritas que hablan a cada instante del *crimen de la guerra* y del culto que es preciso tributar a la paz, y que en presencia de la afrentosa guerra que sirve a sus intereses de partido, no solo se callan la boca, sino la aplauden en cierto modo, como lo hace la *Revue de Deux Mondes*, del 15 de febrero. Ese artículo, como la política brasileña, tiene estos tres puntos vulnerables, que conviene no dejar sin ataque:

1.° Que la guerra se llevó al Paraguay con el pretexto de abrir los altos afluentes del Plata. Era natural que, al fin de la guerra, los vencedores proclamasen la libertad de esos ríos. ¿Lo han hecho? Han declarado todas las libertades imaginarias, menos esa...

2.° La *Revue* da a entender que esa guerra ha tenido por objeto y resultado la abolición de la esclavitud en el Paraguay. El Brasil, con tres millones de esclavos, haciendo matar 200 mil de sus naturales y gastando dos mil millones de francos, para libertar a los esclavos que no existen en el Paraguay, es la bufonería más insolente que pueda dirigirse al público de Europa. ¡Y son los tartufos abolicionistas de París los que lo hacen!

3.° Dice que la guerra tiene por origen una provocación del Paraguay. Esta es la gran máscara del crimen alevoso de esa guerra. ¿Se puede admitir que un país serio se decida a gastar dos mil millones de francos y 200 mil hombres sólo porque un pequeño estado ha querido arrastrarlo a ese sacrificio ruinoso? La magnitud de este sacrificio del Brasil es la mejor prueba de que la guerra tiene por causa, no una injuria obscura, sino un cálculo de conquista territorial sobre todos los países del Plata, sobre los aliados, tanto como sobre los enemigos.

«El mejor servicio que los Estados Unidos, gobernados por Grant, Washburn y Cía. pueden ha-



cernos, es estarse quietos. Todo se debe temer de ellos. No hay sino que recordar que el Brasil ocupa el Paraguay, introducido allí por un ministro americano. Haga repetir esto en la prensa, porque no es la linsoja el medio de mover a un país viril como Norte América, sino la verdad gruesa, aunque sea dolorosa...»

Como se vé por esta carta, Alberdi está lejos de confesarse derrotado. Pone todavía en manos de su joven amigo nuevas armas para seguir combatiendo.

El 11 de Abril estampa sobre el papel el último desahogo de su incurable optimismo:

«Para mí, escribe a Benítez, esta faz nueva de la campaña, sin ejército por parte de López, lo hace más fuerte, y al enemigo más impotente que cuando tenía por adversario un pequeño ejército, bravo, pero sin recursos. Si el Brasil triunfa en tal caso, triunfará como esos litigantes que, cuando ganan un pleito, se encuentran en camisa y expirando de puro viejos...»

¡Pobre Alberdi! Se figuraba que el Paraguay podía continuar indefinidamente el milagro de su resistencia, hasta agotar el tesoro del Brasil y sus fuerzas materiales. No sabía que hacía ya más de un mes que había sucumbido el indomable caudillo que pusiera por encima de Bolívar y de San Martín, gimiendo desde entonces su patria desventurada bajo la ley cruel del vencedor!

Diremos, en fin, que Alberdi conservó hasta morir su devoción por el mariscal López, cuya memoria defendió en todos sus libros, exaltando su vida y su obra y condenando a los que decretaron y consumaron su épico sacrificio.

Con el correr de los años, sus juicios han sido consagrados por ilustres escritores de América, sucediendo a la diatriba de los vencedores un verdadero coro de apoteosis para el mártir de Cerro Corá. Hoy la verdad se abre paso, vigorosa, avasalladora, operándose una revisión de los valores históricos, gracias a la cual Solano López se levanta resplan-



deciente, mientras sus rivales afortunados se eclipsan en la sombra de su mediocridad irremediable.

Los trabajos del valiente publicista, en defensa del que fué el campeón de sus ideas, fueron recopilados en un libro célebre, al que dió este sugestivo nombre: *El Imperio del Brasil ante la democracia de América.* Su aparición causó inmensa sensación en el mundo. Y hoy todavía no es posible leerlo sin sentirnos contagiados de una extraña emoción. Proceso de un crimen espantoso, es también veredicto inapelable de la posteridad, que hace suyas sus conclusiones. En sus páginas han quedado crucificados los delincuentes de la Triple Alianza. (1)

Pero en ese libro no está todo el pensamiento de Alberdi.

Hay que leer los diez y seis tomos de sus obras póstumas para acabar de abarcarlo.

Escritas esas páginas al ir a terminar la guerra y hasta muchos años después de consumada la victoria del Brasil, son trasunto de lo arraigado de sus convicciones y de la invariable firmeza de sus sentimientos.

Encerrado en su biblioteca; solo en el destierro de toda su vida, y entregado, al decir de D. Manuel Gondra, «al constante, perpetuo monologar de sus ideas», comenta en ellas las incidencias del drama paraguayo, respondiendo a las voces interiores de su conciencia, como si el mundo entero fuera a escucharle.

---

(1) El «formidable» Leopoldo Lugones, en su divertido *Panegírico filosófico de Mitre,* asegura que «*El crimen de la guerra* es el título de un famoso panfleto de Alberdi contra la guerra del Paraguay». Por este desliz de erudición se puede colegir lo que hay bajo el oropel de su vasta y enfática obra. ¡Lugones no ha leído a Alberdi! Sabe de oídas que combatió la guerra del Paraguay, y sabe, también de oídas, que escribió un libro titulado *El crimen de la guerra;* y, asociando ambos hechos, estampa su rotunda afirmación. ¡Pero qué equivocado está! Precisamente, en esa obra Alberdi no se ocupa del Paraguay. Condena en ella la guerra en sí, vale decir, todas las guerras. Es un estudio realmente filosófico, escrito para ser presentado en un concurso, poco antes de la guerra franco prusiana.

Hemos de ocuparnos alguna vez de las afirmaciones antojadizas de Lugones, Ricardo Rojas y otros publicistas argentinos sobre el pasado del Paraguay.



Sus palabras tienen, como va a ver el lector, cierto tono de intimidad, y su estilo el descuido de las conversaciones familiares. ¡Pero qué lógica la suya! Cada afirmación es una sentencia, maciza y pesada como una montaña...

He aquí algunos párrafos, tomados al azar, del tomo IX de dichas obras:

«El Paraguay resiste y triunfa, no por la obra del terror, ni de la tiranía. Si la tiranía fuese capaz de hacer héroes, no sería tal tiranía. Ese argumento es ridículo. Cincuenta mil hombres y cuarenta vapores de guerra en el corazón del Paraguay, sin tener un soldado ni un habitante que busque su apoyo, están allí para probar la popularidad de López y la libertad del Paraguay, pues si los paraguayos fuesen esclavos, no sería López quien les impidiese buscar la protección de sus libertadores poderosos de fuera.

»El paraguayo es al brasileño lo que el león es al mono. Para el argentino es más digno ser hermano de un pueblo de leones que de un pueblo de monos.

»El Paraguay es fuerte porque tiene más recursos que sus adversarios, relativamente. Si ellos son más ricos en oro, el Paraguay es más rico en patriotismo, en fe, en disciplina, en esperanzas y, sobre todo, en su *derecho*.

»El ejército del Paraguay es, relativamente, superior al del Brasil, porque se compone de ciudadanos, no de aventureros, de esclavos y de hombres venales. Esos ciudadanos son libres en el mejor sentido, en cuanto viven de sus medios, no del Estado. El que tiene un pedazo de tierra, un techo, una familia, y debe a su trabajo el sustento de su vida, ese hombre es señor de sí mismo, es decir, libre en el mejor sentido. Diez libertades de palabra no valen una libertad de acción, y sólo es libre, en realidad, el que vive de lo suyo.

»Todo soldado paraguayo sabe leer, y raro es el que no sabe escribir y contar. Esa condición no es la del esclavo en ningún país moderno; y si la lectura preparase al servilismo, los países libres no la



propagarían en el pueblo como elemento de libertad.

»Aunque la paz ha sido la regla de su vida, las armas y el arte militar han sido un objeto constante de cultivo. Amenazados y desconocidos siempre en su independencia, los paraguayos han vivido, desde 1810, con la idea de que tendrían que abrirse paso por las armas para salir del bloqueo geográfico que les imponía la aspiración de Buenos Aires de reconquistar una antigua provincia argentina.

»La guerra, sin embargo, no ha sido industria para el paraguayo; ha sido un simple deber de honor: la religión del patriotismo.

»Su ejército, modesto, no abunda en generales, ni coroneles, como pasa en otras repúblicas, y los sueldos son insignificantes.

»En su casa, en el ejército, en la paz, en la guerra, en su país, o prisionero en país extranjero, el paraguayo tiene la conciencia de lo que es: un ciudadano que vive de sus medios, no del estipendio del Estado.

»Poned en manos de un propietario laborioso y sobrio una tierra que produzca el trigo, la patata, el maiz, la banana, el arroz, la mandioca, el tabaco, la caña de azúcar y todas las clases de animales útiles para alimento del hombre, y tendréis un país que es un almacén de víveres, siempre lleno, en paz y en guerra.

»Comparad con el soldado del Paraguay el soldado del Brasil, por el lado de las condiciones que dejamos señaladas, y veréis que nada es mas lógico que lo que está sucediendo en esa inacabable guerra.

»El soldado imperial, encargado de dar libertad al ciudadano del Paraguay, no es él mismo un *ciudadano*, es un *súbdito* de un monarca. No es un hombre *libre*, es un *liberto*, es decir, *un esclavo de la víspera*. No sólo carece de propiedad, sino que él mismo fué la propiedad de su amo el día precedente, y si ha dejado de ser *cosa*, no es para ser *ciudadano*, ni para ejercer las libertades de tal, sino para pelear y morir por el mantenimiento de la esclavitud civil



de su mujer, de sus hijos, de sus hermanos. Como esclavo, no ha tenido familia, ni la tiene como liberto.

»Un esclavo es tanto más valioso y caro, cuanto más humilde, automático y servil.

»¿Cómo exigir la virtud del soldado, que es el coraje, al esclavo, cuya virtud es la sumisión animal?

»El odio a López, los insultos y calificaciones atroces de que es objeto, son un mero proceder de retórica, es un odio en seco, porque no se puede tener odio verdadero a quien no se conoce, con quien no se ha reñido, de quien no se ha recibido mal; y lejos de eso, a quien dos años antes se ha cubierto de flores, de ovaciones, de respetos simpáticos en reconocimiento de la mediación con que ese López salvó a Buenos Aires vencida, firmando el pacto que lleva su nombre, de unión de la República Argentina, en Noviembre de 1859.

»¿Cómo explicar ni justificar el sacrificio de doscientos mil hombres y dos mil millones de francos, sin probar que López era un tirano peor que Nerón y Domiciano?

»Los crímenes de López son una necesidad lógica de la defensa de Don Pedro II; son como la imputación de monedero falso y de asesino que Troppman hacía a Juan Kink.

»¿Qué crimenes son esos que nadie ha visto ni conocido, sino sus enemigos? Que ni el Paraguay mismo conoce, pues si López fuera el tirano que se hace obedecer por la fuerza, no quedaría en el país sin ejército alguno, como hoy está, en presencia de treinta mil invasores extranjeros que no pueden arrancarlo a la simpatía de las poblaciones exánimes.

»Esa actitud de López vale más que todas sus victorias y todo el honor de su resistencia gigantesca; es la respuesta triunfante de la verdad dada a la calumnia del usurpador.

»López ha muerto, luego la guerra del Paraguay está concluída, para el logro de su objeto, dicen los cómplices del Brasil en ese crimen, el más grande



que haya presenciado la América del Sud, de medio siglo a esta parte. La muerte de López no es sino el punto final de la muerte de un pueblo, llevada a cabo en el espacio de cinco años, ante la América aquiescente, o concurrente por su abstención absoluta.

»Decir que la guerra no tuvo más objeto que suprimir la persona de López, es una impertinencia insultante lanzada al sentido común. Un gobierno serio como el del Brasil, no gasta dos mil millones de francos, cien mil hombres y cinco años en suprimir a un individuo. Prueba de que era otro el objeto tenido en mira, es que todo un pueblo ha desaparecido bajo el hacha del Brasil, antes que López.

Mientras los opositores de López han corrompido y sobornado a Estigarribia, a Robles, a Bareiro, a Berges y a una parte de la misma familia de López, éste no ha corrompido a ningún hombre perteneciente a sus invasores y enemigos, ni entró nunca en el sistema de los López el corromper empleados y militares extranjeros, por una sencilla razón, y es que siempre estuvieron en paz con todo el mundo.

»Si estuvieron en guerra una vez, fué contra Rosas, y entonces tuvieron en sus filas al general Paz, no por corrupción, sino por un acto espontáneo y libre de Paz, hecho en favor de la libertad de su país.

»Sus enemigos, no solamente corrompieron a Bareiro y a Estigarribia y otros, sino que de los corrompidos hicieron sus *amigos* y sus *aliados*, aun después de la guerra. De Bareiro han hecho su *candidato* presidencial paraguayo, a precio, según dicen, de la cesión prometida del Chaco, en el tratado definitivo de paz.

»López hará como Juárez, dicen algunos. Mala comparación. Es Juárez quien hubiera debido hacer como haría López si lo hubiese podido. El Paraguay no es Méjico; es decir, no tiene cincuenta generales aspirantes, ni está dividido en tantos Méjicos como provincias o estados. Es todo él un solo estado, de una pieza, y una sola ciudadela con diversos nombres.

No es Juárez quien destronó á Maximiliano, sino la retirada de los franceses; ni es Juárez quien echó a los franceses, sino Estados Unidos. Es verdad que López no tiene ese apoyo en los Estados Desunidos de Sudamérica; pero los intereses unidos, los derechos unidos, los votos unidos de todo el mundo, han de pesarles a los invasores del Paraguay, en medio y a pesar de sus triunfos. Ni el imperio del Brasil, es el imperio francés, como espada, como luz, como prestigio; y, sin embargo, la expedición de Méjico llenó de estragos sus fuerzas. Ni en el Paraguay existe un gobierno que pretenda siquiera ser tan paraguayo como el de López.

»El más obscuro país puede servir de dos modos importantes a la causa de la libertad general: o como cuna de un libertador, o como tumba de un tirano. Paraguay podrá no ser la cuna de un Bolívar, pero será la tumba de una tiranía; de una tiranía continental, que es más que una tiranía del Paraguay; de una *tiranía*, en fin, que es un principio durable, más grave que un *tirano*, que es un accidente: de la dominación monarquista del Brasil, en una palabra, que es más que la tiranía doméstica atribuída al Paraguay. Y López mismo será un libertador, a título de sepulturero del Imperio, que Bolívar no alcanzó a sepultar porque sus medios no alcanzaron a sus deseos. Casi todos los libertadores de Sudamérica lo han sido a título de sepultureros del despotismo extranjero de la España. Ninguno lo ha sido como Washington, a título de fundador de la *libertad interior* de su país. Y si no, ¿dónde está el gobierno libre que fundó San Martín? ¿Dónde está el gobierno libre con que Belgrano y Rivadavia dotaron a su país?...»

¡Pero, basta!

He ahí el pensamiento íntimo del Alberdi, frente al cuadro de nuestra inmolación.

Así juzgaba los acontecimientos el más grande de los argentinos.

Sus ideas, repetimos, tienen ya la consagración del

mármol en el seno de la ciudad que negó al Profeta, que lo lastimó con su blasfemia y le arrojó los guijarros de la calumnia. (1)

Muchos son hoy los que completan su obra, exaltando la figura de Solano López, y con él la causa que defendió.

El justamente renombrado pensador peruano Francisco García Calderón, escribe:

«La lucha asume la grandiosidad de una antigua epopeya...

«El heroísmo paraguayo vence al número, al destino, a la muerte; ataca a los aliados y, cercado por fuerzas superiores, resiste bajo la dirección guerrera de López, transformado en austero profesor de nacionalismo. Se prodiga, lucha sin reticencias, y, en un delirio belicoso, fusila a los que critican su

---

(1) Con el triunfo del gran partido radical en la Argentina, triunfaron también. en el seno del gobierno del país hermano, las doctrinas de Alberdi sobre la guerra del Paraguay. Y desde entonces los órganos que en la prensa interpretan el pensamiento de tan vasta comunidad política no se cesan de condenar a Mitre, afirmando que provocó torpemente la guerra y humilló a su país con la alianza brasileña.

Pertenecen a «La Epoca» de Buenos Aires, diario dirigido por el Dr. Delfor del Valle, las siguientes palabras que trasuntan el nuevo pensar argentino:

«Hubo una época en que la república se desangró y arruinó en una guerra *torpemente provocada y sórdamente conducida*. El valor de la raza dió espléndidos relieves heróicos a una campaña donde la incapacidad militar de los dirigentes rayó en la más cuitada indigencia. Pero bajo esos episodios épicos, alrededor de la mejor sangre argentina, sacrificada, prosperaba y enriquecíase una sórdida y ávida vivandería. La clase de los «nouveaux riches», de los enriquecidos de la guerra, no es un producto del gran conflicto recientemente concluído. En toda época hubo quienes hicieron de la esplotación del heroismo un lucrativo negocio. Durante la guerra del Paraguay nuestros soldados morían de hambre en los esteros, mientras afortunados proveedores, gentes de altas influencias, amasaban millones. Aquellos abusos llegaron a tan escandaloso grado, que un enérgico movimiento de opinión exigió se investigasen las turbias proveedurías. Pero un providencial incendio—¡siempre el fuego celeste!—consumió los archivos de cuentas de la guerra del Paraguay. Las llamas cancelaron toda deuda y borraron los rastros de todo delito. El incendio salvó muchos nombres y muchas reputaciones, purificando muchas biografías. Ese fué el epílogo de la guerra del Paraguay!!!...

»Mitre, con una política internacional equivocada e imperialista arrastró a la nación a una guerra *injusta* y *despiadada* (en la que no recogimos sino odios) que debió durar tres meses y se prolongó cinco años, terminando con el sacrificio estéril de un pueblo. La guerra del Paraguay es un error injustificable...»



acción, continuando la guerra en un territorio despoblado y sangriento. Los aliados se adueñan por fin de la Asunción, y en un último combate es muerto el mismo López, trágica personificación de un pueblo irreductible.»

José Joaquín Palma, uno de los poetas más celebrados de Cuba, le llama «patriota insigne, de indomable espíritu». Y agrega: «como defensor de su patria llegó al punto más culminante del patriotismo, y ninguna nación, antigua o moderna, puede presentar un guerrero que le sobrepuje en santo e inmenso amor patrio. La dignidad nacional fué para él una religión... La posteridad le debe una apoteosis!»

Para el brillante escritor colombiano Rodríguez Triana «Solano López fué la encarnación de la patria paraguaya». Y su compatriota, el conocido literato Alberto Carbajal, lo pone «muchos codos por encima de todos los capitanes del Sud, San Martin inclusive.»

Horacio Maldonado—el heredero de la pluma de Rodó en el Uruguay—afirma que resplandeció en él «un amor divino a la patria». Y dice más todavía: «sus cinco años de guerra fueron cinco años de indiscutible heroísmo; y la espada que apretara contra su pecho, para no entregarla al enemigo vencedor, fué la ardiente llama en que su espíritú se purificó... Creo en el amor de López a su patria, en su incomparable heroísmo y en su magnífico martirio a orillas del Aquidabán».

El mismo Rodó reconoce que la guerra del Paraguay—cuyo protagonista fué Solano López - «constituye uno de los episodios más hermosos, viriles y ejemplares, no ya de la historia americana, sino de la historia del siglo XIX, destacándose en cada página rasgos de intrepidez, de abnegación y de estoicismo bastantes para caracterizar una tradición nacional honrosísima, que el Paraguay podrá reivindicar siempre para su gloria».

Luis Alberto de Herrera, por su parte, ha llevado a cabo una vasta obra histórica para aclarar el dar-

ma del 65. En *La tierra Churrua* inicia su luminosa campaña, que culmina en el cuarto volumen de *La diplomacia oriental en el Paraguay*. Y de las páginas de todos sus libros se desprende, con elocuencia única, la iniquidad de nuestra polonización y la grandeza magnífica de «aquel soldado forrado en acero, que hizo vibrar el alma del mundo con el espectáculo de su patriotismo antiguo», según sus palabras.

Para Vargas Vila, el implacable autor de *Los Divinos y los Humanos* y *Los Césares de la Decadencia*, «el mariscal Solano López es una resonante y turbadora figura de la historia».

El gran apostol de la libertad, el fulminador de toda tiranía, el que clavó en madero de ignominia a todos los opresores de América, se siente deslumbrado por su figura. Selecto espíritu, alta conciencia moral, no podía dejarse arrastrar por la calumnia. Mira con sus propios ojos al héroe, lo contempla, sereno y desapasionado, en medio de la bruma que lo envuelve, y escucha atento los rumores contradictorios que surgen sobre su tumba, tratando de sorprender la voz de la verdad. Y escribe estas palabras, notables como suyas:

«Hay vientos de polémica en esa lejana tierra homérida que se llama Paraguay...

»parece que la sombra del mariscal Solano López redivivo atravesara los yermos campos del desastre, levantando con los cascos de su caballo de guerra un torbellino de cenizas humanas, en su carrera desatentada hacia la Victoria o hacia la Muerte...

»cadáveres de héroes surgen de la tierra para hacerle compañía...

»son los compañeros del Héroe...

»sombras indignadas o sombras dolientes se alzan ante él...

»son los enemigos del Héroe...

»el Héroe pasa como envuelto en un torbellino de fuego...

»un coro de victorias le precede, tejiéndole guirnaldas con el laurel de las selvas incendiadas...



»cercano el medio siglo de su Epopeya Maravillosa, el Héroe surge de nuevo, como un volcán en los mares, provocando en torno suyo un estrépito de olas...

»la Polémica se apodera de su nombre...

»¡ay!, por desgracia, es una polémica partidarista, lugareña, con los caracteres iniciales de un política local;

»los partidos políticos se disputan las cenizas de Aquiles;

»los unos para llevarlas en triunfo al Capitolio;

»los otros para arrojarlas con furor en las Gemonias;

»y la Polémica en torno del Héroe adquiere proporciones heroicas...»

Vargas Vila no quiere sentenciar en este pleito. Declara honradamente su ignorancia de la historia del Paraguay. Admirando al Héroe, necesita conocer al hombre de Estado, para acabar de dominar su múltiple y compleja personalidad.

Pero, entre tanto, le redime de la vulgaridad de los caudillos ambiciosos y estériles que han deshonrado a América. Ante él siente la sensación de su grandeza real...

El venezolano Rufino Blanco-Fombona, historiador, poeta, sociólogo y novelista de fama mundial—, que ha escrito su más hermosa apología, dice de él:

«Sólo dos americanos han poseído, después de la independencia, los rasgos precisos, acentuados, de de la compleja y máxima personalidad de Bolívar: José Martí y el mariscal Solano López. Martí poseía del Libertador la elocuencia, el fervor de proselitismo, la tendencia al sacrificio, el apostolado y una chispa de su genio; Solano López, la energia constante, indeclinable, fabulosa, superhumana, el patriotismo intransigente, la incapacidad sublime para declararse vencido, el prestigio para arrastrar multitudes, el don de mando, el yo imperativo, el heroísmo, la fe en sí y en su pueblo.»

Para el mismo escritor, el ogro de San Fernan-

do es «un hombre magnífico y potente, acero y oro, una de las más férreas voluntades, una de las llamas psíquicas de más lumbre y lucimiento, uno de los yo más resistentes y deslumbradores de que la historia humana tiene noticia.»

Su compatriota, el sociólogo Laureano Vallenilla Lanz, después de estudiar la figura de Solano López, concluye que «la resistencia que opuso a tres naciones coalígadas, merece los honores del Pean. En cuantos combates riñó, agrega, hubo de llegar a la cumbre del heroísmo».

El general argentino José Ignacio Garmendia, actor en la guerra y cronista fecundo de sus episodios, con ser tan injusto y apasionado, no puede menos que formular este juicio:

»López tuvo las dos grandes condiciones del que manda: un carácter inquebrantable y una decisión sublime.

»... En aquella memorable defensa del Paraguay, tan heroica para aquel ejército de niños, de adultos, de viejos y de inválidos..., el mariscal López fué el fuego sagrado.

»... Demostró un carácter firme, tenaz, y una decisión digna de admiración.

»... Tenía un gran carácter moral, que demostró inquebrantable hasta el último momento... Templado en los reveses, las derrotas no le arredraban...»

Son del elocuente Luis Velasco y Aragón, por cuyos labios habla la nueva generación del Perú, las siguientes palabras, plenas de ardorosa admiración:

«¡Oh, paradógicos contrastes los de América! Esta América, loca de sol, como en el verso de Chocano, pero también sonámbula de estrellas, que debe constelárselas en una sola para que sean un nuevo sol, como lo soñó un Bolívar y lo prestigió con su verbo José Martí. ¡Paradógicos contrastes los de la América, también, para producir hombres y cumbres!

»Se convulsiona la corteza terráquea y se levantan las más formidables cumbres de la andina cordi-

llera, como atalayas de infinito y camino de ala que conoce la gloria: el «Sorata», el «Chimborazo», el «Aconcagua», el «Salccantay», y junto a ellos sus equiparables espirituales: Bolívar, Solano López, Martí, Hostos, Sarmiento, González Prada. ¡A aquellas cumbres materiales se las mide con los ángulos de la trigonometría; a estas otras, del espíritu, se las mide únicamente con el alma!

»Y allí lo tenéis en la selva paraguaya al gran Mariscal... Enorme como una montaña coronada de épicos laureles, en cuyo seno cantara en rojos y bullentes versos la Epopeya. Allí está, solo y formidable, el ínclito guerrero; merecería tener por peldaño de su gloria un amontonamiento de volcanes, y pequeños fueran los mismos rayos de nuestras cumbres andinas para lamer como canes su homérica planta.

»Místico y cosmogónico fuego sagrado de la India; divina ceguera de aeda, como Homero, y hugoniano bronce, se necesitaría para cantar su épica figura. Síntesis masculina de aquella época. Brazo de titán y cerebro de apóstol, voluntad subyugante para triunfar y grandeza de héroe de Esquilo para morir. Forjador y guerrero, yunque y espada: todo eso fué el enorme Mariscal. De la raza de los formidables, tiene ese avasallamiento llameante de fuego para envolverse bajo él, como bajo manto de púrpura, todo su pueblo, y esa energía conductora, esa fe que hacía mover las montañas; ese valor que hacía que se multiplicasen sus huestes; esa bizarría que nulifica el número contrario; ese osado vuelo de caracteres, indomable y rehacio. Rudo para las adversidades; inquieto y elástico como un tigre para la lucha; fuerte como un roble, donde se embotara él mismo como el super-hombre de Nietzsche. ¡Cuántas veces querría estrangularse su propia entraña, como si fuera un león! Tenía, como ingénita materia ígnea de volcán, ese exaltado y delirante patriotismo de su alma, que sacrifica a su sueño grandioso la propia sangre de toda su familia. Tipo heroico

hasta la fiereza primitiva, su existencia se hará mitológica con el tiempo. A existir en la Grecia, lo habrían hecho, estoy seguro de ello, un Dios de sus batallas y un penate de sus combates.

»Yo venero al Mariscal como un númen de leyenda, de realidad y de vida. Lo veo primero forjando con mano de escultor de vidas, en barro caliente, una disciplinada y heroica democracia, consciente de sus actos y amante de su independencia. Después lo veo transfigurado y épico en medio de la lucha, guiando bajo su potente espada al heroísmo colectivo de su pueblo, como en un alto relieve, por el fuego de su pasión única. Lo veo con su uniforme de gran mariscal de Francia, entre pólvora y humo, el fusil temblando de cólera en la mano, el pecho bronco de indignación, los ojos fulgurantes de amor patrio, la melena aborrascada echada al desgaire, como una bandera que flameara al viento. Y después lo veo, la noche antes de Cerro-Corá, como en el poema de Goicochea Menéndez: revistando un puñado de héroes, harapientos de ropa, pero luminosos de alma. Lo veo sobre la infinidad de la selva paraguaya, solo, completamente solo, con toda su grandeza heroica, con un dolor inmenso, como la noche llena de estrellas. ¡Dolor del genio, que quiere vencer al destino! Y, por último, lo veo en la posteridad americana, como una cumbre de heroísmo, donde el sol de la gloria nunca se pondrá.

»¡Mitológico Mariscal! Nervio pujante de la raza, inextinguible venero de heroísmo, audacia castellana y rebeldía india hecha mito aurisolar, todo eso es Solano López. Tirano, así lo llamaron los temerosos de su fuerza. Pero las tiranías engendran esclavos: nunca leones. Las ubres de la tiranía no conocieron nunca cachorros de esa especie. Será por ello, me digo, que la sombra del Mariscal custodia al Paraguay. Esa sombra es su alma; esa sombra venerable es su historia; esa sombra es la Epopeya. Porque raros, muy raros han de ser los hombres de titánico temple, como Solano López, que puedan mostrar el



pecho desnudo y, tras el fuerte tórax, el corazón rebosante de heroísmo, y decir: «Yo soy la patria, síntesis de todo lo querido, de todo lo amado; yo soy la Epopeya, síntesis de todas las grandezas humanas.»

El sociólogo mexicano Carlos Pereyra, en el libro que acaba de consagrarle, dice:

«Solano López no era un hombre. Era una idea, o, si esto parece retórica, digamos de otro modo: era una idea fija. Puede afirmarse que el Paraguay, la patria, la conciencia de la nacionalidad, empezaban y terminaban en él... No se fundirá bronce bastante en América para glorificarle.»

«Con razón o sin ella, para mí con razón—dijo Carlos Roxlo en pleno Congreso de su país— el mariscal López creyó que defendía la autonomía de nuestro suelo. ¡Y por la autonomía de nuestro suelo se lanzó a la guerra, en cuyos campos de batalla quedó tendido el cadáver de su poder, pero sobre cuyos campos de batalla brilla, sin eclipses, la estrella de su honor! Porque aquel soldado supo cumplir, más que imperialmente, su pública promesa de morir por la patria. Y si es verdad que quiso hacerse rey, como algunos afirman, fuerza es reconocer que se labró una corona espléndida con lo magnífico de su fin en Cerro Corá.»

Y en su *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya* agrega: «López, ¿fué en realidad el opresor ciego y apasionado que nos describen sus enemigos? Está en lo cierto, cuando no opina así el doctor Herrera. López trató de intervenir pacíficamente en las querellas del Uruguay con el Imperio; pero el Brasil, rechazando su mediación, justificó la belicosa actitud de López. El Brasil, adueñándose por las armas de los poderes públicos de la tierra artiguista, dejaba aislado, completamente aislado, al Paraguay. Recordad que estaba en el tapete la cuestión de límites con el Brasil y con la Argentina. López tenía supremo interés, dadas las perspectivas de aquel momento histórico, en que se mantuviera en su integridad tranquilizadora el equilibrio del Río de la Plata.

Flores, cómplice y baqueano del Brasil en su épica aventura contra el Paraguay, nos dice que hizo bien defendiendo a los vencidos de Paisandú, el que cayó, envolviéndose en su bandera, junto a las aguas del Aquidabán... La guerra—iluminada por los artículos del Tratado Secreto—no fué contra López: fué contra el Paraguay. Se iba contra López, no porque fuese tirano, y sí para imponer a la patria de López, sobre los escombros del poder de éste, la solución del litigio territorial, con arreglo a los cálculos de la Triple Alianza...»

El historiador argentino Manuel Cervera justifica su rigor implacable en defensa de la patria, y reconoce su grandeza.

El fecundo publicista Ernesto Quesada, antiguo catedrático de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, como nadie informado de los antecedentes de la guerra del Paraguay, poseedor de un riquísimo archivo, asienta la verdad con indudable valentía:

«El mariscal López—dice— había previsto los sucesos. Siendo forzosa la guerra, se preparó a ella ostensiblemente... No esperó ser atacado; la intervención brasileña en el Uruguay lo forzó a la acción... Su actitud era justificada; cada día de demora hacía más difícil su situación... El mariscal López, como presidente del Paraguay, no pudo ni debió permanecer indiferente. Precisamente la política brasileña ponía la razón de su parte. El tratado paraguayo-brasileño de 25 de diciembre de 1850 decía en su artículo 14 que ambos países «coadyuvarán a mantener la independencia de la Banda Oriental del Uruguay»; y el artículo 2.°, al estipular la alianza ofensiva entre el Paraguay, Uruguay y Brasil, decía: «Se ha de entender atacado uno de los Estados cuando su territorio fuese invadido o estuviese en peligro inminente de serlo». A su vez, el tratado uruguayo-brasileño de 1851, estipulaba para el Uruguay la obligación de cooperar «a la conservación y defensa de la independencia de la República del Paraguay». ¿Cómo podía tolerar López, entonces, un cambio tan

brusco de política? ¿No implicaba ello una amenaza directa en contra suya?... Como hecho histórico, queda fuera de duda que la política argentina y brasileña, al fomentar la invasión de Flores y al cooperar a su triunfo, fueron las causas reales de la guerra del Paraguay».

Y en el Brasil han resonado iguales palabras, dictadas por idéntico espíritu de justicia.

Teixeira Méndez—que es el primer pensador del Brasil en nuestros días—fué el primero en analizar los antecedentes de la guerra del Paraguay, con criterio objetivo y libre de todo prejuicio.

Y el sereno filósofo republicano, en páginas definitivas, puso en claro el crimen de Pedro II, probando que provocó la guerra y la prolongó con crueldad inaudita.

Hemos tenido ocasión de reproducir algunos de sus juicios.

Sólo agregaremos que su obra es hoy clásica en América, y de indispensable consulta para quien quiera estudiar la tragedia del 65.

El doctor y general Joaquín Bagueira Leal, en un sensacional opúsculo dedicado a Solano López, habla de esta manera:

«En primer lugar, no es verdad que López haya sido tirano cuando las naciones vecinas se coaligaron para hacerle la guerra. Ni era un advenedizo, o un caudillo que se apoderó del poder: electo presidente en una forma legal en su pais, asumió el gobierno pacíficamente. Era un autócrata, porque la Constitución nacional daba al presidente la fuerza y la responsabilidad tan indispensables para el buen desempeño del cargo supremo. Mas ese autócrata no abusó del amplio poder que se le concediera, al menos en el grado necesario para ser considerado como déspota. No se indica en esa época un solo acto de tiranía que pudiese justificar una revuelta y, mucho menos, una intervención extranjera. Al contrario, al menos en el sentido en que habitualmente se acostumbra considerar un presidente como bueno,



él, si no fué mejor que todos los que hemos tenido, con certeza no fué peor. Fué grande su preocupación por elevar al Paraguay en el concierto de las naciones, procurando dotarlo de todos los mejoramientos materiales entonces conocidos. Los paraguayos se ufanan de haber sido su país el primero que en el Río de la Plata tuvo caminos de hierro y telégrafos.

»Desenvolvió el comercio y la agricultura. Atrajo sobre su país la atención del mundo, por medio de legaciones que mantenía en Londres, París y Roma. Y—¡conducta poco propia de un tirano!—protegió las artes y las ciencias: cuando se declaró la guerra, un centenar de jóvenes paraguayos estudiaba en Europa y los Estados Unidos, ingeniería, leyes, medicina, a expensas del Estado.

»Por lo tanto, el emperador Pedro II, cuando encabezó la guerra contra el Paraguay, no podía tener por fin libertarlo de un tirano, pues allí no había tal tirano en aquel entonces. Pero, aun emprendida esa guerra en nombre de la civilización, no se concilia con sus intenciones generosas las resoluciones del Tratado de Alianza, que no se ocupa de ellas. De lo que más se ocupa es de las indemnizaciones a recibir, de las presas a repartir, de los territorios a conquistar y de los límites a imponer.

«¿Cómo irían con esas disposiciones a civilizar a un país y a libertarlo de un tirano?

«Mas, admitamos que López fuese un tirano. Demos de barato que tuvieran razón al proclamar ese propósito: ¿quién fué el que pidió al Brasil el servicio de librar al Paraguay de un tirano? Si hoy mismo, en las patrias brasileñas, que se hallan ligadas por los lazos de la federación, y donde algunos déspotas se entregan a condenables excesos, consideramos ilegítima la intervención del poder central (y con razón), aun cuando medie el pedido de los que se dicen oprimidos, ¿cómo justificar la intervención extraña en una nación independiente, que nada pidió?

»Con todo, supongamos que existían todas las razones para intervenir: de un lado, tirano que opri-



me; de otro, víctimas que claman. Aun así, no eran la Argentina, el Uruguay, y mucho menos el Brasil, los que podrían decorosamente presentarse como caballeros andantes: las dos primeras, porque aún eran víctimas de caudillos que mantenían a sus patrias en constante opresión y desorden: y el Brasil, porque conservaba la esclavitud. En verdad, admitiéndose la caballerosidad internacional, mucho más justificada estaría la intervención de López en el Brasil para librarnos de Pedro II, que mantenía una raza esclavizada. Y esto sí que es innegable tiranía!

»Mas fué infernalmente singular la manera cómo los aliados libertaron al Paraguay de su presunto tirano. Violaron los campos; saquearon y destruyeron las ciudades; exterminaron la población, que se redujo a 14 000 hombres y 180.000 mujeres; impusieron una contribución de guerra, de tal modo grande, que alcanza hoy a una suma muchas veces superior a la que Alemania impuso a Francia en 1870; desatendieron todas las proposiciones de paz y ocuparon militarmente el territorio por más de seis años. En suma, libertaron a la nación de su tirano, ejerciendo la tiranía en su forma más perfecta.

»Entre tanto, examinando mejor las cosas, se ve que fué justamente lo contrario lo que sucedió: lo que los aliados hicieron fué dar al Paraguay un tirano.

»Dos circunstancias hay, sin embargo, que no se deben olvidar:

«Una es que López dirigía una de las defensas más difíciles: una patria pequeña, desprovista de recursos, aislada del mundo, contra tres naciones mucho más fuertes y cuyo abastecimiento de materiales y hombres no tenía límites. No es imposible encontrar en las necesidades impuestas por esa dificilísima defensa, no diremos una justificación completa, pero sí valiosos atenuantes para sus desvaríos.

»La segunda circunstancia es que la Triple Alianza no estaba en las condiciones morales necesarias para estigmatizar los crímenes de otro. Al querer

hablar de atrocidades ajenas, es nuestro primer deber tener en cuenta las nuestras, para evitar reincidencias.

»¿Acaso no debe reducirse la intensidad del anatema cuando llega el turno de evocar las aberraciones de la Triple Alianza?

»¿Ignóranse las matanzas vengativas que fueron su ley? La crónica de la campaña de las Cordilleras ofrece aspectos aterradores. Incendio de hospitales enemigos, profanaciones de todo género, a nadie se da cuartel. En exclusivo pertenecen las ignominias de ese período a las tropas imperiales, que las rematan con la carnicería de los Siete Cerros, donde, ya lo hemos recordado, se degüella a más de doscientos rendidos. En Aquidabán se había ultimado como a fieras al Mariscal y a sus bravos compañeros de Estado Mayor.

»Pero el lote sombrío no se limita a las filas imperiales. Las carnicerías fueron regla general. Refiriendo la segunda batalla de Itá Ybaté, expone el general Garmendia: «Sucedió entonces un pequeño entrevero, en el que no había sino hombres que herían y otros que pedían piedad; ese desorden del vencedor era horrible, y el coronel Morales trataba a todo trance de organizar la marcha desordenada; pero, por otra parte, se oía el grito seco como el graznido de una lechuza del coronel Aguero, que vociferaba: ¡Maten, maten!»

»En vista, pues, de todo cuanto queda expuesto, no nos conviene apelar a ridículos sofismas para justificar nuestra infeliz conducta. Debemos golpearnos el pecho, confesándonos arrepentidos.

»Pero somos tan obcecados, que, en vez de esa actitud humilde de pecadores contritos, aún conmemoramos nuestras proezas. ¡Cómo nos exponemos a la risa! ¡Cómo se burlará de nosotros quien conozca el caso y sepa que, a tener que hacerse glorificaciones, las mayores corresponderían justamente al luchador que fué vencido: a López! No sólo por lo que fué como militar (y no fué menos que cualquiera de



los otros), sino también por haber sido en ese conflicto el único jefe que se batió por una causa incontestablemente justa: la defensa de su patria, por la que hizo el sacrificio supremo!

«Ya un brasileño ilustre reconoció la grandeza de la nación paraguaya en ese conflicto: el señor Joaquín Nabuco. En su trabajo sobre la guerra dice que los aliados mucho hicieron, sin duda, pero que, teniendo en cuenta los recursos de que disponían, su resolución, tenacidad y sacrificio, nada fueron, en comparación con lo que hizo el Paraguay; y agrega que sólo el esfuerzo de éste puede ser calificado de grandioso y sublime.

»Abandonemos, pues, nuestra fea conducta. Si hay motivos para fiestas, éstas sólo pueden ser de desagravio. Nos resulta horriblemente mal escarnecer a los vencidos. Sólo podría engrandecernos una fiesta de confraternidad y de paz con el Paraguay...»

El general A. R. Gómez de Castro, autor de *La Patria Brasileña*, admirable libro editado con el concurso del gobierno y acogido con entusiasmo por todo el país, habla así al juzgar la guerra del Paraguay:

»En los fastos nacionales, la esclavitud africana y la guerra del Paraguay fueron dos crímenes que más a lo vivo pusieron de manifiesto, en toda su infelicidad, el corazón atrofiado y seco y la política maquiavélica del funesto Pedro II.

»Esa eternamente maldita, esa infame guerra del Paraguay, es perpetuo padrón de oprobio y condenación de la nefasta política imperial en el Río de la Plata.

»Nada más natural que la intervención diplomática de Solano López, con motivo de nuestra indebida intromisión, en 1864, en las cuestiones internas del Uruguay.

»Presentado el *ultimatum* de Saraiva y rechazado el arbitraje, López dirigió a nuestro ministro en Asunción su nota del 30 de Agosto. Esa nota envolvía, sin duda alguna, una implícita, sino explícita declaración de guerra, a objetivarse, como aconte-

ció, con la ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales. Acusar a López de haber, pérfidamente, sin previa declaración de guerra, aprehendido al *Marqués de Olinda* e invadido Matto Grosso a fines de 1864, es, pues, un embuste como otro cualquiera..., como la magnanimidad de Pedro II, por ejemplo!.

»Desencadenada esa feroz y maldita guerra del Paraguay, y desencadenada por esa inicua y pérfida guerra del Uruguay, el infeliz Pedro II patentizóse en toda su deformidad de hombre sin corazón, o de corazón atrofiado y seco, que hemos constatado en su vida privada y pública, en sus relaciones personales, domésticas, cívicas y universales.

»Iniciada la sanguinaria carnicería, la criminal guerra fratricida, ninguna consideración le detuvo en la tremenda y dolorosa hecatombe que su corazón atrofiado y seco, al servicio de su política maquiavélica, hizo criminalmente qne se desatara sobre la extremidad meridional del continente americano. Ciego de ira, nada respetó, todo lo pisoteó: sentimientos, vidas, propiedades, pueblos, familias, individuos, mujeres, niños, viejos, con una falta de humanidad que da pena.

»Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y los Estados Unidos, intentaron en vano poner término a esa guerra de exterminio, a ese crimen sudamericano. A nadie y a nada atendió el rencoroso monarca. Y así se prolongó, llevándose hasta el fin el exterminio del heroico pueblo hermano, esa guerra estúpida e inmoral, esa vergonzosa y despreciable calamidad.

»Y si toda ella es condenable, con mayor razón lo es su segunda parte, esa sombría campaña de las Cordilleras, esa despiadada cacería humana, llevada contra las reliquias de los héroes de Curupayty, compuestas de inválidos, mujeres y niños.

»Felizmente, repudiada por Caxias, que dió por terminada la guerra en Asunción, esa triste gloria, como fúnebre presente nupcial, fué a caer sobre la





frente del conde D'Eu, el triste héroe de Piribebuy, el monarca *manqué* del tercer reinado...

»Como se sabe, desde el comienzo de la sangrienta lucha, que se prolongó por cinco años de conquista territorial, palmo a palmo, se tuvo el desplante de presentar a Pedro II como luchando por libretar al Paraguay de su tirano. Pero como el pueblo estaba «fanáticamente» identificado con el tirano, para llegar a éste era preciso pasar por encima de aquél. Y así se hizó, cruelmente, sin la menor vacilación, exterminando casi toda la población viril del Paraguay, válida e inválida, masculina y femenina, vieja, adulta, infantil, de cerca de medio millón de almas. ¡Y para coronar la obra del vandalismo imperial, a las generaciones futuras, descendientes de esa generación así vandálicamente exterminada, impúsosele una brutal deuda de guerra!...»

El almirante Américo B. Silvado no es menos franco. He aquí sus palabras, tomadas de su libro *La Nueva Marina*:

«Respecto a los antecedentes de la injusta guerra del Paraguay, nada tengo que agregar a lo que fué magistralmente dicho por el ilustre y abnegado Teixeira Méndez en el primer volumen de su biografía de Benjamín Constant.

»En ese libro, lleno de importancia cívica, resalta a los ojos de todos cuantos no estén con el celebro envenenado por el virus *sebastianista* la hipocresía del Gobierno imperial al pretender violentamente imponerse en el Plata, abusando de su poder, mas humillándose desprestigiado ante la afrenta de los ingleses, justificada por las repetidas infracciones de los tratados contra el tráfico de esclavos, cometidas en connivencia con las autoridades superiores brasileñas...

»¿Qué culpa tenía el patriótico Gobierno paraguayo en ser previsor y armarse para no ser victimado ni oprimido por un Imperio colosal, que por sus arrogancias en el Plata parecía más poderoso de lo que era en realidad? De cierto ninguna... El Gobierno

paraguayo, viendo las agitaciones constantes de las repúblicas vecinas y las intervenciones armadas del Imperio, que amenazaban la independencia y atacaban la soberanía de esas naciones, realizó un acto de legítima defensa, armándose. Yo que perdí todo en esa lucha, pues que perdí a mi llorado padre, prematuramente muerto en un combate, no titubeo en formular el siguiente juicio sobre la guerra del Paraguay: hija del capricho imperial, esa guerra fué *injusta*, por haber sido provocada por el fuerte contra el debil; fué *desleal*, porque el Gobierno brasileño traicionó al enemigo, armándose con sus armas después de comenzada la lucha, y traicionó al pueblo brasileño porque engañóle con promesas falsas, que nunca se cumplieron; fué *inútil y cruel*, porque sólo hizo mal al Paraguay, sin reportarle ninguna ventaja; y fué *sin gloria*, porque la gloria riñe con la injusticia... Las generaciones republicanas, lejos de sancionar esos desmanes, deben censurarlos acremente.»

El caballeresco escritor republicano Alberto Souza, habla así:

«Las repúblicas del Plata que conocieron las instrucciones dadas al marqués de San Amaro debían desconfiar del Imperio. Este, al intervenir en el Plata, lo hizo persiguiendo su interés. Su conducta fué insidiosa y traicionera.

»La guerra, injusta en su origen, prosiguió desleal e indignamente, transformándose en una baja y odiosa persecusión a López; conducta que macularía para siempre el honor de la bandera brasileña, si la juventud republicana no hubiese iniciado la tarea de limpiar esa mancha que la rebaja ante la América, ante la humanidad y ante Dios.

»El homicidio perpetrado en las márgenes del Aquidabán es un desdoro para nuestra bandera y un crimen que ha de infamar eternamente la memoria de la dinastía bragantina.»

El propio fundador de la República del Brasil, el general Benjamín Constant, escribía desde Tuyuty, en 1867:



»La historia imparcial ha de analizar un día con justa severidad estos repugnantes episodios, todos los crímenes que han cometido aquí nuestro gobierno, nuestros diplomáticos y nuestros generales, con raras excepciones.»

Raúl de Nascimiento Guedes, en un mensaje al presidente del Paraguay, decía en 1899:

»Refiriéndonos a esa guerra monstruosa que determinó el dolorosísimo exterminio de vuestra noble y gloriosa patria, el pedantócrata coronado que por espacio de medio siglo corrompió y embruteció a nuestro país, y los que le secundaron en su obra de verdadero vandalismo, son los principales responsables de aquella orgía militar.

»Tal es el criterio definitivo con que será juzgada la guerra del Paraguay. Y tal será la inexorable reprobación que caerá sobre el desgraciado gobierno que la provocó con el cinico pretexto de libertar a vuestros compatriotas del yugo de una pretendida tiranía.

»El heroico Paraguay nos merece la mayor simpatía, como víctima gloriosa y desgraciada de la torpe política imperial.

»La república brasileña sólo espera el urgentísimo advenimiento del continuador de la obra de su egregio fundador, para reparar en cuanto le sea posible los crímenes de su fúnebre pasado, en lo que se refiere a la noble y altiva República del Paraguay.»

El brillante publicista paulistano, Basilio de Moraes, dice:

«Al Brasil corresponde arrepentirse del repugnante pecado del egoísmo monárquico—la guerra del Paraguay—, ya que tal arrepentimiento, lejos de deshonrar a nuestra patria, la ennoblecería...

»Si la monarquía aún existiese, nos hubiéramos visto obligados a guardar absoluto silencio sobre la guerra del Paraguay, porque al extinto régimen le venía tan bien guardar los sangrientos trofeos de su bárbara conquista en el Paraguay, como no le venía mal apuntalar su vacilante trono con los cadáveres



de tantos compatriotas ferozmente inmolados a la saña brutal, atroz y salvaje de los esbirros de la realeza bragantina. Repudiando a la monarquía, el Brasil debe repudiar todo lo que ella nos legó de funesto y odioso.

»Si nuestra patria hubiese sido ya república en 1864, se puede asegurar que no hubiera tenido lugar la guerra del Paraguay, pues esta guerra, llevada a cabo por la monarquía, no pasó de un capricho palaciego preparado por fatales antecedentes históricos...»

Podríamos llenar un volumen reproduciendo los juicios consagratorios de los nuevos escritores de América.

Pero los apuntados, por su elocuencia y por su filiación, dan una idea de la consagración universal de nuestro héroe.

Hombres de lejanas tierras, extraños por completo a nuestras pasiones, y aun argentinos, uruguayos y brasileños, coinciden en su admiración y la proclaman a gritos, sin ser desmentidos.

Y el siguiente documento habla de la reivindicación, que diremos oficial, de su memoria:

«Itá, 1.° de Marzo de 1920.

Al excelentísimo señor Presidente de la República, doctor don José P. Montero:

Recuérdole en este día el deber de anular el inicuo decreto que declaró traidor al Héroe de la Resistencia. Espero que V. E., como representante de la nueva generación, honrará su nombre y su investidura iniciando la magnífica obra de reparación histórica que el nuevo Paraguay debe al pasado.

Salúdale el viejo soldado de Corrales y Curupayty

ADRIANO MORALES.»

«Señor Mayor don Adriano Morales, soldado de Corrales y Curupayty.

Itá.

Es mi convicción que el acto de Gobierno a que se refiere su telegrama, fué de carácter meramente político. Por los hombres que lo realizaron, por la circunstancia en que subsistía el gobierno provisorio y por consideraciones jurídicas, carece en absoluto de valor histórico y nacional. La vieja patria vivía aún—nunca más legítima y más digna de admiración—representada por la bandera nacional que flotaba enhiesta, sostenida por brazos temblorosos de héroes moribundos, allá en Cerro Corá. Los que hablaban en su nombre, desde los cuarteles aliados, no tenían el derecho de hacerlo.

Puede vivir tranquilo el noble veterano, pues el hecho que inquieta su espíritu no es digno de su gloria.

Su compatriota

José P. Montero
*Presidente de la República.*»

## XXVII

**Solano López al caer en Cerro-Corá.—¿Cuál fué su obra da estadista, qué hizo por la civilización y por la libertad?—Juicio de Cárlos Pereyra.—Lo que hace falta para comprenderle.—El aislamiento del Paraguay del doctor Francia.—La vida es anterior a la libertad.—La bella Quimera.—La obra de la geografía confabulada con la historia.—La obra de Carlos Antonio López.—El verdadero creador.—Sus vistas certeras de estadista.—Lo que hizo y lo que hubo de hacer.—Su supuesta tiranía.—Hasta dónde llegó su acatamiento a la ley.—Los grandes y los pequeños capitales.—Un ripio histórico.—La lección de la guerra europea.—Nuestros derrotistas.—Fin.**

Iba a cumplir cuarenta y cuatro años Solano López, cuando cayó en Cerro-Corá.

Iniciado en la vida pública desde su más tierna edad, llegaban entonces para él esas altas horas de la existencia en que el hombre alcanza el más perfecto equilibrio de sus facultades y el máximo coeficiente de su energía.

Recién, pues, iba a dar de sí todo lo que pudo dar, cuando ya bajaba a la tumba, empujado por la mano siniestra de una guerra, que inútilmente trató de evitar, en la que naufragaron todos sus sueños de grandeza nacional.

¿Cuál fué su obra de estadista?



¿Qué fundó, qué hizo por la civilización y por la libertad?

¿Qué le debe el Paraguay, fuera de sus páginas de gloria?

Tales son las preguntas que acaba de formular un ilustre escritor americano—Vargas Vila—al verle surgir de nuevo «como un volcán en los mares, provocando un estrépito de olas».

Creemos haberle respondido en estas breves páginas, en las que, por primera vez, se analiza, siquiera sea rápidamente, su compleja personalidad.

Ya no es sólo al soldado al que hemos visto atravesar «los yermos campos del desastre, levantando con los cascos de su caballo un torbellino de cenizas humanas, en su carrera desatentada hacia la victoria o hacia la muerte».

Hemos visto también al creador, amasando el barro informe de la nacionalidad, en medio de los obstáculos que le oponían los pueblos vecinos que la negaban.

Y otro gran publicista americano—Carlos Pereyra—acaba también de decir que «no se fundirá bronce bastante en América para glorificar a Francisco Solano López, por haber sabido abrir el cimiento de un Estado en el fondo de una selva».

Pero hizo más que abrir el cimiento de un Estado, es decir, de una civilización, levantó las fuertes y graciosas columnas que habían de sostenerlo, y empezaba a cincelar los artísticos capiteles, cuando le sorprendió la tormenta, el viento del Sur, el Símun del desierto de una dorada barbarie, que dió en tierra con su obra y con su vida.

Para comprenderle, para acabar de medir las proporciones del obrero de la paz, hay que conocer los antecedentes de la historia paraguaya y el pasado del Río de la Plata.

El largo aislamiento a que nos sometió el doctor Francia—personaje totalmente ignorado— no fué sino la natural manifestación del instinto de conservación de un pueblo, amenazado de muerte, que se





**Ultimo retrato del mariscal López**

agazapaba receloso dentro de sus fronteras, olvidando todo en el empeño de salvarse.

La vida es anterior a la libertad. Antes de ser libres, empezamos por existir.

Y el Paraguay, negado en su esencia misma, negado en su condición de nacionalidad soberana, tuvo que afirmar su existencia, tuvo que ser, primero, para luego pensar en los atributos formales de su organización democrática.

La dictadura no fué sino la concreción de una única aspiración en un hombre único, y el espontáneo renunciamiento de todas las ambiciones, frente a un peligro común.

¡La libertad! Bella quimera, que aún siguen persiguiendo los pueblos americanos, era, entonces, apenas un vago instinto, que cuajaba en fórmulas misteriosas para las ignaras muchedumbres, que acababan de salir embrutecidas del régimen español.

Apenas, sí, se vislumbraba lo que era la independencia, es decir, la libertad exterior, la emancipación del dominio extranjero.

¡Pero qué iban a saber de libertad política los que se habían criado en la servidumbre, los que, en más de tres siglos de coloniaje, no habían tenido noticias de lo que era ser dueños de sí mismos, obrar por sí mismos, respondiendo a su propia voluntad!

Sólo la geografía, complicada con la historia, pudo dar celebridad al doctor Francia y pudo hacer un mundo aparte del Paraguay.

No hubo tal excepción, ni la hay en el desenvolvimiento de la sociedad humana.

Pero, perdidos en el corazón del continente, en las lejanías de la selva virgen, fuimos presentados, por los mismos que nos negaban, como un mundo aparte, como un remanso de barbarie en el curso de una civilización que no existía.

Y Carlos Antonio López, a su vez, no fué sino la expresión de las necesidades de su tiempo y de su país, continuando la obra del doctor Francia, en el



sentido de salvar la nacionalidad, y completándola con su acción maravillosa de organizador.

Pero a Solano López le tocó crear, eso sí, aprovechando los materiales acumulados por su padre.

Desde 1854, como queda dicho, trabajó sin descanso, forjando el escudo que había de defendernos del viejo peligro, pero, sobre todo, dotando a su patria de las conquistas del progreso material, y preparándola para su total regeneración política por la obra de una cultura general, que diese al pueblo la capacidad necesaria para ejercitar sus derechos, sin caer en la sangrienta anarquía que devoraba a los vecinos.

Fué el hombre nuevo, que, a su vuelta de Europa, trajo ideas también nuevas, empeñándose, clarividente, en labrar la grandeza material, para después aspirar a una superior cultura intelectual.

Demasiado sabía que un pueblo paupérrimo no puede aspirar a nada, ni tiene derecho siquiera a ser libre. Y no ignoraba tampoco que el buscado El Dorado de los conquistadores está en cada uno de nosotros, y surge, deslumbrante, al conjuro del trabajo inteligente, por la obra de nuestra voluntad.

Por eso, si trajo al literato Bermejo y al matemático Dupuis, y si contrató al admirable artista Alejandro Ravizza, que construyó los monumentos que decoran a Asunción, trajo, sobre todo, centenares de técnicos industriales, y pensó, antes que nadie, en vías férreas, desconocidas en el Plata, en telégrafos, también ignorados, en arsenales, en escuelas de artes y oficios, en astilleros, en fundiciones metalúrgicas.

Y así, en diez años de paz, hizo ese Paraguay de maravilla, que hubiera sido, bien pronto, a no sobrevenir la catástrofe, el más brillante centro de civilización del nuevo mundo.

He aquí por qué no debe preguntarse lo que hizo el estadista, sino lo que no hizo, en la seguridad de que ha de ser difícil encontrar el lado negativo de su inmensa obra constructora.



Claro está que en una década no se corona una labor tan gigantesca, ni basta una vida para acabar de crear una nación.

El milagro de Minerva está vedado a los mortales, que deben luchar con las deficiencias de los hombres y con la propia imperfección.

Empezaba a surgir la enorme fábrica, dominando la selva, por encima del torbellino que rugía a lo lejos, en la heredad vecina, cuando se abrieron las nubes y cayó el rayo destructor.

Por eso, también, es más lógico preguntar qué es lo que no hubiese hecho aquel artífice del progreso, aquel monstruo de actividad, que a los diez y ocho años se improvisaba general, a los veintisiete departía, de igual a igual, con los soberanos más poderosos de la tierra, y a los treinta era juez acatado en las querellas de los pueblos hermanos, mientras sus vapores cruzaban los ríos y los océanos, cargados de las riquezas de su país, «enarbolando, al decir del general Mitre, la bandera pacífica del comercio, y cuya posición, para ser más alta todavía, sólo necesitaba que su modo de ser se generalizara en esta parte de América».

Esta es la única pregunta que fluye espontáneamente de su vida.

Por lo demás, sus vistas sobre la libertad política—desconocidas repetimos, en su tiempo, en todo el Continente—están admirablemente expresadas en aquel histórico mensaje de 1854, y en la proclama que dirigió al pueblo al asumir la primera magistratura.

Jamás se dió un político más sincero, ni un estadista más leal a sus principios.

Y si hasta hoy se le discute todavía como tal, hablándose de su «dictadura», más aún, de su «tiranía», es, como hemos demostrado, por un profundo desconocimiento de las instituciones jurídicas de su época o por obra de una manifiesta mala fe.

Presidente de la República desde 1862, le tocó en suerte regir los destinos de su país en pleno estado



de guerra, ya que en aquel año se inicia el desarrollo gradual de la gran conflagración en que habían de malograrse todos sus empeños, haciendo tabla rasa de la floreciente prosperidad del Paraguay.

Iniciada la lucha en 1864, hubo de colocarse en el cuadro de los acontecimientos, obrando de acuerdo con las facultades extraordinarias que ponía en sus manos la Constitución de la República y de acuerdo también con las leyes imperantes.

Y ya sabemos que la guera, en sí misma, representa el dominio de la fuerza, el desenfreno de la barbarie, que busca en la violencia la solución brutal de todos los conflictos, dejando a un lado el derecho, para apelar a las armas.

No es posible, pues, calificarle de «tirano» por su actuación en la tragedia, ni es justo exigirle que obrara en tales momentos con la serenidad absoluta, que sólo es posible en los días de paz, cuando las pasiones en pugna no sacuden todo nuestro ser.

Pero, en medio de la deshecha tempestad, acosado por todas partes, traicionado en el seno de su propia familia, hostigado por sus hermanos, perseguido por su madre... aun entonces no olvidó él decoro de su gloria, para caer, como tantos héroes americanos, en los abismos de la vulgar delincuencia.

Fué implacable, pero en el cumplimiento de la ley, y no se indicará un solo acto suyo ¡pero ni uno solo! que no haya sido perfectamente legal.

Subía ya la cuesta de Cerro Corá, rodeado de un enjambre de enemigos; iba ya a terminar el tremendo martirologio de cinco años, después de haber perdido todo, menos el honor, y todavía se aferraba a la ley, todavía no se resolvía a decretar el imperio de su voluntad omnipotente, entregando a la justicia a los que ¡aun allí! querían disputarle el derecho de morir por su tierra y de sostener en alto la bandera confiada a su patriotismo.

Y si las leyes eran crueles; si las Partidas eran de una salvaje ferocidad; si las Ordenanzas españolas parecían escritas en sangre, es, más que injusto, in-



fantil, atribuirle lo que no fué obra suya e interpretaba la mentalidad de su tiempo.

En una palabra, la tiranía no estaba en él, estaba, en primer término, en la guerra, y luego después, en las instituciones que regían a su pueblo; instituciones que no le fué dado modificar en el curso de una lucha deseperada.

¿Qué capitán se dejó llevar de tiernos sentimentalismos en medio de los azares de la guerra?

¿No fué, acaso, Bolívar el de la «guerra a muerte»?

¿Tuvo, por ventura, corazón el que ordenó el sacrifició de los apestados de Jaffa?

¿Era un sér angelical aquel casi divino Wáshington, que asesinó, al empezar su carrera militar, al parlamentario francés Villiers de Jumanvile y a diez de sus compañeros?

Y citamos a los más grandes, porque si descendiéramos hasta los caudillos mediocres y sanguinarios, que han infestado la historia, habría que colocarle en un sitio aparte, en el lugar correspondiente a los héroes beatificos que la humanidad espera todavía.

Pero no. La «tiranía» de Solano López es sólo un lugar común, algo así como un ripio histórico, del que no prescinden los que, de otro modo, no pueden redondear sus campanudas frases condenatorias, lo mismo que las virtudes inmaculadas del «águila del Potomac» son un recurso retórico de los que se figuran que se hace historia a base de palabras y se funden estatuas definitivas al calor de un mero verbalismo.

Por lo demás, la guerra que acabamos de presenciar, y en la que, de cerca o de lejos, todos hemos sido actores, se ha encargado de aclarar nuestro pasado y de explicar la leyenda terrorífica en que envolvió la derrota a nuestro héroe desgraciado.

No necesitamos recordar los horrores espantosos a que llegaron los pueblos más civilizados de la tierra en la defensa de sus ideales o de sus apetitos.



No necesitamos manchar estas páginas con la pintura de tanta bárbara crueldad.

Sólo recordaremos que no se necesitó conspirar frente al enemigo para merecer la muerte. Bastó que se dudara de la victoria; bastó que se creyera irremediable la derrota para pagar con la vida aquel mal pensamiento.

¡Cuántos millares de desgraciados—de hombres y de mujeres—fueron ejecutados por «derrotistas», de acuerdo con un procedimiento sumarísimo!

Más de un año después de firmada la paz, se les sigue castigando todavía.

Y se pretende, sin embargo, que Solano López, hace medio siglo, en una guerra única, por sus excepcionales condiciones, modificara hasta el procedimiento judicial vigente, para juzgar a los traidores!

Y no se recuerda, siquiera, que a los simples derrotistas no llevó nunca al cadalso, como la Francia republicana de hoy, presidida por un Poincaré, contentándose con internarlos en los confines del país, donde no pudieran sembrar el desaliento entre los que luchaban lealmente en defensa de su tierra invadida...

Pero detengámonos aquí. Es hora ya de poner fin a este breve bosquejo de su vida.

Un análisis más completo del estadista y del guerrero, será materia de otro libro.

Entre tanto, queda en estas páginas, de pie, «más que coronado, abrumado de laureles», desafiando a la impostura, a la envidia y al rencor, triple alianza conjurada contra su memoria, pero impotente ya para derribarle de su alto pedestal.

# ALGUNOS JUICIOS SOBRE EL AUTOR DE ESTE LIBRO

He leído conmovido los hermosos libros de O'Leary, escritos con tan generoso aliento. No. ¡No será olvidado el Paraguay, mientras el talento de hijos así presenten a los ojos de América su heroísmo y su martirio!—ENRIQUE JOSE VARONA, *Maestro nacional.*

Interesantísima lectura ha sido para mí la de la síntesis histórica que sobre la guerra de la Triple Alianza ha escrito O'Leary, luciendo en ella dotes de exposición elocuente, de habilidad narrativa y de eficacia crítica, que me confirman en lá idea que ya me tenía formada de su personalidad de escritor y de la significación que, a justo título, se le reconoce en el movimiento intelectual de su país.—JOSE ENRIQUE RODÓ, *Maestro uruguayo.*

O'Leary es el escritor embebido en su pueblo, que en la entraña de su pueblo toma sustancia, veta de oro del alma paraguaya. ¿Y el mariscal López? Solano López es el espíritu del Paraguay convertido en acero de espada, como O'Leary es el espíritu del Paraguay convertido en acero de pluma. Y ambos aceros, el de la pluma y el de la espada ¿cómo, en qué se han empleado? Ambos han tenido el más noble y desinteresado empleo: el de defender la independencia, la verdad, el derecho, la justicia, la patria. No sé de nada más bello.—RUFINO BLANCO FOMBONA, *Maestro venesolano.*

O'Leary, eminente escritor, orador de mucho talento, es el que con mayor pasión y más cultivada inteligencia defiende al mariscal Solano López. Por su boca, que es la de la elocuencia, sé toda la gloria que dió al Paraguay.—VARGAS VILA, *Maestro colombiano.*

¡Gloria a Juan E. O'Leary, el historiador, el tribuno, que ha hecho de su vida un apostolado de patriotismo, un grito jamás silenciado de verdad y de justicia!—E. RODRIGUEZ TRIANA, *publicista colombiano.*

El timbre de sus versos queda en el oído por largo tiempo. Los hay que gimen con gemidos de cuerdas metálicas.

En su prosa, la dicción tersa, casi rítmica, brilla y quema.

Y en prosa y en verso ha hecho revivir las jornadas gloriosas de la patria.

Se trasporta al pasado. Vé de presente con sus ojos de poeta las cosas que fueron. Se pone en el alma del héroe, en el corazón de la heroína. Lo que sintieron el soldado, la mujer, el niño, él también lo siente y lo infunde a su lector. Escribiendo, sufre hambre y siente frío en el vivac de nuestro ejército, es actor en el sacrificio sin segundo, está en el Boquerón terrible. Y la procesión de héroes desfila al conjuro de su prosa rutilante.—DR. MANUEL DOMINGUEZ, *Maestro paraguayo.*



Basta leer la gesta paraguaya, tan erudita y elegantemente expuesta por O'Leary en su *Historia de la Guerra de la Triple Alianza*, para advertir que un pueblo contra el cual se coaligan Brasil, Argentina y Uruguay, arrebatándole cerca de seis mil leguas de territorio, pero sin lograr, a pesar de ello, arrebatarle la independencia, es un pueblo de largo aliento y seguro porvenir.—CRISTOBAL DE CASTRO, *literato español.*

O'Leary es el poeta del Paraguay, el maestro de fuerte entendimiento, de luminoso cerebro, de íntegro carácter.—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN, *poeta uruguayo.*

El cantor del Paraguay es O'Leary, cuyo vigoroso numen ha exaltado la grandeza de su patria en estrofas que poseen sonoridades broncíneas. Pero O'Leary no es sólo poeta, sino también historiador y conferencista, en quien corren parejas la fecundidad y el brillo de la forma, realzado por una vasta erudición... Con vibrante estilo ha vindicado la personalidad egregia del mariscal Solano López en una obra de justicia que ha de perdurar en los anales de la historia de América —LAUREANO VALLENILLA LANZ, *sociólogo venezolano.*

*En Nuestra Epopeya* O'Leary ilumina la selva, sublimemente heroica, de la historia de su terruño. Y cuando ese libro sea leído por un brasileño, por un argentino —¿y por qué no confesarlo?— por un uruguayo, sentirá cualquiera de éstos el remordimiento que tortura la mente y muerde el corazón.. Los compatriotas de O'Leary le quedarán eternamente gratos y le aplaudirán fervorosamente.—JULIO RAUL MENDILAHARZU, *poeta uruguayo.*

O'Leary debe ser felicitado por su brillante campaña histórica. Se le lee siempre con placer y con provecho. Sus libros no deben faltar entre los de ningún hombre estudioso. — FRANCISCO GARCIA CALDERON, *Maestro peruano.*

O'Leary ha sido calificado como el más brillante de los poetas nuevos del Paraguay. Periodista valiente, es también autor de libros evocadores.—RUBEN DARIO, *Maestro nicaragüense.*

De todo corazón aplaudo la idea general que desarrolla O'Leary en toda su brillante labor literaria: la de encaminar los bríos de aquel pueblo heroico que cayó aplastado por un colosal cuadrillaso, pero que, por su energía social, su patriotismo indomable y su inteligencia está llamado a resurgir y a ser grande, más grande tal vez de lo que se imaginan sus mejores hijos. ¡Ojalá todos los paraguayos pensaran como O'Leary y vieran en el pasado la promesa del porvenir!—DR. J. GUILLERMO GUERRA, *internacionalista chileno*

Tanto la prosa como la poesía de O'Leary prueban que en él existe un gran cerebro y un gran corazón. El libro del ilustre escritor paraguayo sobre Solano López, el famoso mariscal que con tanto heroísmo defendió a su patria en la guerra contra la Triple Alianza, es todo un alegato en favor del héroe paraguayo; un himno de admiración al vencido de Cerro Corá; la biografía, en fin, escrita admirablemente, de un hombre cuyo recuerdo es detestado por muchísimas gentes, pero cuya figura surge en las páginas de O'Leary como una de las más simpáticas y más nobles de la historia americana.—HORACIO MALDOHADO, *literato uruguayo.*

Toda patria necesita su historiador, su cantor y su filósofo. Tiene mucho de estas tres excelsas condiciones O'Leary, y su patria, la heroica República del Paraguay, ha de tributarle honores, haciéndole justicia. Yo le admiro y le aplaudo, porque es un patriota y un talento!—CORONEL TEÓFILO T. FERNÁNDEZ, *publicista argentino.*

Todo es admirable en la múltiple personalidad de O'Leary. Yo celebro al cantor de la raza guaraní, pero admiro también al poeta tierno del hogar y al que esculpió en impecables sonetos la figura épica de los conquistadores. Pero, por sobre todo, está el patriota que



en una prosa elocuente escribe la historia de su tierra, que es una verdadera epopeya. Su obra es vasta y magnífica. El Paraguay tiene en él un gallardo exponente de su cultura.—SALVADOR RUEDA, *Maestro español.*

El más alto exponente de la intelectualidad paraguaya es hoy, sin disputa, Juan E. O'Leary, insigne pensador y delicadísimo poeta. Es el iniciador de la gran campaña de reivindicación de la figura epopéyica del mariscal López, héroe de la guerra contra la Triple Alianza y mártir de Cerro Corá. Ni el más indolente de los hombres logrará imponerse del contenido de *El libro de los héroes*—último de los publicados por el historiador paraguayo—sin que expontánea y fatalmente se le humedezcan los ojos. Este trabajo de O'Leary debe ser considerado como modelo en su género.—CARLOS REY DE CASTRO, *publicista peruano.*

O'Leary nació predestinado para lavar de ofensas el nombre de su patria, tantas veces gloriosa. Desde hace veinte años viene enterando al mundo de la tragedia inicua y, gracias a sus formidables alegatos, se ha reabierto un proceso sin olvido y ha quedado en evidencia el aborrecible atentado, cuya magnitud crece a medida que avanza su honrada investigación restrospectiva... Fundiendo como un inspirado la estátua de los otros, O'Leary ha acrisolado sin advertirlo el metal de la propia. De ella sólo le separa la vida... Es el vengador de su aza santificada por el martirio!—LUIS ALBERTO DE HERRERA, *publicista uruguayo.*

En la obra de O'Leary se descubre el dolor de un hombre sensible y de elevada entidad moral; dolor que, si airado e implacable, lleva en sí una tristeza inmensa y una melancolía desesperante, en presencia de su patria sacrificada y luego después vilipendiada en sus héroes inmortales, en sus arranques colosales de inverosímil resistencia, en el espíritu de una raza indómita y tenaz, que defendió, hasta sucumbir, su independencia y la integridad de su terruño. Su tesis no es ya discutible, pues los que entre nosotros han estudiado la guerra del Paraguay trazan una línea divisoria entre el pueblo heroico—respetado y digno de loor—y el conglomerado de aturdidos que ha manchado la historia del Río de la Plata con un crimen imborrable.—DOCTOR MANUEL CERVERA, *historiador argentino.*

Conocía muy bien el talento de O'Leary; había medido las fuerzas de sus alas, y su nombre me lo repitió muchas veces el Dr. Cecilio Báez cuando señalaba los más explendorosos ingenios que forman hoy la pléyade en que culmina la juventud paraguaya; pero sólo después he conocido su corazón y sólo con palpitaciones del mío correspondo a su nobleza.

En mi soledad me he puesto a leer con detenimiento su obra, riquísima en datos, muy bien documentada e imparcial y elegantemente escrita. ¡Así se debe hacer la historia! Y yo felicito con todo entusiasmo a O'Leary por que esas narraciones llenas de verdad y de colorido encienden en los corazones el fuego del amor patrio y obligan a seguir en la hora del sacrificio el camino que siguieron tan ilustres y heroicos antecesores.—JUAN DE DIOS PEZA, *poeta mexicano.*

O'Leary es un valiente y alto escritor. Y es en el Paraguay el benemérito apóstol de la religión del patriotismo.—DR. DIEGO CARBONELL, *publicista venezolano.*

El libro de O'Leary, *Nuestra Epopeya*, es un canto fracmentario pero elocuente y fervoroso a su patria y a la deslumbradora gloria de sus héroes. Sus cálidas conferencias y sus vibrantes artículos elevan el espíritu y fortalecen el patriotismo. Es acreedor por ello al reconocimiento de sus compatriotas y al aplauso de América.—ALBERTO CARBAJAL, *poeta y publicista colombiano.*

O'Leary debe ser felicitado por su constante producción, indispen-





sable en la biblioteca de todo estudioso de historia americana.—DOCTOR ERNESTO QUESADA, *publicista argentino*.

Sopla en América un viento de reparación histórica. El Paraguay sufrió como nadie después de su caída, calumniado en la figura enorme de Solano López. Pero una racha de idealismo, al servicio de la verdad y de la justicia, fulminó la inicua campaña, y escritores como Blanco-Fombona, García Calderón y Carlos Pereyra aclamaron al héroe paraguayo. Mas la gloria de la batalla ganada toca a O'Leary, que despertó la conciencia nacional de su pueblo, que infundió en la sangre de sus compatriotas ese viril patriotismo inspirado en el culto de los héroes y en las grandes bazañas realizadas por su patria, que impuso, en fin, la epopeya paraguaya en medio del aplauso de las nuevas generaciones americanas.—LUIS VELAZCO ARAGON, *publicista peruano*.

He leído con verdadero interés *Nuestra epopeya y El mariscal López* de O'Leary. Y debo declarar que el Paraguay tiene contraída con él una gran deuda de gratitud, por la luz que difunde en los motivos y hechos históricos de la guerra; y por el noble espíritu de sano patriotismo en que ambas obras se inspiran.—PEDRO CESAR DOMINICI, *literato venezolano*.

O'Leary posee una inteligencia vasta, ampliamente revelada en la poesía, en la oratoria, en la historia, en la cátedra, en la polémica. Unánimemente es considerado como el fundador de la lírica nacional. ALBERTO SOUZA, *publicista brasileño*.

En los trabajos de O'Leary descubro al patriota ardiente, al pensador profundo y, sobre todo, al campeón de una tendencia histórica que ha de ser gratísima a todo patriota paraguayo.—CORONEL ENRIQUE JAUREGUI, *publicista argentino*.

O'Leary, el glorioso historiador paraguayo, une a sus méritos de tal, el de ser un cultor de las mejores ideas de nuestro siglo.

Su pueblo le ha tributado un grandioso homenaje, que es toda una apoteosis. Yo, con toda el alma, deseo que otra, más grandiosa aun, le reserve el futuro, solemnidad en la que participen mis compatriotas, porque ningún brasileño puede ser indiferente a la obra de reparación histórica a que el más eminente escritor del Paraguay ha mucho se entrega, con ejemplar devoción.—ALFREDO VARELA, *publicista brasileño*.

O'Leary es el poeta de su raza. Como historiador encarna las aspiraciones de su pueblo. Su saber es extenso y copioso. Escribe la historia de la guerra del Paraguay con alma de vindicador, con genio de profeta. Y siendo un patriota y un gran cindadano, no es un agitador ni un revolucionario.—PEDRO PABLO FIGUEROA, *escritor chileno*.

O'Leary es una de las más descollantes figuras de la intelectualidad paraguaya. No sólo es un gran poeta de armonioso espíritu, es un historiador concienzudo y profundo y un bello ejemplo de unción y fervor patriótico. Está ya consagrado como uno de los más eminentes historiadores de América.—LUIS VARELA Y ORBEGOSO, *publicista peruano*.

O'Leary tiene corazón de soldado, de artista y de poeta. Su obra es enorme, grandiosa. Ha realizado una labor histórica como la del gran Vicuña Mackenna, cantor de las glorias del Pacífico; pero más difícil .. ¡El Paraguay le debe uu monumento!—CAPITAN OLEGARIO LAZO BAEZA, *publicista chileno*.

Un poeta y tribuno francés, Paul Derouléde, hizo más por el rescate de Alsacia y Lorena que los héroes de Verdún y del Marne... O'Leary es el Paul Derouléde del Paraguay.—GOMES FREIRE ESTEVES, *escritor paraguayo*.

O'Leary consigue victoriosamente el objeto que se propone: demostrar hasta la evidencia que el mariscal López era un tipo superior



un exponente, no sólo del valor y del genio militar, cosa que nadie niega ya, sino un soldado del idealismo, un amante de la paz americana, dotado de cualidades extraordinarias para la diplomacia, a quien la Argentina debe su unidad confederada. Es el vindicador infatigable del Paraguay columniado! JOSE MARIA DELGADO, *poeta y publicista uruguayo.*

Es O'Leary el primer batallador de su tierra y el más grande de sus prosistas. Es hoy, también, uno de los más pujantes literatos de América. Si Montalvo, Martí, Alberdi y González Prada le precedieron, sólo Blanco-Fombona tiene actualmente su fibra de polemista.—SYLVIO JULIO, *literato brasileño.*

A la flamígera pluma de O'Leary debe la literatura paraguaya páginas que le sobrevirán para siempre. Con ella trazó *Nuestra Epopeya*, breviario del martirio que nuestros padres y nuestras madres sufrieron en holocausto del amor a la patria, libro que se ha incorporado al acervo del sentimiento nacional y ha pasado a integrar aquella parte incoercible de nuestra nacionalidad que está en nosotros, como doctrina de suprema unidad, que nos vincula en íntimo abrazo fraterno, para desafiar sin temores las incertidumbres del porvenir.—LUIS DE GASPERI, *publicista paraguayo.*

Admiro a O'Leary porque además de su prestigio continental y de la grandeza de su espíritu, es un carácter, un hombre de cabeza y alma erguidas, de esos que no ceden ni transigen sino ante Dios, dignos de todo aplauso, que se proyectan más allá de la muerte y conquistan en vida su propia inmortalidad. Es hoy la mayor gloria del Paraguay, por que es el revelador de su gloria suprema: Francisco Solano López.—SAUL DE NAVARRO, *literato brasileño.*

Hombre patria, hombre nación, O'Leary es el Paraguay mismo... El secreto de sus victorias es su patriotismo. Ese es su genio, esa es su fuerza y esa es su gloria.—JUAN STEFANICH, *publicista paraguayo.*

El Paraguay puede enorgullecerse de tener en O'Leary un digno cantor de las glorias de sus hijos. En todos sus libros vibra la nota de un intenso patriotismo y cautiva su sinceridad.—WALTER DE AZEVEDO, *publicista brasileño.*



# INDICE

Págs.





Págs.


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06219 1146





